

ACCIÓN Y REACCIÓN
EN LA
INFANCIA
0
Fricción y Resolución en la Infancia

Escrito entre el 5/7/1998 y algún día hasta el 31/12/1998

TOMÁS LÓPEZ ALONSO

Reg. Propiedad Intelectual 02 / 2017 / 2824

tla.libros@gmail.com

<https://sites.google.com/site/tlalibroses>

ÍNDICE:

Prólogo	3
Justificaciones	5

LIBRO I: Los años 60 **7**

PRIMERA PARTE: La primera infancia	8
1) <i>El sentido de las cosas: la obediencia y las impresiones que nos vienen de fuera</i>	8
2) <i>Los sueños, el sentido propio del periodo y los primeros días de colegio</i>	20
[NO APARECEN COMO CAPÍTULOS, PERO SÍ SU CONTENIDO:	
3) <i>Más ejemplos para dar más sentido a los dos primeros capítulos, y la humildad</i>	##
4) <i>Las vacaciones: el otro lugar</i>	##
5) <i>La cuestión religiosa</i>]	##]
SEGUNDA PARTE de la primera infancia	96
TERCERA PARTE de la primera infancia	130
(I)	130
(II)	145
(III)	152

LIBRO II: Los primeros años 70 **159**

ÚNICA PARTE: La segunda infancia	160
<i>El sentido de las cosas: la obediencia y las impresiones que nos vienen de fuera</i>	160
- <i>Vuelve América, vuelve el juego, vuelve una de las mejores épocas</i>	180
- <i>Nuevo curso tras suspender las matemáticas</i>	181
- <i>Y la rutina abre nuevos caminos</i>	185
- <i>Intrusiones</i>	188
- <i>Fivaller</i>	198

NOTA MUY IMPORTANTE: este libro puede leerse como libro, evidentemente, pero se ha ido incrustando también, todo su contenido, salvo las cartas de Keats del Prólogo y de las Justificaciones como asimismo los títulos y capítulos de la obra, en los diferentes libritos de la *ELEGÍA A MI PADRE (HISTORIA DE 1 FAMILIA Y DE PARTE DE 2 GENERACIONES)*

Prólogo

Extraído de la carta de JOHN KEATS a John Hamilton Reynolds de

Domingo 3 de mayo 1818
Teigumouth

...Pues bien, yo comparo la vida humana con una mansión de numerosos aposentos, de los cuales sólo puedo describirte dos porque hasta ahora las puertas de los demás han continuado cerradas para mí. Lo primero que pisamos es lo que podríamos llamar cámara de la infancia o irreflexión, en la que permanecemos mientras no pensamos. Allí nos demoramos durante largo tiempo y, a pesar de que las puertas de la segunda cámara permanecen abiertas de par en par mostrándonos un aspecto brillante, nosotros no sentimos prisa. Al cabo de algún tiempo somos impelidos de modo imperceptible hacia ella, al despertarse el fundamento de nuestro raciocinio. Tan pronto como hemos llegado a esta segunda cámara, a la que daré el nombre de cámara del pensamiento virgen, nos sentimos embriagados por la luz y la atmósfera, no vemos más que agradables maravillas y pensamos que quisiéramos permanecer allí en eterno deleite. Pero uno de los tremendos efectos engendrados al respirar estas cosas es que nuestra visión del corazón y de la naturaleza humana se agudiza, y así nos convencemos de que el mundo está lleno de miseria, de angustia, de dolor, de enfermedades y de opresión. De esta manera, la cámara del pensamiento virgen se obscurece poco a poco al mismo tiempo que van abriéndose por todas partes numerosas puertas, oscuras todas ellas y que conducen a oscuros pasadizos. No vemos ningún equilibrio entre el bien y el mal. Estamos en tinieblas. Nosotros nos encontramos ahora en este estado. Sentimos el «*el peso del misterio*». Creo que Wordsworth había llegado a este punto cuando escribió *Tintern Abbey* y me parece que su genio consiste en haber explorado esos oscuros pasadizos. Si nosotros vivimos y seguimos pensando, también los exploraremos; él es un genio y se eleva sobre nosotros porque puede hacer descubrimientos e iluminarlos. En esto pienso que Wordsworth es más profundo que Milton, aunque también pienso que quizá sea

debido más al adelanto general y gregario del intelecto que a la grandeza individual de su mente. Espero que no será demasiado presuntuoso el decir entre nosotros que la filosofía humana y divina del *Paraíso Perdido* y de otras obras de Milton puede ser comprendida bastante fácilmente por personas de corta edad...

... Sin embargo, creo que Milton tenía, sin duda, igual capacidad como filósofo que Wordsworth. ¿Qué consecuencias podemos sacar de todo esto? Muchas, pues así se demuestra realmente que hay un gran avance del intelecto y que una providencia poderosa puede doblegar las más vigorosas mentes al servicio de su propia época, en cuanto al conocimiento o a la religión se refiere. Muchas veces me he compadecido de los preceptores que tienen que oír declinar «*nominativo, musa*» hasta ensordecen. Espero que tú no tendrás que sufrir de igual manera al leer estos garabatos. Quizás haya leído antes todas estas cosas, pero no las había percibido jamás ni siquiera de esta manera obscura, por lo cual me gusta repetir mi lección a alguien que soportará mi pesadez por cariño hacia mí. Después de todo, en el mundo hay también realidades. El regalo que Moore ha hecho a Hazlitt es una cosa real. Me agrada ese Moore y me alegra haberlo visto en el teatro antes de salir de Londres. Tom ha escupido algo de sangre esta tarde y esto me desalienta bastante, aun sabiendo que en el mundo hay algunas realidades. La tercera cámara de tu vida será afortunada y amable; estará repleta del vino del amor y del pan de la amistad. ...

Justificaciones

Extraído de la carta de JOHN KEATS a James Augustus Hessey

Viernes 9 de octubre 1818

...La alabanza o la crítica tienen tan sólo un efecto momentáneo en un hombre a quien el amor que siente por la belleza abstracta le convierte en un crítico severo de sus propias obras. Mi propia crítica personal me ha causado mucha más pena que la que pudieran infligirme *Blackwood* o el *Quartely*. Y también me ocurre que cuando tengo razón ninguna alabanza exterior me puede dar más satisfacción que ver de nuevo por mí mismo lo que encuentro hermoso y confirmarlo en la soledad. J. S. tiene completa razón en lo que se refiere a mi chapucero *Endymion*. Pero no es culpa mía que haya salido así. Esto te parecerá algo paradójico, pero fue lo mejor que pude hacer sin que nadie me ayudase. Si hubiera tenido preocupación porque fuese una obra completa y a causa de esto hubiera pedido consejo y temblado al escribir cada una de sus páginas, no se hubiera escrito jamás, pues no es propio de mi naturaleza el titubear ante las cosas. Escribiré con entera independencia. Hasta ahora he escrito con independencia, pero sin juicio; algún día podré hacerlo con independencia y juicio a la vez. El genio de la poesía debe intentar en cada hombre su propia salvación. No puede madurar por leyes y preceptos, sino mediante sensaciones y la observación propia. Lo que es creador debe crearse a sí mismo. En *Endymion* salté de cabeza al mar, y así se me han hecho más familiares los sondeos, las arenas movedizas y las rocas que si me hubiera quedado sobre la verde costa tañendo una estúpida flauta, tomando té y recibiendo consejos lisonjeros. Jamás tuve miedo al fracaso y prefiero fracasar a no llegar a ocupar mi puesto entre los grandes. Pero veo que me estoy poniendo muy declamatorio. Con mis recuerdos para Taylor, Woodhouse y los demás, quedo sinceramente tuyo.

John Keats

Extraído de la carta de JOHN KEATS a Percy Bysshe Shelley

Agosto 1820

Hampstead

... Estoy seguro de que usted me perdonará que le haga esta observación sincera: me parece que sería una buena cosa que disciplinase la exuberancia de su imaginación y fuera un artista más perfecto tapando con oro las hendiduras que se abren en su tema. El pensamiento de una disciplina tal ha de caer como frías cadenas sobre usted, que jamás habrá estado sentado con sus alas plegadas ni siquiera durante seis meses. No dudo que éste es un consejo extraordinario para que salga del autor de *Endymion*, cuya mente entonces parecía una baraja mal ordenada. Pero ahora ya la he puesto en orden, hasta el menor detalle. Mi imaginación es un monasterio y yo soy su monje. Todos los días estoy esperando recibir su «*Prometeo*». Si mis deseos pudieran realizarse, éste estaría todavía tan sólo manuscrito, o, menos aún quizás, sólo a la altura del final del segundo acto. Recuerdo que usted me aconsejó en Hampstead Heath que no publicase mis primeras tonterías. Ahora le devuelvo el consejo. La mayoría de los poemas contenidos en el volumen que le envió fueron escritos hace más de dos años y no se hubieran publicado si no hubiese sido por la esperanza de ganar algún dinero. Como puede usted ver, ahora me siento bastante más dispuesto a seguir sus consejos. De nuevo quisiera expresar mi profundo agradecimiento por su amabilidad añadiendo a esto mis más sinceros saludos para la señora Shelley. Con la esperanza de verle pronto sigue siendo su sincero amigo,

John Keats.

Las 3 cartas de John Keats se han extraído de la edición de la Editorial Juventud: **John Keats: Cartas.** 1947, con traducción de *Concepción Vázquez de Castro*.

LIBRO I: Los años 60

PRIMERA PARTE: La primera infancia

1) *El sentido de las cosas: la obediencia y las impresiones que nos vienen de fuera.*

El nacimiento del personaje de nuestra historia fue hacia finales de julio. Y desde allá hasta su presente muestra la vida de un hombre simplemente. La especialidad del mismo depende de lo que queramos ver más de lo que será realmente. Ese es el mensaje de la obra que este simple narrador pretende dar.

En 1962 **España** ya lleva tres años con el plan de estabilización. Los ministros tecnócratas provenientes del **Opus** se muestran prácticos, y aprovechando el devenir internacional, España logra despegarse poco a poco del pasado mundano. Esta frase es muy parca, pero es la idea básica de los economistas de nuestro tiempo que antes pretendieron ser populares. También es la típica frase de todos aquellos que piensan que las cosas siempre fueron como el tópico: desde el atraso debemos salir para conseguir la dignidad que todo hombre merece a partir de una buena educación que ha de redundar en los beneficios materiales. Rojos, abogados, generales, estudiantes, esnobs, listillos, liberales y demás pretendientes confían en el fondo del concepto. Pero lo cierto es que sólo unos tontos siguieron a rajatabla la dignidad de la idea; y de ellos ninguno fue político después, sino que más bien el típico asalariado anduvo por un nuevo camino que se le abrió en perspectiva. Un pobre solo será de la noche a la mañana millonario, sin que le llamen ladrón, si descubre y patenta con mucha suerte algo grande o si le toca la lotería.

Los tórridos rayos de sol son muy intensos y constantes en esos primeros años sesenta. Todas las cosas del mundo se ven muy claras. La naturaleza es muy salvaje aún. Es ésta una primera deducción del hecho. Los primeros trasuntos del bebé pasarían desde un punto de vista vulgar por decir que en el primer octubre los **Beatles** sacaron su primer disco (5 de Octubre), pero lo que siempre le quedó como primer recuerdo de su existencia, y esto claro, como continua explicación de sus padres, es que su primer invierno fue el de las nieves en Barcelona, el de aquella gran nevada que anegó por fin la ciudad condal desde hacía años. Fue tan inconmensurable, que su tío B..., hermano de su padre, joven soltero, grandón y sin conocimiento, aunque con el sabe propio de la tacañería y del gorroneo posible, cocinero, ayudó al padre del bebé, junto a otros vecinos del bloque donde vivían en el **Casco Antiguo**, a tirar a paletadas la nieve que ponía en peligro el terrado. Las maderas antaños podían quebrarse con el medio metro de nieve que aguantaban. El aviso de «*pala va*» se solía dar de vez en cuando, pero más de una vez llovió inmensa nieve sobre las cabezas de los transeúntes para el jolgorio salvaje de su tío y para regocijo futuro de su mente. El cielo continuaba brumoso, con un blanco intenso que acercaba Barcelona a **Soria**, la tierra de procedencia de su padre. La tacañería, roñosería en soriano, caracteriza a parte de aquella tierra, como a Barcelona, a Madrid y a Andalucía les caracterizan otras cosas como no quieren ver los tiempos estándares de hoy: todos debemos ser americanos para comprar los mismos y únicos productos que a ellos les interesan. Ya

seguiremos hablando, pero la pobreza, como la riqueza, también crea vicios, enfermedades, los llamados efectos, consecuencias de unas causas.

Como el bebé podía morir de frío entre los techos tan altos de aquel primero, tuvo que comprar urgentemente el padre una estufa. Lo único que encontró fue una pantalla metálica, convexa, sobre la cual una espirada resistencia daba vueltas en su centro para ofrecer un ligero calor general y uno intenso en sus cercanías. La pantalla, para la posterior imaginación del niño, era uno de aquellos gigantescos receptores de la NASA, toda de metal intenso. Guillermo pudo aliviarse con la gran montaña de ropa, con el tímido calor recibido de aquel primer ingenio y con el verdadero amor materno de su madre. Al tiempo, Guillermo mamó hasta los catorce meses. Esa señal le fue observada por su madre durante toda la vida. «*Los dientes se hacen más duros. Los de leche*» (redundancia) «*dan paso a unos mucho más fuertes para toda la vida. El crío se cría mucho más sano y por ello apenas tendrá enfermedades*». Sea como fuere, desde el punto de vista científico, y que en muchos casos va a remolque este saber, del popular, debido a su terquedad, el niño sería fuerte en salud física, que no psíquica. Pero la comida variada y antigua, que a continuación va a recibir, de su madre también, asegurarán este paso previo.

Después, con los años, aquellas nieves de Barcelona se recordarían continuamente como inauditas. Las costas suaves de aquel **Mediterráneo** no están por la labor de las nieves. Sus templadas temperaturas raramente permiten que aquellas cuajen. «*No cuaja*», frase tan repetida por su familia cuando el agua nieve solo se quedaba en eso, en agua, durante los días más intempestivos de todos los inviernos que iban pasando y pasando para que Guillermo no viese la verdadera nieve hasta mucho más tarde, ya en el **Pirineo**, en una excursión de colegio a los trece años. Ésta fue una de sus primeras desilusiones o frustraciones. Los nuevos científicos le llamaban en aquella época complejo. Un complejo puede acarrear severas consecuencias, las llamadas «*secuelas*». Lo único que produjo en Guillermo fue una tenue desilusión todos los inviernos, que sería agradablemente suplida por el granizo del febrero del 74 y por la realidad en el 75. Los exagerados e ignorantes se centran en la única idea para no continuar aprendiendo. El esfuerzo es enemigo de los vagos. El dogmatismo obedece a los vividores. En política esta conjunción ha sido continua y muy peligrosa. Más aún, en un primer momento se esfuerzan para alcanzar un estadio subsiguiente de buena vida. Pero esto ya lo iremos viendo también.

Después de estas nieves, el siguiente recuerdo aprendido es el de una catástrofe. El Mediterráneo es propenso para que desde finales de agosto hasta fines de octubre se formen las temidas, y hoy llamadas, *gotas frías*, temporales intempestivos, y que en un intervalo a veces inferior al de una día, arrojen sobre la tierra copiosas precipitaciones. Las tormentas se caracterizan por la intensidad de agua caída en un breve espacio de tiempo: veinte minutos, una hora, pero la gota fría alarga, para la desgracia general, este breve espacio. Cuando el mar está excesivamente caliente y el frío intenso se apodera de las capas altas, el fenómeno terrible se forma de improviso en poco tiempo. La desgracia aparece a través de los

relatos y de aquellas grandes revistas de blanco y negro. En septiembre de 1962 murieron en las riadas del Besós entre 600 y 1000 personas, quién sabe. La gente fue anegada por el tremendo poder de las aguas, por esa masa informe que cambia continuamente de forma, volumen y composición, y que tanto asusta al pequeño Guillermo. Cuando supo apreciar en su imaginación que la profundidad del fenómeno natural podía medirse en muchos metros de altura, el terror fue tomando fuerza en él. ¿Cómo de repente los hombres podían caer bajo los brazos de esa indefinida materia en feroz movimiento e incomprensible dirección? Arrastrados hacia el mar o hacia los horriblos y profundos remansos, sobre las acequias, mezclados con maderas y demás materias despersonalizadas, subiendo y bajando según el diablo que guía semejante muerte. El hecho de recordar Guillermo tales pensamientos, hicieron que se grabasen definitivamente en su memoria. Todavía en la etapa más adulta de su vida, cuando la atemperanza elimina los peores síntomas de los miedos infantiles, surge de vez en cuando, como un relampagueo, el terrible estremecimiento provocado por la real rememoración.

Las revistas de aquel tiempo, vuelvo a decir, eran muy grandes, en blanco y negro y con una especial calidad de las hojas. Su basteza y el límite de las mismas, troqueladas en zig zag, reforzaron en su mente los elementos que de pequeños nos atemorizan de forma definitiva a diversas personas. De la cantidad y calidad de semejante temor, y sobre todo, de la resolución que se le preste después, podremos tipificar hombres y mujeres, enfermos de no enfermos y múltiples variedades de otras múltiples variedades. Pero la conclusión será siempre no tan complicada como nos la han querido hacer ver muchos embaucadores de la ciencia de la mente.

Aquellas terroríficas fotos de las decenas de ataúdes yacentes en hileras sobre el suelo, en el borde mismo de las aguas ahora calmadas, siempre marcaron a Guillermo. La curiosidad, que podría llamarse morbo, constantemente le acuciaba en los peores momentos al volver a repasar las fotografías de aquellas dos revistas. Cuando llegaba por la mitad, mamá tenía que salir a comprar y él quedaba solo en casa porque ella se lo mandaba imperativamente. Realmente ella no tenía ninguna culpa de que necesitase salir a comprar y que Guillermo se hubiera decidido, en ese previo instante, a ver cosas sin fundamento, y además, cuando la tarde se hacía de repente obscura, a punto de llover y tronar, por lo que era motivo para que él no la acompañase. Sólo allí, entre las cuatro paredes, los fantasmas del agua de las riadas se preparaban para engullirle. En esos primeros años debió ser el relato de los propios padres el que pusiera más angustia sobre Guillermo: *«aquel año, qué riadas, qué de muertos, y de noche»*. ¡De noche, qué horror! O de mañana, toda llena de nubes, oscura, sin apenas visibilidad, para acentuar más el color gris que le aturdiría siempre en esas circunstancias. La historia de aquel niño que murió ahogado en el Llobregat, hijo de un matrimonio del mismo pueblo que el de su padre, al caer a su lecho cuando jugaba con unos amigos, reforzaría este planteamiento. Ellos huyeron aterrorizados, sin poder hacer nada, sin atreverse porque era imposible salvarle de la bestia del río. Él quedó solo allí para siempre, cada vez más perdido hacia abajo, hacia las

profundidades de la desembocadura, hasta que lo encontraron a los días, sólo en aquel infierno. Muerto.

Guillermo vivía con sus padres en el Casco Antiguo de Barcelona, donde las calles son estrechas y turbulentas en el fondo y en la forma; como las aguas, a veces giran sin sentido, formando en muchas ocasiones senderos que atentan a la paciencia de cualquiera. Las casas suelen tener solo cuatro pisos, pero como cada piso suele ser de más de tres metros, esta elevación, unida a la estrechez de las calles que les sirven de pies, hace que la luz luche incesantemente, y de forma casi siempre inútil, para apoderarse de las losas del suelo. Es la situación fortuita la que más se precia en el dominio del sol. La orientación de la calle, perpendicular al mar, hacía que el sol engañase más a la tétrica disposición urbana. Si a eso añadimos que estamos en el Mediterráneo, el monstruo gris parece no tener tan vasto dominio como en otros países en situaciones semejantes. Además, el mismo clima ayudaba a que las flores engalanasen pronto los que sí eran entonces preciosos balcones. Pero díganle a Guillermo que recuerde de la misma manera aquellos días de nublados continuos que nunca decidíanse a llover, en que se mezclaban su humedad con la ya contaminación, formando una atmósfera pesada, aturdidora. Si al menos él pudiera ver llover tras los grandes cristales de la balconada de su casa, desde los que se divisaba toda la calle de enfrente, con los charcos que iban dominando sobre las irregulares losas y que de estar tan separadas entre sí hacían tropezar y dislocar de continuo los pies de los transeúntes, otra cosa sería. «*Se forman gorgoritas* -decía su madre-. *Va a llover mucho*». Y ello alegraba a Guillermo, tan protegido tras los cristales, solo temiendo el ruido de los truenos cuando fuesen tormenta y que en los pararrayos de **Santa María del Mar** caían de continuo. Había que desconectar la antena de la tele porque como cayera un rayo en la misma, en el terrado, bajaría la fuerte chispa y explotaría toda la casa. El miedo crecía y se aliaba con la diversión. Retirada la conexión, sólo le entristecía no poder compaginar semejante espectáculo natural con alguna serie tan entretenida de aquellos tiempos, pues de vez en cuando fijaría su mirada al frente de la calle para poder reflejar la sub-realidad que desde la televisión se dice que es fantasía. Qué suerte, se decía el propio Guillermo, que uno de los dos balcones dé a aquella calle, porque sin necesidad de asomarse podía ver el cielo y los pisos altos del fondo de la misma, con sus ropas tendidas y sus macetas, con su vecindario gritando y hablando, tomando el fresco en verano, saliendo y entrando de la puerta trasera de aquel bar, nunca mejor llamado **El Túnel**. Qué suerte que en esta zona tan apiñada de la ciudad el suficiente espacio se abra a este corazón.

Hasta que no se tiene conocimiento, uso de razón, sobre los siete años, no se percibe la verdadera realidad del tiempo. Las estaciones del año no se muestran diáfanas al cabo de unos cuantos años. Por ello, la confusión temporal evade de los recuerdos todo buen sentido de cronología. El argumento temático es mucho menos predecible. Los hechos y sentimientos aparecen como pinceladas impresionistas que a algo deben obedecer, pero que muy lejos están de la preferida obra del buen pintor. Lo que quedan son meras ráfagas de escenas que a primera vista no confirman más

que la inconsistencia del argumento. Debemos dar mucha importancia al hecho inevitable de que nuestra vida presente va olvidando lo que parece no interesarle ya o lo que parece imposible de sostenerse por su falta de uso. Dentro de toda esta justificación del problema, lo cierto es que existe mucha más verdad de lo que creemos en cuanto a que provenimos del gran pasado alejado. Guillermo de mayor continuará teniendo ese miedo a las aguas torrenciales que bajan salvajes por sus lechos, al tiempo que un agradable placer le atrae hacia ese infierno, porque cuántas veces desea que las tormentas caigan torrenciales para ver crecidos desde los puentes y muros los ríos. La tendencia creo yo que ya está bastante definida en la infancia, una tendencia cuasi genética en cuanto a impulsos primarios como las ganas de comer o el hecho de que gusten o nos gusten más unas cosas que otras; una tendencia que la educación de los padres hace epirogénica también en sus fundamentos. La *epirogénesis* es ese fenómeno geológico por el cual se producen levantamientos y hundimientos de los terrenos porque el hielo que los cubría, por ejemplo y respectivamente, ha desaparecido o se ha superpuesto. Por esta razón de peso, durante muchos siglos vuelve a ascender y descender muy poco a poco la corteza terrestre afectada. La *orogénesis*, aquella que procede por la tectónica, tiene un ritmo geológico mucho más activo: la educación, la televisión y las pretensiones de la sociedad nos inducen a periodos de actividad mucho más frecuentes, por lo que la adolescencia y la juventud crearán una madurez correspondientemente, alejada de aquellos primeros movimientos meramente físicos y mucho más silenciosos. Quien tenga la suerte de recibir una mayor educación ancestral o conserve los verdaderos fundamentos que unos padres deberían conllevar para con sus hijos, alcanzará un modelado de formas envidiable, mucho más pacíficas que las que forman volcanes y terremotos por la conmoción que resulta de las placas internas de la Tierra en sus continuos enfrentamientos.

Guillermo recordaba los motivos de la infancia en sus peores momentos de juventud y adolescencia como elementos perdidos y desordenados que no podían conducir a nada. Creía ingenuamente que hasta que no se alcanzase un cierto nivel de uso de razón no podía existir ningún argumento. Engaño del presente: cuando los tiempos no nos son benéficos todo lo vemos negativamente, y cuando es fácil la respuesta, que es nuestro momento presente el verdadero culpable del desbarajuste, nos obcecamos en arrojar las culpas sobre la mala senda que siempre hemos seguido desde nuestra tierna infancia. Como en todo el mundo, siempre hay y habrá de todo, pero Guillermo a sus treinta años pudo corroborar lo que significó su infancia, y de ella pudo deducir que los fogonazos, los recuerdos semi-perdidos y mal conservados contienen, tras una pequeña reflexión, los fundamentos de la coherencia. La coherencia será infantil, pero tenía mucho sentido. Por ello él sigue ahora conservando unos impulsos, que comparándolos a los del fenómeno de la epirogénesis, le marcarán de por vida el camino, porque a una tensión ascendente él sabe que le seguirá la descendente, y viceversa. A una cuestión lógica de los hechos se debe por un pasado. Así, la infancia de Guillermo la contemplaremos mucho mejor desde ella misma y desde la atemperanza que la madurez conlleva. El extraño

narrador, que en todas las novelas aparece por arte de magia, nos ayudará mucho mejor en la primera consideración, y ya el propio protagonista puede comenzar a ayudar al mismo narrador en la segunda.

Las enfermedades infantiles le atacaron normalmente. Tuvo la tosferina con sus «grandes flemas,... yemas», y que él imaginaba, con el habla particular y cambiante de su madre, propia de la falta de instrucción y de la herencia campesina, en grandes yemas de huevo repletas de enfermedad «y por las cuales te ahogabas. Temblabas de las piernas y tenías mucha fiebre... Estuviste muy grave... Te pusieron unas grandes inyecciones...» Aunque en este caso es la metáfora la guía de una confusión inexistente. Después el sarampión le acudió. Todas estas enfermedades no dejaron ninguna secuela física, pero en los recuerdos ocuparán un recurrente lugar. En aquella época de finales de los cincuenta y principios de los sesenta las vacunas comenzaron a ser generalizadas entre la población infantil. Incluso él fue uno de los vacunados contra la tuberculosis en una de las últimas campañas escolares. Vivían en el barrio junto al mar, estrecho y húmedo, pobre e histórico, por lo que el riesgo era mayor. Las vacunas le daban miedo. Eran los armazones de metal de las inyecciones, con ancho y largo tubo de cristal, los que se conformaban en un gran y temible instrumento: las que le darían enfermizo miedo durante muchos años. Cuando tuvo fuertes fiebres y algún constipado, la penicilina inyectada volvió a reforzarse contra él. Cada vez que iba al médico temía que le recetasen las terribles inyecciones. A todos nos dan reparo, a algunos más y a otros menos; es preocupante el caso que goce con ellas. En Guillermo, el miedo, más que exagerado era real, por lo que el acto de inyectarle le producía más dolor. «Estate quieto, relájate, no ves que si no te dolerá más.» Cuando el doctor le miraba el paladar le producía ansias, siendo otra razón por la que tenía pánico de ir a su visita. El médico estaba tras la translúcida pared construida con gruesos ladrillos de vidrio, de formas cuadradas, engarzados unos a otros con su correspondiente mampostería a la vista, y que una puerta de madera clara y lisa separaba del horrible espectáculo interior. La espera, después de pedir la tanda por medio del numerillo anterior al impreso, en ese papel rectangular casi cuadrado, con los logotipos oficiales que significarían algo sobre los poderes del mundo, se hacía tensa. El terror, su semblante lo interpretaba perfectamente. «Qué miedo tiene su niño a los médicos. Tranquilo, que no pasa nada.» Y él sin decir nada esperaba el encuentro con lo terrible. La entrada de cada nuevo paciente le acercaba a lo irremediable. Aumentaba el miedo. Cuando el penúltimo era atendido, no sé cómo expresar en palabras la mezcolanza que ese dolor, llamado miedo, producía en su mente, pues las imágenes corrían veloces y cansadas a la vez entre el horrible espectáculo de la sala de espera, bajo ese techo moderno de luces de fluorescente, en una de las dos hileras de sillas que formaban el pasillo que iba recto hacia aquel interior. Y así había dos puertas más, de otros doctores y con la misma distribución. A la derecha la escalera para irse. Entraban y salían médicos o profesionales de otras puertas en las que no había visitas. Los ruidos, escasos en todo el edificio, los murmullos y las voces apagadas favorecían el tenso clima. Y por fin salía el repelente

niño con su mamá, la última visita, y el doctor no tenía que decir más que adelante. Y allí se producía ese extraño prodigio del horror. Guillermo entraba con su madre, pegado a ella, amarrado por el pavor, totalmente blanco, para que el doctor se viese obligado a decir, por su carácter realmente bonachón: *«venga, tonto, no tengas miedo, que iremos rápido; que no será nada.»* La enfermera hacía coro con las palabras del doctor, al tiempo que su propia cosecha ayudaba a calmar verdaderamente los ánimos del niño. Guillermo contemplaba el gran espacio de la consulta, en este majestuoso edificio oficial, entre Balmes y la Gran Vía, y donde el doctor Anglada, pediatra de la seguridad social, tenía su visita los viernes por las tardes. A la derecha estaba la camilla con todos esos horribles instrumentos formados por tubos; al lado, agarrada a un mango que servía de sostén de diversos utensilios, la bandeja metálica repleta de todas las horribles inyecciones. La mesa que había visto tantas veces, la mirada cariñosa de siempre de la misma enfermera, con todos sus movimientos mecánicos tantas veces observados; la misma liturgia (la auscultación del corazón y de la respiración y esa horrible pala de madera que le incrustaban en las anginas), no servían de nada otra vez. No se acostumbraba. El miedo en esta escena se había apoderado de él para siempre y no podía ser de otra manera su reacción. Únicamente cuando el doctor daba las órdenes a la enfermera para que escribiera su receta, Guillermo podía respirar libremente, pareciéndole de repente todo aquel escenario, junto al romántico ruido del tráfico que provenía del fondo de la también traslúcida ventana, digno de admirarse y de poder gozarse. Ya tendiendo al mundo de la sensibilidad. A la salida, la despedida era correspondida por Guillermo, bajaba las escaleras junto a su madre con rápido y feliz ritmo, y estaba deseoso de contemplar cómo las maravillas de la técnica farmacéutica le iban a curar, porque no eran inyecciones hoy. Quería saber cómo era la caja de las pastillas, si grande, si extremadamente pequeña y si de colores vivos. Por fin le habían recetado sobres, qué ilusión. A ver sí sabían bien. Las pastillas de potes pequeños tienen muy mal sabor, son muy fuertes por ello mismo y se aplican cuando la enfermedad es muy grave. En su caso, la fiebre.

Cuando a la noche le daban la primera dosis, la pastilla resultaba horrible de gusto: *«trágate la sin respirar, de golpe, ¡venga! Abre la boca a ver si te la has tragado toda entera»*. Guillermo era ya un niño muy obediente a su corta edad. Más que algún azote, que de vez en cuando le daban, fue la energía de su madre primero, secundada por la de su padre después, cuando ella pedía colaboración, las que avivaron aquella característica en Guillermo. Aparte, el carácter mesurado, feliz e ingenuo ante los avatares de la vida lo llevaba en sus adentros desde que nació, si ello se puede decir y defender. Él sabía que debía ir al médico. Entendió pronto que servía para curar y que era necesario ir a verle para que las cosas no le fuesen peor al enfermo. Esta idea básica, ley desde entonces, se apoderó de todos los temores. Estos no desaparecerían nunca, pero cuando mamá decía de ir, pocos reparos se la ponían. Y menos a la hora de tomar la medicación, porque entonces el esfuerzo de acudir a la consulta, el gasto de las medicinas, unidos al hecho de quebrar la ley del doctor, se le aparecían como un gran pecado. Si la pastilla era escupida o no totalmente tragada,

eran las fuerzas superiores a él, de asco y temor, las verdaderas culpables. Guillermo hacía ley del conocimiento que día a día iba aprendiendo: hacer caso a los médicos, respetar a las personas mayores, estudiar, hablar bien y otras buenas artes, que hoy parecen resquebrajarse, no le ofrecerían desde esa época ninguna duda sobre la forma de comportarse al respecto. El dolor era grande cuando acudía a la visita del médico (pediatra era la palabra más técnica pero mucho menos profunda), la tarde aportaba su maldad con su cielo plomizo y todos los extraños elementos que le rodeaban se confabulaban para hacerle daño, pero el principio era mucho más poderoso que todos ellos y, aunque las ganas no existían a la hora de darle la mano a su madre, el convencimiento era innegable. Comenzaban esos periodos de tiempo nada queridos, pero que había que cumplir irremediamente, que ahogaban su ánimo mucho antes de transcurrir, para que sucediéndose, sufriendose muy poco a poco, alcanzasen el fin para gozo del niño; pero quizás muy pronto volviera a nacer un nuevo mal trance a vivir o revivir. Y es que muchos **sufrires** eran repetitivos en el tiempo.

Las primeras impresiones que recuerda del barrio, Guillermo, se le marcarían para siempre en una especie de lacre. Suelen ser las imágenes visuales las que son más fácilmente recordables al respecto. La estética es mucho más definible que el oído o que el gusto. Al menos, desde el punto de vista comunicativo, desde la conjunción de las palabras que forman los párrafos, lo es. La descripción de una ventana es mucho más accesible al lenguaje que un sabor, si es que este es posible describirse por sí mismo. Más bien es la referencia a otros sinónimos del gusto la única salida. La ventana puede ser recta, amarilla, de madera. Contiene a más de adjetivos sustantivos, hechos concretos sobre la sustancia, mientras que el gusto únicamente puede calificarse, jamás describirse. Esta es la teoría básica. Si el hombre y la mujer se sirven del lenguaje como el mejor medio de la comunicación con sus semejantes, parece por tanto lógico que los aspectos estéticos y visuales del mundo que nos rodea, adquieran mayor majestad con la palabra. Por tanto eso es así desde pequeños. El niño memoriza mucho más las sensaciones visuales. Al menos en mayor cantidad. De todas formas, y resarciéndome pronto de la teoría, cuando el hombre y la mujer crecen, parecen olvidarse de esa capacidad de impresión que tienen en los albores de su vida, dedicándose, con pleno objeto de su lenguaje, a criticar a sus semejantes, en vez de empeñarse en el maravilloso juego de cincelar su derredor. Ahora bien, siempre acompaña al recuerdo visual una sensación o varias. Es ahora cuando tendrá sentido la narración. Ya somos hombres y mujeres.

Guillermo impresionó para siempre diversas facetas. De alguna ya hemos hablado. Sigamos ahora insistiendo en alguna específicamente visual. Como ya he apuntado, antes fui demasiado reduccionista al parecer afirmar que las sensaciones podían ser específicamente visuales. Lo real es que a la sensación visual que le producía aquella herrería de la **calle dels Sombrerers** le acompañaba inextricablemente un aspecto sensitivo que podemos denominar humano. Éste era el de que la herrería le ofrecía todo un mundo desconocido. Pero este desconocimiento no se corresponde con aquel que sentimos cuando ya tenemos más edad, cuando el

uso de razón está en plena forma, cuando la acumulación del conocimiento nos facilita la aprehensión, y a la vez tanto un mayor placer por su discernimiento como también por una pérdida lógica de ese primer conocimiento nativo de las cosas. Y en muchos lo práctico y material dañará mortalmente, y de por vida, otro tipo de consecuencias y de enfoque frente a la vida. Es por eso que el contacto con la *nada* es en esos primeros momentos de nuestra vida más verdadero. Desde allí parece que vamos rellenando esa *nada* porque así parece mandarlo la ley natural. La herrería contenía todo ese trasfondo gris de los talleres de los barrios bajos. La estrechez de la calle colaboraba a hacerlo mucho más sórdido. Del final del pasillo venía muy despacio un hombre muy larguirucho, todo sucio lleno de herrumbre y grasa, horroroso, que con su mal genio ya comenzaba a activar la parte del carácter del ser humano que puede intimidarse. Cuando el niño tuvo más años, con el uso de razón, la herrería de esta calle apenas le produjo buenas sensaciones. En aquel primer tiempo los hierros largos servían para algo. Dentro se producía el continuo martilleo que da forma al metal. La luz, que tanto ofende a los ojos, soldaba las partes ya formadas. Guillermo siempre fue mucho más sensible a la luz de lo normal. Pestañeaba muy instintivamente, no solo por el efecto de la inmediata luz, sino ante el menor ruido imprevisto. Una especie de miedo primerizo se iba formando desde diversos puntos del entorno exterior. Habrá que ver qué irá ocurriendo.

La carpintería que estaba debajo del balcón, donde dormían sus padres, también le ensombrecía el ánimo, y en un futuro el oficial adquiriría un comportamiento nuevo para Guillermo y que le produciría profundo asco. Sabría lo que es un mirón. Todas las calles a partir de las ocho de la noche, en invierno, iban adquiriendo un aspecto silencioso, enigmático. Para él este adjetivo toma la forma del volumen de la palabra, pues enigma no tiene nada que ver con ningún guión de película policiaca, de misterio o de terror. La palabra enigma, en ese contexto de Guillermo, sopesa la primera impregnación de la realidad, algo que se me escapa casi de las manos porque los recuerdos a todos nos traicionan mucho más en estos primeros lapsos de nuestra vida que cuando después podemos razonarlo todo mucho más. Este periodo de entreaguas, aunque tenga una línea general ascendente, se hace bastante incomprensible para los que volvemos a involucrarnos en él desde el futuro, pero no para Guillermo, porque la única ansiedad que le provoca el entorno es la que su cerebro o su alma le consienten. Todo debe tener una explicación, y esta explicación debe considerarse fuera de la acostumbrada ley racionalista que desde el s. XVII acostumbramos a considerar como primera premisa. Las interpretaciones de la primera infancia las explica el mismo trascender tranquilo que la propia mente permite. La herrería de Guillermo es así en su momento. Más adelante tendrá más explicaciones, pero ya no será la misma herrería. Cada paso que damos en la vida nos hace ver diferentes las mismas cosas. Llega un momento en que nuestra mente parece decidir que hasta aquí se ha llegado. Entonces alcanzamos el nivel de la ideología, casi diría yo de lo falso. La herrería, el aspecto de esa parte del barrio nos parecerá así por mucho más tiempo. Y de todas formas los años harán variar el contenido particular de lo considerado. La necesidad y el simple interés de otras personas no le

darán mayor importancia a todo esto. Tienen, decimos ya de ellos, ideología o su degeneración, la modorra, la aculturación. En Guillermo las sensaciones adquiridas en la primera infancia envolverán en el futuro las explicaciones. Éstas desbaratarán muchas veces aquel primer impacto; se convertirán en otras dimensiones visuales. Atendiendo a la teoría predicha, Guillermo podrá tener varios conceptos de una misma imagen, pero la primera idea, aquella proveniente de las primeras impresiones, se convertirá generalmente en mentalidad de por vida y aparecerá como telón de fondo en casi todas sus posteriores explicaciones. Formará mundos maravillosos para él y que desoyendo antiguos miedos o nuevos desengaños contendrá en sus diferentes explicaciones la misma agua de la que mana su savia. A Guillermo le va a costar mucho en su vida desprenderse de todo este primer mundo. Más bien irá añadiendo a su primera etapa más páginas, hasta que la última, que él espera ya en la vejez, se acumule a continuación.

En el **parque de la Ciudadela** Guillermo tendrá los primeros sinceros contactos con el juego. El deseo de montarse en los caballitos de madera permanecerá muy entero durante los primeros años. Hay dos caballitos en el parque de la Ciudadela, pasados los invernaderos y girando por la tercera calle ajardinada hacia la derecha hasta llegar al instituto. Los caballitos tienen cabeza de caballo, de recio metal, deslucido por el frote continuo del juego. La primera posición es la más divertida porque Guillermo se podía agarrar en los dos asideros que habían uno a cada lado de la cabeza. Daba más sensación, no solo por estar junto a la cabeza del intrépido animal, sino porque en la primera posición el movimiento producía un vértigo más fuerte. A Guillermo le costaba conseguir este primer puesto porque los otros críos se le adelantaban y no siempre de la manera más educada. El principio de la selva era entre los infantes como después será entre los hombres y mujeres, pero de tan poco problema no voy a sacar un entresijo ahora. Detrás venían tres puestos más, delante de cada cual había un asidero en forma de cuadrado que te separaba del niño que te precedía y del empuje del de detrás. La peor era la última posición y sería mejor que el padre estuviera al tanto porque podría salir disparado el niño si no se agarraba mucho. Además, el impulso le hacía a uno saltar mucho hacia arriba del asiento, cuando el primero tocaba casi el suelo con el morro del caballo. Las piezas del mecanismo quedaban desnudas en estos momentos. Las niñas apenas subían, pero siempre había alguna grande con mucho más valor que nuestro niño. El caballo tenía un compañero más pequeño. Únicamente Guillermo gustaba de ellos porque los columpios y las pasarelas solo servían para aporrearse contra el suelo. El miedo también estaba definido en este recinto como también la alegría del primer esparcimiento.

Las noches de paseo con sus padres en el parque pudieron marcar, con muchas posibilidades, parte del sentido romántico que en el futuro tuvo Guillermo, siempre que entendamos que éste poseía los genes preponderantes para ello. Base e influencias deben saberse relacionar por nuestra mente analítica. Igual que aquellas luminarias violáceas que llovían a su alrededor las farolas de mercurio en su calle, en

el parque le obsequiaban con el suficiente sentido del misterio. Poco a poco iba descubriendo las cosas más cercanas, las del día a día, como esta tarde jugando en los caballitos del parque, pero el entorno que le rodeaba con más profundidad se perdía en su conocimiento. Él volvía a pensar que todo tendría su explicación más adelante, cuando mayor. Y ni tan siquiera eso, vuelvo a repetir, sino que el mundo se compone y debe componerse de ese entorno inexplicable. En el fondo de las avenidas o en frente de ellas, las casas y almacenes cerrados albergan la vida que corresponde, y el origen de las cosas debió ser de alguna manera tan lógica, que ella misma aclara nuestra actual presencia en el mundo. Cuando muchos domingos por las mañanas con sus padres hacía el mismo recorrido de siempre: se paraban a la entrada de la gran verja a contemplar los árboles tropicales que se pudieron adaptar en el parque; escrutaban junto al primer invernadero la mesa de piedra en la que estaban incisas las líneas rectas que indicaban la dirección en la que se encontraban las ciudades más importantes del mundo; iban por los columpios hacia la cascada, sin pararse en ellos, ante la imposibilidad de jugar por la excesiva cantidad de niños en tal día; para salir del parque, al fin, por el sendero del mamut de piedra cerca del zoo, la costumbre iba afianzando en Guillermo un primer cariño por las cosas que le rodeaban.

Así también los trenes fueron pronto otro instinto de aprecio y gusto. Cuando los psicólogos y algunos escritores, a los que mejor les habría ido seguir también la carrera de los psiquiatras, intentan saber por qué proviene un gusto particular en una persona particular, suelen terminar relativizando los resultados porque es la manera más práctica de no equivocarse. No diciendo nada, nada puede errarse. «*Es instintivo*» es la respuesta de los ignorantes. Este párrafo puede que lo esté escribiendo un ignorante; yo no me considero así, pero esa es mi opinión aunque la opinión propia a mí no me sirva de casi nada. Pero tampoco padezco por ello demasiado. Lo que quiero hacer entrever (y puede que no lo consiga), es que las cosas pueden gustar por sí mismas. Quizá el gusto de Guillermo por los trenes sea algo muy lógico. A muchísima gente le gustan. Creo que a todos, en mayor o menor medida. ¡Cómo no van a gustar esos convoyes formados por multitud de vagones, muchas veces diferentes! A las niñas también les gustan. Cuántos conocidos míos no le daban mayor importancia al tema hasta que no se han parado por casualidad en una tienda de trenes para poder extasiarse en su escaparate. Lo que sí puede ser particular, y ello más que por instinto sea por herencia, sino es que su padre sea ferroviario, es la cantidad de intención que pongamos en las cuestiones de gusto. Y en eso Guillermo siempre va a ser perseverante, excesivamente en ocasiones y por cuya culpa padecerá muchas veces. Para su suerte, será sin embargo la complacencia la que tenga mayor peso en la balanza. Los trenes, grandes y pequeños, verdaderos y de juguete, le van a marcar de por vida.

Un primer y extraño contacto con los trenes de juguete fue el siguiente: su tía, por parte de madre, le bajó de casa de los señores un juguete que ya no servía a sus hijos por cuestiones que ahora no han de venir al caso, porque el mundo de Guillermo es para su suerte aún muy pequeño. Era un tren, pero completo, pues poseía paisaje, estaciones, pasos a niveles, montañas, curvas que divertían y otro tren con el que

cruzarse o perseguirse (ahora no me acuerdo del todo). Hasta algún coche iba por su cuenta y riesgo. El conjunto era una pequeña base que no ocuparía más de 30 centímetros por lado, pero que la maravilla, probablemente alemana, había creado. Los elementos eran todos de metal: montañas, ríos, estaciones, trenes, coches y todo el conjunto poseía un complejo mecánico que hacía que los dos trenes girasen a la vez, cada uno en su dirección, y que al pasar por los pasos niveles éstos tuviesen el cuidado de bajar sus barreras, para que dos cochecillos, que también giraban, se parasen por la causa lógica que Guillermo comenzaba a aprender. Incluso en las estaciones había una pequeña parada, y la salida de las mismas, como la marcha por el paso a nivel, eran acompasadas por los sonidos timbrados de las correspondientes bocinas de aviso. El funcionamiento motriz era mecánico, por medio de una llave con la que había que dar cuerda, pero la duración de cada vez se hacía muy prolongada. Todo ello caracterizaba a dicho juguete como una prenda de alto valor. Por algo provenía ese juego de un lugar que en la misma ciudad existía y con el que sus padres tenían cierta relación. La noche era ya cerrada junto a farolas de mercurio que desde las ventanas del balcón podían contemplarse. Algunas imágenes indefinidas quedaban en su imaginación, pues alguna vez había ido donde servía su tía, y la casa era muy grande, de muchas y escondidas habitaciones, con varios ascensores, con hermosísima portería, y la calle, la **Diagonal** donde yacía, tenía un hermoso paseo de tráfico y de multitud, donde el ajetreo explicaba su existencia. El funcionamiento debería ser innato, religioso diría un filósofo. Absorto Guillermo durante minutos y minutos sobre este tren completamente armonizado, exigiendo infantilmente a sus padres, que estaban con él, que le dieran y dieran cuerda una y otra vez. Hacía un completo trabajo de observación. Comprendía mejor que nunca por qué las barreras bajan poco antes de pasar el tren y cómo después se suben para que los coches continúen su camino. El tren a su salida de la estación también pitaba, y aunque el convoy volviese a repetir siempre el mismo recorrido, entendió que cada vuelta era un viaje completo y nuevo, y que sólo tenía que situar un punto de origen distinto en cada trayecto para sentir la explicación. Las palabras que se vertían entre hijo, padre y madre, el primer y rudo vocabulario ya asociado, afirmaban y respondían a su conocimiento.

En la infancia previa a la que mayormente recordamos, sólo encuentro fogonazos que en nuestra memoria han quedado como historias inconexas y separadas. Pero una mayor concentración en nuestros recuerdos o el regalo que pueda realizar nuestro cerebro un día porque estemos lúcidos, porque algo nos haya impresionado mucho o porque simplemente esté juguetona nuestra mente, puede recitarnos con mayor base argumental aquellas imágenes discordes. Ésta en parte *hipermnesia*, que se dice en términos científicos, a Guillermo no le asustaría de mayor. Él sería de grande una persona muy razonable, práctica y romántica a la vez. Y en ello no hay ninguna contradicción, porque todo depende de lo que cada uno entienda por razonable, por práctico y por romántico. Una pista: hoy día la razón excesivamente materialista, que caracteriza nuestro mundo, es muy distinta de la razón antigua e incluso totalmente contradictoria a muchas de las premisas del

conocimiento empírico de los siglos XVII y XVIII. Un **Spinoza**, un **Malebranche**, un **Pascal**, incluso un **Descartes**, me dan todavía esperanza. **Hume**, y sobre todo **Bacon**, ya no os hablo de un **Adam Smith**, comienzan a darme mucho miedo.

2) *Los sueños, el sentido propio del periodo y los primeros días de colegio.*

Como fuerte fogonazo quedó la temporada que pasó en cama con la enfermedad del sarampión, y de ella, lo más importante fue recordar todo su malestar, toda la sensación de picor y calor que sintió durante aquellos horribles días. Tuvo que estar durante más de una semana sin apenas ropa, y aunque ya se estaba en la primavera, sobre el mes de abril, los días algo fríos todavía acudían como síntomas del clima. Guillermo, sin embargo, no recuerda haber pasado jamás tanta calor. Todo lleno de manchas rojas, las máculas se extendían como un odioso compañero de viaje; por todos los sitios aparecían, menos por las plantas de pies y manos (otro ejemplo de lo que la inaudita naturaleza le esperaba regalar). Parecía que jamás iban a desaparecer, pero su madre ya bien le decía que el sarampión era una enfermedad infantil y que en pocos días se irían. Eso sí, debía cuidársele, y él hacer caso a lo que sus padres le recomendaban, en especial a su madre, la cual iba a ser, aparte de él mismo, el recuerdo humano inseparable a su enfermedad. *«Tápate solo con la sábana por la noche; de día irás solo en calzoncillos, las ventanas del comedor deben estar abiertas casi todo el día porque continuamente hay que airear tu habitación para que el mal desaparezca lo antes posible y no se te quede; a nosotros no se nos pega porque ya la pasamos de pequeños; únicamente sale una vez en la vida porque después te inmunizas para siempre; y esa luz colorada de la lamparita (formada por un papel de color que cubría la pequeña pantalla), no te molestará a los ojos; no te des nunca la luz grande»*. Con todos estos consejos y razonamientos su madre le cuidó y muy bien. El conocimiento había llegado a esta sociedad rural que hacía poco había emigrado a la ciudad, el centro de redistribución de la sabiduría mayormente científica.

Fueron días y sobre todo noches terribles de fiebre. Las terribles pesadillas las recuerda por primera vez en esa época. Tenía miedo a quedarse dormido porque las imágenes recurrentes que le causaban tanto temor, y que le obligaban muchas veces a dar chillidos, se le apoderarían nada más conciliar el sueño. Ese mismo espacio obscuro alargado que por encima tenía una extraña especie de estrellas o puntos de luz, y que por debajo se perdían en estrías rojizas, era el que culminaba el terror que iba en aumento tras el mismo argumento de cada día. Más que por la misma estética de la pesadilla, era por la impresión del mal sueño por la que se doblaba. Sentía mucho más que si estuviera despierto ese hondo vacío que, o bien le lanzaba hacía el suelo para de pronto aplastarse el techo contra él, bajo una continua e insoportable sensación de ahogo. Conocía ya al pie de la letra la narración de la pesadilla, sabía lo que inmediatamente vendría a continuación del presente párrafo de ensueño, de lo inevitable que era luchar contra la exposición de sus horribles sensaciones, porque

forzosamente el argumento estaba hecho y debía continuar, como el último suspiro del mismo, que acababa en el agudo grito y en el repentino despertar frente al vacío de la noche. También recuerda que habían en el previo desenlace unos diminutos hombrecillos, en forma de dibujos de papel, que se desplazaban a tremenda velocidad y que colaboraban en el todo volumen de la escenificación rapidísima de las sensaciones que iban y volvían. El cuerpo, tan pronto ascendía por encima de su cama como por debajo, se veía a sí mismo desde lo alto, se veía caer desde las nubes, vestido de paracaidista (esta escena en los sueños más febriles apenas se producía) y hasta con la luz encendida del cuarto, y que tanto le molestaba, y que por lógica no estaba encendida cuando todo era normal. ¡Qué horrible sensación la de sentir semejante pesadumbre por culpa de la realidad, muchas veces cotidiana, pero de manera ahora tan irreal! Y ese miedo le iba a acompañar durante muchos años por siempre. Todavía en la edad adulta tiene alguna noche en la que de repente se le aparecen los viejos monstruos, pero debe ser mucha la fiebre que le trastorne, y aún así la capacidad de razonamiento que actualmente posee, evita el terrible sueño. Cuando se despertaba gritando, el silencio seco de la noche únicamente le acompañaba. En alguna ocasión temía que viniera su madre a su lado para consolarle. Le avergonzaba despertar a sus padres, haber formado el escándalo, porque el sentido de la vergüenza ya lo tenía muy desarrollado, aquel extraño rubor que tanto le va a costar superar (como dicen después ciertos libros). De todas maneras, se hacía inmediato poco después el reposo, el descanso tras el sufrimiento, por dos motivos: uno evidente e inmediato, el del propio hecho de que la historia de terror hubiese terminado, y otro porque generalmente a la pesadilla sucedía la calma de manera forzosa, para hacerse extensible durante toda la noche. Solamente el sueño le era recurrente en los puntos más culminantes de la fiebre y de la enfermedad, cuando el termómetro marcaba entre treintainueve y medio y cuarenta. Era durante esas noches cuando el sueño se hacía eternamente horrible y hasta cuatro y cinco veces sus gritos desgarraban la noche. Jamás tuvo claro si realmente se levantaba sonámbulo en estos periodos. Sentía que iba cerca de la cama de sus padres, donde estaban durmiendo, les llamaba, él tenía esa sensación, iba hasta la tele del comedor, por la cocina, viendo entre la obscuridad y la débil luz nocturna, para terminar volviendo a su cama para acostarse de nuevo. En ocasiones sentía que se dormía de pie, pero que no le preocupaba en absoluto, porque sabía que iba a aparecer sobre la cama sin ningún problema. Era imposible caerse.

Las sensaciones extrañas a estas edades nos parecen más por la propia edad que por el motivo real que parece producirlas. Sin embargo, a Guillermo de mayor le costaba reconocer semejante razonamiento porque ahuyentaba el objeto posible del acontecimiento y que él veía como real. Mucho más tarde, andando los años, debo soltar lastre e incluso apoyar la idea del mismo Guillermo. No es que crea irremediabilmente en su opinión, en el cien por cien de su concepción, pero ¿por qué no es la misma edad la que produce esa extrañeza por el hecho de ella misma? Me explico. En nuestra idea del progreso creemos que siempre nos deberemos ver

obligados hacia el avance incontenible. Podemos sufrir retrocesos, que el desarrollo se vea muy frenado, pero al fin el éxito debe colmar la idea última. No se pretende conllevar una vida mediana y consecuente según las circunstancias, fructífera, porque el dolor del camino mismo enseña a reconocernos y a prescindir de nuestros consabidos desmanes de orgullo. ¡No!, únicamente el éxito final es el fin cuando es el propio camino el que debe servirnos de libro de primaria. Guillermo tenía su parte de razón como yo la mía. De pequeños vemos las cosas de cierta manera, las idealizamos, pero el concepto de esta frase siempre se desarrolla a posteriori, y sobre todo, cuando tenemos cierto nivel de razonamiento que después llamamos con el nombre genérico de inteligencia. Pero Guillermo tiene su éxito al creer que la misma infancia posee vida por sí misma y que los únicos recuerdos verdaderos son aquellos que nos quedan más difusos e incomprensibles, porque son los únicos que no han sufrido el filtro de nuestra actual reflexión. Cuando ordenamos y abstraemos las cosas porque nos gustan, formando un planteamiento cuasi científico del correspondiente deleite, avanzando en el tiempo perdemos la esencia misma que las han provocado. El gusto fue original, esencial de la primera infancia, pero su reducción lo aleja de aquellas maravillosas impresiones que solo en sueños o en algún despistado recuerdo nos aparecen de nuevo. La vida propia de la primitiva infancia ya no volverá porque el aprendizaje diario nos aleja de aquel mundo divino, religioso, extraño y desconocido. Conociendo olvidamos ese maravilloso placer del primer sentir en el mundo, del sentir un día de la vida de aquí en la Tierra, pero sin preguntarse por las ideas filosóficas del sentido de la existencia, sino por el propio proceder del momento. Esos momentos puramente sincrónicos, que no quieren obedecer a ninguna mayor explicación, hacen que el diacronismo aún no sea entendible más que en el transcurso mecánico de los días y que el niño acepta con toda su evidencia. El narrador ha de darle cierta razón a Guillermo, porque esos momentos de la primera infancia, como parte de la segunda y de la primera adolescencia, se enmarcan en el libre desconocimiento del razonamiento humano. La vida adquiere otra explicación. Hemos de crecer, pensar, entender, acostumbrarnos a los avatares de la vida según nuestro rango social y según la medida de nuestras posibilidades, pero olvidar tan tajantemente ese primer mundo es un error, pues nos hace tercos, ideólogos y hasta insensibles. ¿Por qué nunca atemperamos nuestro pensamiento? ¿Por qué no podemos ser prácticos al tiempo que idealistas, como idealistas al tiempo que prácticos? Y aquí no deben entrar las vulgaridades extremas de ambas concepciones. Ni ovis ni meros denarios, sino que un poco de sentimiento, unido a la comprensión razonada de nuestro entorno, nos preparan para conllevar mucho mejor nuestros avatares cotidianos, para ser verdaderos humanos, porque casi siempre anteponemos nuestra ideología a los hechos verdaderos. Y de hipócritas ya hay bastantes. La propaganda en eso nunca fue con Guillermo. En su etapa actual se parece más a mí como yo me he ido pareciendo más a él. Guillermo se ha contemporizado, ha unido a su a veces extremo idealismo la ironía en él siempre innata, formando un ideario de genuino humor. Yo por fin río mis errores y no los meros ajenos, veo películas de **Drácula** y no me importa leer a **Quevedo** y a **Lovecraft** a la vez.

Así Guillermo recuerda aquellas tardes en la habitación de sus padres, solo en la cama de matrimonio, donde la colcha de raso le obsequiaba con su ligero frescor. El raso es una tela fresca, brillante, pero horrorosa para el contacto entre los dientes. No sabría decir cuándo ni cómo ni por qué procedió desde aquella época a martirizarle el contacto imaginario del raso u otra tela parecida entre sus dientes. La naturaleza humana tiende a retroceder en el espacio y en el tiempo para saber del origen de las cosas, pero cuando cree en muchas de ellas y a un paso tan solo por retroceder, observa tras la loma, de manera horrorosa, que las estas cosas, que no todas, obedecen a una cuestión lógica de los acontecimientos, porque ya no se obedecen por otras sino por sí mismas. El raso entre los dientes produciría una sensación muy desagradable al mentarla, como el azúcar nos parece dulce y la sal salada. Vistas así las cosas parece más fácil el entendimiento.

De igual manera, sin que hubiera una explicación alternativa, cuasi freudiana, el malestar se apoderaba de él cuando la sanfaina se le presentaba en el plato, y más cuando ella única era a la vez el condimento y el plato. La reprensión de su madre y de su padre por las noches (recuerden que sus padres eran humildes obreros), desarrollaría otras consecuencias, miedos y temores al cachete, lo que ello en cierta proporción crearía una conciencia bastante fuerte en su caso, porque el castigo no era ni constante ni máxime. El perdón venía a las horas o al día siguiente, cuando otro plato hacía olvidar los anteriores pesares. En otro niño, el carácter de su madre y de su padre proporcionaría verdaderos descalabros porque el castigo era medio. En un tío suyo el miedo se tornaría en fuertes disensiones en el futuro. En el propio Guillermo sus padres proyectaban puntuales odios que muy pronto desaparecían. Ese mal genio suyo o enfermedad de un instante, se traduciría en el futuro en una ira contra la injusticia, que todo lo revienta, pero que desaparece a los pocos momentos. El maltrato de profesores, de otros niños o lo que él consideraba malo, hacían ladrar al perro unos segundos, algunos minutos. Lloraba y se iba con fuerte dolor de anginas a la cama, rememorándose incluso con placer la iniquidad cometida sobre él. Era incomprendido, maltratado como **Calimero**. Pero como le ocurre a cierta manipulación que dice hacerse con la leche industrial pasteurizada, el arranque sería brusco y rotundo, pero muy puntual, por lo que los microbios puede que hasta se olviden pronto del castigo recibido, con lo que sus pretendidas funciones patológicas puede que no hayan llegado a desaparecer totalmente. La sanfaina tenía una textura y unos diluidos colores que de mayor se convertirían en la explicación de uno de sus mayores manjares. Guillermo se nos muestra ya como un ser en apariencia bastante paradójico y contradictorio. El necesitaría de muchos más años que otr@s para saber reelaborar su proceso de madurez. Otros, sin embargo, morirán sin haberlo conseguido. No puede quejarse nuestro pequeño héroe entonces, ni se queja ya de mayor. Hasta se muestra satisfecho en ocasiones, pero también se pregunta ¿para qué tanto sufrimiento? Dicen los expertos que eso es lo que nos convierte en hombres y mujeres, en pequeños diosillos que tenderán al bien. Bueno..., pero si las cosas se explicasen mejor, si no hubiesen profesores ni niños malos, compañeros de trabajo dañinos, transeúntes diablos, se sufriría mucho menos y la madurez se alcanzaría sin

trabajar durante tanto tiempo en vacío, porque muchas cosas machacan y machacan a las personas para que éstas ni lleguen a ningún conocimiento, sino a desarrollar comportamientos patológicos que a su vez tenderán a repetirse de mayores para hacer sufrir a sus semejantes. Las cosas buenas y malas deberían desenvolverse en las proporciones justas para que el rendimiento fuese lo más saludable posible. En Guillermo, por parte de sus padres fueron bien justas, pero por parte de la escuela y de cierta parte de la sociedad, dado su carácter sensiblero y taimado y su propensión a la enfermedad, le conminaron al miedo y a la callada rabia; así que sus respuestas frente a parte de las dificultades de la vida no serían normales, sino demasiado amplificadas e incorrectas. Muy poco a poco fue perfeccionándose, pero la base patológica le refrenaría y le obligaría a resultados completamente erróneos, por lo que no sería hasta muy tarde cuando gozaría, en cierto sentido, de la vida, pues ésta, a menudo, tampoco lo tenía, por lo que el lío se le hacía muy gordiano. A grandes rasgos hemos hecho y adelantado un estudio psiquiátrico-psicológico de nuestro personaje, por lo que a partir de ahora solo quedará añadir nuevos argumentos, muchos de los cuales se significarán por sí mismos y por la traducción que de ellos hará nuestro héroe, lo que para al menos a este narrador convertirá la correspondiente obra en algo muy vivo, a pesar del estilo que a primera vista nos parece tan muerto.

Los primeros recuerdos de la escuela también son bastantes desligados y diluidos. El sol era muy blanco sobre aquella aula alargada donde unas mesas sentaban a unos alumnos a su alrededor. Estaban tres enfrente de otras tres y eran cuatro los infantes por mesa. Abajo, en la planta dos, no en la tres donde ellos debían subir más y más escaleras, a pesar de sus más ligeras piernas, la clase emanaba un ambiente muy superior, que no por su menor nivel topográfico. El aula se obscurecía en seguida por las tardes de invierno, la luz eléctrica debía encenderse pronto, mientras que en la de párvulos rara era la ocasión en que se encendía un poco antes de salir. Las mesas de los mayores eran largos pupitres donde cabían hasta ocho y nueve alumnos, formando además una larga alineación de los mismos que asemejaba un perfecto ejército alineado para el posible desfile o el inmediato ataque racional romano. La clase de los mayores estaba abajo y sus componentes les sacaban un palmo o dos a los críos de arriba. Sin embargo, dos años después Guillermo bajaría a ese anhelado nivel, aunque fuera en la parte de atrás del aula, porque en la misma también había distinciones y nada menos que dos más. Estaban los alumnos de seis, siete y ocho años juntos, que iniciarían poco después la nueva enseñanza de la **E.G.B.**

Los primeros trazos que se realizan en el papel parecen ser muy claros cuando son realizados por el propio autor y en el mismo momento. Los psicólogos del niño y de la educación intentan definir las bases principales del hecho, pero casi siempre los preceptos pretendidos quedan en la simple intuición cuando investigan con sus propios recuerdos y con el de los demás. Es el contacto con el niño directo cuando se consiguen percepciones más cercanas. Guillermo, de mayor, recordaba esa época de los primeros garabatos como algo casi incomprensible. Huía de la torpe explicación que versa sobre la inoperancia de aquellos primeros años, porque sabía por ideología

que deben respetarse los momentos puntuales. Pero ese saber no pasaba de ser mera artificialidad, de la más simple de las fes. Debe existir una mínima explicación emocional que dé sentido a los hechos, incluso a los que se corresponden con las creencias. El autor se siente completamente despistado y difuso si se envanece en mantener sobre el pasado esta superioridad adquirida en el presente y que así se ha establecido a lo largo del tiempo. En el momento de dibujar, los niños estos son muy conscientes (o deben serlo) de lo que están haciendo. Muy bien ellos saben lo que quieren dibujar y lo que pretenden. Al menos parecen concebir que el objeto del mismo es el mero divertimento. Pero si nos empeñamos en catalogar desde el ángulo del mañana estas preciosas sensaciones de nuestra infancia, terminaremos por pensar que de niños todos fuimos unos tontos. Guillermo muchas veces recordó en una nube sin fundamentos estas primeras actividades plásticas de su infancia. Cuando la razón de su espíritu se impuso, dio paso a una fe primeriza para más tarde encontrar en el fundamento de otra teoría, mucho más fresca, la tranquilidad. Las cosas debieron de haber ocurrido de manera más natural, propias de la época en que se desarrollaban. Los conocimientos van llenando el vacío existente en la mente del niño, pero este vacío no debe ser inicuo, como simplemente lo entendemos hoy, sin nada. Este vacío de la infancia posee ya su propia dirección, la del instinto que él mismo le guía y por el cual le guían desde el exterior. Es como una nada llena. ¡Sí!, ¡hombre!, ¡mujer!, como la nada de la que proviene todo. ¿Para qué están los ojos y los oídos? Esta teoría le quedaría confirmada, según su parecer, cuando en forma de fregonazos le venían aquellos recuerdos profundos a su conciencia. Meramente duraban ráfagas de segundo, pero eran fotografías, instantáneas reales que habían quedado en su memoria sin haber pasado por el filtro posterior del razonamiento. Sin la razón del mañana comprenderíamos mucho mejor el mundo de los niños.

A los cinco años, sobre el 67, con el fondo de aquellos **Beatles** evolucionados, progresistas (desde el punto de vista musical estoy hablando), Guillermo confeccionó desde septiembre hasta el último día de escuela, antes de las vacaciones de Navidad, un magnífico álbum que contenía todos los dibujos y composiciones confeccionados en las horas de trabajo manual. La ilusión de que sus padres viesan su magnífica obra como el más bello regalo que él les podría hacer desde su única posibilidad, le llenaron de ilusión aquellos tres meses previos. Comprendió como nunca antes el significado de trabajar para que admirasen su esfuerzo, y sobre todo, para justificarse a sus padres. Ellos le alimentaban, le vestían y le cuidaban. Esta tríada completa que un lenguaje cientificista no va más allá de su mera exposición de conceptos y que pudre todo sentimiento y explicación humanas, se concebía ya en Guillermo en un inextricable mundo de sentimientos que se conjuntaban con el común pegamento del amor. De mayores, cuando la razón nos acude más que nunca -esto es lo que suponemos porque creemos que aglutinamos mejor la boca para hablar-, caemos en la mera exposición materialista de las cosas. Es explicable en personas que no hayan tenido una infancia cariñosa, suficientemente llena de afecto, pero que sean personas que han recibido el feliz aliento del cariño las que se empeñen en nominar meramente los conceptos humanos, hará que se subleve en el futuro el carácter de Guillermo

frente a este hecho. También comprenderá que este comportamiento paradójico tiene su perfecta explicación. Puede que una persona se vuelva torpe por el empeño que pone en ordenar las ideas de manera abstracta para su más fácil manejo, que acabe, por la misma naturaleza del proceso intelectual que ello conlleva, perdiendo la sensibilidad suficiente que dé contenido a las cosas, pero la insensibilización deberá explicarse por otros medios. Uno puede ser cruel durante unos periodos, pero si el fondo de su corazón es la compasión, tarde o temprano reaccionará para al menos perdonarse a sí mismo esa brutalidad momentánea que le es imposible evitar en ocasiones. Las personas son, se transformarán con el tiempo, pero la transformación es más lógica que se produzca dentro de una misma ideología y carácter. La Humanidad tendría solución si los caracteres fuesen fácilmente maleables al reconocer enseguida sus propios errores.

Cuando quedaban dos semanas para la definitiva encuadernación en aquel cartón verde de las muchas finas hojas blancas que Guillermo había dibujado, su aliento crecía día a día los martes y jueves por la tarde, que era el tiempo escolar que disponían para ello. Cuando aquel viernes, por la tarde también, antes de irse todos de vacaciones -era el día especial-, entregó el libro bellamente grapado a su madre, fue recompensado inmediatamente con los halagos, caricias y besos de su madre. Su mirada no le engañaba. Todo el esfuerzo había valido la pena y ahora comprendía perfectamente por qué había valido la pena todo aquel esfuerzo, que ya de por sí le había producido más placer que trabajo. Las demás asignaturas fueron aprobadas: la caligrafía y la primera y sencilla aritmética le habían causado muchas veces regañinas de la profesora y esfuerzos consumados de repetición. Entendía que ello debía tener un objetivo porque tan claramente se lo decían sus padres: «*Así te harás un hombre como nosotros.*» Y él, refundándose en esos actos de fe que se nos imponen desde fuera durante la infancia, sabía lo que debía hacer en esta vida aunque no comprendiese del todo su mecanismo. Aquel libro bellamente encuadernado, donde pasó los mejores ratos del cole en aquella época, fue el lindo lazo que cerraba todo un primer capítulo de esfuerzo. Qué mejor que concluir con lo bello.

* * *

En la octava parte de la obra de LEON TOLSTOI Ana Karenina, existe un magnífico tesoro de la explicación de la vida, desde el horroroso materialismo hasta el funesto fundamentalismo, para alcanzar un fino equilibrio que Guillermo en su etapa de mayor siempre anhelará. La vida es así de sencilla; lo demás es troquelarla para no aburrirnos (dirían los primeros, esos materialistas aburridos e históricos). Los segundos no pasan del imperativo por el que todavía más nos aburriríamos. Los terceros no tienen ningún problema en equilibrar bondad y pasatiempo, porque al pensar con el corazón surgen muchas más bonitas palabras de sus bocas que las esperadas. Por eso no se citan. El mal es múltiple, pero el bien, que tan difícil es de alcanzar, multiplica también las posibilidades. El mal es muy fructífero para construir cualquier guión, pero siempre son los mismos pecados. El bien requiere un esfuerzo

en nosotros mismos mucho más profundo, más que en los protagonistas, por lo que llegar a alcanzar un resultado con él, se hace posible, pero es mucho más dificultoso:

OCTAVA PARTE

VIII

Desde que Levine, junto al lecho de su hermano agonizante, había entrevisto el problema de la vida y de la muerte a la luz de «sus nuevas convicciones», como él llamaba a las ideas con que, de los veinte a los treinta y cuatro años, había sustituido a las creencias de la infancia, la vida le pareció aún más espantosa que la muerte, porque ignoraba de donde venía la existencia, qué significaba y quién nos la había dado. La destrucción del organismo, la permanencia de la materia, las leyes de la conservación y desarrollo de las fuerzas...; estas frases habían reemplazado su fe anterior. Tales teorías científicas tenían sin duda un gran valor desde el punto de vista intelectual, pero no daban nada a la vida. Y Levine comprendió que su situación era semejante a la del hombre que en pleno invierno cambia un abrigo de pieles por un traje de tul; advertía, no por medio de la razón, sino a través de sus sentidos, que se hallaba tan desnudo como aquél y condenado a morir irremisiblemente.

Desde entonces, sin que cambiara nada en la parte externa de su vida y casi sin que él se diera cuenta de ello, Levine no cesó de sentir el terror de su ignorancia, consciente de que aquello que él llamaba sus nuevas convicciones, lejos de dar luz a su razón, le impedía adquirir los conocimientos que tanto necesitaba.

El matrimonio, con sus alegrías y sus preocupaciones, ahuyentó esas ideas, que volvieron a acosarle con persistencia creciente después del alumbramiento de su mujer, cuando se hallaba en Moscú sin ocupaciones. Tenía una necesidad absoluta, imperiosa, de resolver esta cuestión.

Levine se preguntaba: «Si no acepto las explicaciones de la religión cristiana respecto a mi existencia, dónde encontraré otras?» Y escudriñaba en sus teorías científicas, sin descubrir nada que pudiese parecerse a una respuesta a su pregunta. ...

Un detalle le preocupaba y le desconcertaba especialmente. ¿Por qué los hombres que, como él, habían sustituido la fe por la ciencia, vivían satisfechos y felices, sin experimentar, al parecer, ningún sufrimiento moral? Serían que no eran sinceros o que la ciencia les respondía mejor que a él a las difíciles preguntas que le hacían? Y empezó a observar a estos hombres y a estudiar los libros que podían contener las soluciones ansiadas.

Y lo que descubrió fue que había descubierto un grave error al admitir, en unión de sus compañeros de universidad, que la religión había terminado su cometido y era ya una cosa muerta. Todos aquellos seres a quienes él estimaba o amaba, conservaban la fe. El anciano Duque, el simpático Lvof, su esposa y las demás mujeres de la familia..., todos seguían creyendo como él había creído en su infancia. También era creyente el noventa y nueve por ciento del pueblo ruso, aquel pueblo por el que tanto cariño sentía.

Después de haber estudiado infinidad de obras, se había convencido de que los materialistas, cuya doctrina profesaba, no tenían sobre las cuestiones que le preocupaban ninguna visión propia y que, en vez de explicar esos puntos sin cuya solución la vida parece imposible, se limitaban a negarlos, a darles de lado, para profundizar en otros temas tan diferentes como el desarrollo del organismo, el funcionamiento del alma, etcétera.

Durante el alumbramiento de su mujer, Levine había pasado por una extraña experiencia; pese a su incredulidad, había rezado con sincero fervor; pero después, cuando recobró la tranquilidad, se mostró de nuevo impenetrable para la fe.

Levine no quería admitir que en aquellos momentos se le había mostrado la verdad y que se equivocaba ahora. Todos sus razonamientos se venían abajo, faltos de base. Bien mirado, si admitía que sus plegarias habían caído en el vacío, debía considerarlas como una prueba de debilidad, y esto se resistía a hacerlo porque, en tal caso, habría tenido que desdeñar unos sentimientos cuya grandeza reconocía. Era una incertidumbre de la que ansiaba salir a toda costa, y la lucha interna que mantenía para conseguirlo le sumía en un estado de continuo mal humor.

IX

Estos pensamientos le atormentaban y obsesionaban con variable violencia, pero nunca le abandonaban por completo. Leía y meditaba, pero el fin que con ello perseguía parecía cada vez más lejano.

Finalmente, en los últimos días de su estancia en Moscú, y luego en el campo, convencido de la inutilidad de buscar en los materialistas la respuesta a sus dudas, se dedicó a leer nuevamente las obras de Platón, Spinoza, Kant, Shelling, Hegel y Schopenhauer, es decir, los filósofos que explican la existencia de un modo no materialista. Todos ellos le satisfacían mientras podía oponer sus opiniones a las ideas y enseñanzas de los materialistas; pero, desgraciadamente, cada vez que buscaba en aquellas lecturas la solución de algún problema, se sumía de nuevo en la perplejidad. Las palabras «espíritu», «voluntad», «libertad», «substancia», presentadas sin ninguna definición, solo tenían algún sentido para su inteligencia mientras seguía el hilo de las deducciones y construcciones ideológicas de aquellos filósofos, pues entonces caía en la trampa de sus sutilezas y tenía la sensación de que empezaba a comprender algo. Pero cuando miraba todo aquello a la luz de la vida real, el tinglado se desplomaba y ya no veía sino un cúmulo de palabras que no tenían relación alguna con ese algo que es más necesario para la vida que la razón.

Durante toda aquella primavera pasó horas muy amargas y dejó de ser el hombre de siempre.

«No puedo vivir sin saber lo que soy y por qué existo, y, sin embargo, no logro saberlo, lo que es lo mismo que no vivir -se decía-. En lo infinito del tiempo, de la materia y del espacio se forma una célula orgánica, permanece un momento y, al fin, estalla.... Esa célula soy yo.»

Tal sofisma era una mentira cruel, y esta mentira, el único y supremo resultado del pensamiento humano en el curso de los siglos.

Era la creencia final en que se fundaban las investigaciones más recientes del espíritu científico; era la convicción de moda.

Levine, sin razón alguna, tan sólo porque esta teoría le parecía clara, la había adoptado.

Sin embargo, semejante conclusión le parecía más que un sofisma: veía en ella la burla despiadada de algún espíritu maligno, perverso y odioso, contra cuya influencia debía luchar.

Consideraba un deber sustraerse a ella, y el medio de conseguirlo estaba al alcance de todos: para no depender de aquella fuerza ruin había que buscar la muerte.

Y Levine, feliz esposo y padre de familia, estuvo tan cerca del suicidio, que, temeroso de ceder a la tentación, puso fuera de su alcance las cuerdas con que se podía ahorcar y la escopeta de caza.

Afortunadamente, se sobrepuso a tan funesta inclinación y siguió viviendo.

X

Cuando Levine se preguntó qué era y para qué existía, sin hallar respuesta, se desesperaba y cesaba en sus indagaciones. Sin embargo, entonces creía comprender cómo debía obrar en la vida, y procedía con resolución. Paradójicamente, le parecía que su existencia tenía una finalidad más definida que antes.

Regresó al campo a principios de junio y reanudó sus acostumbradas tareas. La dirección de los trabajos agrícolas, las relaciones con los campesinos de la vecindad, la administración de los bienes de sus hermanos, su mujer, su hijo, la caza, el cuidado de los enjambres de abejas salvajes -esto último constituyó su más apasionante ocupación de aquel año- llenaba todo su tiempo.

El interés que ahora ponía en sus negocios no era el mismo de siempre. Antes aplicaba a ellos principios de utilidad general, lo que le había proporcionado más de un desengaño. Ahora, absorto en sus ideas y obligado a atender a sus múltiples ocupaciones, se limitaba a cumplir su deber, seguro -así se lo decía su instinto- de que no debía obrar de otro modo.

Antes, casi desde su infancia, la idea de realizar una buena acción por la humanidad, por Rusia o por los campesinos le procuraba una dulce alegría; pero cuando la ponía en práctica sufría una decepción. Ahora, desde que se había casado y se limitaba a cumplir los deberes familiares, trabajaba sin alegría pero también sin vacilaciones, y observaba que los resultados eran satisfactorios. Iba por la vida como el arado que abre un profundo surco en la tierra: en línea recta y sin interrumpir su marcha.

Vivir siguiendo el ejemplo de sus antepasados, sin descender desde su altura cultural, y educar a sus hijos, le parecía tan indispensable como el pan de cada día. Y para ello necesitaba hacer trabajar la tierra de modo que le produjese y que pudiera legarla a sus hijos en tales condiciones, que ellos le sacaran provecho y le agradecieran sus fatigas. Todo esto lo consideraba un deber indiscutible, y sabía que para conseguirlo tenía que vigilar él mismo los trabajos de abonar, arar y sembrar, en vez de encomendar esta misión a los colonos. ...

... Así vivía Levine, siguiendo un camino recto y claro, y sin entrever la posibilidad de hallar explicación al misterio de la existencia, misterio que le atormentaba hasta el punto de que había llegado a temer suicidarse.

XI

El día de la llegada de Sergio Ivanovitch a Pocrovskoyo, Levine se sentía abrumado por aquellos dolorosos pensamientos.

Era la época más agitada del año, esa época en que se requiere un esfuerzo extraordinario de músculos y de voluntad, esfuerzo del que no se dan bien cuenta los campesinos que han de realizarlo, debido al hábito que crea en ellos su repetición periódica y a la sencillez de las tareas. Segar, trillar, recoger los granos, arar y sembrar son labores que no pueden asombrar a nadie; pero, para ejecutarlas en el breve espacio de tiempo que concede la Naturaleza, es necesario que grandes y chicos se apliquen al trabajo con ardor. Durante dos o tres semanas hay que contentarse con pan y cebolla, acompañado de cidra hecha con pan de centeno, y no descansar en todo el día y muy poco por la noche, pues el sueño se ha de reducir a dos o tres horas. Esta febril actividad se repite año tras año en toda Rusia. ...

... «Entonces se curó, pero pronto la enterrarán. Y lo mismo ocurrirá, un día u otro, a aquella joven que lleva una chaqueta roja y que con tanta agilidad remueve la paja para separar el grano. También morirá el viejo caballo que hace girar la noria. Y Fedor, que dirige el trabajo, ese Fedor de barba negra y rizada. Y no sólo irán a pudrir tierra todos ellos, sino que el mismo camino seguiré yo. ¿Para qué, pues, todos estos afanes?»

Así pensaba Levine, pero, entre tanto, no cesaba de consultar su reloj para saber las gavillas que se podían trillar en una hora y calcular el trabajo de todo el día.

«Acaban de empezar el tercer haz y ya ha pasado casi una hora», se dijo, mientras se acercaba a Fedor, que gobernaba el funcionamiento de la trilladora.

- ¡Pones demasiada cantidad! -gritó con toda la fuerza de sus pulmones, a fin de que el capataz le oyese a pesar del ruido de la máquina. Y añadió:- Por eso no se va bastante de prisa. Hay que poner la cantidad exacta.

Fedor, sudoroso y ennegrecido por el polvo, respondió algo que Levine no pudo oír.

Al fin, viendo que las cosas no se hacían a medida de sus deseos, Levine apartó al capataz y ocupó su puesto.

Estuvo trabajando hasta la hora en que los jornaleros se sentaron a comer. Entonces Levine fue al encuentro de Fedor y, apoyándose en una hermosa gavilla de trigo que se guardaba para simiente, se puso a conversar con él, empezando por hablarle de un rico labrador llamado Platón, que no había querido tomar en arriendo unas parcelas que los años anteriores Levine había cedido en alquiler a otro.

- El precio es demasiado elevado, Konstantin Dimitrievitch -dijo Fedor.

- Pues bien lo pagó Kirilof el año pasado.

- Mitiuja -repuso Fedor, dando este apodo a Kirilof con acento despectivo- sabe sacar dinero de todas partes, porque no tiene reparo en despellejar al prójimo. El tío Platón no puede pagar lo mismo, porque se compadece de los pobres, y, si es preciso rebajar los precios, los rebaja; y, si hay que prestar dinero, lo presta.

- No sé por qué he de rebajar los precios y prestar dinero.

- No todos los hombres son iguales: unos viven para su estómago, como Mitiuja; otros, para su alma y para Dios, como el viejo Platón.

- ¿Qué significa eso de vivir para el alma y para Dios -exclamó Levine.

- La explicación es muy fácil: vivir para Dios es vivir para la verdad. Todos no somos iguales. Usted, por ejemplo, no es capaz de hacer daño ni al último de nosotros.

- Claro..., claro... -balbuceó Levine, profundamente impresionado.

Y, cogiendo su bastón, se dirigió a su casa a paso rápido.

Vivir para Dios... Vivir para la verdad... Vivir para el alma.

Estas palabras hallaron eco en su corazón, y pensamientos confusos pero fecundos, surgiendo de algún rincón profundo y misterioso de su cerebro, donde habían permanecido ocultos, llenaron su mente y empezaron a centellear con luz cegadora.

XII

Levine caminaba a largos pasos, dominado por una sensación que no había experimentado jamás.

Las palabras de Fedor le habían producido el efecto de una descarga eléctrica. A consecuencia de esta sacudida, el enjambre de ideas vagas y oscuras que últimamente habían ocupado de continuo su cerebro, empezaron a fundirse y precisarse, llenando su corazón de una alegría nueva e inexplicable.

«Vivir para Dios... ¿No es una insensatez pretender vivir no para nosotros mismos, sino para un Dios al que nadie comprende ni sabe definir? Sin embargo, yo he comprendido esas palabras insensatas y ni he dudado de su veracidad, ni me han parecido falsas ni oscuras. Les he dado el sentido que les da Fedor. Quizá no he comprendido nunca nada con tanta claridad. Esto lo sé yo, lo sabemos todos y se sabe en el universo entero sin que nadie abrigue sobre ello la menor duda.

»Yo buscaba un milagro que me convenciera, un milagro evidente que me indujera a creer. Pues bien, ya lo he encontrado. Este milagro estaba a mi alrededor, por todas partes, y yo no lo había advertido.

»Fedor dice que Mitiuja vive para su estómago. Bien sé lo que significan estas palabras. Todos los seres que sólo nos guiamos por razonamientos vivimos de esa manera. Pero Fedor afirma que esto está mal, que debemos vivir para Dios, de acuerdo con la verdad, y también estas palabras las comprendo claramente. Yo y millones de hombres, sean ricos o pobres, sabios o necios, estamos de acuerdo en una cosa en la que ha existido la misma unanimidad en todas las épocas; debemos

vivir para el BIEN. Precisamente es éste el único conocimiento claro, indudable, absoluto, que poseemos. Si no podemos llegar a él por el camino de la razón es porque choca con ella, debido a que carece de causa y efecto. Si el bien tuviese causa, no sería lo que es, del mismo modo que no podría serlo si tuviese sanción o recompensa. Esto lo sabemos todos. ¿Puede haber milagro más grande...? ...

... »¿He hecho algún descubrimiento? No. Me he limitado a volver a sentir aquellos impulsos que me dieron vida en otros tiempos y que hoy me la vuelven a dar. Advierto que me he librado de un error, que he encontrado al dueño de mi ser. ...

... En cambio, ahora ya conozco esa finalidad, que es vivir para Dios y para el alma. A pesar de su sencillez, este concepto es grandioso e inescrutables... ¿Era el orgullo lo que me cegaba? Sí, y, además, mi estupidez y mi desconfianza..., desconfianza y maldad.»

Cambió de postura y rememoró el curso que habían seguido sus pensamientos en los dos años últimos, desde que, en presencia de su hermano agonizante, le había trastornado la idea de la muerte. Entonces comprendió con toda claridad que el hombre que no tenía más perspectiva que el sufrimiento, la muerte y el olvido eterno necesitaba, si no quería recurrir al suicidio, explicarse el problema de la vida de modo que no viese en ella una cruel ironía de algún genio maléfico. Sin embargo, él, a pesar de no haber hallado tal explicación, no se había matado, sino que se había casado, lo que le procuraba alegrías que le hacían feliz en los momentos que no se entregaba a sus turbadoras preocupaciones. ¿Qué probaba eso? Que vivía bien y pensaba mal. Sin que él se diera cuenta, le habían sostenido las verdades de la fe que su ser había recibido a la vez que el alimento del pecho maternal, verdades que su alma tenía escondidas Dios sabía dónde. Ahora comprendía Levine cuán en deuda estaba con estas convicciones; ahora advertía que el sustento de su alma habían sido las creencias en que le habían educado.

«¿Qué habría sido de mí si no hubiese sabido que debía vivir para Dios y no para la satisfacción de mis deseos y necesidades? Habría mentido, robado, matado... Ninguna de las alegrías que la vida me proporciona habrían existido para mí...»

A pesar de sus esfuerzos, Levine no lograba imaginarse a qué extremos de bestialidad habría llegado de no llevar en sí aquellos sagrados conocimientos.

«Yo buscaba una solución que mi pensamiento no me podía dar porque ella es superior a las facultades de la mente; sólo la vida, con el conocimiento innato del bien y del mal, podía darme la respuesta. Este conocimiento se me otorgó con el ser como a todos los mortales; ni lo he adquirido ni me habría sido posible dar con la pista que me permitiera llegar a él; el razonamiento no me habría demostrado jamás que debo amar al prójimo en vez de odiarlo a muerte. Cuando me lo enseñaron siendo niño, lo creí fácilmente porque ya lo sabía. La razón solo nos enseña a luchar por la vida, lucha que supone la eliminación de todo obstáculo que se oponga a la realización de nuestros deseos. Esto es todo lo que nos proporciona la razón. En ella no hallaremos nada que nos induzca a amar al prójimo, porque este amor no es un producto de la mente.»

XIII

Al llegar a este punto de sus reflexiones, Levine recordó un incidente entre Dolly y sus hijos. Los niños se habían quedado solos y se divertían cociendo frambuesas en tazas sobre las llamas de las velas y echándose de vez en cuando en la boca un chorro de leche de una jarra. La madre les sorprendió y les sermoneó severamente. Les dijo que estaban maltratando cosas que se habían elaborado para su bien a costa de grandes esfuerzos; que si rompían las tazas no tendrían nada para tomar el té, y que si derramaban la leche se quedarían sin alimento y morirían de hambre.

Levine, que estaba presente, observó la expresión de tedio e incredulidad que mostraban los rostros infantiles. Por una parte, les molestaba que hubieran interrumpido sus juegos; por otra, no creían no creían ni una palabra de lo que les decía su madre. No le creían, porque no podían

comprender la importancia que tenía aquello que estaban maltratando, a pesar de que lo necesitaban para vivir.

«Ellos -se decía Levine- razonaban así: “Esto se hace por sí mismo y no tiene ninguna importancia. Siempre lo ha habido y siempre lo habrá. Lo que nosotros deseamos es inventar algo, hacer cosas nuevas. Por eso hemos cocido las frambuesas en las tazas y hemos bebido la leche de la jarra a chorro. Esto nos parece más divertido y menos corriente que beber la leche en las tazas”.»

Y Levine, continuando aquellas reflexiones en que trataba de descubrir por medio de la razón el sentido de la vida, se dijo:

«Pues bien, eso es lo que hacía yo, y ése es también el fundamento de las teorías filosóficas: dirigen sus ideas por sendas complicadas y extrañas para llegar al conocimiento de la verdad que está al alcance de todos, de ese conocimiento sin el cual nadie puede vivir. En todas esas teorías se evidencia que el autor conoce el sentido de la vida con tanta claridad como Fedor y, sin embargo, se empeña en demostrar, mediante complicadas argumentaciones, lo que está al alcance de todos.

»Dejad que vuestros hijos tengan que procurarse las tazas y ordeñar la leche, y veréis como ponen freno a sus travesuras, al advertir que, de lo contrario, se morirían de hambre. Lo mismo nos ocurrirá a los hombres si nos dejan a merced de nuestras pasiones y defectos, sin la creencia en Dios y sin la conciencia del bien y del mal. Tratad de construir algo sin estas convicciones y veréis como es imposible. Nosotros lo destruimos todo porque nuestros espíritus están viciados. Nos comportamos como chiquillos.»

Y, alzando la mirada a la inmensidad del cielo, continuó así sus reflexiones:

«Estoy convencido de que eso es el espacio infinito y no una bóveda. Sin embargo, y por mucho que me esfuerce en ello, no puedo dejar de ver una concavidad circular y limitada. Pues bien, a pesar de que me consta que el espacio es infinito, es evidente que cometeré menos errores limitándome a ver la bóveda azul que pretendiendo penetrar a través de ella.»

Entonces suspendió momentáneamente sus meditaciones y se abandonó a las voces misteriosas que murmuraban a su corazón palabras de paz y alegría.

- ¿Es esto la fe? -se preguntó no pudiendo creer tanta felicidad. Y exclamó con voz ahogada por los sollozos:- ¡Gracias, Dios mío!

Se puso en pie y se enjugó los ojos, llenos de lágrimas.

XIV

... Sentado junto al cochero, miraba la boca, llena de espuma, del caballo y, entre tanto, se decía que estaba esperando que su hermano llegase, que su mujer estaría seguramente inquieta por su tardanza, que quién podría ser el acompañante de su hermano; y todo y a todos los veía en su imaginación de un modo distinto a como los había visto hasta entonces. Tenía la sensación de que las relaciones con sus semejantes, sin excluir a su familia, iban a sufrir una modificación.

«Ya no tendré disputas con mi hermano -se decía-, ni le hablaré con frialdad. Tampoco discutiré con Kitty y seré amable con ese huésped que ni siquiera sé quién es. Trataré con afecto y consideración a mis criados. En fin, todo será distinto.»

Mientras contenía al caballo, que mostraba deseos de correr, trató de decir algo al cochero, que permanecía junto a él sin saber qué hacer de las manos. Levine hubiera querido decirle que las correas laterales de los arneses estaban demasiado tirantes, pero comprendió que esto podía parecer un reproche, y lo que él deseaba era dirigirle algunas palabras afectuosas. Pero estas palabras no se le ocurrían.

En esto, el cochero tiró de una de las riendas que sujetaba Levine, advirtiéndole, a la vez, que debía desviarse para sortear un tronco que había en el camino.

Esto molestó a Levine.

- Haz el favor de no tocar las riendas. ¿Pretendes darme lecciones?

Y, al darse cuenta de su irritación, se disculpó a sí mismo, diciéndose que su nuevo estado moral no podía ejercer una influencia inmediata en su carácter.

Cuando llegó el coche a las cercanías de la casa, Levine divisó a Tania y a Grincha que corrían a su encuentro.

Los niños subieron a la jardinera y le dijeron que «la mamá, el abuelo, el tío Sergio y otro señor» los seguían.

- ¿Quién es ese otro señor? -preguntó Levine.

Tania respondió que era un caballero que la asustaba porque, al hablar, movía mucho los brazos. Y, poniéndose en pie en el coche, empezó a imitar los ademanes de Katavasof.

Levine se echó a reír. ...

[Extractos de las pgs. 616-629 de la edición de **Ana Karenina** (Leon Tolstoi) de la Editorial Juventud, Barcelona, 1959, de la traducción de José Fernández.]

XVII

Levine participó en todas las conversaciones que sostuvieron sus huéspedes en el curso de la jornada, pero sólo prestaba un interés aparente a lo que oía. A pesar de la decepción que experimentaba al advertir que su regeneración moral no producía cambio alguno en su carácter, no dejaba de sentir una íntima plenitud que llenaba su corazón de alegría.

Después de la lluvia, la humedad les impidió salir de casa. Además, las nubes amenazadoras no desaparecían del horizonte, donde se producían de tarde en tarde fulgurantes relámpagos.

Por eso tuvieron que pasar la velada en casa.

Nadie tenía ganas de discutir, porque todos estaban de buen humor. De aquí que fuera una velada alegre y agradable.

Durante el té, Katavasof divirtió a las señoras con aquellos chistes tan llenos de originalidad que le captaban las simpatías de todos desde el primer momento. Luego, incitado por Sergio Ivanovitch, explicó los interesantes estudios que había realizado sobre la vida y costumbres de las moscas, tanto hembras como machos. Sergio, que participaba de la general alegría, expuso, a ruegos de su hermano, su opinión sobre el porvenir de la cuestión oriental, y lo hizo con tanta claridad y elocuencia, que todos estuvieron pendientes de sus palabras. ...

[Extraído de las pg. 637 de la edición de **Ana Karenina** (Leon Tolstoi) de la Editorial Juventud, Barcelona, 1959, de la traducción de José Fernández.]

... »Este nuevo sentimiento, contra lo que yo creía, no me ha cambiado, ni deslumbrado, ni hecho feliz, del mismo modo que no me sentí otro hombre al saber que era padre. Pero es un sentimiento que ha nacido en mi alma del dolor y que ha echado raíces. Y esto no es otra cosa que la fe, sea cual fuere el nombre que yo quiera darle.

»Seguramente seguiré indignándome contra el cochero, discutiendo en vano, expresando inoportunamente mis ideas; seguramente veré durante toda mi vida que se levanta una barrera entre el santuario de mi alma y el alma de los demás, incluso de mi mujer, a la que seguiré echando las culpas de mis zozobras para arrepentirme al instante. Seguiré rezando sin comprender por qué rezo. Pero es lo cierto que mi vida íntima posee hoy una libertad de movimientos que no tenía antes. Ahora ya no seré un juguete del azar; cada minuto de mi existencia tendrá desde este momento un profundo sentido que podré imprimir a todos mis actos: el sentido del bien.»

[Extraído de la pg. 640 de la edición de **Ana Karenina** (Leon Tolstoi) de la Editorial Juventud, Barcelona, 1959, de la traducción de José Fernández.]

* * *

Los primeros recuerdos de **los Reyes** son también sensaciones de las imágenes casi perdidas, impresiones fotográficas que han olvidado casi todo el contexto. De repente, sin apenas concebirlo, le despierta su padre con una hermosa caja de trenes eléctricos: la caja blanca sobre la que se dibuja una portentosa máquina a vapor de tonos más bien marrones y negros. La sensación no había sido hasta ahora tan fuerte y tempestuosa. Desde la nada llegó un magnífico regalo que solo podía verse en sueños, tras el televisor o en aquellas altas tiendas de la ciudad. En semejante día tan magnífico, él se levanta para jugar sobre la mesa del comedor, donde la luz eléctrica tenía que apoyar el escaso resplandor natural que venía desde fuera. El callejón de enfrente se veía hoy en toda su majestuosidad, en el día festivo más hermoso del año para los niños. Nadie había aún por la calle. ¿Quién podría estar ahora en ella? ¡Qué tonto, Dios! Guillermo conservó esos primeros magníficos *Reyes* en su memoria, cuando la creencia no pasaba de la fe. Tras pasar el día, ya en las primeras horas de la noche, se sentía un extraño pesimismo que durante los siguientes años él iba a sentir en este mismo contexto de tan señalado día. No sabía muy bien si era la pronta vuelta al colegio, el paso rápido de tan feliz día o el mismo desengaño de los juguetes, porque a ellos ya se les había sacado todas las posibilidades. Por ejemplo, en un tren eléctrico pronto se desean los accesorios que se presentan en los folletos de la caja. Faltan cambios de vías, puentes, túneles y estaciones, carreteras y muelles de carga. Más convoyes. Los *Reyes* de sobra han cumplido con la primera aportación, pero los padres no pueden cargar con más gastos y el resquemor se apoderaba más y más conforme pasaban las últimas horas del día. Después de cenar parecía que toda la magia del día había desaparecido o al menos había sido sustituida por un ambiente totalmente misterioso. Los *Reyes* quedaban muy lejos, faltaba todo un año para tan breve periodo de tiempo que debía volverse a gozar. Para apuntillar este tipo de sensaciones, la televisión emitía una película ciertamente misteriosa. No es que fuese de terror o de ciencia ficción pero *Atraco a las tres* le enseñaba a Guillermo un actor de color, José Luís López Vázquez, que tenía que ver en blanco y negro en su casa, no como en el cine, y bajo un ambiente de cierta tensión, no exento de un franco y comedido humor que se le escapaba. ¿Cómo semejantes personajes podían preparar un atraco en semejante noche? Ya él comprendía que la película tenía otro tiempo y lugar, pero no podía separar la inextricabilidad del día del argumento de la película, por lo que todo el conjunto, formado por diferentes partes, llegaba a conformar un conjunto de propias sensaciones que daban a esas horas del día un matiz que incorporar al pesimismo de la última parte del gran día de *Reyes*. El día siguiente, víspera del colegio, era gris, más bien soso, aburrido en ocasiones, donde la imaginación quedaba mermada por la exigüidad de los juguetes. Sin embargo, a la semana, motivado por el trajín de los días laborales que daban paso a las fiestas, la imaginación volvía de nuevo trabajosa con los mismo juguetes, ya de por sí más

rotos, y las montañas se formaban con cajas y vasos, como los puentes con alguna tabla. Los gruesos listines de teléfono formaban un parapeto a ambos lados de la vía. El papel pronto iba a sustituir a los vagones supervivientes y a las pocas vías que podían cumplir ya tan solo su función de una manera mecánica y como simples vías muertas. El papel dibujado, trabajado desde la imaginación de Guillermo, formará grandes líneas de trenes con su formidable estación principal. Pero eso vendrá en dos o tres años, cuando la pericia y el conocimiento estén ya más avanzados. Las maquetas de papel sí que serán posibles, con la estación de Término de Barcelona y las de Alhama y Berlanga algo más adelante; pero antes hay parada en la de Zaragoza, vía de paso, no de término, pero no tan pequeña: eso es, una estación intermedia como la que corresponde a la extensión de ciudad tan maravillosa en llano tan desierto y remojado por su ancho y profundo río. Contrastes y bellas paradojas que comienzan a diversificar la imaginación del pequeño.

Los sábados por la mañana solía acompañar a su madre a la compra porque ella le llevaba. Se aburría cuando tenía que esperar largo rato en las colas o cuando se encontraba con alguna vecina o conocida su mamá. Sus débiles piernas no resistían. Guillermo era de constitución normal, bastante atlético, pero su delgadez y temperamento le iban a crear, en un futuro más o menos largo, bastantes molestias. La plaza aparecía como un gran edificio antiguo. Altas y largas naves encumbraban un espacio en apariencia desordenado, pero que su madre bien conocía. «*Vamos ahora a por un poco de pescado*», y sin él saber cómo, se metía por aquí y por acá y llegaba al sitio preciso donde más barata, mejor y más fresca aparecía hoy la merluza. Una vez a la semana e incluso dos, los grandes manjares para los obreros, como la merluza o la carne de ternera, podían adquirirse. El trajín, el gentío humilde eran abrumadores. Los colores de los aparadores no podían imponerse sobre el gran fondo que representaba el edificio, de viejas vigas de madera que a todo lo alto asomaban a punto de caerse. Pero la costumbre y la confianza que daba su madre, despejaban cualquier duda que siempre asomaba desde su interior para atormentarle. Sin embargo, las latas eran variadas, de muchas marcas; los chocolates numerosos; el pescado, la carne, la verdura y la fruta mostraban toda la variedad que la cultura mediterránea sabía expresar. El embutido artesano de tierras adentro colmaba el deseo. Los puestos de pastas eran los que más podían atraer a un niño como Guillermo. Muchas veces se refieren los tópicos de niños como a los dulces que gustan de comer y que pueden producir, al poco tiempo, un intenso dolor de muelas. Los aparadores de estos puestos eran impresionantes: magdalenas variadas, sobadillos colmados de azúcar molida, que cubren con su blanco manto el magnífico sabor de la masa, o los encharcados pasteles de chocolate, todos estaban ahí al alcance de la vista, pero no tanto al alcance del bolsillo. Guillermo aprendió pronto a obedecer y a saber reprimir el deseo de la posibilidad. De toda aquella múltiple variedad su madre escogía dos cosas. Cuando eran tres o hasta más, es que su padre había cobrado la víspera, el viernes. Cada dos quincenas podía esperarse un mayor milagro. Aprendió pronto a no replicar a su madre delante de los vendedores, delante

de nadie y menos delante de gente conocida. Comprendió pronto su puesto en el mundo, y el mal sabor de boca que quedaba muchas veces en él, era compensado por la realidad de la vida. Cuando en casa podía comer su chocolate y su pastel ¡qué mágico momento! Aprendió con amor, no con rabia, por lo que jamás tuvo complejo de hijo de obrero -al contrario-, uno de los peores complejos para el futuro de una nación.

Guillermo tuvo mucha suerte. Sufrió frente a la escasez, pero las ideas claras provinieron pronto de sus padres. En los niños consentidos los límites económicos de sus progenitores crean la frustración y algunos hasta se dan cuenta que el cariño que merecen a sus padres es falso y artificial. Comienzan a razonar muy mal estos pequeños. Los padres de Guillermo, sobre todo su madre, poseían cierto defecto de guardar las apariencias, de saber fingir y ocultar sus escaseces, pero toda esta actitud quedaba muy lejos de aparentar algo superior contra nadie. Se ocultaba la miseria de los últimos días, pero en absoluto se hablaba de castillos en el aire. La segunda vivienda que decían tener los del tercero y que luego se convirtió en un mero montaje el día que les llevaron a verla, en un supuesto terreno comprado, y que allí fingiendo sobre un terraplén de aquel bosque de **Gelida**, se pusieron a montar una especie de garita con cuatro hierros desmontables, que ni servían ni para el gato, y que en la misma jornada volvieron a desmontar para no acordarse ya más de aquel lugar, porque cualquiera volvía a acordarse, no asomaba ni de lejos por su cabeza. Tenían un **2 caballos** además. Eran finales de los sesenta y el **plan de estabilización** había dado paso al **plan de liberalización**, por lo que los trabajadores empezaban a disgregarse y a consumir más, como a consumirse unos contra otros y no sé por qué es tan estúpida la especie humana en todos los estratos sociales. Las posibilidades se hacían mayores y los “*más espabilados*”, que continuamente trabajaban y trabajaban para morir de infarto sobre los sesenta, comenzaban a construir sus chalets. No debemos exagerar, porque no todos murieron de esa manera, porque muchos continúan en este mundo aunque sea atados a unas formas de vivir monótonas y aburridas. La familia de Guillermo dejó bien claro desde el primer día en su mente, que ellos eran padres que habían pasado mucha hambre, que la vida es muy dura, que los hijos no deben de despilfarrar, que deben comprender lo que cuesta ganarse el pan que se comen y que se intentaría mejorar en lo posible siempre que se pudiera. Eso sí, y sobre todo la madre, quería subir en la vida, mejorar los muebles, incluso trasladarse a otro barrio, pero cuando las posibilidades reales lo permitieran, porque la realidad es la realidad y todo ello comporta una dignidad encomiable. Este punto es muy importante, quizá el central de toda esta historia, y a él recurrirá el autor muchas veces, pesadamente para el lector también muchas veces, pero los axiomas, las leyes fundamentales son aburridas precisamente por toda la carga de verdad que conllevan. ¿Cuánto nos gusta reconocer la verdad, nuestros defectos y nuestras deficiencias? La familia del tercero prosiguió con la construcción de su bastión. La relación que unía a ambas familias era el que tenían las mismas edades y el que los hijos fuesen también contemporáneos entre sí. Alquilaron una tienda, fracasaron en ella, fantasearon durante las vacaciones en el presunto extranjero que apenas cruzaba la frontera hasta

Perpignan e hipotecaron su mundo con mil compras al día. La ley de la mejora es necesaria, se diría que obligada, pero cuando pisa a mis semejantes, si ellos son honrados, se me hace odiosa. Débense perfilar dentro de un mismo tema las intenciones. Saber matizar, más que síntoma de inteligencia (desde el siglo XIX el saber se usa más para competir que para mejorar desde el punto de vista moral), es síntoma de respeto. Sus padres no eran roñosos, lo primero era comer bien, la limpieza, salir algo, ir a un cine y hasta alguna vez al año ir a comer fuera; y los detalles decorativos eran tan necesarios para la madre de Guillermo como la televisión y algo de música también para el padre. Y qué bien se canta y se aligera el carácter escuchando buena música. “¡Ay mi madre!, que bien canta.” En cambio, había caracteres tan avinagrados en la familia del padre: “*Son unas/unos miserables. No saben vivir la vida. Siempre ahorrando y comiendo mierda.*”

Recordaba muy bien de mayor, Guillermo, que sobre el fondo blanco de la clase de párvulos, por las mañanas al sol, o en su casa a cualquier hora, pero también durante los días grises y lluviosos de aquí, o cuando iba al peluquero al ritmo de su música de fondo, eran los tiempos de los Beatles, los de la segunda etapa. *Yellow submarine, Eleanor Rigby, All you need is love, Penny Lane, The fool on the hill, Hello goodbye, Hey Jude, When I’m sixty-four, Here comes the sun, Something* e incluso *Help!, Yesterday* y *A hard day’s night* sonaban muy a menudo sobre su cabeza, y lo más importante, dentro de ella. Una primera observación que hace el narrador, y que el mismo protagonista no pudo discernir con respecto a las demás personas hasta muchos años después, era que las canciones muchas veces sonaban solas sin que él tuviera que realizar ningún esfuerzo. Le acudían las melodías de manera inmediata y el ritmo podía compaginarse con otras ideas. No es que él fuese único, pero la frecuencia era mucho mayor de lo normal, porque además se movían solas y a su aire, como que tenía que ceder casi siempre y volver a repetir y repetir las mismas notas que a veces hasta le agotaban ya. Pero si no volvía a corearlas... ¡En fin! Por otros síntomas supo en el futuro que esta “*habilidad*” era otro indicio de una particularidad suya que habría que llamar, más tarde, enfermedad. Los Beatles en aquella época eran originales, aire fresco que venía del extranjero y que todo el Mundo necesitaba. Guillermo sentía lo mismo. A todas horas, por la televisión, tras la radio, por la calle, en las conversaciones de sus compañeros de clase, aquellos jóvenes estaban en el mundo dispuestos a divertirnos nuestro tiempo. El *Submarino amarillo* se le metió muy profundamente dentro de su personalidad. Como niño que era no paraba de tararearla en cualquier lugar y a cualquier hora que las circunstancias de la buena educación se lo pudieran permitir. Mientras su madre cantaba todas las coplas habidas y por haber, él continuaba con su *Submarino Amarillo* (la versión de **Los Mustangs**). De todas maneras, nunca en su casa hubo esa separación tópica entre generaciones antiguas y modernas porque la casa de Guillermo no era la de un abogado, la de ningún economista ni dentista. En la casa de Guillermo no había ningún pequeño burgués ni trepa y por lo tanto ningún futuro avalador de la futura democracia. En casa de Guillermo, tanto eran la madre, como su

padre como él mismo o los tres a la vez, quienes se ponían a cantar el verde mar del *Submarino Amarillo*. No se entendía de ideologías, de buenas y de malas costumbres, de hábitos, de estudios superiores (aunque ello fuese el sueño de su madre), de fines de semana lejos y con avión incluido. Todo ello era inalcanzable porque de lo único que se entendía en casa de Guillermo era del vivir al día. Cada día que pasaba ya se consideraba un éxito, y si los nuevos tiempos alejaban mucho más el terrible desenlace, no por ello se sufrían otras escaseces. En casa de Guillermo faltaba bastante cultura y quizá por ello todo mensaje se recibía de primeras, sin ninguna matización ni filtro, con todo el corazón abierto, porque sus creencias ya eran incólumes, provenientes de aquel gran mundo arcaico que antecede a su pobreza: la dignidad.

La **capilla de San Marcus** es una iglesia románica situada a poca distancia de donde vivía la familia de Guillermo. Pasada **Princesa**, siguiendo la calle que lleva hacia la **Plaza Santa Catalina**, en el punto donde termina y se hace plazoleta ante la calle Carders, se alza esta pequeña joya cuyo interior nunca pudo ver. Las piedras eran grises, los bloques, perfectamente prismáticos, presentaban a sus ojos la maestría de una obra antigua, menor que **Santa María del Mar**, pero también con bastante gusto artístico. La joya en tiempo de lluvia entristecía, al sol donaba esperanza y por las noches, sobre las nueve, cuando los sábados venían a última hora desde el economato o después de dar un paseo sobre la última hora permitida de un domingo, presentaba su cara enigmática, solitaria bajo las luces de mercurio del alumbrado público. Dentro podía existir una historia de terror o simplemente una historia de acontecimientos precisos y dignos, pero la capilla de San Marcus nunca la pudo ver a pesar de su fehaciente deseo. Con los años perdió para él bastante de fuerza. Ello le pasaría con otras piezas arquitectónicas, cosas e incluso hechos; todo adquiriría menor fuerza o una diferente, que amortiguaría el primer sentir y que en muchas ocasiones ello fue mejor para su salud. Pero de todas maneras sería la mayor acumulación de datos, propia de la edad, o el presentismo de su correspondiente situación, que le obligaba a adentrarse dentro los hechos que en el presente le acuciaban, la razón de aquel cambio. Tampoco todas las cosas merecen acumularse en los recuerdos. Las primeras impresiones pueden estar equivocadas o no gustar. El mismo gesto práctico que en otros amigos suyos era habitual, en él también se daba. Todo a veces era normal en su mundo. Pero lo que caracterizará definitivamente su personalidad y sus problemas, es que rememoraba fehacientemente, muchas veces de forma empecinada y enfermiza, los recuerdos y gustos que siempre le agradarían desde su primer caminar. Se tornará coleccionista. En contrapartida, estas maneras fijas de comportamiento le harían ser fiel consigo mismo y con los demás. Esto último desbarataría muchas oportunidades para mejorar en la vida. Se le podría comparar, salvando las posibles distancias, con el protagonista de **El Idiota** de **Dostoievski**. Desde el punto de vista técnico y artístico, semejante contumacia le haría desarrollar cierta inteligencia y facilidad para el diálogo. Bueno, con la medicación y con la edad ya no tanto después. Dijera lo que dijera podía dejar

absorto a cualquier auditor porque al menos desde el punto de vista gramatical todas las frases ligaban bastante bien. Pero él en el fondo hablaba siempre con el corazón, no como los políticos, sin que ello le apartara de ser ciertamente pillo e irónico, actitudes que nunca expresarán aquellos porque estos adjetivos se deberían hiperbolizar para tener correcto significado en sus carreras. El arte también merecerá su gran desarrollo. La fama o el verdadero éxito no los desmerecía, al contrario, muchas veces se le irían las ideas demasiado lejos, pero soñar siempre es bueno mientras no sobrepase el límite de la patología, y en este tema jamás llegaría a semejante punto. El sufrirá otros trastornos. No sabríamos decir por qué este empeño y terquedad en recordar y volver a recordar sobre las mismas ideas, gustos y deseos. No podremos explicar muy bien de donde le procede esa fuerza que le inclinaba al acto indómito y que también le regalaría algunos éxitos. Por supuesto estará orgulloso, a pesar de algunos quebraderos de cabeza que todo ello le producirá en la vida. Una respuesta clara y sencilla es que semejante actitud estaba ya en él mismo. La fuerza motriz que debía mover toda aquella “filosofía” yacía dentro de sí, era él, y sólo una familia como la suya, con sus peculiares características, la podría encauzar unas veces de manera consciente y otras de manera inconsciente, pero jamás de forma premeditada.

Con el tiempo también comenzó a hacersele habitual el mundo comercial que existía en su barrio. El tecnicismo asoma más por divertimento que por su realidad, porque lo único que pretendo referir es el mundo de los tenderos de su barrio. **La tienda de la Anita** estaba en la calle de la iglesia de Santa María del Mar; hacía esquina también con la calle en donde vivían. Semejante taberna era un conglomerado de mil colores, pues sobre las verduras y frutas se superponían en estanterías decenas y decenas de diferentes conservas y jabones. Los yogures y las pastas eran también variados, como las bebidas, pues aparte servía como de bodega sin borrachos. Su madre compraba puntualmente, si acaso solo alguna botella de leche o algún jabón, y siempre por la comodidad de la cercanía y cuando algo se hubiese olvidado y se necesitase de inmediato, porque siempre una tienda sería más cara que la plaza y que los supermercados que comenzaban ya a asomar y que durante esa época de finales de los sesenta se harían muy simpáticos a Guillermo por lo del carrito y por lo de la multitud de productos. Hoy día, como sólo existen ellos, la comparación se hace imposible. La tienda de la Anita se llamaba precisamente *Anita* y su dueña, a pesar de todo, era muy amiga de la madre de Guillermo.

Al final de la calle donde estaba la tienda de la Anita aparecía asimismo el final de la **calle Montcada**, más ensanchada, hacia **el Borne**. Y a su derecha, en el mismo conglomerado de casas donde imperaba la joya gótica del Mediterráneo, se adosaba una pequeñísima tienda de jabones que igualmente ofrecía algún que otro producto de ferretería. El fuerte olor a jabones, a sosas y demás productos de limpieza era penetrante, muy incipiente para la portentosa sensibilidad de Guillermo. La bodega adonde se le encargaba a ir a por vino y cerveza mayormente estaba en la misma calle de su casa. Al salir del portal por la noche, muy tarde ya, pasadas las ocho, y después

de amenazársele con la razón para que fuese a hacer el recado, Guillermo giraba hacia la izquierda apesadumbrado porque se iba a perder unos minutos valiosos de dibujos animados. La noche se cernía con fuerza sobre él y el guirigay de la gente de esas calles, a punto de cenar, era muy intenso en ocasiones. Las ropas intentaban secarse día tras día. Siempre ropas en los balcones. Los gruesos adoquines grises zarandeaban la aparente debilidad de su cuerpo porque él simplemente era muy esbelto. A mitad de la calle entraba en esa bodega de techos bajos, con pobres luces incandescentes y de aspecto triste y abandonado. Más tarde, con los años y los nuevos tiempos desearía que esa bodega estuviese aún ahí, al menos con el mismo sabor, pero siempre nos damos cuenta de lo bueno al final, cuando ya no hay remedio; tampoco es que debamos achacarle nada a Guillermo, porque él nunca pretenderá ser intelectual, sino que ya una vez más hoy le han vuelto a fastidiar con el tinto del priorato esos bellos minutos de televisión. El hombre le atiende ni solícito ni de forma desagradable. Él ya le conoce y sabe que le pedirá el vino tinto de 5 pesetas el litro de una de esas cubas de encima. El vino para Guillermo, no sabe por qué, debe ser siempre negro. El blanco no tiene color ni fuerza y solo debe usarse para guisar. Bien se lo dice su madre. Cuando dice adiós, una vez que le ha pagado al dueño, vuelve a arrojar una última mirada escrutadora sobre ese arco de medio punto que conduce a un bajo de donde surge una inmensa algarabía de voces y ruidos de fichas del dominó. La baraja hace ruido por la boca de sus jugadores. Intuye, pero sin apenas temor, que no todo lo de ahí abajo debe ser bueno. Más bien la maldad en pleno debe ejercitarse a estas horas de la noche. La última mirada, por eso, la echa sobre la cocina que está al costado de las cubas. Separada por una cristalera, sirve también de comedor y es de uso exclusivo de los dueños, porque poco a poco pudo desentrañar que esa era la pieza principal de la casa de éstos. Qué triste, pues su comedor estaba en el primer piso, sobre la calle y separado de las miradas curiosas de la gente. ¡Qué olor a comida que no era como la que le hacía su madre! La de la bodega estaba toda mezclada con los vahos de taberna. Ya contento, apenas ha perdido cinco minutos de la serie de dibujos de *Johnny Quest*. «Ahí tienes el vino, mamá» y bien pronto se sentó frente a la hasta entonces caja de sueños, para olvidarse rápidamente de cierto rencor que había cogido a sus padres por mandarle a tan intempestiva hora a hacer el recado. Este rencor que fácilmente se evade en forma de enfado, como la simple respuesta de un niño que muestra de manera demasiado impulsiva sus deseos; en fin, un niño más; ¿qué quedará del enfado al minuto?

Ahora el narrador quiere realizar un inciso y lo hace. Cita a FEDOR DOSTOIEVSKI, de su *El Idiota*, el párrafo de la página 391 de la edición de la Ed. Juventud, 1964, de la traducción de Gloria Martinengo:

«A la muchacha le gustaba dormir hasta tarde y solía soñar mucho, pero soñaba siempre en cosas inocentes, triviales, en lo mismo que hubiera podido soñar una niña de siete años. También eso irritaba a la Yepanchina, hasta el punto de que estuvo enfadada una semana con su hija por haber soñado con nueve gallinas. Solo una vez consiguió la joven soñar algo original. Soñó con un monje, que estaba en una habitación oscura, a la cual tenía ella mucho miedo de entrar. Las otras

dos muchachas fueron a contárselo con aire triunfante a su madre, pero como ésta las viera muertas de risa las llamó tontas y a Alexandra la puso como hoja de perejil: «¡Gansa, pava más que pava! ¡Siempre estás tan tranquila, nada te conmueve y en cambio, a veces te pones como triste!» Ella se preguntaba para sus adentros que por qué tenía aquella pena. En algunas oportunidades conminaba a su marido a que hallara la causa y esperaba una respuesta inmediata. Pero el general Yepanchin decía «¡hum!» y se encogía de hombros; luego extendía las manos con gesto perplejo y terminaba diciendo que la chica lo que necesitaba era marido. Elizaveta Prokofievna estallaba entonces: «¡Pues haga Dios que si lo ha de tener, no sea como tú! ¡Que no sea como tú en sus juicios y en sus apreciaciones! ¡Que no sea un zafio como tú, Iván Fiodorovich!»

Guillermo soñaba también cosas muy originales a nuestros ojos, pero la diferencia a esta edad tenía todavía un importante matiz. Su carácter comenzaba a ser tímido y arrebatado a la vez, firme e imperturbable en conseguir sus objetivos, siempre bajo el respeto que le imponían las leyes de la educación desde fuera, porque sino ¿de qué otras maneras habían podido resultar sus hechos? Seguramente que violentos e injustos, y al final nada prácticos. Pero aún no relacionaba con sus sueños el hábito de la originalidad y su peor consecuencia la superioridad. Los sueños le producían ansia, placer, temor y horror la mayoría de las veces. Las sensaciones eran primarias, resultaban directamente del argumento soñado, sin pasar por el filtro de la inteligencia. Estaba Guillermo todavía en su estado puro, primario, embrutecido por las leyes del mundo que comenzaba a comprender. Pocos años después, quizá en solo dos más, y correspondiéndose con un mayor nivel de autoconocimiento, empezó Guillermo a dar a sus sueños el carácter de la originalidad. En modo alguno tal procedimiento llegaba a las peores conclusiones de futuras argumentaciones. Simplemente, sus sueños eran más originales que los de sus compañeros de clase, sus ideas y proyectos estaban bastante alejados de los de todos ellos, pero en absoluto les daba mayor importancia a estos hechos que la que tenían, porque no intentaba conseguir un inmediato beneficio material. Se conformaba con ese placentero mirar que impone el primer contacto con la auto-satisfacción. Os aviso antes de tiempo: él será torpe, pero en absoluto su orgullo querrá imponerse de forma dañina sobre nadie, como sí haría algún hijo de puta, perdón, de papá, del otro colegio. Esos sí que eran malos. Guillermo ya sabía por su religión que el orgullo que hiera era pecado. Sus padres le decían: “*Estudia hijo, por tu bien.*”, pero jamás contra nadie. Aunque tampoco estos niños diabólicos hubieran llegado a ser dictadores ni carniceros de campo, porque faltaban más variables, y sobre todo, la variable histórica.

Durante el verano él pronto comenzó a ver que el periodo era el de las llamadas vacaciones. Guillermo, en su actividad escolar, y su padre y su madre, en sus sacrificados trabajos, tenían un periodo continuado de descanso. Guillermo ya gozaba de aquellas durante mes y medio antes. Las vacaciones las hacían su familia en sus pueblos de origen. Comenzaba a comprender que sus padres habían venido de esas lejanas tierras para trabajar aquí en Barcelona. Él era de aquí mismo, pero en absoluto pretendía, él tan pequeño, pudrirse ya con las ideas políticas con las que años después le bombardearían. No era solo inevitable, sino que debía de haber siempre sido así, el hecho de haber nacido él en Barcelona y sus padres de haber venido de fuera. Si mil

veces la historia comenzase, mil veces la historia acabaría de la misma manera. Una propensión de la infancia es considerar las cosas inmutables e imperecederas. Y en él esta idea va a continuar mucho más allá de su juventud, por lo que su vida será una lucha constante contra la peor de las modas, contra cualquier ideología que quiera defenestrar las cuestiones grandes y buenas, y así incólumes y sagradas, del pasado. Su pequeño mundo se defiende ya contra lo voluble y lo frívolo. Todavía la infancia no tiene conocimiento pleno de lo bueno y malo que le rodea, pero las pocas cosas que ya comprende le parecen muy bien; entonces, ¿por qué han de cambiar? Ellas siempre serán así y jamás va a variar. Lo contrario no tiene sentido.

Para ir al pueblo cogían el tren. El *rápido de Madrid*, de ampulosos y fornidos vagones, era el que tras nueve horas de larguísimo viaje les llevaría a **Alhama de Aragón** en la provincia de **Zaragoza**, tras recorrer 417 kilómetros. Guillermo pronto empezaría a no fatigarse en los trenes. Muy rara sería la vez, porque el tren pronto iba a ser su principal divertimento. Los únicos recuerdos de esta época tienen que ser también inconexos, perdidos, primerizos y permanentes. Sus sensaciones serán iniciáticas o salvajes, pero así son las primeras imágenes de nuestra vida. Por ejemplo, recuerda cuando su abuela le llevó a los interiores del balneario donde trabajaba. Podían verse los jardines y el lago del mismo, pero estos interiores estaban vedados a los bañistas y a algunos empleados. Desde siempre esos espacios internos del balneario serían enigmáticos. Cierta peculiaridad de horror iban a adquirir desde ese día, cuando su abuela le llevó por ellos. Su abuela le hablaba con el cariño y la ingenuidad de una abuela de pueblo que no sabía leer ni escribir, que **burbujaba** toda de tradición oral, ahora casi enteramente perdida. Clara y precisa en sus ideas, solo ponía en el acento de la voz la diferencia de edad que existía entre ambos, porque bien le contaba, con tan solo cinco años, los pormenores que existían allí dentro, salvo los que atañían al amor o al sexo y que aún no venían a cuento. «*Mágico, mira, esta es la sala de gimnasia donde los bañistas hacen deporte así -y se ponía a hacer piruetas y flexiones riéndose, provocando al mismo tiempo la carcajada infantil-, y otras tonterías como éstas Guillermo, ja, ja, ja.*» «*Al fondo de ese pasillo entramos en los baños*» Una atmósfera poderosa le impregnaba la respiración a Guillermo. La caliente humedad se iba adueñando del lugar, le costaba respirar, comenzaba a sudar sin motivo aparente. Las viejas instalaciones humeaban. Las paredes, grises, hace muchos encaladas o con el viejo alicatado de pequeñas baldosas blancas, sumían la atmósfera en una melancolía indefinida que empezaba también a afectar a Guillermo de por vida. «*Aquí todos se lavan con el culo al aire.*» «*¡Vamos!, que por último te voy a enseñar donde toman los vahos y lo que respiran los bañistas cuando se ahogan.*» Entraron en una amplia sala bien iluminada tanto por la gran ventana desde la que se veían solo las altas copas de los árboles, porque estaban en el segundo piso, como por la iluminación de los fluorescentes. Sólo existían unos extraños aparatos de color miel, rodeados de una mampara de vidrio transparente, de donde salían dos tubos. Uno de ellos tenía una especie de líquido también amielado o lo que le parecía líquido al niño. La extrañeza se tornó pronto en rechazo por el miedo que aquella estancia le provocó. Quería irse de allí Guillermo, pero lo peor estaba por llegar por

culpa de la incultura de su abuela. Este concepto incultura puede relativizarse bien, porque ella era su abuela y él mucho la quería porque lo cuidaba, le daba besos y le dejaba jugar con su gato; aparte le daba golosinas. También las conversaciones de pueblo pecan de incultura, desde cierto punto de vista de nuestra cultura contemporánea, porque los relatos suelen hacerse sin pormenorizaciones. Aquella diferencia de edad, que parece solo existir en la altura de los cuerpos, en la debilidad y la poca fuerza de los niños, como en la inocencia que éstos tienen sobre el amor, enseñaba antes de tiempo muchas de las cosas que en la ciudad se solían ir atrasando, pero que por ello mismo también ciertas cuestiones, que deberían de explicarse a más tardía edad, solían exponerse de repente y no en los mejores momentos. Y Guillermo se encontraba en aquella sala en uno de estos momentos. La cuestión principal es que él era un niño de ciudad que veraneaba en el pueblo, por lo que la inocencia, que ya era de por sí innata en él, aparecía sin defensa frente a la vorágine de aquella realidad. *«Aquí los bañistas toman los vahos, y cuando se ahogan, del otro tubo toman oxígeno. Y algunos aparatos tienen un tubo especial para ahogarse cuando ya no tienen solución, ¡ja, ja, ja! Se mueren y estiran la pata aquí mismo.»* En este caso, la ignorancia y la propia inocencia de Guillermo, al no saber distinguir la broma, hicieron de aquel momento uno de los peores de aquella su primera infancia. La sala se le aparecería en sus recuerdos, también en algunos sueños, como la expresividad que demostró su abuela; aunque se olvidaría pronto la dura escena durante esos días de vacaciones en el pueblo, cuando sus padres lo mandaron antes de tiempo, 2 meses antes, porque estaban con obras en casa, y permanecería escondida en algún lugar de su memoria para mortificación suya en su pronto porvenir. Ésta iba a ser una de sus primeras impregnaciones negativas. Pero en la misma tarde iba a ocurrir otro acontecimiento, y éste de índole positivo, y en el que su abuela también tuvo mucho que ver. *«Venga, vamos, a ver el tren»* -animó a su nieto cuando después de salir del balneario se fueron por el camino de la estación para bajar a la casa por el sendero que seguía las vías del tren. Ella había oído el pitido de la locomotora. A ella misma le impresionaban estas maravillas de la técnica. Como a su nieto también le empezaban a entusiasmar, le estimuló en su paso para subir lo más pronto posible por el terraplén y así ver bajar el correo de Zaragoza que venía de Madrid. Apenas había tomado velocidad desde la curva a la derecha de la estación. Bajo aquellos últimos rayos de sol, a mediados de mayo, el cielo no mostraba todavía el fulgor del cercano verano, pero sí el suficiente color fulgente que espera de mejores acontecimientos en el futuro. Y precisamente, bajo aquel escenario, comenzaba a bajar el convoy con su vieja locomotora de vapor y sus tres vagones de correo antiguo. La locomotora era suficientemente larga, mientras que los vagones eran como aquellos que salían en las películas del oeste y que entre vagón y vagón existía aquella plataforma embalconada al aire libre. El color marrón de su madera pintada se deslizaba hacia ellos, pero el temor apenas existía en el corazón de Guillermo, salvo cuando en el futuro se lo producirían ciertas locomotoras diesel a su paso por esta misma zona y que siempre iría a ver cuando le fuera posible desde aquella época. Pero claro, es que después, con sus primos, corretearían entre raíles y travieses, entre los puentes, y ver de repente,

aunque fuera lejos aún, una maldita máquina de color verde con lista amarilla tan potente, pues que imponía... El paisaje era completo con el deslizamiento hacia Zaragoza del tren. Tras venir de aquellos lugares horrorosos del balneario, el final del día le regaló con una preciosa postal, por lo que nunca podía haber sido tan completa una jornada para un aprendiz de psicólogo. Las personas normales vemos los hechos de otra manera y aunque también tengamos nuestros problemas, no nos empeñamos en ver todo tan mórbidamente, sino en sacar igualmente lo positivo de hasta la peor de las imágenes. «*Venga, vamos ya a casa, que tu abuela te dará pan con chocolate y después te dejará jugar con el gato.*» Y una expresión de esperanza, teñida por la alegría inmediata, apareció en el fondo de su ser para que el día no fuese en absoluto tan terrible.

Sus padres, mientras tanto, arreglarían el suelo, el baño y la galería del piso de Barcelona, y el niño no tenía que sufrir las consecuencias ni estorbar en ningún momento. Con el polvo que se levantaría, el débil muchacho se les podría ahogar. Esa época pasó por la mente de Guillermo como el periodo en el que tuvo por primera vez más libertad que nunca. En Barcelona había estado en casa de los vecinos del tercero o con las cuatro hijas de una amiga de su madre, tardes enteras, solo a su entera libertad, pero eran solo eso, tardes, no días y días y con la distancia a lo lejos y en pleno campo. Su abuela y su **tía María** eran las personas que le cuidaron durante aquellas larguísimas vacaciones y los hechos que marcaron su vida serían mejores o peores, pero eso sí, todos bañados por el acontecimiento de una nueva forma de vida, libre a su manera, porque en el pueblo le dejaban salir a la calle, donde los peligros eran inexistentes sino se iba más allá de la plaza. En esto notó otra diferencia con respecto a la ciudad. En la libertad de la naturaleza no existían los malos hombres que secuestraban a los niños para pervertirlos en el escondido y terrible mundo de la lujuria y que él solo podía intuir; y tampoco ofrecía nadie drogas como en Barcelona. Todo era bondad, aunque eso sí, también en el pueblo todas las cosas se mostraban con mucha mayor claridad y aspereza, como la cuestión del baño, porque aunque Alhama era el pueblo de las aguas, no las tenía aún corriendo por las casas, e ir al lavabo a hacer sus necesidades era todo un martirio para el crío. En fin, que para chicos sensiblemente enfermizos, cosas como ésta son un mundo cuesta arriba.

De aquel tiempo de primera libertad recordó también cuando fue con su abuela a por cerezas. «*Mañana majo iremos a **Valdeaparcio** a por cerezas, donde tenía tu abuelo la tierra, en donde plantó varios chopos que ahora están altísimos. Llevaremos el almuerzo y beberemos de la fuente que hay allí, al pie de los mismos árboles y que tan fría y buena sale.*» El camino que llevaba al terreno partía desde cerca de la estación. Seguirían por la senda que va paralela a las vías, con lo que existiría la posibilidad de ver algún tren, como así fue el de un largo mercancías, que con paso lento pero contundente, admiró Guillermo por la variedad de sus vagones y de su carga. La mañana iba afianzándose poco a poco. No es que hubiesen salido muy pronto, porque a las nueve apenas estaban en la estación, pero al sol le costaba imponer su ley porque ese primer día de junio no merecía considerársele todavía de

pleno verano. En ocasiones la naturaleza tan variada de las cosas nos hace dudar de la eficacia de nuestros axiomas, creyendo que el error es de ella misma cuando es de nosotros la verdadera errata. De todas maneras Guillermo comenzó a notar calor y cansancio cuando hubieron dejado muy atrás la estación, siguiendo el camino del barranco. Después de admirar la mañana en toda su variedad de colores, formas y aromas a su alrededor, él pronto comenzó a sentir sus débiles piernas. Él era atlético, pero la falta de costumbre le hacía débil. Después de ver los túneles, los puentes de hierro por donde cruzan los trenes, las montañas, el lago tan tranquilo a aquellas horas de la mañana, los huertos, las casas de las estribaciones, las últimas choperas y el fondo mágico de toda la naturaleza, empezó a admirar de manera sufrida el camino de barro y cualquiera de las piedras que formaban el barranco. Con él pudo admirar uno de los primeros contactos serios con la naturaleza salvaje. Hasta ahora apenas había salido del pueblo. El campo que conocía era muy cercano. Alguna vez lo habían llevado al **Pozo el Tanete** donde el **Jalón** formaba una especie de playa y de pequeña sima para facilitar el baño y que quedaba a un kilómetro y medio de la casa la abuela. Mas con el campo salvaje que veía desde el tren, poco más había sido su contacto con la verdadera naturaleza. Ahora ahí, él solo con su abuela, que le daba toda la seguridad que le faltaba, observó una primera relación seria con aquella. Admiró que el barranco giraba de repente hacia la izquierda para alejarse de la vía férrea y que apenas con su escasa altura podía divisar, por encima de los promontorios, que el campo se hacía infinito. El infinito en los niños es la explicación de lo desconocido. Ese desconocimiento, llamarle mágico o romántico, pero en el niño suele estar en sí, porque las palabras magia y Romanticismo las empleamos para explicarnos aquellos hechos nosotros mismos, pero que en absoluto se corresponden con aquella realidad de nuestra primera infancia. Las sensaciones han quedado en cierto modo, pero como estamos imbuidos a nuestra edad por el mundo del raciocinio y de la ideología, esas sensaciones contienen otra explicación. Deberíamos hacer un gran esfuerzo para intentar desligar las concepciones presentes nuestras de aquellas primeras emociones, y aún así el esfuerzo sería bastante vano. La realidad era que Guillermo caminaba y se cansaba, y aunque era animado por su abuela continuamente, incluyendo todas las paradas que el pequeño solicitaba y no solicitaba, estaba en el fondo admirando y gozando más de lo que sufría. A veces se arañaba los piecitos con las piedras o las hierbas que crecían en pleno barranco. ¡Esas sandalias! La leña abundaba en sus extremos, y cuando se estrechaba, en ocasiones se rozaba con ella. Pero el espectáculo de lo que allí en Valdeaparicio encontraría, más lo que estaba ya viendo, le compensaría con creces. Y lo más importante es que él se estaba dando cuenta de todo ello. Él decidía su pensamiento más que nunca, y mientras preguntaba a su abuela iba haciendo sus cavilaciones para construir un mundo que él comenzaba a apreciar en su esencia. El sol ya comenzaba a achicharrar sobre el frágil cuerpo de aquel infante y las sombras de los pocos árboles, que el paisaje albergaba, eran ansiados por el pequeño a cada paso que hacía. El juego infantil de mirar al suelo, de saltar y no saltar entre ciertas configuraciones del mismo, de contar a pares o impares árboles, hondonadas y curvas, nubes y otras

ocurrencias que le venían a cuento y a no cuento, eran en él mucho más incisivas que en otro niño de su edad. Ello podría demostrar inteligencia para un ser deseoso. La vanidad de muchas personas esconde la realidad y así el beneplácito hacia los demás. En Guillermo iba a ser un problema más que otra cosa. En un futuro todavía lejano, si nos atenemos a la concepción del tiempo que él iba percibiendo, la complicación se hará inútil. Ello no quiere decir que no tuviera una inteligencia potencial (más bien era un efecto de la misma incluso), pero no le iba a hacer ninguna gracia a partir de los diecisiete años. Pocos saltos podía dar ahora entre zanjas y marcas del terreno, a las que él les daba una importancia particular para que su juego tuviese todo el sentido, porque su abuela lo llevaba a cierto ritmo. Lo peor de la caminata fue cuando tuvieron que dejar el barranco para caminar casi campo a través hasta alcanzar la finca. Apenas habría medio kilómetro más, pero las circunstancias particulares del pequeño y el sol que ya imperaba con su magnífica fuerza, dieron a Guillermo uno de los peores recuerdos de aquel momento. La arena, las heridas, el calor, el sudor se conjuraron en amargarle la novedad que miraban sus ojillos, que por cierto eran muy pequeños y almendrados. Cuando reía era **Rete**. Así le llamaban a su familia en el pueblo, a todos los hermanos de su madre, a todos sus primos y a sus abuelos. El abuelo nunca lo conoció. Hacía muchos años que ya había muerto. La mirada desaparecía con la sonrisa y no sabemos cómo podían mirar a su través, porque de verdad que se cerraban los ojos. Igual nos da esa simple sensación a nosotros, porque ellos caminando, bebiendo o trabajando reían y miraban a la vez. De todas maneras, por mucho sufrimiento que aquel medio kilómetro le produjese, que en realidad eran unas simples tonterías desde el punto de vista de su abuela, el deseo y el placer experimentados por la excursión iban pudiendo sobre todas las cosas.

Al subir y bajar unas cuantas suaves lomas, en donde se escampaban viñas, almendros, aliagas, tomillos, romeros, espliegos y cardos, llegaron al terreno suyo de Valdeaparicio. Valdeaparicio era el nombre común del lugar que formaban los campos de la zona. El lugar estaba a pleno sol, salvo por las escuálidas sombras que formaban los tres chopos y los dos cerezos, no más. El terreno estaba en barbecho. Apenas se podía descansar del sol en las sombrasafiligranadas que aquellos formaban. Le aumentó el malestar el campo por sus pobres condiciones. El amarillo que expulsaba la tierra le gustó, sin embargo, al niño. Los chopos eran altos y esbeltos, muy verdes. El agua, aunque manaba lentamente, era clara y fresca. Y los cerezos estaban apretados de su fruta. No había visto hasta ese día cómo los árboles producen el maravilloso sabor que muchas veces ha gozado en la mesa de Barcelona y que en la plaza de su barrio vendían. Estos buenos adjetivos aminoraron por sí la fuerza de su incomodidad. Pero lo que más la aminoró fue su ya innata, o naciente en aquella época, perseverancia. Si su abuela le había dicho que aquello era bello, por algo sería. Las cosas dichas por las personas queridas siempre son verdad. Y más si lo dice su abuela ya mayor. La queja la producían unas molestias, pero estas en absoluto arruinarían el paisaje y las cerezas. En muchas personas los detalles ahogan el centro de la escena por lo que se producen falsas explicaciones. La intolerancia surge

fácilmente como reina y la comodidad se convierte pronto en un vicio. En Guillermo la paciencia y la comprensión inextricable que va con ella alcanzarán momentos exagerados en el futuro, pero es mejor desde el punto de vista humano esa desproporción que la contraria. Y considérese este concepto humano, no desde el punto de vista filantrópico, caritativo, que generalmente esconde la hipocresía de los que fácilmente pueden dar, sino desde el mejor punto de vista, que significa la consideración de nuestro semejante desde la realidad pura y simple. Cuando su abuela, puesta de un salto en la copa de los cerezos como una saltimbanqui, y que impresionó a Guillermo hasta considerar su acto una incorrección por culpa de su propia sorpresa, le iba poniendo las cerezas con todos sus rabillos en el cesto que él apenas podía sostener en lo alto, pensó por fin que él también era de esta manera de ser y de esta tierra. Podría contar a sus amiguitos de clase, en septiembre, como había participado en las tareas campestres, colaborado y trabajado para que se sorprendieran y le envidiasen. Otra mala sensación se le sumaba. Sus bracitos se cansaban pronto y cada vez más con el paso del tiempo. No podía casi sostener el cesto conforme iba aumentando de peso el cesto, y ese sol... *«Más alto magico, así, así, descansa un poco y lo subes de nuevo a mí.»* El día se hacía agotador y más siendo él niño. Para eso eran más altos y gordos, y por tanto de más edad, sus mayores, sus protectores, pero él iba comprendiendo que llegaría un punto en que sería también como ellos, y que por tanto cada cosa en su momento y a su ritmo le irían adaptando a la nueva situación futura. Solo era cuestión de esperar. La espera no le preocupaba. Todo estaba aún tan lejos. ¡Qué vida más feliz! Cuando su abuela llenó los dos cestillos que llevaba y uno pequeño para el nieto, se sentaron a la sombra de los chopos, junto a la fuente, y entre historia, ocurrencia, refrán, hecho y canción pasó la mañana para poder partir ya hacia casa a comer. El bocadillo, el agua fresca, el paisaje y las palabras dieron el mejor reposo. Qué mejor conclusión a aquel conjunto de molestias que forman el esfuerzo. Y mientras volvían por entre el paisaje, pasando viñas de nuevo, árboles solitarios, almendros, avejillas con sus cantos, él oyó ya cerca de la estación una canción de aquellos tiempos modernos: de los **RIGHTEOUS BROTHERS** y de sus años **Moonglow**, *“I still love you”* (1964), y que le agradó sobremanera para hacer completo el día. Sabía que sin conocer a sus cantores, y más aún, sin sentir la necesidad de conocerlos, porque todo ya se explicaría en su día, durante los maravillosos momentos que le esperaban en el futuro, las cosas funcionaban igual. Él tenía ganas de aprender, así se lo decían su profesora, sus padres, los vecinos, la televisión, *«se debía aprender para ser algo en la vida y por el propio placer de saber»*, aunque en esto eran solamente su madre y la señorita las que creían fervientemente. Pero hizo caso más a su edad, a su también innato cansancio, que después le asomaría tras su espalda, culpa semejante bajo el nombre de cierta vagancia, por esa su pasmosa calma para que las cosas tuvieran lugar en su momento, allá en el mañana. Ahora estaba en la infancia, pues demasiadas cosas de niño mayor sabio ya hacía. Era el momento de ser niño y de no buscar ya los materialistas resultados que cercenan cualquier viento de genio. Todo ello en conjunto abogó hasta su bien entrada adolescencia para que su infancia fuese muy

feliz a pesar de los normales malos momentos que también tuvo que sufrir, pero que también debían de ser normales aunque él en ello ya no estuviera tan de acuerdo. Aquél existía para todos nosotros, y por nosotros murió, y las cosas son y serán siempre así, porque el hombre debe pasar por todas las etapas para comprender perfectamente la vida. El fundamento principal de la existencia ya lo tenía bastante claro a sus ocho, nueve años... Sin embargo, después llegará la práctica y sino desengaños, sí muy malos momentos habrá de padecer aunque todo ello tenga su explicación. ... ¡No, no! Serán terribles las paradojas, los llamados desengaños, ¡sí!

Cuando todos los viernes por la mañana, a eso de las nueve, una hora antes del patio, les llamaban a misa, el sacrificio espiritual se tornó a las semanas recurrente y necesario. Él se aburría, deseaba que terminase el oficio y ello en absoluto lo tomaba como pecado. No le producía ningún sentimiento de culpa, simplemente deseaba que el cura acelerase las palabras para que cuanto antes se pudiese contemplar el sol de la mañana. En absoluto esta frase debe interpretarse ni como bella frente a algo negativo ni como irreverente por su idea contraria. La razón es que ello era una realidad y Guillermo ya sabía que Dios le comprendía como él intentaba, día a día, comprender más el mundo que le rodeaba y que Aquel creó. Un punto muy positivo en Guillermo es que pronto separó la idea de la creencia en Dios de la creencia en los hombres. Nunca he sabido cómo se empeñan políticos y no políticos radicales en atacar la idea principal de la religión (y para mí la única), si la culpa realmente la tienen los hombres (y mujeres). Cuando un sacerdote, un profesor o un compañero suyo le censuraba, le reprendía o quería imponérsele, sabía a ciencia cierta que la culpa era del mismo sacerdote, del profesor o del mismo compañero si suya no era. El exceso en la reprimenda nada tenía que ver con las elevadas ideas que le explicaban en misa o en clase, a través de la televisión o simplemente leyendo las lecciones que en la clase de religión le mandaban. La idea siempre será la misma, Dios y Jesús solo dijeron una cosa y el uso que de de ello hayan hecho después los hombres es totalmente diferente al tema principal y clave de la existencia. En apoyo de esa idea hemos de decir que los colegios donde estudió Guillermo no eran religiosos. Tenían una iglesia a su lado, que daba nombre al mismo centro, pero todos los profesores eran laicos o civiles desde el punto de vista militar, por lo que en ocasiones divagaban sobre temas más profanos y que para Guillermo todavía más le acercaban a Dios. Me explico, la educación exclusivamente religiosa fue más bien propia de la gente adinerada o de la que se lo creía. Ahora cualquiera parece poder pagar las altas mensualidades, aunque con los actuales planes de enseñanza de los institutos se hace incluso recomendable la educación en centros administrados por religiosos. ¡Qué pena da siempre la realidad ante nuestros ideales! Aquella educación era incisiva, pero llegaba a ser impropia porque continuamente los castigos físicos y morales atormentaban a todos e incidían más sobre los futuros revolucionarios. La exclusividad e intolerancia obligaban a respirar fuera. De ahí saldrían los dirigentes de los partidos políticos, sobre todo, de los de izquierda. Los hijos de terratenientes e industriales ya tenían la vida resuelta. Los hijos de médicos y abogados tendrían que

trabajar algo más y estando más cerca de la miseria intentarían huir pronto de esa entreaguas para que fuese la notoriedad la que les animase a seguir viviendo. Y la política también era el mejor camino para ganarla en todos los términos, incluidos los económicos. Existen muchos matices y muchos niveles de existencia, pero al hombre que ha estudiado siempre le empuja más el prestigio que la misma hambre, por lo que ya desde un primer momento esta dicotomía, esta separación del ámbito social al que dicen defender, se les hará pronto paradójica y en muchas ocasiones será su más encarnizada enemiga. Sin venir a cuento, un primer atisbo reflexivo sobre las creencias de Guillermo ha dado lugar a un posterior desarrollo con el que el narrador creará poder relacionarlas después.

Cuando estaba bajo aquella gran cúpula, esperando el inicio de la misa, Guillermo comprendía que toda esa grandiosidad obligaba, por sentido común, en su misma explicación, como la de que todos debían estar callados esperando ver salir al sacerdote. Ello no impedía que de vez en cuando el alma animosa de los niños les obligase a hablar, él incluido, pero en voz baja. Los susurros que reclamaban silencio provenían no solo de los profesores sino también de los mismos alumnos, porque ayudaban a guardar el orden ante el temor que aquellos tomarán después represalias mucho mayores en forma de castigo. La ayuda entre el alumnado era plausible. Ellos debían obedecer, eran tan pequeños, tan insignificantes frente a aquellos seres mucho más altos y fuertes, ante aquel magnífico escenario que imponía el temor al tiempo que publicitaba el gran mensaje del amor. Las escenas mismas de **Cristo** y de los santos que se encontraban en las capillas, en forma de cuadros y de preciosas tallas de madera, y que algunos eran propios pasos de **Semana Santa**, explicaban en la práctica, para fragor de sus ojos y en forma de ayuda educativa, los grandes misterios que han formado el mundo. Cuando Guillermo comprendía algo nuevo, desde aquellas palabras que decía el cura, y que podía relacionarlo con aquellas preciosas imágenes, entendía mejor que nunca el significado de la existencia. Y en ese momento, el significado único era aquel y después, al ir a clase, al volver a casa, a la hora de jugar, aquel significado continuaba, eso sí, menguado, de otra manera, pero igualmente profundo porque las palabras se habían hecho pronto creencias. Los niños creen bastante pronto. A la primera reciben muy fuertes las sensaciones, porque el alma está muy vacía, pero si algo encuentran paradójico, enseguida comienzan a odiar también. Los niños suelen creer muy deprisa según lo que digan sus padres primero, los profesores y el cura después, y en la televisión y otros medios de comunicación algo más tarde. Esto era así en la época en que Guillermo desarrolla su existencia. La última creencia era la que sintetizaba todas estas fuentes de información bajo la forma infantil del juego. Los alumnos, juntos en el horario de clase, en el patio o durante el espacio de tiempo en el que se encontraban libres en la calle, creaban un mundo procedente de aquellos, pero particular porque la libertad de acción incidía en la nueva conformación de las nuevas ideas. Únicamente el maltrato excesivo en sus casas y en el colegio podía impedir que esta válvula de escape o esta otra fuente natural de vida pudiesen causar efecto. Lo primero siempre será más decisivo porque de los padres se depende para sobrevivir.

Cuando en la **parroquia de San Cucufate** se hicieron asiduas las misas de los viernes, el bello momento aquél perdía eficacia. La misa se hacía aburrida y únicamente los episodios de la **Biblia** y de los **Evangelios** eran interesantes porque contaban historias religiosas. En ellas había argumento y explicación y siempre aquel mal, que estaba en todas partes, era siempre vencido, unas veces con el gran poder de la naturaleza y que el Señor dominaba, y al que obedecían como si los fenómenos que la conformaban fuesen conscientes, personas; otras, con algún gran ardid, propio de seres incólumes e inteligentes como Jesús, que en su forma humana se ofrecía como el hombre perfecto; y en otras ocasiones, con la sabia palabra y que la mente de Guillermo pronto comenzó a memorizar y a discernir en sus contenidos, porque la lógica de aquellos acontecimientos narrados funcionaba como el más perfecto mecano que representa y explica el **Universo**. El sermón solo lo escuchaba muy parcialmente. Era lo peor, porque si algunas veces seguía en su comienzo el hilo del mismo, pronto, por culpa de su mente ya muy dispersa, perdía el mismo hilo, y en un sermón de aquellos, perder el camino del ovillo significaba olvidarse del sermón para siempre. Intentaba meterse en el significado de las palabras que continuamente decía el sacerdote. Alguna vez lo conseguía, pero pronto la modorra, la incompreensión de muchas de sus ideas o el bastante desconocimiento de su vocabulario, volvían a hacer perderse a Guillermo. Al final todo terminaba de cualquier manera, pero jamás con el sentido que expresaba el orador. Era el peor momento de la misa, el más soporífero, pero a su final se animaba mucho Guillermo porque lo peor ya había pasado: ya entraban en la tercera página blanca donde estaban impresas las frases y canciones que tenían que contestar durante el oficio, estas ya iban mucho más deprisa. Qué poco sabían de niños los sacerdotes. En cambio Jesús jamás aburrió. El cuadernillo lo formaban dos hojillas escritas a doble cara y en él estaban redactados los principales asuntos que correspondían a los feligreses. Pronto vio Guillermo que ciertos asuntos correspondían exclusivamente al sacerdote, pero mientras el sermón sí era propiamente del cura, las demás palabras, oraciones, ofrendas y contestaciones respondían a un metódico guión sagrado que se conocía con el nombre genérico de liturgia. Su fundamento era siempre el mismo, pero mucho menos aburrido que el sermón, porque la palabra de Dios siempre era corta, sencilla y bella. Incluso el propio sacerdote parecía verlo todo de otra manera entonces, siéndole más agradable, era evidente, que su misma prosaica. Reconocía Guillermo que era otro el momento de su dicción, el de aquellas sagradas palabras, por lo que enseguida comprendió que todo depende asimismo del momento, de las últimas intenciones, ya que volvemos a repetir, supo desde muy niño que las ideas son distintas de las personas y ello va a ser muy importante, clave, para su ulterior desarrollo. Pronto memorizó Guillermo el cuadernillo de cuatro páginas, y de por vida le quedaría in mente la posición de cada canción o respuesta, que en el mismo tenían, como imagen respectiva y refleja de su pensamiento. Esta posición siempre acudiría a su mente en cualquier otra misa, en otra iglesia, a cualquier hora o edad, cuando se volviesen a repetir las mismas palabras. El fondo del cuadernillo estaría siempre allí, al otro lado de su mente, de manera más o menos imprecisa, pero de forma siempre reiterativa.

Eran de varios tipos las tardes en el terrado de su casa. Cuatro pisos escalaban hacia el cielo porque la altura de todos ellos era muy elevada. Tuvieron que bajar el techo en su casa para que la grandiosidad no ahogara a la familia. El frío se apoderaba durante el invierno de aquellos cuatro metros y medio de altura. Bajaron hasta tres. Las obras duraron aquel primer periodo independiente de Guillermo. Si a la portería, de techo también correspondiente, se sumaba un quinto piso donde se acumulaban escombros de madera sobre todo, viejas vigas acumuladas que ponían en peligro la vida de la **Providencia**, la vecina del cuarto tercera, y todo un nidal de palomas cuyos excrementos incrementaban día a día el peso de aquella techumbre superior, el edificio, si mirábamos desde el terrado, producía escalofríos. La estrechez de la calle ayudaba a que el vértigo fuese menor, pero la profundidad de aquel desfiladero, obscuro casi siempre, húmedo para la hermosa mirada de aquellos ojos castaños, alentaba el miedo de otra manera. En el **Mediterráneo** las tardes son muy azules y soleadas generalmente. En las de **Barcelona** se percibe además, durante el invierno del norte, el hermoso azul cristalino que tanto iba a gustar desde esos momentos de su vida a Guillermo. El primer frío de otoño barniza la profundidad de su escenario con el aire de **Eolo**, que tan bien limpia cualquier impureza. Como la latitud y las condiciones de la geografía catalana amortiguan bastante las temperaturas, podemos contemplar durante mucho tiempo, sobre el terrado, el hermoso horizonte de la ciudad. Los tipos de tarde en el terrado de la casa de Guillermo son diversos, entonces, por otros motivos. Por ejemplo, porque la iglesia de **Santa María del Mar** se muestra contundentemente mucho más fuerte que todas las viviendas del barrio, no solo por su mayor altura sino porque las piedras que la sustentan demuestran, por sí mismas, la verdadera fuerza de lo que debe ser una diferente obra arquitectónica. La iglesia es un monumento, un reflejo, a la vez e inseparable, de los sentimientos que el alma humana necesita. Por ello, su mayor fortaleza y significado se deben demostrar de esta manera como también por medio del espectro artístico de su mismo exterior. El interior es evidentemente mucho más bonito porque es en el que reviven las personas su fervor durante mucho más tiempo y por el motivo lógico y verdadero.

En el otro extremo se alza un alto edificio, también contundente, pero cuya obra es moderna, realizada con las nuevas edificaciones de nuestro siglo. Es donde se sitúa el actual sindicato vertical, que Guillermo oye pero que todavía desconoce. Dicen que en la guerra, durante el desorden existían sindicatos teóricamente dirigidos por los mismos obreros, pero cuya característica principal era la desorganización. Dicen algunos que de aquellos tiempos se guardan los actuales, como los cristianos del diablo, por lo que ya algún día podrá Guillermo enterarse con mayor detallismo, pero que tampoco por ahora, y coincidiendo también con su particular personalidad, no le hace falta todavía buscar mayores respuestas, aunque de seguro que como siempre muchos muertos hasta simplemente buscarán dormir en paz, no en una cuneta, en un hondo de arboleda o en cualquier fosa común de un cementerio, sin nombre y hasta defenestrados. El futuro ya llegará con sus condiciones naturales. Lo

que únicamente le importa ahora es aquel ascensor que sube y baja por un exterior que corresponde realmente a un interior del edificio que queda al aire, porque no existe otro vecino tan grande que lo oculte, y eso le entretiene. Siguiendo la vista hacia la derecha, como desplazándonos durante un límite del imaginado cuadrado, se impone sobre cualquier construcción la **Sagrada Familia**. Descuella sobre las viviendas modernas, que están cerca de ella, por su diferencia. No se explica Guillermo su diferente estilo con la iglesia de Santa María del Mar, porque aún está en la primera etapa de aquel largo periodo que no busca las explicaciones racionales, sino las que le vienen dadas de forma totalmente natural desde fuera y que realmente se corresponden con su instinto innato. Hay distinción y es Santa María del Mar la que le parece mucho más noble y trascendente, mucho más afianzada en el sentido histórico que la vida parece tener. Con los años, comprenderá que la Sagrada Familia es también bella por sí misma, pero su sentido histórico, aunque romántico, será distinto a aquel que representa un pasado más insigne y sagrado. Después de un estudio de las 2 épocas, mucho más científico, puede que las cosas se nos muestren de manera diversa, pero en absoluto será la época del mundo contemporáneo más mística que la medieval, por el sencillo motivo de que las cosas de aquellos siglos pasados eran mucho más sencillas para nuestro entendimiento. No obedecían jamás a un planteamiento previo como caracteriza la mayoría de sustancias de nuestro mundo actual. El significado profundo de la Sagrada Familia lo dará la obra en sí de **Gaudí**, pero ¿cuántas personas conocen este pensamiento profundo del arquitecto? El fervor, no obstante, siempre es algo íntimo, pero la **Edad Media** necesitaba donar respuestas claras e inmediatas a su pueblo.

Otras consideraciones geográficas, artísticas y utilitaristas se aprecian desde el terrado también y son: la montaña de **Montjuic(h)**, que está encalada de jardines, de edificios de época y de atracciones; la selva, que en multitud de antenas de televisión, se forma sobre las alturas y que en multitud de detalles también, Guillermo comienza a diferenciar una de otra con un interés que todavía no preocupa; las aves que diversifican el distinto estado del cielo; y esas viviendas modernas que el pequeño crío da por hechas y que representan la modernidad que va comprendiendo poco a poco y que distingue su tiempo de aquellos pasados que cuentan sus padres y que las viejas piedras intentan explicarnos con su ángulo visual.

En el terrado, los matices arquitectónicos son los más importantes a la hora de la diversificación. Pero el cielo es tanto o más mutable de lo que él cree. El día se acorta y se alarga según las estaciones. Las nubes son muy diferentes por los distintos meteoros a los que obedecen. Y el frío y hasta la lluvia se distinguirán también del mismo frío y de la misma lluvia por medio de esa diversidad: así que siempre antes corresponderá caracterizar según la época estacional. Es el cielo azul cristalino el que llega a dominar su mente hasta olvidarse casi por completo del resto de cielos. Es el más característico del Mediterráneo según Guillermo. Esta reducción es propia de los recuerdos antiguos; pero al carácter de este niño pequeño, que comienza a crecer, será preciso prestarle mayor atención en el futuro. La obsesión va a caracterizarle. Gracias a ella, sus ideas serán precisas, en ocasiones imprecisas; defenderá, con la

profundidad de todo el contenido, cualquier premisa, independientemente de su lado más banal. El sentido humano de las cosas llegará a ser ideológico algunas veces, por lo que en ocasiones su carácter se hará pretencioso y pesado. Sin tener nada que ver con la paradoja su carácter, será mucho más diversificado en los temas de la estética. Ello le salvará. La música, el arte, los juguetes, la variedad, los tebeos, el cine deben ser variados. La vida diaria poseerá numerosas características que la hacen bella y fea, alegre y triste a la vez. Él muy pronto supo diferenciar de las actitudes humanas la diversidad simplemente estética. Las personas tienen un carácter peculiar y muy variado, pero el objetivo del artista y del hombre (y la mujer) no es ser como todos ellos a la vez. Las experiencias a las que el mundo actual está muy acostumbrado no le interesan más que en el necesario aprendizaje a la que la vida le obliga. Los principios básicos siempre serán con él únicos: amará cuando crea que es la mujer de su vida su objeto presente y elegirá el sonido, que se precie en sus oídos, por motivos exclusivamente propios y no modales. De todas maneras, parece que nos hemos adelantado algo en los acontecimientos porque si bien las tendencias son muy claras, el sentido abstracto que representa toda ideología, todavía no le ha envuelto de forma evidente. Llegará la época en que sus creencias se harán ideales y tozudas, cuando sus diálogos, más bien monólogos, abrumen a los espectadores. Después también arribará a buen puerto el sedimento de todo ello por medio de la ironía y de la experiencia, por medio del sufrimiento y del también buen humor. A primera vista estaremos continuamente describiendo la vida de un hombre solitario. Pero como siempre, muchos hombres solitarios obedecen, más que a cuestiones meramente personalistas, egoístas, y de las que Guillermo también se beneficia ¡por qué no!, a un continuo auto-apartamiento de este mundo que se va a autoimponer para vivir mejor, aunque desgraciadamente será el sustantivo sobrevivir el que más debamos utilizar para describirle.

Otro hecho también dejó impresionado en su ser el tipo de sensaciones que se consideran malas. El único empleo de este adjetivo, para definirlo, es suficiente. Antes las palabras por sí mismo explicaban. El empleo superfluo de los adornos gramaticales obedece simplemente a la razón de justificar lo que no es justificable. Y no sé yo si estos párrafos... Continúo: hoy todos tendemos a aprobar por medio de otras palabras y de otras consideraciones, y que nadan tienen que ver con el objeto considerado, la mentira. Nuestras necesidades primarias, y en ellas incluimos cualquier otro ocio vulgar, son más importantes. Gusta la vida de vivir muy alegremente, pero cuando también sepamos reaccionar, frente a los imprevistos, con la mayor de las razones humanas, entonces resultarán nuestra mente y cuerpo como un ser, como el ser, como el todo. ¿Y qué son las razones humanas? Ahí comienza la ideología y la justificación de servirnos unos por los otros. Si ayudas al prójimo te van a insultar, te llamarán hasta esquirol, flojo y cobarde. *“Hasta te tomarán el pelo, abusarán de ti. Nadie te agradecerá nada finalmente.”* Estando bien en las dos circunstancias naturales de la vida, podremos tener alegres compañeros de viaje. Éstos se podrán considerar amigos u oportunistas simplemente.

Y para estos últimos nuestra actuación será muy fácil, porque el ambiente estará bastante claro. Guillermo querrá Ser, pero tardará muchísimo en saber aplicar las herramientas que las llevan a cabo. La teoría siempre tan lejos de la praxis. Ese es uno de los sentidos de la experiencia, de la existencia. Ahí deberíamos llegar todos para que el Paraíso ya estuviese aquí entre nosotros. Poco más habría que escribir ya, que teorizar en la imprenta. Lo demás ya sería campo libre para la poesía, para el puro verso, para cantar la belleza por la misma belleza. Yo jamás me canso de ver, de escuchar, de percibir, de gustar, de palpar, de sentir las mismas cosas agradables.

Decíamos que Guillermo iba a recibir con otro acontecimiento nuevas sensaciones malas. La vecina del piso de enfrente, del primero segundo, estaba casada, pero no tenían hijos. Ella era bastante gruesa. No la afeaba el exceso de kilos, pero tampoco la favorecían. Su cara era algo alargada, al menos tenía esa constitución, pero los mofletes hinchados, el exceso de grasa, la redondeaban en exceso hasta hacerla vulgar. Tampoco era fea explícitamente, pero por culpa de un carácter que tampoco sobresalía, sino al contrario, pues su tonta y enfermiza envidia, no abarcaba más allá del horizonte cercano, lo que arruinaba cualquier contrapeso, y perdóneseme el fácil juego de palabras. El tema no era su peso, su delgadez, su bajura, su fealdad física, ¡no!, como siempre, su rostro expresaba infelicidad: éste es el verdadero problema. Envidiaba a la madre de Guillermo porque la creía más guapa, porque la creía más activa frente a la vida. Ella no trabajaba, mientras su vecina, con un niño ya, no paraba de moverse ni de hacer faenas. Tenía tiempo después para limpiar el piso o para hacer fenomenales comidas a las que alguna vez eran invitados. Su marido, **Luis**, la halagaba para martirio de ella. Era sin embargo un halago sincero, de simple aplauso. No veía nadie nada malo en ello. El padre de Guillermo no podía estar más tranquilo, no solo por su propia mujer sino por el propio vecino. El planteamiento solo era maléfico según la vecina y los celos terminaron por pelear a las dos mujeres. Era terrible para Guillermo ver a su madre y a esa vecina no dirigirse la palabra al coincidir frente a frente. Un sentimiento de horror siempre se le apoderaba entonces y la tensión le era insoportable. Pero tenía que aguantarla. Tampoco sabía que podía gritar o llorar para desfogarse porque su convicción, respecto a ello, era aguantar. Su respuesta, era por otro lado, la más correcta, pero el dolor se le hacía insufrible cada vez que ocurría algún encuentro. El miedo en Guillermo podríamos decir que ya era exagerado, aunque en él era una realidad, no fingía. Su pánico se sobreexcitaba, y ello, para un futuro más o menos cercano, le iba a resultar fatal por un lado y positivo por otro, pero mucho menos. Siempre los pros y los contras. Si de todo este cóctel sacamos algo positivo, bienvenido sea. Con el tiempo los celos de la vecina, que también se llamaba **Carmen** como su madre, se acrecentaron hasta convertirse en locura. Los padres de Guillermo llegaron a asustarse y más cuando un día amenazó con un cuchillo a su madre. «*Te tragarás esta zapatilla si haces algo*» le previno la madre de Guillermo. Esta frase fue más que suficiente para que la mujer, fuera de sí, cerrase de golpe la puerta, tras refugiarse en su piso, y que tronó por toda la escalera con el estampido de

la locura. Realmente la vecina se había vuelto loca. Los médicos, en palabras del propio y desesperado marido, les comentaban a sus padres que «*Carmen evolucionaría a peor hasta hacérsele crónico el mal que padecía, porque su enfermedad se le había declarado ya irreversible. Siempre había sufrido de los nervios, pero se habían hecho llevaderos. Era tan guapa y simpática cuando la conoció, tan amable. Algo maniática últimamente, pero durante los dos últimos años las cosas habían empeorado gravemente porque las manías la podían, pues ya vivía solo para ellas. Y ahora esperaba un día u otro lo peor. La medicación la controla, la calma en algunos momentos, pero pronto se vuelve a poner muy mal. Yo ya sé que jamás volverá a ser mi Carmen. Ya nunca será ella misma. Yo soy su enemigo en vez de su marido, que tanto la quiere aún.*» Al poco tiempo de esta confirmación pareció que la enferma fue dándose cuenta de que el problema era más ella misma, que el daño no venía siempre desde fuera, que la culpa podía ser suya, solo suya. Todo lo patológico de una enferma mental pudo coadyuvarse con su personalidad asimismo enfermiza. Dentro de su mundo cruento, sin piedad ahora con su persona, sola. ¿Quién podría entender ese ovillo sin fin? La madre de Guillermo se apiadó muy pronto tras la explicación del marido. Podemos decir que nada más cerrar la puerta de su casa, su madre ya estaba deseando hablar con su vecina para calmarla, para apoyarla, para llorar junto a ella. La madre de Guillermo era una mujer de las que a primera vista los incultos llamamos solidarias, pues confundimos ese candor ingenuo, infantil, con el más hermoso de los amores, aquél que da sin querer, por obligación afectiva incluso: no hay más porqué justificar. Guillermo perdió poco a poco el miedo. Aquella puerta que siempre veía al salir hacia la calle, que encerraba el horror, a una persona mala y enferma, loca, que podría hacerles daño sin ningún motivo, se ofrecía día a día, tras los nuevos acontecimientos, mucho más suave y sobria, más bellamente coloreada para admiración de sus ojos. Un día se hablaban las mujeres incluso, poco, pero sin apenas temor. Su madre preguntaba por ella. Ella contestaba que todo volvía poco a poco a la normalidad, que ya volvía a ser la de siempre. Otro día el comentario quedaba en el intercambio del saludo, pero más valía aquello que el espanto de antes. El marido se encontraba bastante mejor, pero en el fondo de su corazón, por mucho que razonase, sabía que el desenlace llegaría al fin, no sabía cómo, pero llegaría, en forma de algo, de algo todavía no reconocible, pero sí, bajo algún proceder, de seguro, desagradable. Él vivía día a día con ella y sabía la verdad. La vecina Carmen, aunque sabía aparentar las primeras semanas del nuevo periodo, continuaba con sus celos, con sus manías y con su imaginación estrambóticamente dada al precipicio. No podemos traducirlo a conceptos médicos. No sabemos porque desconocíamos casi todo de ella. ¿Sus síntomas eran la depresión, la ansiedad, las alucinaciones, las obsesiones, las compulsiones? Luis esperaba un día u otro alguna desgracia, aunque también deseaba que la medicina la adormeciera hasta que llegase un día el desenlace, pero de manera pacífica. Los médicos eran consecuentes y la verdad inocultable, la locura crecería y el ingreso para siempre se haría forzoso. Pero no hizo falta. Carmen, la vecina loca, volvió a las andadas. La madre de Guillermo tuvo miedo, miraba por la mirilla antes de salir a la calle. Cuando ya estaba en el

rellano, oía pasos detrás de la puerta, el leve chirrido de la mirilla, aquellos inexplicables y terroríficos suspiros; la madre de Guillermo se asustaba, cerraba rápido y bajaba pronto las escaleras. Las vecinas se alarmaban cada día más por el comportamiento de aquella mujer. «Carmen -le decían su madre-, *qué loca, no la haga caso. Pobre marido. Debía de encerrarse a esa mujer. Lo está matando*». Y no faltaba razón a estas palabras de vecindario, pero otro sentido podía haberse dado a la enfermedad, a quién la sufría, pero faltaban medios y conocimientos. Así que no podía haber más que un desenlace bien triste

Un domingo, a última hora de la tarde, de noche ya, sobre las ocho, cuando una tía de Guillermo, hermana de su madre, se marchaba, escuchó mucho ruido de personas afuera en el rellano. Se asomó a la mirilla y vio a la policía que acompañaba al marido compungido de la vecina.

- Oye, Carmen, mira, la policía está aquí. ¿Qué habrá pasado?
- ¿Cómo? ¿La policía? -contestó su hermana.
- ¡Eh! ¿La policía? ¿Qué dices? -el padre de Guillermo.
- Mirar, mirar si no es la policía.

Guillermo se asustó de repente, pero como él solo podía asustarse. Se quedó petrificado como si se tratase de una aparición en aquellas películas de fantasmas que tanto le aterrizaban pero que ya le comenzaban a gustar. El verdadero miedo estuvo tras él, como su más horrible sombra. No pudo moverse ni articular palabra. De todas maneras, ¿qué iba él a decir? Al tiempo, llamaron a la puerta y Guillermo no pudo ya evocar más temor. Abrieron sus padres e intercambiaron unas palabras con un policía, en voz muy baja, como obedeciendo al hecho natural de que en aquellos momentos únicamente se podía hablar en aquel tono. Sus padres eran muy consecuentes con el entorno, con las circunstancias en las que se ofrecía cualquier acontecimiento.

- No, no sabíamos qué le pasaba, bueno, siempre ella fue muy rara, apenas nos hablaba. A mi mujer la cogió celos, envidia, siempre escuchaba tras la puerta -dijo Guillermo padre.

Carmen, su mujer, le confirmó lo mismo al policía, como el propio Luis, el marido de aquella desgraciada, como todos los demás vecinos, como muy bien decía en aquellos papeles médicos, que llevaba en sus manos el propio policía. La mujer aquella estaba enferma gravemente de los nervios y cualquier desenlace podía esperarse tarde o temprano, lo que requeriría un ingreso más o menos pronto y para toda la vida.

Las escenas fueron suficientes: aquella impresión antes de abrir la puerta; la policía y los vecinos alrededor; esas palabras intercambiadas a tan bajo volumen; todo aquel ambiente se ponía de acuerdo para inducir a la mente de Guillermo a que pensase algo horrible sobre el suceso ocurrido. No se había concretado nada todavía, pero intuía que tras la puerta había ocurrido lo peor, algo todavía inescrutable, pero

un hecho demasiado amargo y terrible. No se definía nada aún, más por la edad que por la ignorancia. Otro niño, a esos años, lo más seguro es que hubiese acertado o habría apuntado un hecho certero. Un niño espabilado, que muy pronto aprende del mundo real, para quedarse ya para siempre con esa burda realidad, que no espera de la vida ya ningún atisbo romántico ni fantasioso por culpa de unos padres exclusivamente prácticos, se lo habría imaginado a la primera. Pero Guillermo solo pudo evocar que tras esa puerta estaba la forma horrenda de algo que todavía desconocía. Confundía con el temor lo inexplicable y lo que no deseaba. ¿Por qué esos policías aquel domingo por la tarde? Él no quería problemas durante aquella bella tarde. La policía siempre le causaba temor porque siempre perseguía a los malos. Le daba miedo, no por la acción que ejecutaban, sino porque cerca de ellos estarían esos seres perversos que existen en este mundo para asustarle. Y esa tarde, ahí tan cerca, enfrente mismo de su inocente hogar, le causaron una pavorosa impresión.

Se había matado aquella loca con el gas. Había dejado los fogones de la cocina abiertos, mientras ella esperaba la muerte tranquilamente sobre un taburete. ¡Qué espantosos le iban a ser desde aquel día los tubos del gas! Aquellas gomas, unas oscuras y otras naranjas, que llevaban el gas ciudad de los tubos a la cocina, fueron desde ese acontecimiento aún más temidas. El gas puede destruir y matar explotando si te lo dejas encendido, si hay fugas. Esas tuberías elásticas conducían la muerte y los fogones la dejaban escapar. Un celo, acuciado desde siempre por sus padres, se forjó en su mente entonces. Sus padres, como siempre, cuidaban de aquellas cosas, de apagar el gas, la luz, de encender todo igualmente después. Le ahorraban aquel temor, aquella prevención. Pero desde entonces, él también velaría para que los mandos de la cocina marcasen rectamente la posición de apagado o para que mantuviesen viva la llama cuando no fuera así. Él temería mucho desde aquel día a aquellas gomas que podían soltarse por sus extremos dejando escapar el gas asesino. ... Escuchó, además, que para no fallar se había incrustado todo el tubo negro en la boca. ¡Dios!

La mujer aquella había pasado por el mundo sin pena ni gloria para terminar con un acto de los más pecaminosos. Quién se suicida es cobarde decía la Iglesia, porque no es capaz de enfrentarse a la vida. Dios no los manda al Infierno pero tampoco les deja entrar en su paraíso. Igual que en la Tierra, se les entierra aparte, en otro cementerio -al menos eso era antes o le comentaron sus padres después-; los suicidas van al purgatorio pero sin apenas posibilidad de subir a los cielos. Ciertamente aquella mujer no era nada. Su frenesí en la vida fue artificial. Ella solamente quería sobresalir, destacar con lo más vulgar que nos da la vida: el artificio externo que regalan la ropa, los muebles y los viajes contados al regreso, sobre el resto de semejantes y vecinos. Sin un ápice de inteligencia, quería ser sobre el resto por el mero valor de su dinero. Él ganaba algo más que un obrero, pero esto no le permitía apartar definitivamente la frustración de su existencia, porque la realidad desterraba los castillos y pajarillos que había forjado a través de la televisión y con cuatro noveluchas. Las novelas rosas, en fotografías de blanco y negro, junto a las novelas radiofónicas, habían culminado la estupidez de su persona. No por ello debía

de castigarse a esta mujer. No hay ningún motivo. El castigo es factible para otros casos. Más adelante dejaremos hablar a Dostoievski. Pero Dios, ¿cómo puede haber gente tan tonta? El marido se casó con ella porque tenía que casarse con alguien. Ese era el fallo de antes y el de ahora. La única diferencia importante entre los dos tiempos, sobre este sacramento, es que antes existía más paciencia que ahora y menos leyes que regulasen las barbaridades. Hoy existen más leyes porque las barbaridades han aumentado muchísimo. Pero este tema también lo dejaremos un poco para más adelante. Lo doloroso es que esta pobre mujer del cerebro no pudo recibir un tratamiento adecuado. Después, ¿podía haber aprendido sobre la problemática del corazón o del alma? Estas cosas son tan imposibles también.

Estaba a punto de cumplir los seis años. Del penúltimo piso del colegio, del tercero, adonde entraba la luz solar con toda su fuerza, pasaría al segundo en el nuevo curso, cerca de la clase de los mayores, en la misma planta, donde se cursaban los cuatro primeros cursos de la E.G.B. o la primaria todavía. Esta presunción de mayores no era tal para él. En modo alguno quería ser ni mayor ni pequeño. Él debía seguir las directrices que le marcaban sus padres y el mundo, porque para eso él era un niño, un ser débil que dependía de ellos para todo. La naturalidad de las cosas es símbolo de inteligencia mientras que algunas rebeldías simplemente indican la patología de personas, grupos y sociedades. Es inaudito pensar que la rebeldía es un bien necesario para renovar, de vez en cuando o continuamente, nuestro aburrido existir. Esta frase solo me suena a propaganda de las empresas de ropa y de música. Lo triste de todo esto no es que tengamos que cambiar, de forma simple, nuestros bienes estéticos. El cambio a veces puede ser abrupto y marcarte para toda la vida. Puedo ver con bastante lógica cómo es necesario renovar los aires de vez en cuando. Parece inherente al hombre la multitud estética, pero cuando se unen ideología y negocio entra en juego la principal arma de todo jefe, dictador, político y vendedor, pues la posibilidad se hace ley y el que no vive a la moda es un apestado. Ésa es la diferencia fundamental que yo veo en este punto.

Iba a pasar el último verano de párvulos, de niño pequeño, porque ahora comenzaba la enseñanza en serio, le decía su madre. Según la señorita, al año que viene tenían que estudiar ya de verdad, había que escribir perfectamente y leer más. La caligrafía se haría más apretada, porque los libros también contendrían más frases y párrafos. La letra de los mismos sería más pequeña asimismo. Se dibujaría menos. Las artes plásticas pasarían a ser una clase más y no ocuparían el tiempo principal que hasta ahora merecían. Nuevas asignaturas iban a comenzar: lengua e historia y nuevos niveles de matemáticas. De todas maneras, estarían cerca de la clase aquella de los mayores, pero separados por una puerta; aún vivirían como un curso de transición antes de aprender las cosas de verdad. Todavía la caligrafía y las cuentas no muy grandes serían sus principales actividades. El dibujo se reduciría, aunque no tanto. Irían tomando contacto, poco a poco, para estudiar en serio desde segundo, al año que viene. Oirían al otro lado de la puerta el rumor de las clases de los mayores

mientras ellos hacían sus ejercicios. Guillermo comenzó con ganas en el nuevo curso, pero ello también se verá un poco más hacia adelante.

El sueño es pesado una vez más. Conforme va pasando el aura de la noche, Guillermo cree confirmar el momento en el que se va a producir una nueva pesadilla. Le resultan ya monótonos estos acontecimientos nocturnos. Se ha habituado a su presencia y a la estructura argumental en la que se desarrollan. Por ejemplo, aquel sueño que precede a una de sus peores angustias, cuando en todo aquel bajo nivel obscuro se perciben multitud de intensos puntos brillantes, la sensación que está dentro de él y en todo su entorno, como formando parte de su misma materia... por lo que no tiene más remedio que gritar sobre todo el silencio de la noche. Él no lo puede evitar, sabe que después de esa escena debe de gritar, de llamar a su madre y a su padre, más a la primera, porque siempre está más con él y porque le lava y le hace la comida, lo mimaba mucho más porque el amor de madre no se puede igualar al amor de padre desde muchos puntos de vista. El haber estado dentro de ella, aunque esto no sepa cómo determinarlo, cómo concretarlo, le ha unido a su madre como la carne a la carne de la Biblia. Son temas que intuye, pero que aún no conoce. No puede evitar gritar, y sabe que las escenas previas a aquellos malditos puntos que le arrojan en el vacío espacial que le horroriza, son inconfundibles y que sin falta y siempre de la misma manera transcurren unas detrás de otras como si estuvieran grabadas en el mejor formato de cine existente. Y después de la escena final él debe gritar, él ya sabe lo que va a ocurrir, lo sufre inexorablemente e inexorablemente él se dispone a chillar. Más aún, sabe, se alegra ya incluso, de que llegando a esta escena última, la más pavorosa, pronto todo va a terminar: tras el aullido agudo de su garganta infantil él se despertará y la tranquilidad de la noche volverá de nuevo a su hábitat. Él desea, cuando ya se ha acostumbrado a los argumentos de varios de aquellos sueños, que pase lo que pase antes, aquel cuadro, sin par repetitivo, preludia el fin. Esa dañina materia se apoderará de su mente, pero será el último escollo, el último salto antes de que reviente su voz con «*mamá, mamá, mamá*». Es necesario sufrir esa angustia para liberarse. El estrépito de su garganta debe desgarrar la noche de su alma.

Otro sueño es aquel del que se tira en avión con paracaídas, como lo vio en aquella ocasión por la tele. De nuevo recurrente y de nuevo lo mismo, la caída libre para que sin abrirse el paracaídas tampoco se llegue al suelo, porque antes Guillermo se ha caído de la cama y se ha despertado de golpe. La enfermedad, en definitiva, la fiebre, avivaba más estas pesadillas nocturnas, que no por ser habituales en sus periodos de ejecución, dejaban de asustar a aquel corazón ingenuo e infantil. De todas maneras, ese principio absurdo de sufrir parece provenir de algo que él todavía desconoce. ¿Por qué padecer cuando existen tantas cosas bonitas? La respuesta se la daban sus padres, en el colegio los profesores y el sacerdote, y en la televisión ciertos programas y películas. «*No puedes comprender el bien si no hay mal, lo dulce si no existe lo salado, el calor si no quedas helado alguna vez.*» Sin embargo, aunque aceptaba beatíficamente estas explicaciones, no podía aceptar aún semejante realidad. Él todavía era un niño, de ello mismo se daba perfectamente cuenta por su escasa

estatura y porque a todos los sitios tenía que ir de la mano de sus padres o de sus tíos, cuando éstos lo llevaban en el pueblo. O de las de su abuela como en el verano pasado. ¿Por qué estos sufrimientos que a nada positivo le conducían? A él le dolían los dientes, le atacaban las pesadillas muchas noches, le temblaban las piernas con el exceso de fiebre y todos le decían que aquello era lógico. Su carácter apesadumbrado no protestaba, él en silencio aceptaba todo aquello y más si las explicaciones razonadas de sus padres le decían que aquello era normal, que ellos y todo el mundo lo tenían que pasar. Él seguía sufriendo, pero se daba perfecta cuenta de que el dolor era real cuando le atacaba, un dolor que no podía soportar. Quizá debería ser más fuerte de lo que era; debería saber aguantarlo como un hombre, como un niño mayor. Cuando él fuese mayor podría ser que lo viese desde otro punto de vista, que el horizonte se le aclarase con alguna nueva vertical y que entonces la explicación de todo aquello que le preocupaba tanto ahora, se le aclarase por fin, y así ya podría gozar desde aquel día para siempre. Si hubiese sabido leer y comprender con un poco más de la sabiduría que dan los años aquel texto de **Dostoievski** en **Los hermanos Karamazov**, sus premoniciones habrían quedado confirmadas. ¿Por qué sufrir? ¿Qué he hecho yo? Pero uno ya no sería ningún niño:

»Basta ya de esta cuestión. Sólo pretendía exponerte mi punto de vista. Te iba a hablar de los dolores de la humanidad en general, pero será preferible que me refiera exclusivamente al dolor de los niños. Mi argumentación quedará reducida a una décima parte, pero vale más así. Desde luego, salgo perdiendo. En primer lugar, porque a los niños se les puede querer aunque vayan sucios y sean feos (dejando aparte que a mí ningún niño me parece feo). En segundo lugar, porque si no hablo de los adultos, no es únicamente porque repelen y no merecen que se les ame, sino porque tienen una compensación: han probado el fruto prohibido, han conocido el bien y el mal y se han convertido en seres “semejantes a Dios”. Y siguen comiendo el fruto. Pero los niños pequeños no han probado ese fruto y son inocentes. Tú quieres a los niños, Aliocha. ...

... Observa que entre los hombres crueles, dotados de bárbaras pasiones, como los Karamazov, abundan los que quieren a los niños. Hasta los siete años, los niños se diferencian extraordinariamente de los hombres. Son como seres distintos, de distinta naturaleza. ...

... Poseo un interesante folleto traducido del francés, en el que se refiere la ejecución, realizada en Ginebra hace cinco años, de un asesino llamado Ricardo, que se convirtió al cristianismo antes de morir. Tenía entonces veinticuatro años y era hijo natural al que, cuando tenía seis años, habían entregado sus padres a unos pastores suizos, que lo criaron con vistas a la explotación. El niño creció como un salvaje, sin estudiar ni aprender nada. Cuando tenía siete años lo enviaron a apacentar el ganado bajo el frío y la humedad, medio desnudo y hambriento. Sus protectores no experimentaban ningún remordimiento por tratarlo así. Por el contrario, creían ejercer un derecho, ya que les habían dado a Ricardo como quién da un objeto. Ni siquiera consideraban un deber alimentarlo. El mismo Ricardo declaró que de buena gana se habría comido entonces el amasijo que daban a los cerdos para engordarlos, lo mismo que el hijo pródigo del Evangelio, pero que no lo podía hacer porque se lo tenían prohibido y le pegaban si se atrevía a robar la comida de los animales. Así pasó su infancia y su juventud, y cuando fue hombre se dedicó al robo. Este salvaje se ganaba la vida como jornalero, se bebía el jornal, vivía como un monstruo y acabó por asesinar a un viejo para desvalijarlo. Lo detuvieron, lo juzgaron y lo condenaron a muerte. En Ginebra no se andan con sentimentalismos. En la prisión se ve enseguida rodeado de pastores protestantes, miembros de asociaciones religiosas y damas de patronatos.

Entonces aprende a leer y escribir, le explican el Evangelio y, a fuerza de adoctrinarlo y catequizarlo, acaban por conseguir que confiese solemnemente su crimen. Dirigió al tribunal una carta en la que decía que era un monstruo, pero que el Señor se había dignado iluminarlo y enviarle su gracia. Toda Ginebra se conmovió, toda la Ginebra filantrópica y santurrona. Todo lo que había de noble y recto en la capital acudió a la prisión. Lo abrazaban, lo estrujaban.

»-Eres nuestro hermano. Dios te ha concedido la gracia.

»Ricardo llora, enternecido.

»Sí, Dios me ha iluminado. En mi infancia y en mi juventud deseaba la comida de los cerdos. Ahora se me ha otorgado la gracia y muero en el Señor.

»Sí, Ricardo: has derramado sangre y debes morir. No es tuya la culpa si ignorabas la existencia de Dios cuando robabas la comida de los cerdos y te pegaban por obrar así (sin embargo, no procedías bien, pues está prohibido robar); pero has derramado sangre y debes morir.

»Llega el último día, Ricardo, abatido, llora y no cesa de repetir:

»-Hoy es el día más hermoso de mi vida, pues me voy al lado de Dios.

»-¡Sí -exclaman los religiosos y las damas de los patronatos-, es el día más bello de tu vida, pues vas a reunirse con Dios!

»La multitud se dirige al patíbulo, siguiendo al carro que transporta a Ricardo ignominiosamente. Todos llegan al lugar del suplicio.

»-¡Muere, hermano! -gritan a Ricardo-. ¡Muere en el Señor! ¡Su gracia está contigo!

»Y Ricardo sube al patíbulo entre besos. Lo tienden y cae su cabeza en nombre de la gracia divina.

»Es un suceso típico. Los luteranos de la alta sociedad han traducido el folleto al ruso y lo distribuyen como suplemento gratuito para instruir al pueblo.

»La aventura de Ricardo es interesante como rasgo nacional. En Rusia resultaría absurdo decapitar a un hermano por la única razón de que se ha convertido en uno de los nuestros, al haberle concedido el Señor la gracia, pero tenemos también nuestras cosas. En nuestro país, torturar golpeando constituye una tradición histórica, un placer que puede satisfacerse en el acto. ... Hay muchas personas mayores que se complacen en torturar a los niños, pero sólo a los niños. Con los adultos, tales individuos se muestran cariñosos y amables, como europeos cultos y humanitarios, pero experimentan un placer especial en hacer sufrir a los niños: es su modo de amarlos. La confianza angelical de estas indefensas criaturas seduce a las personas crueles. Estas personas no saben adónde ir ni a quién dirigirse, y ello excita sus malos instintos. Todos los hombres llevan un demonio en su interior, hijo de un carácter colérico, del sadismo, de un desencadenamiento de pasiones innobles, de enfermedades contraídas en un régimen de libertinaje, de la gota, del mal funcionamiento del hígado... ...

... Y esta madre dormía tranquilamente, sin conmovirse ante los gritos de la pobre niña encerrada en un lugar tan repugnante. ¿Te imaginas a esa infeliz criatura, a merced del frío y la oscuridad, sin saber lo que le ocurre, golpeándose con los puños el pecho anhelante, derramando inocentes lágrimas y pidiendo a Dios que la socorra? ¿Comprendes este absurdo? ¿Puede tener todo esto algún fin? Contéstame, hermano; respóndeme, piadoso novicio. Se dice que todo esto es indispensable para que en la mente del hombre se establezca la distinción entre el bien y el mal. ¿Pero para qué queremos esta distinción diabólica pagada a tan alto precio? Toda la sabiduría del mundo es insuficiente para pagar las lágrimas de los niños. No hablo de los dolores morales de los adultos, porque los adultos han saboreado el fruto prohibido. ¡Qué el diablo se los lleve! ¡Pero los niños...! Veo en tu cara que te estoy hiriendo, Aliocha. ¿Quieres que me calle?

- No, yo también quiero sufrir. Continúa.

- Te voy a presentar otro cuadro típico. Lo he leído en los «Archivos Rusos» o en «La Antigüedad Rusa»: no puedo precisar en cuál de estas dos revistas. Fue en la época más triste de la esclavitud, en los comienzos del siglo diecinueve. ¡Viva el zar liberador! Un antiguo general, rico terrateniente, que tenía poderosas relaciones, vivía en uno de sus dominios, que contaba con dos

mil almas. Era uno de esos hombres (a decir verdad, ya poco numerosos en aquel tiempo) que, una vez retirados del servicio, creían tener derecho a disponer de la vida y la muerte de sus siervos. Siempre malhumorado, trataba con altivo desdén a sus humildes vecinos, considerándolos como parásitos o bufones a su servicio. Tenía un centenar de monteros, todos uniformados, y varios cientos de lebreles. Un día, el hijo de una de sus siervas, un niño de ocho años, que se entretenía tirando piedras, hirió en la pata a uno de sus lebreles favoritos. Al ver que el perro cojeaba, el general inquirió el motivo y se le explicó todo, señalándole al culpable. Inmediatamente, el general ordenó que encerraran al niño, al que arrancaron de los brazos de su madre y que pasó la noche en el calabozo. Al día siguiente, al amanecer, se pone su uniforme de gala, monta a caballo y se va de caza, rodeado de sus parásitos, monteros y lebreles. Se reúne a toda la servidumbre para dar un ejemplo y se conduce al lugar de la reunión al chiquillo con su madre. Era una mañana de otoño, brumosa y fría, excelente para la caza. El general ordena que se desnude completamente al niño, lo que se hace al punto. El rapaz tiembla, muerto de miedo, sin atreverse a pronunciar palabra.

»-¡Hacedlo correr! -ordena el general.

»-¡Hala! ¡Corre! -le dicen los monteros.

»El niño echa a correr.

»El general profiere el grito con que se acostumbra lanzar a la jauría en pos de las presas, y los perros se arrojan sobre el niño y lo destrozan ante los ojos de su madre.

»Al parecer, el general fue sometido a vigilancia. ¿Qué crees tú que merecía? ¿Se le debía fusilar? Habla, Aliocha.

- Sí -respondió Aliocha a media voz, pálido, con una sonrisa crispada.

- ¡Bravo! -exclamó Iván, encantado-. Cuando tú lo dices... ¡Ah, el asceta! En tu corazón hay un diablillo, Aliocha Karamazov.

- He dicho una tontería, pero...

- Sí, pero... Has de saber, novicio, que las tonterías son indispensables en el mundo, que está fundado sobre ellas. Si no se hicieran tonterías, no pasaría nada aquí abajo. Cada cual sabe lo suyo. ...

... -Oye, Aliocha: me he limitado a hablar de los niños para ser más claro. No he hablado de las lágrimas humanas que saturan la tierra, para ser más breve. Confieso humildemente que no comprendo la razón de este estado de cosas. La culpa es sólo de los hombres. Se les dio el paraíso y codiciaron la libertad, aún sabiendo que serían desgraciados. Por lo tanto, no merecen piedad alguna. Mi pobre mente terrenal me permite comprender solamente que el dolor existe, que no hay culpables, que todo se encadena, que todo pasa y se equilibra. Estas son las pataratas de Euclides, y yo no puedo vivir apoyándome en ellas. ¿En qué me puede satisfacer todo esto? Lo que necesito es una compensación; de lo contrario, desapareceré. Y no una compensación en cualquier parte, en el infinito, sino aquí abajo, una compensación que yo pueda ver. Yo he creído, y quiero ser testigo del resultado, y si entonces ya he muerto, que me resuciten. Sería muy triste que todo ocurriese sin que yo lo percibiera. No quiero que mi cuerpo, con sus sufrimientos y sus faltas, sirva tan solo para contribuir a la armonía futura en beneficio de no sé quién. Quiero ver con mis propios ojos a la cierva durmiendo junto al león, a la víctima besando a su verdugo. Sobre este deseo reposan todas las religiones, y yo tengo fe. Quiero estar presente cuando todos se enteren del porqué de las cosas. ¿Pero qué papel tienen en todo esto los niños? No puedo resolver esta cuestión. Todos han de contribuir con su sufrimiento a la armonía eterna, ¿pero por qué han de participar en ello los niños? No se comprende por qué también ellos han de padecer para cooperar al logro de esa armonía, por qué han de servir de material para prepararla. Comprendo la solidaridad entre el pecado y el castigo, pero ésta no puede aplicarse a un niño inocente. Que éste sea culpable de las faltas de sus padres es una cuestión que no pertenece a nuestro mundo y que yo no comprendo. El malintencionado afirmará que los niños irán creciendo y llegarán a la edad de los pecados, pero el chiquillo que murió destrozado por los perros no tuvo tiempo de crecer... No estoy blasfemando, Aliocha. Comprendo cómo se estremecerá el universo cuando el cielo y la tierra se unan en un grito e alegría, cuando todo lo que vive o haya vivido exclame: «¡Tienes razón, Señor! ¡Se nos han

revelado tus caminos!»; cuando el verdugo, la madre y el niño se abracen y digan con lágrimas en los ojos: «¡Tienes razón, Señor!» Sin duda, entonces se hará la luz y todo se explicará. Lo malo es que yo no puedo admitir semejante solución. Y procedo en consecuencia durante mi estancia en este mundo. Créeme, Aliocha: acaso viva hasta ese momento o resucite entonces, tal vez grite con todos los demás, cuando la madre abrace al verdugo de su hijo: «¡Tienes razón, Señor!», pero lo haré contra mi voluntad. Ahora que puedo, me niego a aceptar esta armonía superior. Opino que vale menos que una lágrima de niño, una lágrima de esa pobre criatura que se golpeaba el pecho y rogaba a Dios en su rincón infecto. Si, esa armonía vale menos que estas lágrimas que no se han pagado. Mientras sea así, no se puede hablar de armonía. Borrar esas lágrimas es imposible. «Los verdugos padecerán en el infierno», me dirás. ¿Pero qué valor puede tener ese castigo, cuando los niños han tenido también su infierno? Por otra parte, ¿qué armonía es esa que requiere el infierno? Yo deseo el perdón, el beso universal, la supresión del dolor. Y si el tormento de los niños ha de contribuir al conjunto de los dolores necesarios para la adquisición de la verdad, afirmo en plena convicción que tal verdad no vale un precio tan alto. No quiero que la madre perdona al verdugo: no tiene derecho a hacerlo. Le puede perdonar su dolor de madre, pero no el de su hijo, despedazado por los perros. Aunque su hijo concediera el perdón, ella no tiene derecho a concederlo. Y si el derecho de perdonar no existe, ¿adónde va a parar la armonía eterna? ¿Hay en el mundo algún ser que tenga tal derecho? Mi amor a la humanidad me impide desear esa armonía. Prefiero conservar mis dolores y mi indignación no rescatados, ¡aunque me equivoque! Además, se ha enrarecido la armonía eterna. Cuesta demasiado la entrada. Prefiero devolver la mía. Como hombre honrado, estoy dispuesto a devolverla inmediatamente. Ésta es mi posición. No niego la existencia de Dios, pero, con todo respeto, le devuelvo la entrada.

- Eso es rebelarse -dijo Aliocha con suave acento y la cabeza baja.

- ¿Rebelarse? Habría preferido no oírte pronunciar esa palabra. ¿Acaso se puede vivir sin rebeldía? Y yo quiero vivir. Respóndeme con franqueza. Si los destinos de la humanidad estuviesen en tus manos, y para hacer definitivamente feliz al hombre, para procurarle al fin la paz y la tranquilidad, fuese necesario torturar a un ser, a uno solo, a esa niña que se golpeaba el pecho con el puñito, a fin de fundar sobre sus lágrimas la felicidad futura, ¿te prestarías a ello? Responde sinceramente.

- No, no me prestaría.

- Eso significa que no admites que los hombres acepten la felicidad pagada con la sangre de un pequeño mártir.

- Efectivamente, hermano mío, yo no estoy de acuerdo con eso -dijo Aliocha con ojos fulgurantes-. Antes has preguntado si hay en el mundo un solo ser que tenga el derecho de perdonar. Pues sí, ese ser existe. Él puede perdonarlo todo y puede perdonar a todos, pues ha vertido su sangre inocente por todos y para todos. Te has olvidado de Él, es Ése al que se grita: «¡Tienes razón, Señor! ¡Tus caminos se nos han revelado!»

- ¡Ah, sí! El único libre de pecado, el que ha vertido su sangre... No, no lo había olvidado. Es más, me sorprendía que no lo hubieras sacado ya a relucir, pues vosotros soléis empezar vuestras discusiones mencionándolo...

[Extractos de las pgs. 235-243 de la edición de Editorial Juventud, Barcelona, 1959, de la traducción de José Fernández.]

De todas maneras este quejido era muy tenue. No pasaba del gemido, nunca se hacía protesta porque el convencimiento que le dieron sus padres sobre el tema fue más que suficiente. Él debía aguantar el dolor de los dientes, el tormento de las pesadillas y el castigo que alguna vez le propinaban, porque era ley de vida, como era también ley aquélla que le daba los mimos y de comer, y que muchas veces también

le compraba chucherías y pequeños juguetes. Poco a poco él fue comprendiendo que más que una compensación era una realidad la del bien y del mal, la de la placer y la del dolor, la de la alegría y la de la tristeza, por lo que casi nunca protestaba y lloraba de manera repelente y sin motivo. Era el amor que le profesaban sus padres el mejor pegamento. Aprendió antes que muchos a aceptar inmediatamente el no como respuesta. No aprendió jamás el método de conseguir lo inalcanzable con la mentira. Él pedía siempre como todos los niños de su edad. Pero era eso simplemente, pedía directamente para conseguir que le comprasen aquel tren de plástico. Si le decían que no, lo volvía a intentar, pero como hijo de gente humilde pronto dejaba de insistir si la respuesta ya le parecía claramente negativa. Los niños mimados, los que suelen colmar fácilmente sus deseos por la facilidad con la que sus padres les responden afirmativamente, suelen aprender muy pronto el arma del flirteo, que por medio de gestos y frases tangibles, escurridizas, hacen claudicar a sus seres queridos, esos que apenas tienen alma y que tan tranquilamente llevan a cabo un ERE o una deslocalización brutal de sueldos y precios de venta. Creo que ni se aman entre sí, ya que suelen usar el valor de las cosas como única transacción. Por regla general siempre se ha dicho que los hijos de los ricos suelen tener el camino inicial mucho más fácil para ser más mujeriegos, caprichosos y artistas. Los hijos de los obreros poseen, por el contrario, una personalidad más de héroes, más sacrificada. Esto era así todavía por la época de comienzos de los años sesenta, cuando Guillermo vino al mundo. Con el paso de los años las fronteras se han polarizado más. Se han confundido mucho más los substratos inferiores con los superiores, formando el *hombre light* actual. La única diferencia sigue siendo el dinero, pero ahora un rico habla igual de mal que un pobre, mientras que por lo mismo un pobre intenta emular las artes y habilidades de un rico. Las multinacionales nos ofrecen a los asalariados las posibilidades de los burgueses, pero no todas están a nuestro alcance. Siempre hay límites y los guetos de los altos estamentos continúan implacables, terriblemente cerrados a nuestro alcance por una sencilla cuestión de valor monetario. Cuestan mucho sus bagatelas, viajes y lujos. Pero ¿ese es nuestro fin, pobres del mundo? Pobres tontos estamos siendo hoy en día todos nosotros, los asalariados y personas más autónomas, pero sencillas. Rujan las violencias de los mercenarios de *Salammbô* sobre nuestras espaldas para arruinar nuestros sueños más bajos. Qué idiotez la nuestra, la de repetir los mismos errores. Sean esos cuerpos sin alma ni corazón, tan ilustres entre ellos, pero que a mí me hacen vomitar. No es odio por no poder alcanzarles, es que me han criado en el amor a pesar de mis puntuales brotes de violencia.

Aquellas películas de marcianos le marcarían para siempre. No podía concebir un mayor divertimento por televisión, ver como las naves con sus marcianos y sus ignoradas pretensiones, descendían de sus artefactos tecnológicamente inigualables para atormentar a los hombres y mujeres de nuestra Tierra. En la primera etapa de su vida todas las películas que vio, y que apenas empezaba a comprender, servían para enriquecer el trasfondo estético de sus fantasmas por un lado y para hacer

indeterminados, y así mucho más terroríficos, aquellos sueños que le atormentaban. Las películas de terror presuponían la misma condición, pero aumentaban el pánico, ya que los planos eran más cercanos y oscuros, y porque los monstruos eran mucho más directos en sus acciones. Y siempre daban las películas de terror por la noche, en la última edición televisiva, para que los elementos nocturnos se aliasen con el éxito impactante de la película. De todas maneras, las películas que le creaban peor atmósfera para la conciliación del sueño eran aquellas que podían ser posibles porque el parecido con la realidad era más directo o no estaba muy definida la fantasía. Los monstruos le iban a asustar desde siempre, pero aquellas narraciones en blanco y negro, de casas extrañas donde vivían las personas sin conocer el misterio que a aquellas las invadía, le abrumaban mucho más. No había jamás un monstruo en ellas, o si acaso al final de la película surgía aquel humanoide semisalvaje que estuvo encerrado durante años en una celda y del que solo se oían, solo en alguna noche de tormenta, sus horrorosos chillidos como los desgarradores gemidos de una respiración de donde borbotaba únicamente el mal. Pero era eso, un hombre o una mujer que por las extrañas circunstancias de la vida se había transformado en un enfermo mental que debía estar encerrado en aquella casa por la ignorancia o la maldad de sus dueños o por el terrible secreto que abrigaba el héroe. *Jane Eyre*, fue por ejemplo, una de aquellas películas que peores sensaciones dejaron en Guillermo. La anormalidad campaba desde el televisor con los peores síntomas: con los relámpagos, con la obscuridad, con la noche, con el silencio perpetuo, con las telarañas, con el silencio de la verdad, todos conjuntándose para forjar el miedo. Los pasos nocturnos de aquella figura fantasmal no eran los de un monstruo, pero tampoco los de una persona normal. Lo peor es que aquello podía ocurrir realmente a cualquier hora, en cualquier sitio y por los correspondientes motivos. Era posible y él sudaba toda su fiebre, envuelto en su propia agua caliente, entre sus sábanas de enfermo. ¿Por qué Guillermo tuvo que obstinarse y ver la película? Ya se lo decían sus padres, pero él suplicaba y suplicaba con sus ojos almendrados de ni niño lastimero. Él aprendió en ese límite, entre los seis y siete años, cuando le acercan ya al niño la primera conciencia, a la razón del pecado y de la vida, que no debía ver aquel tipo de películas, o al menos este último subgénero de terror. Pero su fuerza interna, él mismo, se obligaba a verlas porque el argumento y toda la resolución eran divertidísimos. Se pegaba entre sus padres en el sillón, y aún así no dejaba de temblar y de asustarse de repente, para poder contemplar, con el mínimo de calma, aquellas películas. Después ya sabría el precio que habría que pagar al demonio de la noche. Se estaría despierto una hora o más en la cama hasta que se durmiese, aterrorizado, imaginando como le iban a envolver, de repente, las sombras de aquellos fantasmas, sudando intensamente, no moviéndose de aquella posición debajo de las sábanas y las mantas, frente a la puerta, para vigilar quien entraba. Girarse sería su perdición. Cuando por fin se hubiese dormido, el problema no habría concluido porque él sabía que podía despertarse de madrugada para pasar una nueva hora de terror, o que chillaría para despertar a sus padres y para que ellos dijeran que no le volverían a dejar, nunca más, ver una película de terror. Más ese estúpido carácter del hombre

que dicen que es el que ha forjado todos los inventos y hazañas de la Humanidad, le obligaría a ver una nueva película de terror, por mucho que supiese cuales volverían a ser las consecuencias. ¿No eran estos sueños preámbulo de su futura enfermedad?

La Munda era tía del padre de Guillermo y vivía en el tercero de la misma escalera. Ella les había dicho a sus padres que quedaba libre el piso donde vivían ahora, al poco de casarse, cuando vivían aún realquilados. Esta tía se había venido a Barcelona cuando trasladaron a su marido como factor de la RENFE. El matrimonio estaba ya en años, rondaban los setenta y habían mimado a sus dos hijos de la manera menos adecuada. Ya casados, fueron un ejemplo típico de la familia que en los años sesenta obtiene un decente nivel de vida gracias al trabajo del marido y que en esta renovación socioeconómica no se les ocurre a sus hijos más que abandonar a sus padres. Las nueras tenían ascos de los mayores que no eran de su sangre y de sus enfermedades. ¿Era otro síntoma de los nuevos tiempos? Cuando a la tía abuela de Guillermo se le declaró el cáncer, las nueras pusieron mil impedimentos para no cuidarla, y a lo único que se redujeron fue a que sus hijos la visitasen alguna vez. Los nuevos tiempos incorporan al carácter perpetuo de la humanidad un nuevo concepto material que la puede hacer aún más odiosa. Teniendo más posibilidades, el abandono se hace más ostensible. También los nuevos tiempos renuevan las ideas y la mejora también se produce, pero pasados los primeros años, la teoría queda en mera hipótesis y las personas mayores, sea cual sea su enfermedad, se hace mejor aparcarlas en las residencias. Pero esto vendrá más tarde y coincidiendo con la democracia que a todos nos hace iguales en teoría.

La mujer repensaba sola en su sillón, su cada día mejor compañero, sobre su pasado. ¿Por qué los hijos habían actuado con ella de esta manera? ¿No les había criado y dado incluso estudios cuando los tiempos no lo permitían? Su marido contribuyó a pagar los estudios de contabilidad de los jóvenes, a pesar de su tendencia a gastarse casi todo en juergas y en fulanas. Desde hacía años su marido no era marido para ella. Apenas la pegaba ya. Tampoco le pisaba la tripa, pero qué amor podía existir entre ellos. A veces, como si hubiese encontrado un tesoro, o quizá como burla, tras volver del prostíbulo, le subía una pinza que había encontrado en la calles. ... Lo único que la mantenía en pie en este mundo eran sus hijos y si ahora ellos la abandonaban, en este momento que ella tanto les necesitaba, ¿para qué había luchado en este mundo? Es que ni veía a sus nietos. No se los dejaban a la vieja chocha. Les podía pegar una enfermedad, se ve. «*Dios lo ve todo*», se decía, “*pero mis propios hijos, ¿por qué hacen esto conmigo? Mi marido me da igual que se pudra en el infierno o no, pero ellos, por los que tanto había luchado y con los que tanto había secado sus propias lágrimas ¿por qué también la engañaban? Esas nueras no debieron aparecer nunca, se avergüenzan de mí las pocas veces que me llevan a sus pisos, tan bien amueblados, en la parte alta de la ciudad, por Lesseps. Incluso miran por la mirilla para sacarme lo antes posible del edificio, para que nadie me vea. ¡Señor!, ¿por qué he de sufrir tanto? Solo me quedas Tú y esa hija Tuya que es la mujer de mi sobrino, que no me toca nada en sangre. ¡Imagínate su bondad! Rezo*

para que ese niño tan majo les trate mejor que los míos cuando él sea también mayor.» Tampoco cuidaron de ella sus sobrinas, las hermanas del padre de Guillermo, porque la tía ya no podía ayudarlas en nada. Los hombres se excusaban en su hombría para no hacerle ni una visita. Eso sí, cuando todos llegaron del pueblo, la tía fue una primera pensión para que los acogiese un tiempo y les aconsejase en la búsqueda de trabajo. ¡Cuántas comidas y disgustos le costaron! Un día se horrorizó cuando el segundo hermano mayor subía las escaleras mordiendo la cabeza de uno de los pequeños, que le había dejado mal en un trabajo. Lo inexplicable era saber cómo pudieron subir la escalera en semejante trance, porque la tía desde que los oyó discutir en la calle, hasta que subieron al tercero, los vio siempre enzarzados y sin parar de subir escalones.

Cuando el cáncer de riñón se intensificó, la madre de Guillermo acudía más a menudo en ayuda de la tía Munda. El golfo de su marido ya no iba con mujeres, pero el bar era ahora su mejor divertimento. Él hacía la compra, pero muchas veces tenía que ir la madre de Guillermo a atenderles, a hacer de nuevo la compra que había olvidado el viejo o a lavarles unos platos que llevaban tres días en el fregadero, porque *el Mundo* estaba durmiendo día y medio la última borrachera. Éste ambiente era inmoral a los ojos de Guillermo y no comprendía cómo podían existir estas cosas en el mundo, habiendo dicho Dios lo que había dicho. Las pocas veces que acompañaba a su madre a casa de *los Mundos*, el lugar le producía una fuerte desazón. El espacio le asfixiaba por el desorden y la vejez de los muebles, por la suciedad. No había brillo ni luz en el piso. Todo tenía más de cuarenta años de miseria. La cocina era vieja, antigua y rota la pila del agua; en el fogón de carbón de la cocina se ahogaba uno; la nevera no era sino una simple fresquera donde el hielo se deshacía demasiado pronto. El comedor, las habitaciones, las ropas, todo respiraba vejez y abandono en comparación con la modernidad de las cosas de su casa. Además, Guillermo se aburría cuando permanecía más de una hora en esa casa, porque no tenían tele, ni tebeos, ni juguetes ni libros de estampas. Su madre le obligaba a subir, para ver a la tía, para acompañar a la enferma. La tía Munda le acariciaba. Entendía a la señora, pero él se aburría, más debía hacerlo, debía obedecer a su madre. Ya hacía muchas cosas que no le gustaban, que eran necesarias hacerse por deber. Sus padres le aleccionaban en el bien, a pesar de su mal instinto infantil. Subir allí y permanecer era sufrir, pasión que él la llevaba como buenamente podía, porque su madre se lo mandaba y punto. A los dos años *la Munda* moriría agonizando. Las últimas semanas que su madre la atendió, antes de trasladarla al hospital, dibujaron en Guillermo nuevas ilustraciones sobre el sufrimiento y la muerte. El cáncer aparecería en su mente como el peor mal. Su cagada era completamente de color lila. Su madre, sin asco, se la recogía del orinal del carrito de ruedas y le limpiaba bien el culo, se lo lavaba con agua caliente y jabón, se lo secaba, le daba colonia, polvos de talco alguna vez, crema en las piernas desolladas. Su madre era enfermera sin serlo y la Munda se quedaba tan a gusto. “*Yo, cuando me vaya, estaré rezando por ti siempre, siempre desde el Cielo.*” Guillermo, a pesar de

su aburrimiento, entendía, y esas palabras le elevaban. Su madre era grande, grande en Dios y en la vida. No podía ser él más feliz.

Los pobres aprenden a diferenciarse, con pelos y señales, de los ricos, cuando trabajan para ellos. Ver la riqueza por televisión produce un acostumbamiento que reduce nuestro horizonte visual. Es la modorra. Me explico. Actualmente, como el único objetivo de los medios de comunicación audiovisuales es la consecución del éxito por medio del dinero, todas las series de televisión exponen el mismo tipo de personajes, los mismos guiones y los idénticos referentes. Pueden haber veinte series norteamericanas, que en el fondo obedecerán a un único molde, y como al grueso de la población se le ha acostumbrado a ello (al grueso de la población siempre es fácil acostumbrarle a cualquier cosa, como **Hitler** acostumbró a sus alemanes, por ejemplo); y la falta de cultura sigue siendo la misma culpable por mucha más información e instrucción que vayamos recibiendo -esto es pura teoría, es decir, en letras se llamaría utopía-, se harán también veinte series españolas, que todas obedecerán al mismo patrón norteamericano. En nuestro país ya no somos originales ni para bien ni para mal. Es decir, que hoy la mayoría tenemos un objetivo reducido sobre lo que debe ser el fin de nuestra vida: el éxito: un coche, un tipazo, un vestuario completísimo y un *hobby* que no entendemos, pero como tampoco nadie lo entiende, se hace original, distintivo, por lo que tendremos brillo gracias a él. Si se entendiera, habría conversación, y cuando ésta existe se descubre pronto el engaño, por lo que la ignorancia no puede seguir dominando. Antaño, cuando los pobres trabajaban en el servicio de los ricos, podían ver en éstos un poco más de versatilidad. Ya los escritores del pasado siglo (s. XIX) nos avisan sobre la vulgarización creciente de las clases pudientes. ¿Qué dirían hoy? De todas maneras, cojamos un modelo típico que sobresalga sobre esta vulgaridad. Por ejemplo, un industrial textil, cuya “verdadera” preocupación en esta vida fue la de pintor al óleo. Poseía toda una biblioteca, de primera línea, sobre libros que trataban la técnica pictórica y la función, sentido e historia del arte. Aparte de ser el mejor decorador de su casa en el 5## de la **Diagonal** de Barcelona, disfrutaba de unos conocimientos filosóficos más que básicos. Podía entablar una excelente tertulia sin recurrir en ningún momento al instante oportuno o al impacto de una idea que por sí misma no era nada. Hablaba durante tres horas de forma coherente.

La tía de Guillermo, **P.**, por parte de madre, era soltera y soltera se iba a quedar por siempre. Tenía un genio imprevisto, lo que se llama pronto, es decir, que era destructivo. Pero como su carácter generalmente no dulcificaba estos accesos, su hermana y su cuñado tenían que tener cuidado de no hacer ciertos comentarios, porque enseguida se alteraba. Con ella existía la conversación en ocasiones, pero de repente, sin venir a cuento, podía enfadarse durante varios días y dejarles de hablar por cualquier tontería. Parecía que la causa del enfado jamás existiese, sino que llegado un momento, su cerebro daba la orden de “*hasta aquí hemos llegado*”, y que si buscásemos la razón, más bien parecería que fuese meramente química, porque la frustración llega un momento, que de tanto repetirse, cae bajo el peligroso dominio de

la obsesión, y lo que en un primer momento pudiera tener sentido, acaba siendo finalmente una simple enfermedad cuyos principales sufrientes llegan a ser las personas de su alrededor. En este caso los padres de Guillermo. Por otra parte, la tía de Guillermo era bastante tacaña, como correspondía a una solterona de ese carácter que no estaba bien pagada en el servicio, pero no llegaba a ser miserable porque alguna vez regalaba algún juguete a Guillermo, o les bajaba comida de la señora **Torelló**, donde trabajaba, o hasta les prestaba mil pesetas muchos fines de mes para que la familia de Guillermo pudiese comer algo mejor durante sus últimos días. Así que la apartamos del grupo de los **Tartufos** y de los **Goriot**.

La señora Torelló poseía dos empresas textiles que había heredado y unido a una mayor de su marido. Los negocios en los años sesenta y en la primera mitad de los setenta fueron bastante bien, por lo que el nivel de vida de la familia correspondía al de la teoría. La señora Torelló iba a jugar al tenis a menudo al **Can Turó**, se reunía cada tarde con sus amigas a tomar el café en algún bar de la zona alta en la que vivía, y frecuentaba los salones de moda a los que siempre la invitaban, porque ella tenía un buen don de palabra, una educación sin igual para entablar nuevas relaciones, un gusto exquisito para pedir un adecuado menú y una conversación muy común a la del día de hoy, que diciendo muchas cosas no dices nada. De todas maneras, algunas formas aún eran más clásicas y de vez en cuando se nombraba la idea de algún escritor de la que sí era autor o la sinfonía de algún compositor que también la había compuesto. Era su marido, el señor **Ignacio**, el que sí se correspondía con lo que hablaba. Esta característica, que hoy día el autor la califica como arte, se dio en él hasta que alcanzó y murió con la categoría de sabio. Se casó con su mujer por amor, dentro del estatus en el que se movía. Unieron sus fortunas y convencieron a todos los de su clase y categoría. Pero Ignacio, después de tener los hijos ya algo crecidos, vio que aquella vida familiar era más bien una farsa y que su mujer era un espejo del amor ideal que en ella contempló equivocadamente. ¿Pudieron tener la culpa ciertos poemas que no profundizan en las relaciones? Esta poesía es muy amplia, ya que solo se basa en los escarceos del amor, pero jamás se atreve a desarrollarlo. Él fue inmaduro en ese momento, y antaño, estas decisiones destruían de por vida gran parte de tu existencia. Como todo espejo, solo se reflejó en él una simple imagen de su novia. Su ignorancia la pagó después, pero a los hijos siempre los quiso de verdad. Con su esposa se acostumbró a convivir con ella, pero la pasión ya desapareció de sus vidas. Los tiempos no concebían, ni de pensamiento, la cuestión del divorcio, pero los hijos pudieron recibir una adecuada educación. La señora, con un buen servicio, supo llevar a cabo las tareas que correspondían a la dueña de la casa según los antiguos roles. Realmente, el amor por pasión solo lo consignan los escritores líricos, y éstos suelen ser unos calaveras de temporada, por lo que incumplen lo que rematan en sus bellas estrofas. Por lo tanto, se hace necesario y urgente revisar el concepto clásico del amor que hace enfermar desde muchos poemarios. En la sociedad ya no hace falta, porque cada cual pesca de modo individual, de ahí la eterna soledad de nuestras parejas maduras. El matrimonio de los señores donde trabajaba la tía de Guillermo era de los normales dentro de aquel estatus. Se aguantaban, organizaban la vida en

común sin ningún grave impedimento, e incluso tenían algunos días y noches de común y feliz asentimiento. Discutían, evidentemente, pero como cada cual podía desfogarse después con sus diversiones, y lo que era clave, de manera individual -ella en su club de Polo y él con sus cuadros-, pues el matrimonio sorteaba la tempestad con muy buen talante marinero.

No recuerda Guillermo el primer día que pasó en casa de los señores. Lo cierto es que pronto se iba a acostumbrar a unos horarios, a unos espacios del grandioso piso y a unas formas de ser y de hablar que hasta ahora no había conocido. De todo ello apareció un nuevo concepto en la manera de soñar e imaginar a las que tan propenso es nuestro personaje. El piso ocupaba un cuarto piso en la parte de la Diagonal que pegaba a la **plaza Calvo Sotelo** y que ahora se llama **Françesc Maciá**, en el lado norte, antes de **Villarroel**. Poseía dos niveles, uno para la vida de los amos, por lo que los techos de los salones eran altísimos, y el superior donde vivían las dos criadas con sus habitaciones, sala y baño. La portería era impresionante comparada con aquella de su barrio. La misma Diagonal era una avenida bien adoquinada y asfaltada que a más ofrecía un ajardinamiento decente, en forma de grandes plátanos, palmeras y parterres. En su calle, eran las macetas de los balcones las que regalaban al ambiente el verdor.

El señor Torelló se dedicaba a la pintura al óleo, pero en serio. Aparte de los negocios, disponía en su mente de una parte para el arte verdadero, porque no sólo de niño se le daba bien ya el dibujo, para sorpresa de sus padres, del que deseaban y obtuvieron también un empresario, sino que la seriedad, como si fuese la pintura un oficio más, se unió al deseo. Aprendió la técnica de varios tipos de pintura y la historia del arte en general. El arte pictórico era su verdadera pasión, pero velaba por sus fábricas con un verdadero sentido de la responsabilidad, por lo que supo estar a la vez, en esta vida, en 2 dimensiones diferentes pero necesarias para que una persona se la pueda considerar completa. Dedicarse meramente al ocio es muy fácil en los *artesanos* de hoy en día. La responsabilidad del trabajo crea un deber, una paciencia tal, que ayuda al desarrollo de otra actividad más que a impedirselo. Las personas duales o ambivalentes gozaron en el futuro del aplauso de Guillermo. Veía como existían personas que se pasaban protestando toda la vida de todo y de todos, hasta de ellos mismos incluso, lo que en este caso se les puede alabar por el propio sentido ecuménico. Siguiendo durante un tiempo la biografía de estos personajes, finalmente se sorprendía por saber de qué vivían, ya que el trabajo que realizaban era inexistente desde cierto punto de vista. Se habla mucho de la falta de oportunidades, de que no han podido estudiar muchas personas. Pero entre los menos beneficiados vio que si no sobresalían en cierto tipo de inteligencia o desconocían el funcionamiento del sentido conquistador de los pueblos nómadas, sí en cambio eran activos en su trabajo, en sus casas y en sus vacaciones. Un conserje era carpintero para su casa y para sus amigos que bien le pagaban. Un obrero de una cadena de refrescos era alicatador. Y una simple señora de la limpieza seguía siendo ama de su casa también, teniendo para con sus hijos el mejor de los deseos y el mayor de los apoyos para que fuesen dignos de su madre y de sí mismos. Otros poseían también una verdadera afición, pero los

humildes suelen especializarse en el trabajo por motivos obvios. Ignacio Torelló era burgués y de ello solo estaba orgulloso lo justo, pero lo importante para él es que se sentía a gusto consigo mismo. Un rico tradicional puede tener alguna vez remordimientos. Será por su educación religiosa y por el mismo entorno disciplinario en el que ha crecido, que pasado el tiempo, llegada de repente la vejez o la enfermedad que le avisa resueltamente, pues que de pronto se compromete consigo mismo y así con los demás, para recordar horrores de su pasado por los que pedir perdón mentalmente a Dios, a la Virgen o a algún Santo patrón que recuerda de la niñez, o directamente ante las imágenes que tiene delante de sí mismo, todos los días, ahí en su casa. En cambio, el resto de ricos -la mayoría- y de los nuevos ricos, aquellos que han rezumado desde un estatus humilde hasta una rica posición, pero que no tienen más dignidad que la de conseguir dinero como sea y a costa de quién sea, es muy extraño que se acuerden de tener algún remordimiento. Llegan al estadio previo de la muerte sin darse cuenta. Creen que van a vivir durante toda la eternidad y el ataque de miocardio, por ejemplo, les sorprende con toda una sarta de millones, de los que de seguro se aprovechará más de un heredero. Durante todas las épocas los nuevos ricos han existido siempre. Crecen con el devenir de los tiempos, con el crecimiento de la economía y con la anexión de nuevas colonias o áreas de influencia. Es por eso que el rico tradicional, idealizado, sea más una excepción que una realidad.

Cuando un pintor estampa en un lienzo su pincel, con todo el arco de colores del que es capaz, está haciendo un regalo a la Humanidad. Por mucho que se sienta un esclavo de sus amos, un simple y buen artesano llega a apreciarse a sí mismo por lo que son capaz de realizar sus manos. En **Mesopotamia**, en el **Antiguo Egipto** o en la **Edad Media**, en todas las culturas antiguas y entre las que también encontramos poderosas excepciones, los artistas no pasaban de ser meros operarios, porque no tenían más importancia para el mundo que la que deseaban sus amos. Generalmente un buen amo sabe apreciar y tratar a algunos de estos virtuosos, sabe lo mucho que vale y lo alimenta y cuida, si es listo, bastante bien. En tiempos antiguos primaba más sobre la individualidad el sentido colectivo, que bajo el guión de la religión y de la realeza, debía hacer caminar a los pueblos. Cuando las sociedades son capaces de alimentar sobremanera a un cada vez mayor número de personas, en un persistente y notorio crecimiento, existen más posibilidades de que ciertos grupos puedan dedicarse a darse nombre a sí mismos. La propaganda se hace posible también en el nuevo tipo de mercado. No es necesario que el mercado sea liberal. Los mecenas han existido ya desde la **edad Moderna** y según los nuevos historiadores esta etapa de la historia europea se considera mucho más medieval que contemporánea. De todas formas, de todo ello habría que hablar según las zonas y según las épocas. Los mecenas de la **Italia** del **Cuatrocento** o del **Quincecento**, o los reyes de la España de los siglos XVI y XVII, dieron nombre a unos grandes pintores porque éstos no solo les ofrecían en lienzo la impresión de sus glorias reales, sino también porque supieron los primeros apreciar el ánimo individual de los cuadros de sus protegidos. Una

sociedad más sofisticada produce la posibilidad de que hasta los individuos tengan más importancia. Venimos del **Renacimiento**, que abre las puertas al hombre, pero dejando detrás de ellas, como entornadas, al siempre presente Dios. Todo un atrevimiento para la colectividad. Por fin el respeto y su defecto, la vanidad, comienzan a darse con fuerza en Europa. Pero recuérdese que los tiempos antiguos son más difíciles que los modernos en líneas generales. Siempre en todas las épocas sufren unos más que otros, y que el sentido del bienestar es igualmente relativo porque no por vivir más años se es más feliz. Pero atengámonos al sentido práctico de que gran parte de nuestra población actual no espera un ataque repentino y destructivo del enemigo o una epidemia generalizada que diezme a la población. Situémonos en la Antigüedad y veamos que la vida es mucho más frágil que hoy. La religión, el sentido espiritual de las cosas, debe superponerse al individuo para que el enfrentamiento tenga más efectividad. El poder era inseparable, casi siempre, del sentido religioso, que le da sentido y más fuerza para dominar tanto el exterior como el interior. Pero de seguro que nuestros anónimos artistas gozaban tanto con sus obras como con su sentido celestial, ambos inseparables. El fundamento del arte antiguo siempre iba unido a un mensaje. Quizá partamos nosotros de un concepto falso del arte. Creemos que el único arte verdadero es este individual de nuestros días, el que solo obedece a nosotros mismos, a una belleza estándar y hasta meramente consumista, alejado de todo mensaje general. Quizá por ello estamos en el dominio de lo que yo llamo meros artesanos, precisamente -valga la paradoja-, porque cualquiera que tenga un carboncillo y un lienzo es capaz de realizar alguna exitosa exposición. Yo, como ejemplo, me creo escritor. Eso sí, siempre con algún mecenas que le prepare la sala. Lástima que la mayoría de mecenas actuales sólo lo sean por dinero. Hablamos de marchantes. No nos sintamos tan contentos de nuestra época porque hay mucho que hablar también de ella.

Debemos mostrarnos agradecidos con todos los artistas y artesanos de verdad, anónimos y de nombre, porque el arte nos anima y nos refresca del aire impuro de este mundo. Unos zigurats mesopotámicos, a punto de llegar al cielo; unas cámaras ocultas junto al Nilo y que escondieron aquel sarcófago, pero cuyas pinturas no interesaron a los ladrones; los blancos templos griegos dan un romántico contraste cuando existe verdor detrás de ellos; sino también, pero de otra naturaleza, las columnas ciegas de **Petra** siguen incrustándose hacia dentro de la montaña, quizá buscando su protección; hasta a los circos romanos podemos darles un mejor sentido del que tuvieron si podemos novelar alguna triste historia con la que dar un mensaje más positivo (sea el *Quo Vadis* de **Henryk Sienkiewicz**); más cerca de nuestro tiempo, la imaginería rebotante de nuestras iglesias juntan religión y formas populares; y desde el siglo XIV parece existir una mayor concisión del arte con el alma de los hombres propios; sean todos estos, buenos ejemplos del arte antiguo con mayúsculas. Desde finales del siglo XVIII se hace más evidente la pura especulación, porque todos los que nos atrevemos a hacer, hacemos, aunque muchas veces no valga para nada lo que hacemos. Ese fuego interior que nos consume, al menos parece tener buena intención en la mayoría, pero cuántos defectos cometemos. En el arte tendría

que existir también la comprensión y el perdón cristianos. En el fondo somos personas, aunque éstas ya desde la Prehistoria han sido, como hoy, simples números de la maquinaria que los necesita para su egocéntrico propósito, y así finalmente reducirnos a cenizas cuando ya no nos necesita. Sí, creo que el Arte Mayor debería ser ese que solo incita por su fin ético y trascendental.

En el cuadro, la materia al óleo ya impresiona hasta los más niños. Guillermo ya apreciaba desde su primera tierna edad la exquisitez de un cuadro con mayúsculas. La señora Torelló les había regalado a sus padres varios cuadros de aquel pintor que era mucho más que un aficionado. Cuando las viudas heredan, limpian lo que sus maridos han tardado años en seleccionar, clasificar y coleccionar. Toda una vida se va al traperero en poco tiempo. Quedan, no obstante, los mínimos recuerdos para que no se dé pie a la murmuración. La limpieza y algunos cambios son, más que necesarios, una necesidad, pero no acordarse del fondo antiquísimo de los seres queridos que presuntamente han convivido con nosotros, desfondará muy buenas colecciones y demasiados esfuerzos. Cuando no ha habido amor, sino simple respeto, ocurren estas cosas. Muchas veces es verdad que llenan los maridos, y hoy asimismo las mujeres, de trastos y de olor a tabaco todas sus habitaciones y hasta las más alejadas y que no les pertenecen. Pero en el caso del señor Torelló, la limpieza llevada a cabo después de su muerte tenía que haber tenido un mayor respeto e inteligencia por parte de su señora, porque por la calidad y el mismo orden con que estaba almacenada su espléndida biblioteca, debería haber sido otro su destino. Por cuatro duros se vendieron al traperero, y suerte que a la familia de Guillermo se le dio algunos buenos libros de arte, no muchos por cierto, pero más que suficientes para incitar el romanticismo en una persona proclive a ello. Evidentemente, los bustos redondos y figuras se salvaron casi todas, pues su contemplación no necesita nunca de una mayor disposición, sino es que se vaya a hablar profundamente de arte con las personas que vienen de visita, y que por cierto, tampoco iban a casa de la señora Torelló para ello.

Los cuadros que pudo llevarse la madre de Guillermo a su casa, realmente eran buenos. No diremos que poseían toda la maestría pictórica de un **Rubens** o de un **Murillo**, pero a ninguno les faltaba la suficiente técnica para no estar en ninguna exposición. Aquel buen señor, prototipo del mejor hombre de negocios, que exigía a sus trabajadores a la vez que se exigía a sí mismo para con ellos, sabía muy bien pintar. Los colores y matices solían ser oscuros, pero poseían siempre, como contraste, una zona más cálida de tonalidad que equilibraba la obra, de tendencia, eso sí, hacia la penumbra. Los primeros años de Guillermo, entre el barrio, entre estos cuadros, entre sus sueños y películas, por su misma personalidad, iban a marcarle definitivamente con un carácter introspectivo y muy dado a la reflexión. En los cuadros las pinceladas eran medianas, nunca grandes, pero sí existían las más pequeñas sin que nunca fuesen muchas. El carácter de Guillermo era más exagerado, más enfermizamente tendía hacia el puntillismo. Ello daba al cuadro el suficiente detallismo para que la fuerte impresión, que causaba su carácter, animase hacia la observación. El tema no tenía ninguna dificultad en reconocerse. Siempre pintó temas

realistas, lo que fue una suerte para nuestro héroe, pero ningún cuadro de aquel buen pintor, que sí firmaba sus obras con plena justificación, caía en el trato simple y acostumbrado, propio de un principiante o de los llamados artistas vulgares. Aunque este trato para mí es ya peyorativo, porque toda persona que nos ofrezca un cuadro agradable a la vista, merece nuestra consideración si el pintor nos respeta como personas. Con los malos artistas emplearemos un trato comprensivo y constructivo. No se veía en ninguno de aquellos las perspectivas esperadas y fáciles ni los puntos académicos de intersección entre las diferentes partes que formaban un paisaje. Tampoco las posturas corrientes que las personas presentan en los retratos. No, el señor Torelló conservaba un concepto y estilo propios que había alcanzado tras años de dura y consciente práctica. Él, al tiempo, disfrutaba de un don; nadie puede pintar bien ni componer música sin poseer ese don, pero si éste no lo tratamos, no lo cuidamos con el aprendizaje, jamás se alcanzarán las verdaderas maravillas. Existen pintores geniales que parece que ya hayan nacido enseñados y otros, que tras largos años de estudio, han logrado un más que aceptable resultado. Pero los primeros suelen ser muy pocos mientras que los segundos son muy dignos de alabar porque representan la perseverancia aplicada a esa dote. Los que mucho hablan de su disposición, sin tener jamás la suficiente paciencia para avanzar, poco a poco, por ese camino al que parecen estar predestinados, y que suelen echar la culpa de sus fracasos a los agentes externos de la sociedad, terminarán siendo unos mediocres que disponen de ciertas habilidades simplemente. Pero a éstos, quizá más, también les debemos hablar con cariño y espíritu constructivo. El señor Torelló solo hablaba de sí mismo consigo mismo, encerrado en su gran estudio siempre, contentísimo de su juego y con un orgullo contenido que nada tenía que ver con la hipocresía. El estadio de las personas que realmente poseen un carácter superior, no pueden evitar el propio desarrollo de su portentosa personalidad. Artística y científicamente comprenden la vida. Pueden hablar al mismo tiempo sin miedo del ateísmo como de la religión. Comprenden el fundamento de cada una de sus naturalezas, pero saben que la vida debe poseer algún motivo trascendente, porque si no ellos mismos se asfixiarían tras dar los primeros grandes pasos. Al éxito real de sus características externas, le corresponde un fuerte carácter, cargado a la vez de ironía, de seriedad y de romanticismo. Han comprendido hace mucho tiempo que la realidad es múltiple pero unívoca en el fin. De moral exagerada, se les suele confundir con los que predicán la moralina, que sí es síntoma de fracaso y falsedad. Su situación matrimonial la trataba precisamente con humor; eran los hechos, dadas las circunstancias; forzar las cosas era de fanáticos. Pero aunque en apariencia se muestren inactivos estos espíritus, meramente esclavos de sus pensamientos, muestran, si supieran las otras mentes, un interior rápido, fuerte, ágil, regido muchas veces por las pasiones, pero cuya sangre siempre es el humor, lo que hace que sus lágrimas sean una sonrisa más. No por ser modestos pueden evitar el envite de su propia creación. Ésta siempre les acecha y obliga a componer nuevos argumentos que hacen de su propia vida algo divertido. La verdad es que no se pueden contener ante lo que su espíritu puede ofrecer. Así, dentro de esa megalómana producción, que para ellos es un simple juego más, vuelven a

crear lo increíble para que la envidia finalmente dé paso al reconocimiento, porque decir lo contrario sería hacer el ridículo. Las personas sabias, cuando han visto que sus primeras algaradas no han podido romper las defensas del enemigo, cierran filas y aceptan la realidad para saber escapar fácilmente de un ridículo mayor. El señor Torelló a veces se asustaba de sí mismo, del poder de su presencia, de la serena contemplación que hacía del mundo. Su arte emanaba, entonces, por doquier. El matrimonio con su mujer no había sido un éxito, pero tampoco él se encontraba en el mejor de los ambientes para haber dado más rienda suelta a su persona. En ocasiones, el primer impulso suele fallar porque no se ha tenido otra oportunidad y el infantilismo nos ha engañado muy pronto. Él, como buen creyente, partió primero desde el paraíso cuando también debía de haber visto de vez en cuando el infierno, no como un actor más del mismo, pero sí habiendo sufrido asimismo la amarga cruz de los desengaños para que la vida le enseñase igualmente otro de sus caminos. La suerte además juega su papel a la hora de componer los caracteres de las personas predestinadas. En conclusión, este señor era inteligente porque veía siempre tras de sí el acoso de su propia capacidad, sin que ello le diese otro placer que el de seguir construyendo, pues una fuerza oculta le obligaba a ello. Al mundo él se ofrecía sin otra respuesta que la del lógico halago, y aún así, esta vanidad humana, si no acudía a él, no le preocupaba demasiado porque conocía ya bien la existencia, el destino que le ofrecía esta misma vida concebida por Dios y por su espíritu. La gran lógica se alza por encima de todos nosotros; cómo él siempre decía «*Cuán tontos somos, siempre queriendo más cuando es el dar el mayor beneficio*».

En este ambiente, que evidentemente no podía comprender todavía Guillermo, veía el niño aquella casa. La viuda era alta, delgaducha y allá al fondo debió estar horas y horas aquel hombre grueso, que él así se imaginaba por las explicaciones de su tía y de la misma viuda. Su contextura era suficientemente alta y amplia para que la proporción de su cuerpo casase mejor con la de su espíritu. Así, en este orden de naturalezas, Guillermo podía entender mejor a aquel gran señor. El cuarto que hacía de estudio, allá en el fondo del pasillo a la izquierda, siempre estaba vedado a su mirada porque su tía era muy remilgosa. La señora Torelló no le habría censurado nunca nada si el pequeño y su madre se hubiesen introducido en aquella habitación, porque ya sabía que el niño era educado igual que su madre. Tenía la hermana de Carmen un carácter extraño porque tan pronto se podía mostrar muy afectuosa como de repente insultar a la propia persona a la que estaba encariñando. La explicación de este repentino cambio de carácter no podía explicarse solo por las pocas ideas que ella tenía y por la gran fuerza de las mismas. Los espíritus dogmáticos necesitan de otros motivos para temerse. Un hombre o una mujer pueden hacerse odiosos por su cerrazón, pero se hacen verdaderamente despreciables cuando no vienen a cuento muchas de sus reacciones. El padre de Guillermo ya había sufrido los extraños cambios de humor de P. Su hermana Carmen los rechazaba igual, pero al ser su hermana aguantaba más sus arrebatos: “*Ya se le pasará.*” Bueno, el pobre padre de Guillermo pronto se olvidaba también, se quedaba sin comprender, sin saber, triste

por esas reacciones ininteligibles, frío como la patena frente a la fiera. Podemos decir, desde el hoy, que era de sensibilidad punzante. Así, Guillermo comenzaba a entrever que su tía era algo extraña, aunque todavía no podía definir mejor esta sensación. Le gritaba cuando echaba a andar por el ancho y largo pasillo, con esa libertad natural que tienen los niños ante la libertad. En ocasiones le decía, coge ese juguete y llévate. En otros momentos él lo cogía, y sin que ya les sirvieran a los hijos de la señora, ya mayores, le decía que lo dejara donde estaba. Y el juguete estaba ya bastante roto, no podía ya servir para otra cosa que para que un niño pobre como él lo pudiese emplear allá abajo en su humilde casa. Otras veces cogía un juguete y le animaba a que cogiera más. No entendía nada, su tía era imprevisible y más que temerla comenzó a estar alerta frente a ella. No tendría nunca con su tía la suelta relación que con sus tíos más pequeños. Este periodo importante de la vida de un ser humano, en que comienza a intuir el funcionamiento de la vida, es uno de los más vedados a nuestro conocimiento. De todas maneras, dejando al margen a los científicos que suelen dogmatizar las cosas por culpa de la excesiva teorización, es un tema que al escritor le atrae siempre porque es más proclive a su propia divagación, y así entonces a cometer muchos menos errores. El propio placer de la perífrasis se hace ahí inextricable. Guillermo veía pero no comprendía del todo. Aprendía al día siguiente algo que le explicaba lo del día anterior, pero el conocimiento iba muy poco a poco haciéndosele genérico. Tantas cosas le quedaban en el tintero y que sin preocuparle ya, pronto olvidaba, que ya tenía buena certeza de que sería el futuro, con sus estudios, con la edad, el que todo se lo explicaría. Guillermo viviría así durante los mejores años de su vida. Él solo quería ahora jugar con los trenes, coches, camiones, aviones y tanquitos. Repetimos: no nos debe extrañar su posicionamiento. Se daba perfecta cuenta de que era un niño pequeño, el niño pequeño que no comprendía muchas cosas, el niño propio de la edad, el niño juguetón. Todo ya llegaría en su momento, sin prisas. Esta falta de impaciencia es lo que más envidiamos las personas mayores y cautelosas. Qué placer pensar, día tras día, que durante el futuro todo se resolverá. ¿No era el mundo, más bien un valle de alegrías y no de lágrimas? Aunque éstas incluso entraban, aunque bajo tan gigantesco cúmulo de sombras, en el panorama de la normalidad. Toda la vida no era otra cosa que la normalidad.

Guillermo iba desarrollando la historia de la familia tras las sucesivas visitas a casa de la señora Torelló. Se excitaba de una alegría incomparable, y que también empezó a catalogar como diferente con respecto a otras de sus alegrías, cuando su madre, días antes, le avisaba de que el jueves próximo irían a ver a su tía P. Los juguetes eran la mayor explicación de su aliciente. Las demás cosas, los cuadros, los libros, las visitas de la señora que él desconocía, la soberbia decoración de la casa, su misma grandeza, todo ese ambiente que rezumaba categoría y desconocimiento para él, se iban poco a poco pegando a ese primer deseo primario y básico en un niño, el de desear jugar con todo tipo de trenes y coches. Tras los años cincuenta, que eran ya mucho menos oscuros, llegaron los luminosos sesenta y hacia el final de ellos

Guillermo estaba en este mundo con el suficiente conocimiento. Pero continuaba con una perspectiva histórica totalmente oscurecida. Su estado, parecido al concepto de entreaguas, que se estudia en física, percibía una parte importante de los recuerdos y de las rememoraciones, quizá incluso la más básica. A su corta edad, la materia de las cosas, grande, en esencia y sin concreción, le hacía intuir los hechos pasados, e incluso los futuros, a grandes rasgos. Estos grandes rasgos apenas se iban llenando de datos concretos, pero reafirmaban el alma de los acontecimientos de manera definitiva. Un ejemplo, sabía que los años cuarenta habían sido oscuros para España porque su madre y su padre bien le narraban, por medio de todo tipo de anécdotas, las miserias que habían pasado durante esa época. Pues el niño reflejaba en la obscuridad de la casa de la Torelló, a cualquier hora de la tarde, cuando iban y estaban todas las ventanas y puertas de los grandes salones bajadas y cerradas, esa década como la siguiente de los 50's, en un trasunto de historia, hueco y vacío como ampuloso de momentos que él no sabía concretar, pero que de seguro habían ocurrido allí mismo, en ese gran piso de la Diagonal. Esa obscuridad era reforzada durante el invierno cuando la noche se apoderaba anticipadamente del día. Los horrores de la guerra atronaban desde muy lejos para que Guillermo todavía comprendiese suficientemente, pero preveía que la tranquilidad que estaba percibiendo en el momento actual asimismo tenía su explicación. Era la obscuridad de la casa la que también le hablaba sobre ciertos señores que habían aprovechado los años para favorecer el futuro del país, como allí en casa de los Torelló. Los cincuenta serían los tiempos intermedios. La rudeza, tras la guerra, iba dando paso, al mismo tiempo, a la habilidad de los nuevos proyectos, pero todo este estadio de cosas el narrador puede confundirlos, porque Guillermo está en este maravilloso tiempo de transición que caracteriza una de las mejores épocas de la vida de una persona y que ha sido siempre muy olvidada por todos nosotros. Quizás el romanticismo de mi actual presente artificialice la transcripción que estoy haciendo sobre este objeto y ejemplo particular, pero los recuerdos son difíciles hasta para los que desde siempre hemos estudiado a partir de ellos. Esas sensaciones que bien captan los niños y que tan pronto olvidan la mayoría de ellos. ¡Pues no!, no hay que olvidarlas, porque ese mundo es cierto y real. Maldito y cruel el mundo de los mayores que borran tantas buenas ideas. ... No hicieron así los padres de Guillermo con su hijo y su hermano, por eso todavía, de mayores, creen en el bien perfecto, en la vida intrínseca de todos los mejores ideales de la vida.

Un primer cuadro oscuro, que apreció en su casa por primera vez, fue el del rebaño con su pastor. El rebaño era difuminado pero conciso a la vez. Las ovejas tenían el justo color de la lana que se pasea cada día por el campo; tiraba hacia el amarillo, el mejor símbolo de que los días pasaban ensuciando su preciado pelo. Las ovejas se revuelcan y enviten contra el polvo. Detrás del rebaño, el pastor aparece descansando sin pensar durante unos momentos. Está agotado del día y el mejor regalo que le da la naturaleza es ese repentino atardecer de finales de verano. Detrás del primer cuadro, que forman el hombre y su rebaño, aparece una gran casa que

posee hasta contrafuertes. Alta, debe ser la antigua granja que ahora se aprovecha simplemente para guardar el ganado. La obscuridad grisácea arropa su mampostería. De noche, cuando duermen todas las ovejas, los extraños espíritus que transporta el aire, y que esconderán todos los rincones de aquella casa, vagarán a su libre albedrío porque el espíritu superior sí que ello lo consiente. Necesariamente no van a hacer daño a nadie, pero de todas maneras el miedo es la mejor explicación a esa libertad que la noche posee temporalmente. El misterio de la tarde noche es histórico, legendario, arcano e incluso terrorífico, pero será durante el futuro cuando todas esas cosas se le expliquen a Guillermo. La verdadera historia de aquel cuadro no sabe muy bien como se le explicará, pero sin dudarlo, será posible. Este punto es muy importante para comprender gran parte de la novela de esa vida infantil. Desde aquella etapa de su vida comenzó a obsesionarse por todo lo nuevo, como cualquier niño de su edad, pero su referente romántico, que todo lo envolvía, esperaba inconscientemente, de manera irracional, que el futuro, aquel agente inexpresivo, le resolvería tan complicados deseos para nosotros. Así, aunque el señor Torelló hubiese ya muerto, aunque Guillermo no supiese que su mujer apenas tuvo acceso tampoco al profundo interior que acumulaban aquellos lienzos, a pesar de que nada hubiese quedado escrito y que ni de palabra ninguna cuestión hubiese referido el mismo señor Torelló a sus propios hijos, el chaval creía que todo el secreto que había en aquellas pinturas se le donaría en su momento y cuando se le apeteciese. Ese apetito se confundía con el tiempo y la esperanza. Más aún, y consustancial a su ingenuidad infantil y peculiar y extraña imaginación, sería un poder superior el que necesariamente le iba a explicar todo. La razón de aquellos lugares y de todos sus acontecimientos se le mostrarían para que él mismo se tuviese que comportar como correspondía a todas aquellas santas palabras que siempre escuchaba en aquella misa del viernes y en boca de sus padres y profesores. Los métodos físicos, manuales, que usan de la cronología, de la estadística y de la experimentación, como incluso ya la moderna historia, no existían para él porque su concepción de las cosas era muy primeriza. Quizá empezó Guillermo la casa por el tejado porque se ilusionaba demasiado, pero quizá también en ese periodo infantil, que está más cercano a la Nada, intuyera mucho mejor Guillermo algunas cosas que después siempre añoraría. Y siguiendo el tenue camino de la izquierda, por donde debió venir el rebaño hasta la casa, tras el largo día de campo, por esa senda de ocres que se entremezclan para formar con precisión una de las partes más importantes del cuadro, se llega a una suave elevación, tras la cual hacia la esperanza de nuevos sueños se nos conducirá. Después este otro mundo lo olvidaremos, pero os aseguro que existe.

También en la televisión de la noche aparecían las noticias, pero siempre estaban aquellos hombres enfrentándose unos con otros. Las guerras, las revueltas, las manifestaciones y los atentados aparecían en blanco y negro con toda la fuerza de la televisión de aquella época. Hasta estos acontecimientos se entenderían alguna vez y la normalidad de estos sucesos igualmente se percibiría el día de mañana. A pesar de lo que iba aprendiendo de sus padres, día a día, sobre el comportamiento humano,

el mundo proseguía su escalada de barbarie. Las enseñanzas más importantes de la religión cristiana también censuraban el asesinato y la guerra, pero si existía la violencia, día tras día -repito-, sería porque habría alguna relación de causa y efecto suficientemente racional para explicarlos. El blanco y negro realmente era una gama muy variada de grises y los blancos de las explosiones se entremezclaban con los negros mil pedazos. La gente corre tras la policía mientras el negro aquel lo han matado en **Memphis. Kennedy** lo ha visto ya multitud de veces muriendo al girar la calle en aquel espléndido coche descubierto. Los árabes e israelíes ya los comienza a conocer de manera rutinaria. De manera rutinaria se matan unos a otros con la ayuda de terceros y cuartos. Éstos aducen motivos ideológicos para no avergonzarse de sus verdaderas intenciones. Como siempre, las ideas quedan supeditadas a otras intenciones, aunque esto todavía Guillermo no lo percibirá hasta un tiempo después. Todavía es muy pronto para que el razonamiento humano se haga frío en él. Ahora lo que le importa es ver pasar las noticias lo antes posible porque la película de terror es mucho más saludable para su naturaleza. Ese terror es ficticio, por lo tanto sano y estimulante a su imaginación. La muerte acecha siempre, y cuando aparece, su acción es contenida, incluso exageradamente romántica. El miedo existirá hasta mañana o pasado; transcurren más días y sin saber por qué, puede que tras varias semanas y sin mediar motivo, le amarga una noche cualquiera la rememoración de aquella película. Pero él seguirá mirando aquellas historias, porque el mejor beneficio que puede obtener un niño del terror es saber que éste es un simple pasatiempo que sirve para la más bella pasión infantil: el entretenimiento.

Una de sus más bellas preocupaciones se dio durante los paseos nocturnos con sus padres cuando regresaban hacia casa y venían por detrás de la Catedral, a partir de las ocho y media de la noche, los sábados y festivos. La hora se aliaba con la característica propia del final del día y la soledad era el adjetivo característico del escenario donde se dieron lugar aquellos acontecimientos durante varios años. El teatro paralelo también era el de la **plaza de la Villa de Madrid**. Pero empezamos por la primera localización apuntada. Cuando desde el paseo de la Catedral nos adentramos hacia la Vía Layetana, por el pasaje donde se encierra más la historia, tenemos que tener algo de cuidado. La **calle Tapinería** la forman un bloque de mastodónticos edificios de principios de siglo a un lado, donde se afinan las primeras oficinas que se abrieron con la nueva avenida Layetana; al otro extremo se encarama la diversidad de la muralla romana, sobre la que se han encajado todo tipo de elementos románicos, góticos y posteriores y eclécticas artes. El predominio es clásico y medieval, la piedra parece querer decirnos muchas cosas, aunque a esas horas de la noche Guillermo encontraba el lugar algo tétrico. Al pie del abigarrado edificio, largo y contundente, ancho en su conjunto, yacía una especie de jardín que regalaba al espectador una visión romántica y clásica, ambas inseparables del fundamento que parecían inquirirnos. La hiedra crecía abundante y se mezclaba alrededor del bajo camino que seguía paralelo a la calle hasta la **plaza de Ramón Berenguer el Grande**, espacio rectangular que escondía multitud de disimulados

espacios en el que se podían observar estelas y lápidas romanas y medievales. Ya antes de llegar a la plaza se ocultaban a la razón y se presentaban hacia el miedo las lápidas de aquella época. Eran de piedra, donde se dibujaban generalmente elementos geométricos y botánicos, aunque éstos hacían sobresalir más bien solo ciertos aspectos más majestuosos de las plantas como eran sus hojas y flores, que rodeaban un horrible rostro humano que deberíamos considerar mucho mejor como indeterminado. El conjunto no llegaba al metro de altura y era más largo que ancho generalmente. Los extremos podían ser redondeados pero también los había rectos. Representaban al personaje importante que yacía bajo tierra en aquel lugar donde antiguamente estaban y testimoniaban ciertos caracteres del loado ser, aunque también aquellos rostros eran una aberración física del general, del terrateniente, del juez o incluso del artista, para que nadie profanase aquel santo lugar asustado por la presencia de aquella piedra trabajada según aquella mentalidad.

A más, su padre le contó a Guillermo una historia paralela sobre aquellas estelas que ahora estaban esparcidas como elementos decorativos en esos paseos. Para mala gloria de su imaginación, estos rostros tenían todos una abertura por su boca para expresar mejor todavía el siguiente significado. Por ella era posible introducir la mano en señal de respeto hacia el antepasado, pero por donde igualmente se introducía la comida para que el ser, todavía no muerto que allí yacía, pudiese seguir alimentándose. El castigo y el premio era vivir dentro de aquella piedra, en la forma que la física lo permitiese, de la mejor manera posible. Su padre jamás le explicó estos razonamientos, que ya de mayor a todos se nos ocurren o que un infante mucho más vivaracho rechaza inmediatamente. Él creyó, a la primera, que aquello era posible, pues su padre bien se lo había dicho. De niño todo es más creíble porque que la fantasía campa a su libre albedrío. Es entonces cuando las historias de terror y aventura se hacen reales. Es decir, existen, aunque el fenómeno se considera excepcional, increíble por la propia naturaleza del hecho. De mayor, Guillermo supo conservar aquel recuerdo con el halo romántico. Su padre, incluso al explicarle aquella historia, parecía dudar de todo lo que había visto de razonable en la ciudad. Caía fácilmente bajo el dominio de la invención de las leyendas que había traído desde el pueblo, y gozoso y apasionado le contaba a su hijo aquellas historias re-elucubradas. Su niño creció y comprendió que aquello no era posible, pero no apartó jamás burdamente de su imaginación la posibilidad de su existencia. Al menos desde el punto de vista de los sueños aquello se podía novelar para imprimirlo y para hacer un buen uso de su perspectiva con el mejor celuloide. De su padre, aquí un ejemplo concreto, y de su madre, heredó la posibilidad dual de las cosas. Con los pies en la tierra daba ocasión a que los sucesos extraordinarios también pudiesen respirar a su alrededor. Todo era posible, y evidentemente sin ningún conflicto enfermizo desde el punto de vista ideológico, porque entre las dos naturalezas existía el suficiente nexo de la especificidad.

Los rostros horribles, que miraban desde su pétreo mundo, asustaban al niño al mismo tiempo que éste le exigía a su padre que le contase más historias. Y los malos estaban allí encerrados de por vida, para que quien de ellos se apiadase le diese el

alimento por la boca de piedra. «*Había que tener mucho cuidado porque muchas veces atrapaban a quien osaba curiosear por aquel hueco. Más de una mano partieron, arañaron, hirieron. Incluso llegaron a matar en ocasiones. Todavía sus espíritus pululan dentro de la piedra. No te acerques nunca.*» En la plaza de la villa de Madrid las piedras eran más horrorosas porque los rostros llegaban a expresar con mayor claridad el dolor y el miedo que querían transmitir; o el propio que también padecían y que deseaban que sufriesen también los demás para al menos tener un falso suspiro. Las piedras estaban abajo de un jardín al que no se podía tener acceso. Decoraban la entrada a un garaje subterráneo, pero el espacio ocupado por las plantas y las piedras era mucho más amplio que el que necesitaba la calzada de acceso. Que mejor disimulo para aquel primer punto de la modernidad. Guillermo comenzó a entremezclar las cosas aparentemente opuestas para donar a su imaginación la apoteosis de la contención. De mayor, cuando fuese adolescente e incluso joven, tendría más de un arrebato y sería inconsciente en muchos de sus actos y pensamientos, dogmático en algunas de sus ideas, pero su fondo estético, aquel mundo sordo que descansa detrás de lo más aparente de una persona, siempre estaría intacto. Detrás de lo más arrebatado de su personalidad y de lo más característico en apariencia estaría, como la madre naturaleza yace tras la fuerza tecnológica del hombre que la consume, su propia naturaleza, la más profunda y verdadera que siempre yacente evitaba las peores consecuencias. Así, sus actos execrables eran reconocidos, e incluso pidiendo perdón la mayoría de las veces, lograba darles una nueva forma para que de aquellos penosos instantes también surgiese su parte positiva. Volvía a repetirse en su ignorancia, en el mal carácter de aquellas ocasiones, que alcanzaba fácilmente el ridículo, para poco a poco ir refinándose hasta alcanzar un estadio del que ya no pudo pasar, mejorar, y al que llamamos todos muy ligeramente, y antes de tiempo, con la palabra madurez.

Ahora, cuando pasa cerca de aquellas piedras, vuelve a recordar esas historias. Son otras las concepciones, pero el sabor no ha desaparecido del todo. La parte romántica y clásica de las cosas se ha desplazado de ellas, pero no del todo. Él todavía posee el arte de la inventiva.

Por la catedral, a los pies de la muralla, yendo hacia Vía Layetana y en la plaza de la villa de Madrid veía el niño, con las explicaciones de su padre, esas tumbas romanas de los siglos I a III. *Cupaes*, aras y estelas, que enuncian un momento real de la Historia y que para el pequeño providencialmente debían darse desde siempre y punto. Allí se enterraban hasta esclavos dicen, libertos y algún individuo de la clase media. Después de la guerra, con el silencio del olvido, ese tan bello a veces, hasta botánicos intervinieron en la reordenación de esos espacios para que los niños recordaran, después de haber soñado tanto, lo que ellos imaginaban como Historia.

Cuando Guillermo fue conociendo a sus primos de Barcelona, comenzó a iniciar un tipo de relación infantil en el que participaban más personas de su misma edad. Ya había conocido grupos de niños anteriormente, pero la relación era mucho

más esporádica. Por ejemplo, y todas niñas, aquellas cuatro hermanas que vivían en el ático, enfrente justo de la entrada al terrado. En el mismo barrio donde vivía aprendió a no tener miedo de las niñas. Pero ello fue un simple espejismo porque la educación en los colegios, donde hizo la primaria y la básica, sería para niños solo. Entre esta fuerza motora que se presta a no colaborar en nada y por cierta característica especial de su carácter, excesivamente reconcentrado, no pudo hasta más allá de la adolescencia tener plena libertad de movimientos con respecto al otro sexo. De todas maneras, su personalidad era muy franca y saludable. Cuando se encontraba libre en medio del juego su comportamiento era como el de cualquier otro niño. Lo único que necesitaba era que se le comprendiese en cierto modo, de que se le dejase hacer para que el fuego infantil que crecía dentro de su corazón continuase ardiendo libremente. Después del trato con aquellas niñas, fueron durante diferentes intervalos otros los contactos con el sexo opuesto. Siempre atraía esa carita inocente y graciosa, dispuesta a dejarse engañar fácilmente, pero deseada por su disposición de ánimo. Con los primos la relación es obligada y aunque las relaciones entre hermanos y cuñados fuese siempre estúpida, como en tantas familias obreras y burguesas, supo sacar partido de sus relaciones durante los primeros años de su infancia. Cuando la adolescencia comenzaba a asomar, la relación con los primos de Barcelona se fue haciendo distante como distante se hizo la relación entre los mayores. En el colegio, en cambio, participó mucho con los demás niños aunque después algunos le hicieran sufrir y acrecentasen el miedo que en ocasiones le ganaba a su carácter más deseado de manera natural. Pero estamos adelantando acontecimientos que van más allá de esta primera etapa de Guillermo. Como estoy describiendo este límite indefinido de edades, soy muy proclive a adelantarme cuando no debiera, aunque de todas formas tampoco es que esté del todo mal este ligero avance, esta inevitable pulsión nerviosa. Como tampoco nos acordamos siempre de lo que un pequeño crío hace y siente a tan corta edad, muchas de las referencias las tenemos que hacer desde el exterior. El niño de dos a cuatro años no nos deja otra opción que la de la externalidad. ¿Para qué entonces divagar? A partir ya de los cinco años todo parece ya ser diferente y es por ello que el autor ya ha metido más de su mano.

Recuerda Guillermo como desde aquella casa de su tía, una hermana pequeña de su padre, contemplaba el giro de los tranvías que dejándose caer desde la **calle Aragón** descendían suavemente por los metálicos raíles de **Carlos I**. Uno tras otro, bajo las luces incandescentes que iluminaban su interior, y que por ello daban más ternura a su parecer, transcurrían desde el atardecer. Cada vez eran menos los viajeros hasta que los últimos convoyes llevaban a aquellos rezagados a no se sabe muy bien donde. Aquellos tiempos de finales de los sesenta mostraban ya una cara verdaderamente moderna. Todavía no existía el tráfico intenso y continuo que hoy ha enmudecido nuestro ánimo, pero la regularidad ya era una característica de Barcelona. Poco a poco, desde el balcón que daba a aquel descampado donde se instalaba una vez al año aquel circo que era a la vez extraño y maravilloso, las luces artificiales se apoderaban del mundo al lado de la noche. Guillermo continuamente se asomaba al balcón para contemplar la extraordinaria vista a cuatro pisos de altura.

Cuando sus primos menguaban el juego o él mismo tomaba esa iniciativa, su mirada se quedaba fija sobre aquel cuadro. Su carácter perseverante, fijo, lo estamos observando hace tiempo desde varios puntos de vista.

Con sus primos se divertía mucho a pesar de que sus padres, sobre todo su madre, que era la cuñada con respecto a aquella familia, murmuraban de sus tíos. Y ciertamente estaban obligados a murmurar porque esta hermana de su padre era realmente envidiosa y visceralmente estúpida. La ignorancia y ciertas malas costumbres populares estaban con ella. De todas maneras, jamás llegó su carácter a cruzar la frontera que hace de las personas un verdadero peligro para sus semejantes. Podemos decir que la fuerza se le iba por la boca, nada más. No tenía poder; menos mal. El defecto de su madre era que se empecinaba en criticarla. En ello era tozuda y este carácter influyó para mal, y sobre todo para bien, en Guillermo. En otra ocasión explicaremos esta aparente incongruencia. De todas formas, su tía se empecinaba más aún en envidiar a la madre de Guillermo, esa madre que realmente fue la verdadera hija de su abuela. El oficio de santa lo tenía bien asumido porque nunca sacaba ni perseguía nada a cambio. Si con la bondad se obtuviese siempre el premio material, desaparecería pronto de los catecismos como buena acción, pero como **Carmen** lo único que deseaba era agrandar a su marido, el merecimiento ya le era dado. Sin embargo, estamos seguros de que si no se hubiese casado, también habría cuidado a aquella anciana si hubiesen coincido sus vidas.

Un asunto no muy claro aún en estos momentos es la manía que Guillermo le iba cogiendo a su prima R..., dos años más pequeña que él, toda una bola de carne vestida con horribles rojos y fuertes rosados. En el comienzo del juego se hacía todavía soportable. Se ponía al lado de su hermano, que era de la misma edad que Guillermo, e intentaba imitarles en todo. Pero poco a poco su torpeza, y sobre todo su empeñamiento, provocaban el odio de Guillermo y el de su mismo hermano. Su hermano, debido a su lógico parentesco, aguantaba mejor las tonterías de su hermana. Se enfadaba con ella pero cedía finalmente cuando se ponía su hermana a gritar y a pegar botes sobre el suelo como una descosida. Pero Guillermo se iba poniendo poco a poco más nervioso. La educación que había recibido le hacía aguantar hasta lo indecible, pero como el vaso de agua a punto de desbordarse, era poco lo que había que añadirle para que se derramase desde el inaguantable silencio hasta la explosión que se traducía en un fuerte empujón que la hacía caer al suelo o en una torta que a él mismo asombraba. J... se enfadaba algo con él, pero enseguida echaba a su hermana del área del juego, el pasillo, el rincón de la entrada, para que se fuese corriendo hacia sus padres para pedir socorro y justicia. «*No juegues con ellos, son más mayores que tú. No la peguéis. Ay, ese Guillermo es muy malo a veces.*» Su cuñada le respondía que eran cosas de críos y que «*no le pegues, que es más pequeña que tú. Y tú, R..., no les molestes.*» Entre las cuñadas este tema tampoco pasaba excesivamente del límite que imponía la normalidad en este tipo de acontecimientos. A Guillermo, cuando se iba malhumorado de casa de sus primos por culpa de aquella mocosa, antes de acostarse le atormentaban feroces ideas de venganza que en absoluto podía contener. Se sorprendía, y dejaba hacer a su sentimiento, sobre la gran ferocidad con que

actuaría si estuviese solo con ella. Las peores imágenes de terror se sucedían por su imaginación con escenas que asustarían al peor de los adultos. Pero en esto quedaba siempre su venganza y en alguna galleta que le daba a su prima y que últimamente a ellos también les contestaba con alguna patada y algún mordisco. «*Quietos, no os peleéis*». Pero en eso quedaba todo. Su mente finalmente era la que padecía el mal de la venganza y el de su propia insatisfacción, para que con los sucesivos hechos acaecidos se fuese su mente atormentando poco a poco, al tiempo que reforzaba su parte negativa en el carácter general. Pronto desaparecían de su cabeza todas aquellas ideas de venganza. Menos mal. Retornaban en ocasiones, cuando algún niño repelente se comportaba como ella o cuando volvía a encontrarse con su misma prima. De vez en cuando también, en la soledad de sus pensamientos, volvía a ver a aquella minúscula y horrible bola de carne, y tomaba sus correspondientes medidas que vuelvo a callar. Pero se olvidaba muy pronto de su actitud porque habían más cosas en la vida y todas ellas no eran en absoluto malas, sino al contrario, divertidas y sobre todo lógicas. La enseñanza, que de todos puntos le llovía, le servía de contención y sobre todo de prueba. La idea de prueba pronto se cimentó dentro de sí. Esa idea religiosa que traspasa el mundo de la moralidad y de la misma vida fue comprendida muy pronto. El mundo era dulce primero, pero había que evitar amargarse por todos los malos hechos que continuamente le podían entorpecer su existencia. La vida era así, ¿para qué cambiarla? Era y había que adecuarse a ella. Tampoco él era mayor para comprenderlo todo. Algún día ya lo entendería mucho mejor. ¿Esa extraña línea infantil lo alejaba ya de un psicópata o de un futuro Hitler?

Una peculiaridad de Guillermo pronto se iba imponer como uno de sus rasgos principales de su personalidad. Ya hemos hablado de su tendencia hacia el romanticismo y la extrañeza de la vida. No es que queramos decir que le atraía lo raro desde el punto de vista contemporáneo, sino que ciertas imágenes que circulaban a su alrededor eran extrañas desde el punto de vista natural y simple de lo que significa y debe significar la palabra extraño. Evítense, por tanto, deducciones a partir del esnobismo, porque en ningún momento Guillermo buscará sobresalir con cualquier cosa que se imponga sobre los demás, porque si no conlleva una parte moral por un lado y una parte bien original e irónica, a la vez, por otro, no le valdrá la solución presentada para sobresalir alegremente sobre la gente. Él nunca querrá humillar, querrá simplemente sorprender y ello le producirá un placer excepcional y que será admirado por todos los que le conocieron, unos odiándolo incluso, pero reconociendo lo evidente. El hecho, tema o naturaleza de la que vamos a hablar se gestó muy pronto y vuelve a ser recurrente sobre el tema de los cuadros en parte, aunque verdaderamente vamos a hablar de los objetos decorativos que en su casa había y que le sorprendieron para siempre. Continuemos entonces por éstos: por un cuadro alargado y estrecho, que cubría una laca sintética, y que representaba una moderna pero bella **virgen María**, estilizada y a la moda de la época. El fondo era luminoso, amarillo y centelleante; se acercaba al fino dorado. El vestido de la Virgen era azul celeste, largo y sujeto por la cintura con un fino cinto de aquellos de los años sesenta;

se estrechaba hacia los pies, asemejando un pantalón. Este cuadro representó para Guillermo una de las primeras imágenes de la Virgen. Como la cara era de niña, mejor paralelismo hacia su edad no pudo haber sobre tan alto misterio celestial. La flor, una cala que estaba en el lado izquierdo y que simplemente se estampada en el cuadro como un elemento decorativo más, ayudaba a crear en ese mundo infantil de Guillermo la verdadera ingenuidad. No sabía muy bien de donde procedía ni cuándo había comprado su madre aquel cuadro, que representaba a la Virgen Niña tan estilizada y guapa, pero lo que sí era cierto para él, es que el Mundo debería ser así de concreto y sencillo y no como más tarde resultaría. Después casi todo sería vulgar en este planeta, cuando el conocimiento ya fuese suficiente en él. Los datos se le acumularían para crearle confusión aunque luego todo ya le fuese más asequible y manejable. La idea básica siempre sería la misma, pero la multiplicidad de las cosas y de los lugares lo haría muchas veces bellamente complicado. Vamos a ver, lo que quiero decir es que aquel universo primero, de donde procederían todas las cosas, era enigmático, desconocido, inasequible para él, pero que de seguro era fácilmente aceptado y hermosamente halagado por su parte; todo vendría a su tiempo y de verdad que sería sencilla su comprensión. Así debería ser la vida y eso tenía que significar el hacerse mayor que tantas veces le repetían sus padres. Pero después el mundo fue a la vez mucho más hermoso y horrible de lo que primeramente creyó. Tuvo que clasificar, apartar, imaginar y forzar su fantasía para que esta vida le fuese mágica y agradable su vivir. Muchos años todo ello le costaría, pero valdrá la pena seguir todos sus pasos en esta historia.

De los cuadros del señor Torelló ya hemos hablado, pero vamos a describir otro. Existía uno rectangular también que representaba unos gitanos posando sobre el fondo de unos carros que estaban algo lejos. Los carros se parecían mucho a los de las películas del oeste y el hecho de que como es lógico tuvieran ruedas, le atrajo primero. Los gitanos eran diferentes a los que veía por las calles de Barcelona con esos horribles pantalones y aquellas chaquetas todas ellas desproporcionadas. Estos gitanos del cuadro debían de ser el grupo excepcional y mítico del que debían de provenir todos los demás, porque los que veía a su alrededor, en su barrio, casi siempre le producían miedo. La educación y los hechos se lo reforzaron muchas veces. Más por el hecho de que se metieran o no con él, que ello solo le ocurrió en alguna ocasión como con el resto de niños, fue la de apreciar siempre en ellos una actitud violenta frente a los demás lo que le asustaba. La **inexplicación** social reforzaría el tópico; ¿pero no le gustaban las rumbas gitanas desde niño, como a toda su familia? Pues unamos y hablemos, lleguemos al entendimiento. Conozcámonos y no nos encerremos en nuestros campos de violencia donde clama la ignorancia; eso sí, pongamos siempre unos límites éticos tanto en ellos (nosotros) como en nosotros (ellos). ¡Qué lejos estos malos tópicos de aquella magnífica estampa del señor Torelló! Hasta las vestimentas que llevaban y su forma de posar eran diferentes a la de aquellos gitanos de ciudad que a Guillermo le parecerán años después sumamente degradados. Los gitanos del cuadro visten humildemente pero en condiciones, comercian generalmente con el ganado y aunque el juego del regateo se imponga en

sus negocios, cumplen con el mito que deberían tener todos los demás. ¿Esos gitanos también han desaparecido como tantas cosas de los payos van a desaparecer asimismo? Ahora estamos hablando ya de generaciones y es claro que la ciudad arruinó la vida pastoril de muchos de mis gitanitos, encerrándoles en cárceles miserables. El cuadro vuelve a tener una tonalidad pictórica oscura. Vuelve a reforzarse la rareza y la penumbra en su vida. El barrio donde vive es gris, de calles estrechas. En invierno pronto desaparece la luz y los rincones de penumbra asoman por todos los lados para amedrentar o para relatar viejas historias.

La lámpara dorada que lucía con una bombilla de lágrima, de veinticinco vatios escasos, era de bronce, de dorado oscuro, y poseía un forjado y un peso que correspondía más bien con las técnicas antiguas, las que realmente trabajaban el material primario para hacer simplemente las cosas y no para ganar la mayor cantidad de dinero. Se vivía para subsistir. Era el candil, eléctrico, porque encima de la vela estaba incrustado el portalámparas. Cuando iluminaba las tardes del primer otoño, anunciaba el camino que debe seguir el invierno. La tristeza se hacía frecuente y modorra era su iluminación. Sobre la moderna librería de tablas de conglomerado, recubiertas de laminado, y que cuatro hileras de metal pintado de negro sustentan, separando los cuatro niveles que la componen, suele descansar. Guillermo desde sus primeros recuerdos la contempla para hacer que sus pensamientos sean también sentidos desde aquel punto de vista. Le influyó más de lo que pueda parecer a nosotros, los vulgares, aquella lámpara pequeña, pero tan fuerte de estructura. ¿Por qué existen hombres y mujeres a los que les influye demasiado, de manera incluso excesiva y perniciosa, los más sencillos elementos que nos rodean? ¿Por qué a los demás les pasan tan desapercibidos que dan por hecha su existencia hasta el punto de no darle importancia ni tan siquiera para lo que sirven? ¿Por qué los mundos tan extremos tienden a separarse y a omitirse? Yo no lo sé muy bien, pero sí sé que la estupidez está mucho más de un lado que de otro. Al menos con aquel tipo de exageración podemos soñar esta vida que tan cruel es para muchos. Llegado el invierno, la lámpara imponía su ley porque las tardes eran totalmente oscuras y el halo de la estación acompañaba mejor aquel escaso fulgor. Unas fechas que fuera de esta estación identificaban ya el predominio de la lámpara, eran las de los Santos. Con los difuntos la tradición se hace necesaria, dominadora. La **Castañada** es una época en la que la tradición de las castañas y los boniatos se seguía en su casa porque los abuelos yacían en sus fotos para que fueran iluminados con las lamparillas de aceite y con la lámpara dorada. Algún *panallés* o hueso de santo se comía, pero escuetamente. Tan caros les eran a aquella familia. Pero una vez más la escasez no se traducían en una cuestión anormal, problemática. Simplemente era un hecho más y que se asumía. Las cosas eran así y una vez más volverían a ser de la misma manera. Por tan poca cosa no se hacen las revoluciones ni las enfermedades mentales ajan las vidas, sino algo mucho más importante: la matización de los ensueños. La lámpara acompañaba la imaginación que proveniente ya de la iglesia, de la Catedral, imaginaba un mudo pasado totalmente emblemático y legendario. El fervor debíase en su comunión porque sino las cosas grandes nunca podrían serlo. Con unos pocos

años más la concreción hará acto de presencia para que la descripción material sea mucho más profunda. Por ahora solo podemos intuir junto a Guillermo lo que simplemente era un sentimiento sin apenas formas. Avanzando hacia los fríos, la lámpara acompañaba con su pobre luz amarillenta sus primeros sueños e inventos, que más bien se han perdido ya en su tiempo y en su espacio porque tampoco tenían fuerza suficiente para hacerse coherentes. En aquel pasillo -que primero daba a su izquierda a la cocina, después al comedor, a la derecha a la galería y en un segundo rincón al lavabo y a su cuarto, para terminar al final del mismo en el gran dormitorio de sus padres- iluminaba aquella cada vez menos inocente lámpara tenuemente. Pronto iba a tomar uno de los primeros protagonismos en la vida de Guillermo porque lo misterioso y el miedo se iban a concentrar en ella. El cono de metal que colgaba tambaleándose del soporte extraño de la lámpara, estaba horadado por orificios que dejaban escapar la luz correspondiente para que se hiciesen sombreados agujereados sobre el pasillo. Los agujeros eran pequeños, medianos y grandes sobre la pared y las puertas según el ángulo que la luz disponía sobre ellos. Algunos eran inmensos y envolvían toda la figura de Guillermo, y cuando se movían por un ligero tambaleo del cono de la lámpara, el miedo se solía hacer más concreto y cercano. Cuando era regañado por sus padres, sobre todo por su madre a la que con tanto apego estaba unido; cuando en el colegio las cosas no habían ido del todo bien; o simplemente cuando el miedo proveniente de las pesadillas del sueño, de la enfermedad, del propio malestar de su cuerpo y cabeza, se asomaban por encima de él, la lámpara tenía más poder, un poder considerable y que él no podía refrenar. Realmente, la fuerza que todo aquello acrecentaba, provenía de la misma lámpara y aunque supiese que su malestar era externo, se hacía inseparable de aquellas sombras. Solamente los ingenuos o los intelectuales no ven que las mismas cosas se llaman entre sí para hacerse de esta manera todavía mucho más grandes. Por lo tanto, todos los problemas de la vida que ya acuciaban a Guillermo se aliaban con las molestas sensaciones que la lámpara de bronce emitía y que su fuerte estructura reafirmaba.

Otros objetos decorativos, que a partir del próximo año iban a serle inseparables de sus pensamientos, eran la especie de mano de madera, de una sola pieza, y la forma de vasija que asemejaba un cuenco de marfil, hueco y con un ojo indefinible como decoración en su mitad. El primero era de madera de nogal, a modo de concha, y su barnizado continuaba la forma original: la incrustación cromática era verdaderamente artesanal. El segundo, como un largo jarrón que poco a poco iba girándose sobre sí mismo, pero que no pasaba ni de un cuarto de su cuerpo semejante ángulo, ofrecía un averdado y artístico exotismo. Estos objetos lo que primero ofrecieron a Guillermo fue su firmeza de material y su correcto acabado de una pieza. Con el tiempo comprendería que aquellos objetos, que más bien le transmitían desazón y aburrimiento frente a sus juguetes, eran de gran calidad con respecto a los objetos que habituales se nos han hecho hoy como decorativos. Las pocas piezas que antes ofrecían las tiendas como elementos que debían engalanar las casas solían ser de primera calidad. También es verdad que la madre de Guillermo, a pesar de su

humildad, compraba siempre bastante bueno, y ese estilismo inadecuado para su clase social, pero existente en los ánimos de muchos de sus componentes, va a beneficiar el gusto por la belleza en Guillermo. A su madre le gustaba decorar la casa a pesar de no disponer del suficiente dinero.

No debíamos de imponernos un horizonte inalcanzable, pero en Guillermo lo inalcanzable va a ser inexistente en esta vida. Sin embargo, maticemos cuanto antes, porque en él lo inalcanzable le trae sin cuidado cuando hablamos de dinero. El principal acicate que mueve a la humanidad, por mucho que digamos todos, es su bien primario, su necesidad básica, y si a esta la envuelve la acumulación, el deseo se hace unívoco. Para nuestro personaje o héroe lo inalcanzable no existirá, en cambio, cuando hablemos de sentimientos y sensaciones, de creencias y de conceptos de fe.

Comenzaban sus padres a remitirle al pasado que habían sufrido cuando le recriminaban sobre la comida que dejaba en el plato o por todo aquello que pedía a todas horas para que se le comprase y que yacía tras las vitrinas de las tiendas. Las acostumbradas vivencias, que exageradamente muchos padres de las generaciones anteriores nos han contado, suelen serlo así por su persistencia más que por su exceso de fantasía. La pesadez se ha ido haciendo insoportable conforme los mismos padres iban, al correr de los mismos tiempos, negando sobre los mismos hijos sus teorías. Comenzaron a mimarles lo antes posible cuando pudieron. Aunque la verdad esto ha sucedido más entre los hijos pequeños de aquellas grandes camadas. Generalmente, los padres mayores, los mayores de los hermanos conocieron la necesidad en toda su crudeza, conllevando el cuidado de los pequeños. Fueron los primeros en emigrar a las ciudades, a comienzos de los cincuenta. Se suele hablar más de la emigración de los sesenta por su mayor cantidad, pero los hijos de esta primeriza todavía conllevan el más puro proceder sobre la existencia. No es que con esta posterior emigración el materialismo se impusiera malévolamente, pero las cosas se hacen mucho más matizables. El impacto de la pobreza sobre la riqueza virtual que le rodeaba fue más duro y engañoso para muchos. La mayoría de los problemas de la droga y de otros vicios provienen de ese caldo de cultivo que de por sí nunca es suficiente para explicar estos procesos tan negativos para la humanidad. Guillermo era hijo directo de aquellos primeros pobres que tuvieron la oportunidad de mejorar poco a poco con el auxilio de la ciudad. La perspectiva de la mejora acumulativa se abrió por fin a los españoles. La calidad comenzó a hacerse más cotidiana. Al menos se la veía en perspectiva. Pero continuamente el umbral del pasado ahí estaba porque la conciencia ya no podría jamás cambiar. La pretensión no sería nunca pretenciosa, sino la culminación de todos aquellos sueños que de pequeños ni tan siquiera pudieron imaginar. El trabajo daría ciertas satisfacciones los sábados por la tarde, yendo al cine después de comprar algunas cosas con el dinero justo. El domingo incluso se comerían un pastel para el postre. Y hasta un pequeño vermú con una simple ración de anchoas les acompañaría previamente. «*Si el abuelo viviera*» -decía el padre de Guillermo al alzar la copa de champán. Lo bueno aún de esta generación ya

desaparecida, es que siempre estaba en el recuerdo el pasado de aquellos santos que ya estaban muertos y que solamente habían vivido miserias. Ahora comprendía por qué se hacía tan necesario santificarlos durante la noche de todos los Santos, al lado de la luz de las lamparillas y de la magia innata de la noche. Se había sufrido para que la trascendencia de la vida futura diese sentido a todos los sufrimientos del pasado. Esta primera generación de la postguerra verdaderamente industrial, porque fue capaz, a pesar de muchas de sus necesidades, de vivir dignamente con lo que trabajaban, estaba todavía muy cerca del pasado, por lo que las enseñanzas generacionales llegarían aún a sus hijos. Hacer crecer con conocimiento de causa es para el autor más un beneficio que un error. Resulta ser su continua explicación, y más si no se vive con el ejemplo inaguantable; pero esta concepción es más bien propia de las últimas generaciones. Guillermo entendía todo aquello que le contaban sus padres aunque en ocasiones le resultase desagradable por lo que conllevaba de reprimenda. Este héroe es hijo más bien de la postguerra que de la época que teóricamente representa. Con más cultura y por culpa de sus padres tomará un carácter estoico y recio que no por ello le impedirá observar con los mejores ojos las cosas más bellas de la vida. Será como un platónico constructivo. A su especial carácter reconcentrado añadamos esto, y tras la mezcla, intuyamos el resultado.

Durante el curso 1967-1968 Guillermo conocerá a su primer gran amigo, **José Miguel**. A José Miguel no recuerda como le conoció. Lo que sí bien sabe es que una mañana o una tarde, desde casa o en el colegio, se dio cuenta de que José Miguel era algo más que un simple compañero de clase. Últimamente siempre se sentaba a su lado. Tras la última reordenación de la clase, la señorita los volvió a colocar juntos, lo que indicaba que la amistad de ambos niños era reconocida y soportable por la señorita. La primera profesora era alta, pero no escuálida. De cara ancha, tendente a la largura, era el segundo soporte después de su madre. Ella le comprendía y le mimaba como una segunda madre. Le defendía de la indisciplina de algunos niños a los que no les entendía por su inusitada agresividad. Como su madre, le reprendía, eso sí, en los deberes y en la manera de llevar la bata, en cosas que atañían al colegio. Fue la que con tanta devoción y aplauso le guiaba en la confección de aquel primer álbum que llenó con todo el trabajo del primer semestre y que regalaría con tanto amor a sus padres. Los momentos se santifican muchas veces con toda la razón del mundo. La señorita no recuerda como se llama, nosotros sí porque tenemos la ventaja de ser parte del público que todo lo ve. **Antonia** le solía acariciar casi como su madre y le guiaba en el trazo para que la caligrafía fuese más redondeada y horizontal. A Guillermo le costó centrar la escritura, así como hacer legible la letra. La profesora veía que las materias que necesitaban de un primer razonamiento, al que le seguía una experimentación necesaria, le costaban entender en comparación con diferentes cuestiones abstractas que se salían todavía del ámbito de los estudios. Así, era un niño normal en cuanto a la escritura y al entendimiento de las causas y efectos, pero apenas necesitaba del primer avance para que la concepción de las cantidades saliese bien. Las cuentas pronto se fundamentaron, así como aquellos pensamientos que

separaban y organizaban el mundo a su manera, y que tan cerca estaban de cursos superiores. La ley de las cantidades, de las particiones, del tiempo y de la estructuración de las cosas fue inmediata en él. Esta ley es necesaria para conocimientos abstractos; es un medio para el desarrollo de las asignaturas desde el punto de vista del orden y de la distribución. Cuando hizo los últimos cursos de E.G.B. y los primeros de bachillerato fue más bien esta habilidad la que más le ayudó para aprobar y sacar buenas notas. El entendimiento y el funcionamiento de las cosas, del mundo, le costaban mucho más, pero la memoria y la organización de todo el material, y que los profesores enseñaban, le equilibraba. Los profesores muchas veces le aprobaron por esta portentosa habilidad más que por el conocimiento racional de las cosas. El interés era mayúsculo, y como no cometía ningún error de bulto, la intuición que presentaba muchas veces en todo su desorden hacía esperar a los profesores grandes esperanzas. Muchos compañeros suyos al principio siempre le superaban porque aglutinaban durante los primeros días una gran concisión de los pocos conceptos dados, mientras que Guillermo más bien mostraba confusión y duda, pero pasado medio curso era ya capaz de poner orden a todo el lío de conocimientos que se había dado en clase y que no sabemos cómo el profesor se atrevía a propugnar a sus alumnos. La desgana en sus compañeros, otras atracciones propias de la edad y que les despistaban o el mismo freno que su inteligencia suponía alcanzado cierto nivel, los dejaba muy por debajo de Guillermo a mediados de curso. Siempre existirían, claro, uno, dos o tres alumnos por encima suyo porque a la habilidad unían aquel mejor raciocinio sobre las cosas. Pero sí era el primero en las extravagancias, que más adelante comentaremos, y que mostraba en algunas actividades del colegio. Su carácter, frecuente a la enajenación, a la imaginación, al despiste, a hablar con su compañero, a hacer caso ingenuamente a las mentiras que José Miguel le contaba, le despistaba también del hilo de la clase, lo que le suponía una reprimenda de vez en cuando para asombro de sus compañeros. Todos sus profesores le censuraron esa tendencia a quedarse pensativo, a mirar fijamente a un punto de la clase, para acabar espabilándose con un buen susto cuando le sorprendían, preguntándole algo que se estaba explicando y a lo que él lógicamente no sabía responder. Pero también la mayoría comprendió que esa tendencia natural le daba beneficios desde otro punto de vista. No todo podía ser perfecto en un alumno, como proponía el ideal de la enseñanza y de las maneras y formas del buen niño. La propensión a la construcción propia le equilibrará siempre en los estudios, justificándole de sobra de otras deficiencias. Cuando esté a mediados del bachillerato, el raciocinio tendrá que imponerse a toda esta habilidad y confusión. Y será el conocimiento no aprendido en la escuela, precisamente, el que le concederá el equilibrio que le faltaba, el fundamento por el que seguir aprendiendo las cosas.

José Miguel era un niño cuatro meses mayor que él. La cara era muy redonda y ancha. Sus mofletes destacaban lo que más de su rostro, y encima, como llevaba ya gafas, le daba al niño aquél un aspecto de madurez que él imaginaba pero que no era capaz de comprender todavía muy bien. No hablo de la madurez corriente, sino de que simplemente parecía mucho más mayor que él. Su pelo era castaño claro y

llevaba el corte a la moda, como el mismo Guillermo, con raya a la izquierda a veces, y cuando no, el cabello, todo laceado por el orden del peinado, regalaba a la vista aquel flequillo que los Beatles habían rejuvenecido. Pronto, aunque él no recuerda como ni en qué claras circunstancias, se unieron en una amistad que solo podría nacer entre los niños. José Miguel se hizo de jefe en ciertas facetas de su mutua amistad, mientras ya Guillermo comenzaba a proponer geniales ideas sobre el juego; se hacía cargo asimismo, por su mayor inteligencia en este tipo de estudios, de las sumas y restas, mientras por miedo le dejaba a él la fuerza, a José Miguel, para que resolviese los más difíciles problemas de clase con esos otros niños tan malos. Por el siguiente año sabremos mejor los acontecimientos a que dio lugar esta amistad. Quizá fue el hecho de que la señorita les sentase juntos y que sus madres por ello comenzasen a hablar mientras regresaban por el mismo camino a sus casas; quizá fue que ellas ya se hablaban de antes y que todo fue después una mayor casualidad; quizá fueron otros los hechos pero ciertamente aquel iba a ser su primer gran amigo, un niño hijo de una gallega y de un andaluz, emigrantes como sus padres y humildes y buscadores de lo que sus tierras no pudieron darles desde cierto punto de vista.

Cuando recuerda Guillermo aquellos años, o aquellas semanas y meses cruciales en su vida, porque cada día se daba en él un cambio cuasi geométrico, todo parece verlo de pronto, centelleante. Generalmente ello ocurre después de un sueño característico, profundo, vivo, enganchado directamente a aquellas primeras sensaciones en las que el niño se da cuenta de que está bien vivo y de que él representa una nueva existencia a pesar de todas las dudas que al tiempo arrastra. El sueño en la treintena le es muy reparador. Vuelve a aquellos anales por los que debiera haber discurrido siempre su vida. De todas maneras, él no se ha alejado tanto de aquellas primeras magnitudes. Es más bien su carácter, propenso a la exageración, quién le traiciona en los momentos cuando él se muestra débil. Poco a poco ha ido consiguiendo la templanza que todo ser dinámico, y con aspiraciones, necesita para hacer de su vida un espejo de las primeras convicciones. Nunca le han desaparecido del fondo de su ser todas aquellas emociones, y cuando le vuelven desde el sueño, le parecen efusivas por la sorpresa con la que aparecen, pero reconocidas y siempre deseosas. Así, a José Miguel lo sigue viendo con aquellos pantalones cortos, estilo bermudas, que le llegaban casi a las rodillas y que a Guillermo no le gustaban. Le hacían mucho más mayor y ellos estaban solo en el borde de los seis años, cerca de la comunión, pero ni siquiera tan cerca de ella como se creían. Todavía quedaba un año. No sabrá ya nunca volver a los acontecimientos que hicieron narración de su naciente amistad, pero las imágenes suficientes han quedado para ser todavía impactantes. Recuerda como aquel sol caía desde los balcones hacia la una y media de la tarde. La **calle Montcada** estaba engalanada por aquellos palacios medievales y renacentistas, góticos de todas maneras, por ese tan bonito gótico catalán tan último. Los patios asomaban con sus escaleras exteriores que daban a un primer nivel arcade. En el patio la luz solar fluía grandemente para que las verdes macetas pasasen el invierno de manera suave y así durante la primavera ofreciesen el milagro. La mayoría de las viviendas eran casas de cuatro pisos, en su mayoría con balcones, que suavizaban la

terrible humedad que escondían tras de sí. Cerca del mar, y con calles tan estrechas, el mundo para los pobres se hace aún más difícil. El romanticismo al que tendió desde siempre Guillermo le va a salvar de amargarse, pero también es cierto que las necesidades primarias eran más fácilmente saciables en la época que le tocó vivir que en la que vivieron aquellos hombres y mujeres, niños, que le precedieron y por los que siempre se iba a interesar con toda su curiosidad. Los balcones de los trabajadores emigrantes y de los catalanes de siempre refulgían de verdor. Geranios sin flores y cintas llenaban de verde todo el año aquellas calles que muchas veces se ponían tan tristes con aquellos grises. Las dos madres iban juntas mientras entremedio de ellas dos dejaban que los niños se hablasen hasta la tarde. Ya tenían hambre y deseaban llegar cuanto antes a casa para saciar su voracidad, pero les daba todavía tiempo para entablar las últimas conversaciones fantasiosas. Era la época de los cohetes y pronto el hombre iba a llegar a la Luna, la música estaba por doquier y la técnica comenzaba a difundirse abiertamente desde el televisor. Los ovnis se dibujaban de otra manera entonces. Eran marcianos de platillos y muy deshumanizados. Cuando los marcianos comenzaron a humanizarse, ya todo volvió a ser igual en este tema también y Guillermo pronto comenzó a aburrirse. Debemos esperar todavía un año para comenzar a comprender mucho mejor toda la manera de vivir de Guillermo. Por ahora contentémonos simplemente con los indicios.

La maravilla de la existencia en el caso de Guillermo merece una distinta consideración porque él tuvo, a pesar de muchas dificultades, una infancia ordenada. Comía habitualmente, se le vestía sencillamente, podía hasta tener algunos juguetes, recibía el suficiente cariño a pesar de aquellas regañinas. En fin, pudo contemplar y así articular desde el primer momento una línea estructural en el tiempo desde la que pudo trazar las cosas con todo el sentido. Supo que la vida podía ser terrible en algunos instantes pero que era totalmente lógica. Tenía invierno y verano, colegio y vacaciones, libros y juguetes, frutas de la estación. Todo debía tener un sentido en este mundo. La explicación sería entonces razonable. El blanco de sus ojos destacaba aquella pequeña circunferencia oscura para que no se le escapase nada de su vista. Poco a poco, desde que él pudo tener cierto control sobre los recuerdos, por los que crear, desde entonces, una línea temporal a la que podía aplicar un orden, y así el mayor sentido que da el razonamiento, se fue creando un mapa imaginario en el que se iban situando todas sus vivencias. El año 1962, el de su nacimiento, comenzaba algo más abajo, para poco a poco hacerse más grandes los números en un cada vez más avanzado segmento circular en el que finalizaba su vida el año de su presente existencia. No sabemos hasta qué punto tuvieron culpa de ese orden de cosas el aprendizaje de los números o si las imágenes que veía a su alrededor tuvieron más culpa que nada. Lo único verificable es que las décadas anteriores, y las que quedaban por venir, hasta que tuvo uso sobre la razón del año 2000, es que sí se debieron al conocimiento de las decenas, de las centenas, de los millares y de las decenas de millar, pero todo ello conjuntado con el posterior conocimiento de fechas en las que se dieron importantes acontecimientos históricos. El mapa temporal se fue

organizando, sin embargo, a partir de aquel primer segmento circular. Como una prolongación previa, todas las décadas y siglos anteriores se fueron anteponiendo en fragmentos geométricos más pequeños hasta alcanzar un amplio abanico que descendía hasta los albores de la humanidad. Cuando tuvo capacidad para centrarse en un siglo o en una década concreta, de aquellas épocas remotas, el segmento se ampliaba en una especie de *zoom* que se asemejaba al arco en el que él estaba viviendo, pero que conservaba toda la particularidad de la época por muchos años que los separasen. La luz y las sombras eran suficientemente distintas para que la distinción hiciera ordenable aquel primer mapa mental, que con los años se haría tan sofisticado y eficaz para él.

La luz de su barrio era mediterránea, pero esta concepción se ha mixtificado tanto en nuestro tiempo contemporáneo que me obliga a hacer una aseveración antes de continuar. El sol del Mediterráneo en este barrio poco ha se ha dicho que descendía cristalino sobre el verde de las macetas que todos los balcones exponían en estas estrechas calles. Como el tráfico era más escaso e imposible en estas callecitas, como más bien era aquel viento del norte el que limpiaba el aire tan húmedo de siempre, y que la neblina, en otro tanto, muchas veces entonces impedía ver claramente desde nuestra mente, el sol en unas ocasiones era fuerte y terso como la mejor copa de vino que al trasluz la contempla el poeta, como también apesadumbrado era el ambiente que acompañaba la bruma. Quiero decir que el sol se quedaba casi siempre en las alturas, que solo ciertos rayos penetraban hasta el fondo de la calle en forma de largos e intensos haces que molestaban a los ojos de los que pasaban, que solamente y durante breve tiempo el sol angulaba más sobre una fachada y se hacía ciertamente extenso. Momentos intensísimos y tan cortos. Pero la luz era bien clara a pesar de todo. El gris de las fachadas, de las losas irregulares que debíamos pisar antes, dominaba como color, pero debido a la luz que se regalaba desde el cielo, se confiaba todavía en la existencia de la naturaleza. El gris era en esos momentos bien claro, las persianas bien verdes, la ropa tendida bien blanca y el cielo tan azul, tan propio de nuestro Mediterráneo, que un pintor al óleo poco necesitaba imaginar para estamparlo. Por todo ese ambiente que tantas veces se ha repetido, comenzó a formarse cierta conciencia. Se hace evidente que es una conciencia especial, con una imaginación prodigiosa, quizá excesivamente rebuscada, pero como la fuerza que la ejecuta es sincera, debemos partir de la idea previa de que el rebusque obedece más a una condición nuestra que a una suya. A él le gustará excesivamente imaginar y crear, pero ello es propio de su naturaleza, no una acción con la que concausar efectos perniciosos. En aquel barrio había tantos niños y tantas nuevas conciencias, que deberíamos de considerar que hasta al mismo Guillermo le produciría cierta melancolía no poder ofrecérselas. Estamos con un niño sencillamente bueno, pero cuyos impulsos también muchas veces nos van a resultar negativos porque creemos que bondad es cierto tipo de perfección. El ideal que siempre nos han aplicado desde la escuela, la televisión o a partir de cualquier información que procede del consabido exterior, es la de saber que algo superior, inherente a nosotros mismos, es posible. Hasta ahí se puede aceptar este

planteamiento. Lo peor es cuando el mismo lo aplicamos sin ninguna experiencia, y con total prepotencia, a nosotros mismos. De repente poseemos la verdad, decidimos y enjuiciamos desde nuestra ignorancia. No se debe ser cobarde, hay que opinar. Se hace más horrible la posición contraria, aquella que nos hace desaparecer del peligro, del riesgo, de decir simple y llanamente lo que nos parece bien o mal. En estos tiempos, en que todo vale, hemos pasado al otro extremo sin dejar del todo el anterior. Es extraño el mundo que me rodea (y ahora más que nunca habla el autor por sí mismo). Hoy se posee la verdad de que no debemos enjuiciar, pero llegado el caso, exponemos lo que debe ser la vida, una vida que encima desconocemos. Cuando alguien habla de cuestiones sinceramente elevadas, todos se esconden y le llaman intelectual. Cuando alguien expone francamente las crueldades de esta vida, todo el mundo se vanagloria de no sé qué solidaridad. Cuando este mundo termine estaré mucho mejor. Será mejor volver al hilo de mi novela porque con ella yo al menos me divierto y la expongo para todos aquellos que quieran divertirse un poco más que con la simple exposición del pensamiento. La expongo para que éste sea un divertido e infantil juego. Los niños suelen tener durante cierto tiempo esa ingenuidad innata que procede del Paraíso.

El niño que es Guillermo pronto va a concretar todos sus pensamientos sueltos, todos sus instintos y toda su imaginación. El siguiente curso, con José Miguel se hará definitivamente amigo y compañero de clase. Comprenderá mucho mejor que él es un niño que está aquí gracias a sus padres, sin otra explicación que la cigüeña. Tan bonito es contemplar aquella estampa en que una cigüeña le trae por el cielo hasta la casa de sus padres que ¿por qué ha tenido que cambiar este mundo? Tampoco el cambio será siete años más tarde tan terrible. El aprendizaje de la escuela se hará más intenso. Desaparecerá aquella generalización de la caligrafía y de las primeras cuentas. Se definirán más asignaturas. Nacerá la Historia, sabrá quiénes son los escritores y los poetas, o cómo los animales se pueden dividir en distintos géneros. Los tebeos comenzarán a hacerse habituales y la música la tocará y retocará dentro de su cabecita, y todo porque su amigo le enseñará nuevas cosas, así como él le hará testigo de muchos de sus pensamientos. Nacerá una relación, una confianza y el primer miedo a que un compañero le traicione. La vida se hará más sofisticada y alegre, aunque también, al mismo tiempo, mucho más triste en algunos momentos. «*Ley de vida*» dirá su padre y Guillermo irá hilvanado todos estos conceptos, poco a poco, porque la prodigiosa mente humana es capaz de hacerlo así; eso dicen. La época aquella, tan difusa, llega a su fin, pero las bases más generales ya se han cimentado. Los rasgos de Guillermo ya existen; él más o menos será, persistirá así. Como la corteza terrestre que se va aún enfriando demasiado despacio, y así produciendo los grandes movimientos geológicos que dan lugar a la deriva de los continentes, asimismo se sedimentan las diferentes capas de suelo para hacer a éstos más ricos y variados: la personalidad de Guillermo dará paso pronto a la primera talla de su aparente y delicado busto. Las luces, los sueños continuarán siendo profundos e idénticos muchas veces, pero la concreción irá alejando aquel primer mundo superior

y maravilloso, para dejar que otro de muchas más posibilidades le divierta, dicen también, de mejor manera. El primer mundo geológico dejará paso al terrestre. La generalidad se sustituirá por el gran mundo de las posibilidades. Todo comenzará a limitarse en el espacio y en el tiempo porque será posible, dentro de sus mismas posibilidades, conocerlo. Para mi modesta opinión, estos mundos no se oponen, simplemente son diferentes y expresión de dos épocas diferentes, aunque tan cerca estén entre sí. El mundo del parvulario da paso al de los primeros alumnos.

El padre de Guillermo continuará en la misma fábrica hasta que se jubile. Su madre hace faenas de vez en cuando para ayudar en el ahorro. Se han empeñado y convencido en que tienen que buscarse otro piso mejor en algún otro barrio, donde el sol les ilumine e impida que se les vayan calando los huesos poco a poco. Por esas fechas han comenzado a ahorrar con verdadero planteamiento. *La Munda* está cada vez peor y pronto llegará el periodo en que necesitará más a la madre de Guillermo. La abuela de Alhama ('Alama' -dígame siempre así, aunque yo respete la grafía, porque así la conocen sus propios habitantes-), cada año la vuelve a ver el niño. Las tres primeras semanas de agosto siempre serán tan deseadas para alcanzar una mayor libertad. Guillermo podrá jugar a sus anchas, es decir, podrá disfrutar a su libre albedrío. El niño es igual a juego. El barrio continúa siendo tan trabajador y humilde como siempre. Barcelona confía en sí misma aunque detrás se escondan todo tipo de polillas. Siempre se abrirá hacia el futuro a pesar de que la hipocresía vuelva a imponerse desde 1977. El sueño previo se transformará en un nuevo encanto, tras el cual la magia desaparecerá para devolvernos a la realidad. Siempre manda, de una u otra manera, el de siempre. La matización, sin embargo, se hace loable. Todo depende sobre dónde y sobre quien se descarguen las fuerzas. Lo único que al autor le interesa, por ahora, es esta historia de Guillermo.

SEGUNDA PARTE de la primera infancia

«Oídme, palomas... Permitidme que os llame así, pues todos os parecéis a esas bellas y delicadas aves... Oídme, encantadores amiguitos. Tal vez no comprendáis ahora lo que os voy a decir, porque acaso no consiga expresarme con claridad; pero estoy seguro de que más adelante, cuando recordéis mis palabras, me daréis la razón. Sabed que no hay nada más noble, más fuerte, más sano y más útil en la vida que un buen recuerdo, sobre todo cuando es un recuerdo de la infancia, del hogar paterno. Se os habla mucho de vuestra instrucción. Pues bien, un recuerdo ejemplar, conservado desde la infancia, es lo que más instruye. El que hace una buena provisión de ellos para su futuro, está salvado. E incluso si conservamos uno solo, este único recuerdo puede ser algún día nuestra salvación.» [Los hermanos Karamazov de Dostoievski, obra ya citada, pg. 740]

Llegado a este nivel de una vida humana, ya podemos hablar mucho más cerca de nosotros, aunque también muy pronto hemos perdido esa primera inocencia que también tanto nos gusta; al menos a mí. En 1968 ocurrieron muchas cosas, pero siempre, en este mundo tan egoísta, hablan los políticos de las únicas que les interesan. 1968, que si **París**, que si **Luther King**, que si... Siempre pierden los muertos. El que después de haber sido muy vivo, alcanza una posición, encima pretende ser un héroe y nos aturde con sus aventuras juveniles: que si la cárcel, que si la comisaría, que si papá ya te ha sacado, pero nunca, nunca el hambre y la necesidad jamás han llamado antes a su puerta. Por eso yo voy a actuar igualmente, en este momento, desde el punto de vista político, particular, y mi interés “general” se centra en este siguiente paso de la vida de Guillermo.

1968 también es el año en que Guillermo afrontó el segundo ciclo de su vida. Ha llegado a ese nivel de conciencia en que todavía, dentro de ese largo periodo que significa la infancia, por fin ha adquirido el primer grado de consciencia humana. El sol y la lluvia ya se hacen inteligibles porque la cronología ya es comprendida, se ha hecho parte inseparable de su propia vida. La tarde y la mañana; el periodo que va desde el lunes, el primer día laboral de la semana, hasta el domingo, el día festivo que culmina dicha semana; el comienzo y final de un mes; las cuatro estaciones; o el nuevo año, significan periodos repetitivos que representan cosas muy concretas dentro de la vida de Guillermo. En 1968 Guillermo comienza el segundo ciclo de enseñanza asimismo, recibirá la comunión en mayo del siguiente año y la nueva amistad que significará José Miguel le hará comprender el significado nuevo de la amistad. No recuerda como comenzó el curso. En su memoria ha quedado más bien un resumen de la jornada escolar de aquellos tiempos. Sin embargo, los recuerdos, también pocos como los del primer ciclo, han ganado en calidad. Se han especializado y son mucho más profundos por lo que expresan. De la época anterior simplemente quedan fogonazos que vuelven a repetirse en este nuevo ciclo de su vida aunque de manera mucho más definida. Seguirán los sueños, el significado de las enfermedades, aquellas primeras necesidades que dejaron huella en él, como los ratos de divertimento, que con tan poca cosa él era tan feliz. Pero todo ello se ha reforzado, mejorado, las imágenes han ganado en calidad, definición; él comprende todo ya mucho mejor porque la costumbre y las nuevas cosas, que él día a día va ofreciendo,

se le hacen asequibles mucho más fácilmente. Seguirá dándole a muchas cosas de la vida un sentido particular, y en bastantes ocasiones, se hará paradójico y contrario. Otras veces no entenderá nada o le dará un cariz totalmente erróneo, incluso ingenuo. Pero ¡qué importa! Él es un niño, y lo más importante: no tiene ninguna tendencia natural hacia la maldad, salvo en algunos de sus impulsos, los cuales tienden a ser menores, por ahora, dentro de su personalidad general. José Miguel, con sus pantalones cortos mucho más largos que los suyos, aquellos que le hacían a su amigo tan mayor y tan poco fino en comparación con su figura, va a ir definiéndose día a día como su compañero inseparable. Jornada tras jornada, él entra por la puerta de la izquierda en la nueva aula donde les han puesto este año. Es el aula de los mayores, en el piso de abajo, el segundo. Arriba, en el cuarto, donde pega más el sol en la escalera, donde el astro triunfa sobre la luz artificial, seguirán los (nuevos) pequeños. Año tras año, como él durante un tiempo; continuarán ahí aquellos seres tan diminutos, a pesar de que él tampoco es que haya crecido mucho más. José Miguel es más alto y grande, pero mucho menos “guapo”. Este concepto proviene del influjo de su madre, pero ciertamente la razón de su madre estaba con el concepto. Él se sintió desde ese punto de vista superior y desde el punto de vista de José Miguel también superior en conocimientos. Pero desde su propio punto de vista, José Miguel era superior en las actividades, en el juego, en el conocimiento diario de la vida en la que estaban pululando. El significado de la superioridad en aquellos infantes es ingenuo, inocente y apreciativo. Guillermo ya no podría estar sin José Miguel y éste sin el primero. Sus madres mimaban más a cada uno de sus hijos, como es obvio, pero ellas les habían sabido transmitir esa primera lección de la vida: la de la humildad. Ya sé que muchos no comprendieron, pero es fundamento primordial en la mayoría de los verdaderos humildes.

El aula de los mayores era ancha pero muy alargada. La pared de la izquierda contrastaba con la larga vidriera de cristales que formaba la supuesta derecha. Esta pared era inexistente, todo era vidrio para que el sol iluminase los ánimos de los alumnos o para cuando mortificase la proclividad de Guillermo a la tristeza en aquellos oscuros días de invierno. De todas maneras, este primer curso iba a estar en un aula adosada a la misma, porque todos no cabían en la primera tan grande. Muchos niños había que instruir en estos años sesenta, tras aquella explosión demográfica. La puerta que separaba ambas aulas estaba siempre abierta y el mismo profesor daba clase a éstos, todavía aún pequeños, que no merecían el paso hacia el aula grande salvo por alguna circunstancia especial o por algún acto festivo, y en los cuales debían de permanecer de pie en el pasillo que formaba la larga pared, al extremo de los largos pupitres. Los mayores miraban a los pequeños con ese sentido superior que solo entienden los mismos que miran y los mirados. Muchos de éstos últimos comenzaban a tenerles miedo cuando la verdad es que aquellos mayores eran unos simples mocosos que a lo sumo les llevaban dos años. Los de primaria más avanzada miraban ya por encima del hombro a estos iniciados. Guillermo comenzó a temer y a percibir en su interior un nuevo odio, éste contenido, temeroso, que no podía explayarse como aquél, sobre su prima, la pequeña; los pequeños reciben de los

mayores: esta injusticia animal no sé como la han podido institucionalizar entre todos los de nuestra raza, en las colonias, en la mili, en muchos ámbitos que no son precisamente instituciones; es una autoforma de controlar a las personas y que al poder le es muy barato; no precisa de casi policía; ¡qué tontos somos! Sabemos lo que no debemos hacer, pero lo volvemos a hacer: nos gusta dominar; es la droga del poder, de la que hasta un mísero menestral goza, quizá porque no tiene otra cosa que sus puños. Durante el primer curso recibió más de un golpe porque él aguantaba mucho y durante largo tiempo, para al final explotar. Su carácter va a perdurar así hasta su madurez, que llegará muy tardíamente. Se ha de incidir en este aspecto, y para su defensa, que no sé porque se consideran muchos a sí mismos maduros, a pesar de que estén en la misma tercera edad.

El aula del final la desconsideraban aquellos *mayores*, pero esta aula también era refugio para cuando las cosas les iban mal a estos mayores. Baltasar, el profesor de todo aquel conglomerado escolar, exigía, como es obvio, más a éstos por su edad y por la primera altivez que iban asumiendo sus alumnos. Los gritos y las reprimendas eran más fuertes y continuas en esa aula a la que todos los pequeños deseaban ir al año siguiente. Qué temor y placer sentían al mismo tiempo los enanos cuando aquellos grandullones eran puestos en ridículo por el profesor Baltasar. El aula en la que Guillermo pudo ver por primera vez en su vida un cambio hacia adelante era cuadrada, suficientemente grande para todos sus alumnos y con otra gran cristalera en su parte derecha, según entramos en ella. Sin embargo, el color gris oscuro que pintaba sus paredes y la escasa decoración, pues por no existir no habían ni aquellos libros y tebeos que podían leer los mayores en la clase contigua, entristecía muchas veces el ambiente, la atmósfera según Guillermo. Aquel grupo de chiquillos parecían ser los desheredados del colegio, pero tampoco se les iba a pedir mucho más, por lo que a sus seis años debían de estar mucho más cerca del simple juego que del simple estudio. Si comparamos nuestros tiempos con los de aquellos, desde el punto de vista instructivo, se ha de decir que la presión de la enseñanza sobre el alumnado era muy superior y Guillermo ya sabía dividir hasta por dos dígitos a sus escasos siete años. Ello comporta que la multiplicación, la resta y la suma, con algunas de sus complicaciones, ya era dominada. Guillermo era listo por naturaleza, pero cuánto hacía de bien aquella presión para que los futuros estudiantes fuesen efectivos en el bachillerato. Pero nos estamos adelantando mucho. Aquella clase, qué bien resultaba también para holgazanear con las hojas blancas y los lápices de colores, para hacer las primeras batallitas con el bolígrafo, para dibujar aquellos escuálidos soldados que solamente morían con la intención de su autor, para dibujar lo que la imaginación les dejaba según sus conocimientos, según su vida. Las tardes eran realmente hermosas, pues salvo una primera hora en la que el profesor les mandaba unos cuantos ejercicios algo complicados, poco después les dejaba ya tranquilos hasta las seis de la tarde para que se entretuvieran sin hacer escándalo. «*Estudiar sin hablar alto mientras yo estoy dando clase a los mayores*». ¿Por qué esos tiempos pasan tan rápidos cuando el que los percibe, el infante, le parecen que nunca van a terminar? Eso sí, que diferentes las clases de abajo, toda llena de niños, de un ambiente que

preparaba la masculinidad, la fuerza más que la belleza. “¡Ay!, *el año pasado con mi señorita, que paraíso, que suavidad.*” (Diálogo interior de un hombre mayor sobre su primer niño en la escuela).

- Que sí, Guillermo, tú ves mañana por la tarde, al salir de clase y busca debajo de tu cama. Verás cómo te encuentras juguetes, coches y aviones.

- ¿Y trenes?

- Sobre todo trenes.

- ¿Pero mañana?

- Mañana, hasta mañana, después de que salgamos de clase, no busques porque si no no aparecerán los juguetes.

Semejante idea, tan descabellada y fuera de sentido, fue creída por Guillermo finalmente. A pesar de su ingenuidad, le había costado tenerle fe, pero al fin José Miguel, con toda la convicción que transmitía su mayor cuerpo y su mayor edad (aquel par de meses) lo consiguió y Guillermo esperó, como quien espera un imposible que no se sabe cómo se hará realidad, pacientemente hasta el día siguiente por la tarde, después de clase, para no encontrar ningún juguete debajo de aquella cama. En ese momento, “*en ese trago*”, como diría su padre, no supo qué pensar. Su madre ya le había advertido: «*No le hagas mucho caso a José Miguel, que está algo trastornado.*» Se arremolinaron tantas ideas en su cabeza, o lo que él todavía no sabía que fuesen ideas, que le hicieron pasar una tarde noche mucho peor que si hubiese sido en otro ingenuo muchacho. Quizá por su exagerada propensión a dar crédito a lo que le decía su amigo, y sobre todo, por su extrema sensibilidad al concebir las cosas y sus consecuencias, fue su desengaño mucho mayor. No pensó en ningún momento en enfadarse con su amigo, ni tan siquiera en hacerle una mínima recriminación. No, el golpe fue tan grande que la tristeza le inundó su pensamiento por mucho tiempo. Recuerda que serían semanas y después meses el tiempo en que aquél, llamémosle primer desengaño, le duraría. Además, fue recurrente durante varios años, ya no digamos durante los sueños. La tarde fue aciaga y la noche pasaba tan pausadamente y sin ningún sentido, que él, ¡pobre criatura!, ¿cómo iba a enfrentarse al día siguiente a José Miguel? Le daba, encima, vergüenza hablarle, mirarle a sus ojos sin tener él mismo ninguna culpa. ¿Cómo su amigo podía haberse burlado de aquella manera? ¿Su amistad de qué le servía? Él, que únicamente confiaba en José Miguel porque sus padres no pertenecían a su círculo, a su edad, a sus divertidos juegos. ¿Qué le quedaría entonces? ¿Con quién hablaría? ¿En quién podría confiar en este terrible mundo si los demás compañeros de clase le quedaban tan lejos? Cuando a la mañana siguiente José Miguel se le rió sin ningún reparo delante suyo, no podía concebir lo que sus sentidos percibían. Realmente José Miguel le había gastado una simple broma. Éste quería a Guillermo, apreciaba al que más de la clase y para él era su mejor amigo, pero José Miguel era muy propenso a cierto tipo de fantasías, y de ellas ni el mismo Guillermo podría librarse. Niños y juegos. Para algo era su mejor confidente, su mejor interlocutor, dicho con un lenguaje alejado de ellos, alejado de la infancia. ¡Cómo no iba a ser Guillermo la mejor salida a su alma inquieta, a sus

descabellados pensamientos, a su continua imaginación! Desde la pobreza se imaginaban ambos multitud de juguetes y ¿por qué no hacerlos realidad? Solo había que crear aquellos trenes eléctricos que tanto le gustaban a Guillermo. El año pasado le trajeron los sospechosos Reyes un pequeño tren, pero un tren eléctrico al fin, que hasta tenía una estación. ¿Por qué no podían poseer más de cerca aquellas maquetas que habían visto alguna vez en la juguetería especializada en ferrocarriles de miniatura de la Vía Layetana? Sí, la vida fantástica era la real para José Miguel, y aunque día a día éste iba siendo cada vez más consciente de que todo era más trivial y triste, lo que después llamarían por imitación «*más real*», aún esperaba que aquel mundo de hadas que iba desapareciendo ante sus ojos, estuviese, sino totalmente, al menos de alguna manera presente para el futuro, para cuando ambos fuesen mayores y serios. En su casa, la madre de José Miguel trabajaba duramente en el piso de una señora algo bien, para ayudar en el sueldo de la familia, como la madre de Guillermo, porque su padre estaba cada día peor por culpa de fuertes dolores de espalda. Tuvo que ir dejando los trabajos de carga y descarga, y a pesar de que comenzó en otros nuevos que no le acarreaban tanto pesar, el mal ya se hizo con él y tenía que dejar de trabajar frecuentemente. El sueldo se hizo más escaso con el tiempo a pesar de alguna ayuda que recibieron. También el mal iba mermando el ánimo de su padre. José Miguel no podía concebir cómo Dios, cómo los Reyes Magos ayudaban tan poco a su padre. Su madre le decía que la vida era así, que Dios estaba quieto en el Cielo para contemplar nuestros actos y que deberíamos fijarnos más en nosotros mismos que en las cosas de fuera, que el problema era la humanidad y no los Ángeles del Cielo. La devoción de su madre se le transmitió de cierta manera, pero aquel pequeño veía la realidad mucho más vivamente por su edad. Sin embargo, el influjo de su madre y de su padre gallego y creyente, aminoraron la supuesta estúpida salida que era de esperar en casos parecidos. De mayor apenas iría José Miguel a misa, en Dios creería a su manera, pero lo más importante, no creería jamás en los políticos ni pensó nunca en meterse en sindicalista, porque consideraba a sus compañeros verdaderos semejantes. José Miguel heredaría aquella enfermedad genética finalmente. Sería también un jorobado. En aquellos barrios las desgracias están mucho más presentes y la humedad las hace mucho más tristes. Cuando a Guillermo le contaba su madre alguna desgracia que había ocurrido en el barrio, el color gris del mismo le ahogaba.

Ésta es la explicación del carácter de José Miguel en ciertos momentos para con Guillermo. Éste le miró aturcido y le dijo:

- ¿Por qué me has mentido?

- No te he mentido, no habrás tenido suficiente fe en ti mismo, habrás mirado antes del plazo que te dije o los poderes habrán decidido que no te mereces los juguetes.

Todavía Guillermo quiso creerle. La verdad es que casi le convenció. Algo podría haber hecho mal y por eso se le había castigado. Era tan fuerte la influencia de su único amigo, y más por ello mismo, que quiso tenerle fe de nuevo, si no hubiese

sido por aquella terrible respuesta que semanas después le dejó helado. José Miguel jugueteó con él durante bastantes días. Le convenció otra vez para que volviese a mirar debajo de la cama y encima de los armarios. Pero un día por la tarde, cuando José Miguel comenzaba a entablar nuevas amistades, le espetó delante de ellos lo tonto que había sido al creerle. Todos se le rieron y Guillermo no pudo contestar, pero le miró de pronto, apenas un segundo, con aquella mirada de odio que iba a ser tan característica en él. José Miguel se rió, sus compañeros también, pero supo que algo marchaba mal, que Guillermo realmente estaba fuera de sí y que la cosa la había llevado demasiado lejos. Cuando terminó la clase, Guillermo recogió muy pronto las cosas y casi corriendo se fue a buscar a su mamá. José Miguel le alcanzó solo porque aquella tarde su madre no iría a buscarle. Él ya era bastante mayor y la casa no estaba lejos.

- Hola José Miguel ¿cómo estás? ¿Y tu madre?

- Hoy no ha podido venir por cuestiones de trabajo, señora Carmen-. Estas palabras son ciertas en un niño de aquella época y más en el espabilado José Miguel. La educación era antes de otra manera.

- No te enfades, tu eres mi mejor amigo -le dijo al oído José Miguel a Guillermo para que no le oyera su madre.

El semblante de Guillermo cambió de repente. La conducta de su amigo fue ilógica estas últimas semanas, pero aquel fogonazo de sinceridad le entusiasmó. No sabía por qué habían ocurrido aquellas cosas entre ellos, por qué había cambiado su actitud con respecto a él, a qué habían venido todas estas malas intenciones que solo le hacían daño. No se lo pudo explicar aquella noche, sabía que al día siguiente ya le sacaría de dudas su propio amigo. Él, a pesar de todo, era todavía el único ser en el que confiaba. Los demás compañeros de clase eran unos chicos vacíos, maleducados y despreocupados. Únicamente iban a clase a perder el tiempo, «*a no estudiar*» como decía su madre, y José Miguel se había enredado últimamente con ellos. Pero alguna explicación debía de haber a todo esto y seguro que mañana el mismo causante se la iba a dar. Lo único que le dijo José Miguel es que todo había sido una broma. Él no entendió nada. ¿Una broma? ¿Durante tantos días? ¿A su mejor amigo? Guillermo no podía comprender todavía que el impulso de José Miguel hacia la fantasía terminaba en la mentira, casi siempre, por culpa de la cruda realidad. Por otra parte, José Miguel había sentido por primera vez un extraño placer al mentirle en esta ocasión a Guillermo. Podía burlarse de él, entre sus nuevos amigos, que ninguna simpatía le tenían a Guillermo. La comunicación entre ellos falló en cierta manera. Sin embargo, todo ese conjunto de causas y efectos les sirvió a ambos para aprender algo nuevo, para saber que la amistad también dispone de su lado doloroso, el cual está tan escondido, que cuando aparece, hace mucho más daño. Al poco tiempo José Miguel y Guillermo fueron otra vez uno solo y muy felices. José Miguel le explicaría días después que el verdadero amigo era él. Aquellos otros niños eran unos simples con los que hablaba solo pasar pasar el rato. Guillermo le creyó inmediatamente, no hacía

falta darle ninguna explicación más, y él también comenzó a hablar con aquellos chicos, pero un poco asustado.

Guillermo estaba deseando que el curso siguiente llegase cuanto antes porque tendría para él aquellos libros de los mayores. Los libros eran de fuerte cartón las tapas y de finos grabados de calidad las páginas. Pero él era todavía muy pequeño.

José Miguel únicamente lo veía en clase porque sus madres no les dejaban salir a la calle a jugar. En ella únicamente se aprendían cosas malas y el hogar era el principal escenario en una ciudad. Desde el balcón envidiaba a todos aquellos niños que jugaban al balón, a saltos o a moros y cristianos. Era bello ver desde casa, pero también era tan triste no participar. Ese factor también será muy importante en su vida. Esta prohibición, tan trivial, iba a impulsar su especial naturaleza hacia la imaginación, que en muchos casos también sería simple enajenación. ¿Por qué no? Qué fácil y sano es hacerlo simplemente con la mente, con la primera y gran materia prima, pero sin compañías habituales no había otra razón de ser las consecuencias. Pero había de haber alguna variable más en sí mismo, dentro de Guillermo, para que las cosas, con los años, se complicasen.

- Guillermo, prepárate que van a avisar para la leche -le decía José Miguel.

Pronto, el primero comenzó a ponerse tenso, muy nervioso, pero José Miguel pudo tranquilizarle. José Miguel era más pillo e inteligente para estas cosas, y gracias a él, aquella tarde consiguieron una botella de leche cada uno. Hacia las cuatro de la tarde se mal repartía una caja de botellitas de leche entre toda la clase. Como era lógico, no había para todos y la carrera hacia el líquido elemento, en este caso la leche, se hacía feroz. Los empujones y agarrones terminaban frecuentemente en desgarrones de los bolsillos de la bata, en botones arrancados y en más de un mamporro. El profesor ponía enseguida orden, pero los primeros arrebatos ya se habían producido. Cuántas veces recuerda Guillermo aquellas carreras tan impulsivas, impropias, llenas de cuerpos insaciables. La leche era el principal alimento según sus madres y en ocasiones aquella botellita era el mejor complemento que tomarían al día. La madre de Guillermo le aleccionó bien a nuestro héroe: «*Que te den siempre, corre como el que más, no te dejes quitar el sitio.*» le decía la capitana al soldado, al soldado de papel. La madre de Guillermo, en muchas de las cosas de la vida, tenía un instinto militar. Ella misma decía siempre que si hubiese sido hombre habría sido soldado. Pequeña, pero muy vivaracha desde niño, había sido la mayor de ocho hermanos. Junto a Pedro, el segundo, habían alimentado y se habían preocupado de sus hermanos más pequeños, mientras sus padres trabajaban duramente en el campo. Carmen, esta zarandilla de aquel pueblo aragonés parecía el *Lazarillo de Tormes*, porque tanto la anécdota del ciego (en versión soperá), como la de las uvas, las conoció Guillermo antes del famoso libro de supervivencia. Cuando tuvo conocimiento sobre el relato, la escena de las uvas quedose en la mente de Guillermo,

pero no fue hasta un posterior razonamiento, cuando su madre le volvía a contar sus propias anécdotas, que no pudo relacionar hechos y literatura, con el consiguiente orgullo que la comparación le motivaba. En Guillermo, las relaciones más simples siempre fueron las más difíciles, mientras que las que a primera vista parecían las más complejas le eran casi inherentes. El motivo de la explicación lo alcanzó de muy mayor, cuando las ideas le fueron suficientes claras para denominarse definitivamente conocimiento. La cuestión era sencilla, era su misma preocupación sobre ciertos temas particulares los que estimulaban desde fuera el asombro, aunque también existían en él ciertos automatismos que originaban espléndidos resultados sin que él se diese casi cuenta. Su mundo interior seguía unos procesos muy razonables según su propia naturaleza, pero el argumento únicamente él lo conocía. De todas maneras, desde fuera el resultado del examen superaba fácilmente el nivel medio de inteligencia. Más el ambiente que le rodeaba va a forzar una especial reacción de su mente que ya iremos viendo poco a poco. Y mientras, las cuestiones básicas de la vida, se le escapaban poco a poco. La ingenuidad se sumaba a la ingenuidad. Pero no eran todas las que huían de él, simplemente era que su excesiva fantasía le hacía prestar mucha menor atención a las cosas más banales.

- ¡Ya! -y salieron disparados hacia la puerta, mientras ni los primeros mayores, que estaban mucho más cerca, todavía ni habían salido al pasillo. El profesor Baltasar solamente había dicho ¡la leche! y desde la otra clase salieron dos escurridos seres, uno más cuadrado y con gafas, hacia la caja de leche, que todavía no había puesto el maestro sobre una mesita que tenía al lado de la de dar la clase. Pronto les empujaron los demás y a tirones y agarrones se les quisieron colar. Pero en esta ocasión la defensa fue mucho más fuerte que el ataque y pudieron aguantar el envite hasta que el profesor Baltasar gritó. A partir de ahí ya no se podía hacer nada porque el que se comportara mal o se intentase colar se quedaba sin leche. Pocas veces a José Miguel y Guillermo les arrebataron su preciado líquido, y cuando solo uno de ellos conseguía la botellita, se la repartían como los mejores amigos. El sabor de la leche era fantástico. Era natural, de aquella que se estropeaba a los pocos días. Fresquita, porque el almacén era muy frío, su contenido saciaba la sed angustiosa de los pequeños. Pocas leches como aquella le quitarían después la sed a Guillermo. Pudiera ser que tuviera mucha agua, pudiera ser que tuviese más leche que las de hoy en día, pero lo indudable también era, que aquel sabor, por muy anormal que asimismo fuese, sería el más parecido a la leche que probó nunca. Creyó desde siempre que la leche verdadera era aquella, porque el sabor se hacía celestial durante aquellas tardes, mientras la luz, igualmente natural, les iluminaba sus caritas. Pobres chiquillos de aquella España que había comenzado a funcionar de otra manera, todavía en el régimen anterior, lo cual también quiere decir mucho. Los niños se empujaban como fierecillas que se lanzaban hacia la presa. Las caritas de tristeza, y en ocasiones, algún lloriqueo impotente, se cebó alguna vez en todos. En aquel barrio no existía ya aquél hambre de la postguerra, pero la necesidad siempre estaba aún muy cerca. La escasez se hacía habitual en ocasiones.

Baltasar era un profesor que ya había franqueado la cincuentena hacía bastante tiempo. En estos tiempos, esa edad era la de una persona que estaba a punto de ser vieja, sino es que lo fuera ya. No era raro verlo con su encanado cabello sobre las orejas y que se reducía en profusión mientras ganaba en color cuando nos acercábamos hacia la coronilla. El profesor Baltasar era un viejo maestro de escuela que sabía muy bien las cuatro reglas en todos sus desarrollos decimales y su aplicación a los primeros problemas. La raíz cuadrada, los quebrados y los primeros polinomios también estaban a su alcance, pero apenas tenía que emplearse actualmente porque el nivel de sus alumnos era el de los pequeños, a pesar de lo que creyera Guillermo. Él daba clase hasta los de ocho años. Los de más edad quedaban todavía lejos de él porque era un colegio de niños pequeños simplemente. Solo se daba instrucción hasta los diez años. A partir de ahí tenían que emigrar los alumnos hacia otras escuelas. Baltasar llevaba ya veinte años en Barcelona y vino del centro de España como muchos maestros. Empleaba una enseñanza anticuada pero efectiva porque apenas tenía que imponer el castigo para que le hicieran caso. Llevaba una fina vara de madera como fue costumbre en Guillermo observar hasta el bachillerato, pero su uso se hizo mínimo porque su carácter bonachón, pero firme, se imponía fácilmente en estas edades. A partir de los ocho y diez años los alumnos se sueltan mucho más; plenamente pillos, buscan la estratagema y el divertimento por cualquier motivo, lo que es incompatible con la clase. En estos casos se impone una dura disciplina o una mano izquierda que requiere de mucha paciencia y recursos. Todo es tan difícil y tan posible si partimos desde la realidad y no desde la fácil teorización que hoy día impera sin ya ningún otro motivo que el de incordiar al que plantea la cuestión seriamente sobre la mesa. Baltasar estaba casado y no pudo tener hijos porque su mujer tenía una disfunción en el útero. Siempre esta frustración le acercó más a los niños de sus clases, pero ante todo debía de haber algo más en su persona para que el cariño se hiciese cómplice en su trabajo. Todas estas cosas Guillermo no las llegó nunca a sospechar, salvo el efecto directo que el profesor le producía o esa desgracia de no haber podido tener hijos como sí sus padres. Nosotros estamos mirando desde fuera y esta ventaja mejora, con el marco de otras perspectivas, al primero de nuestros personajes. Guillermo causó en Baltasar un afecto especial. Pocos niños provocaron tanta atracción como la suya, pero aquel ser, en apariencia débil, de ojos tristes pero relucientes, de perdida mirada sobre los cuadernos y la cristalera, le traspasó el corazón hasta hacerse su protector. ¿Hace falta decir que el profesor Baltasar adoptó aquel año un nuevo hijo? Pronto trabó amistad con su madre y seguiría muy de cerca la evolución escolar del niño como el ambiente familiar en que éste crecía. Pronto se convenció de que lo más difícil estaba solucionado, incluso en demasía, porque desde la humildad de su madre se concebían quizá excesivas esperanzas para las que están destinados los pobres. Cabeza de sobra tenía aquel niño, ilusión e imaginación como el que más, hasta la ingenuidad que en el juego de la vida es necesaria para que las fuertes rupturas le enseñen más que los libros. Pero los recursos, la realidad de la vida en la que se desenvolvía su familia podría fácilmente

arruinar aquellas pretensiones de hacer un hombre instruido y trabajador de aquel chiquillo. Podría ser mejor un artista, un escritor o incluso un pintor, pero se moriría de hambre porque ningún familiar podría pagarle los gastos, como aquel caso que conoció cuando salían juntas varias parejas hacía quince años. **Laforet** se encaprichó de aquella amiga de su mujer, simple sirvienta, y se acercó demasiado al mundo de los trabajadores hasta que el amor le pudo y le obligó a casarse y a vivir de la simple renta de su padre. Un caso extraño pero maravilloso, porque un padre, por muy rico que fuese, ¿cómo permitió que viviesen sin más ánimo, que el de su simple arte, su hijo y su nuera? Debía de estar algo loco aquel estraperlista. ¿O arrepentido? Quizá su alma cristiana fuese verdaderamente blanca, a pesar de todo. A Baltasar finalmente le venció el sentido práctico y recomendó a la madre de Guillermo que su hijo siguiese el camino del estudio, que aprendiese muy bien las matemáticas para trabajar en algún despacho. No podían llegar a más los hijos de los asalariados y con eso el buen Baltasar se conformaba mientras contemplaba tristemente la luz del sol por la cristallera cuando sus alumnos estaban ocupados en sus ejercicios. Ninguno de ellos podía despistarse y apartar siquiera la cabeza, durante mucho tiempo, del propio cuaderno. La obligación tenía doble motivo para el profesor Baltasar. Y Guillermo, a pesar de la simpatía que éste comenzaba a apreciar, era tratado con más mimo y cierto consentimiento, pero igual que si fuese su propio hijo, recibía también las regañinas, las broncas e incluso algún palmetazo. El mejor hijo debía ser también el mejor educado. Guillermo sabía que tenía la protección del señor Baltasar, pero la distancia era más que suficiente. Se encontraba más cerca del maestro, más llegado a un punto del encuentro, el mayor acercamiento se hacía imposible. En ocasiones, las tardes eran maravillosas por las caricias y caramelos que recibía de aquel rey mago; en ocasiones, no entendía pero sí empezaba a saber comprender que aquella tarde él se había comportado mal, no había estudiado suficientemente y por eso el atardecer se hizo desesperado. Mientras el profesor Baltasar le contemplaba de lejos, cómo se acercaba y luchaba por la leche, cómo en ocasiones quedaba fuera del reparto por su mal comportamiento en la fila, cómo el corazón del profesor lloraba sin que él pudiera imaginar una causa posible. La vida se hace imposible si la imaginamos desde cierto punto de vista, pero se convierte en arte y maravilla cuando la podemos novelar por estos acontecimientos; mas el dolor solo lo aprecia mejor aquél que de veras ha sufrido. Muchos héroes de nuestro tiempo creen ser tales porque han recibido algún golpe en la vida, pero de éstos que hoy en día conducen y fuerzan desde cierto plano una simple experiencia, porque el sufrimiento que no ha sido buscado, que año tras año llama a la puerta para recordarle al señor Baltasar que jamás podrá ver cumplido su bello sueño, el de poder enseñar a su propio hijo, hace de las personas verdaderos hombres, y más si la naturaleza ha mortificado al matrimonio con sus peores armas. Decían, aunque la madre de Guillermo no supo de labios de Baltasar nada cierto, que la mujer había abortado en su casa y que aquel ser tan pequeño, tirado ya sobre el suelo, al lado de la desconsolada madre, había mortificado, para siempre, a aquel otro ser inocente llamado Baltasar, que únicamente quería las batallas para explicarlas o para que sus alumnos las ejecutasen en papel, ya

que de otra manera la vida no podía ser. Guillermo se enteró de este rumor de más mayor; de la imposibilidad de tener hijos, al año siguiente. De las primeras imágenes, amorfos, hasta la concepción de que las cosas no podían ser de otra manera, de que aquel matrimonio no podía tener hijos sin ninguna explicación mayor -que él tampoco aún exigía-, había pasado un tiempo y un proceso cualitativo que hizo aumentar la concepción del dolor en Guillermo.

Él ahí estaba con aquellos chiquillos de la última primaria antes de la E.G.B. Sus caritas eran generalmente pálidas, delgadas, en pocas ocasiones lustrosas, pero generalmente limpiotas con sus batas rayadas de colegio. Siempre debía existir alguna mala madre que desamparaba a su hijo. Siempre también algún sinvergüenza cuya mujer llegaba a llorarle en alguna ocasión. En aquel barrio el hambre casi había desaparecido y se comenzaba incluso a percibir el suficiente umbral en la población para que pudiese divertirse con el sueldo sobrante. Las peluquerías a donde comenzaban a ir alguna vez las madres, la mayor ropa y comida que durante los fines de semana podían disponer, alegraban el semblante del profesor Baltasar. La guerra y la postguerra estaban muy lejos y todos habían sido malvados, unos en nombre del (S)señor y otros en nombre del peor demonio, el que encima te deja sin esperanza, sin ninguna posibilidad después de la muerte. Les es muy fácil a los que disponen de instrucción en la que perder el tiempo, o de dinero para gastarlo, ser ateos. Él había conocido pobres muy antirreligiosos, que blasfemaban contra curas y jesuitas de la peor manera posible y en la que en muchas ocasiones no les faltaba razón; acometían las peores barbaridades contra la Virgen y Dios, los tópicos más obscenos, pero llegado el momento se autoimponían la tradición de algún santo, de alguna manera, cierta forma de Cristo, que de repente, volvía recogido y orante, aunque fuese a escondidas pero con el mayor fervor. En este barrio y en la **Plaza Cerdá**, donde él vivía, los obreros eran abundantes como mayor su irascibilidad, como mayor su sufrimiento, como en cierta manera mucho más honrada su creencia. Cuantas veces divagaba así, sobre las cabecitas de aquellos alumnos que en cierta manera debían formar una nación, pero que realmente iban a ser todos ellos unos simples trabajadores, que con sus manos alimentarían un día mejor y otro peor a sus hijos, y que guiados siempre por esas fuerzas superiores serían simples granos de arena. El estado actual de esas fuerzas superiores no le gustaba ni le disgustaba. Lo que sí era cierto, es que mucho mejor que la pobre **Rusia** sí estaban, aquella santa nación como la española, que tanto entre sí la distancia los aleja como a primera vista su forma de ser, pero cuyo fondo de devoción era igual de profundo. En los españoles, más exaltado, más pasional es el ánimo para defender lo poco válido que este mundo a ambos pueblos les regala. Los libros que había leído de **Tolstoi** y **Dostoievski** se unieron a su trabajada biblioteca como si de biblias se trataran. Al verdadero espíritu español muy fáciles resultan de adaptar. Incluso esta palabra resulte demasiado arisca para expresar esta comunión. Quizá no tuviesen esa socarronería de **Quevedo**, pero sí el suficiente humor como también la concentración de **Unamuno**. Pero asimismo él estaba comparando épocas diferentes, una más directa y de menor adelanto, pero fue el siglo XIX mucho más tremendo para el mundo, porque igual que se multiplicaron

los avances, se multiplicaron los sufrimientos. Si a estos se le añade el despertar que dicen los políticos de la mente obrera, también se le abren los caminos de la dispersión porque antes el sufrimiento quedaba colmado mejor con aquel engaño que ellos llamaban. Y no saber, cuántas veces es mejor. Lo ha dicho el mismo **Schopenhauer**. Por otra parte, esto de que tanto se habla hoy sobre la diferencia entre el nivel de vida y el bienestar también podría existir entre los siglos XVII y XIX. Además, todo depende de los horizontes de las personas. Baltasar jugaba con su pensamiento mientras sus alumnos se esforzaban más o menos sobre sus cuadernillos. La mente del profesor divagaba sobre ideas básicas y sencillas. En ocasiones se equivocaba, pero lo más importante es que no pretendía sobresalir sobre los demás por este simple hecho. No quería engañar a nadie. Él cuando afirmaba algo, lo hacía sinceramente, y de este sentimiento ni él mismo se daba cuenta. Ello era garantía para que no se pusiera al mando de grupos y asambleas para buscar el propio beneficio. En esta época ya abundaban bajo la dictadura estas mentes espabiladas que llevaron al traste el maravilloso devenir de la democracia. Creemos que es posible el Paraíso en la Tierra, que las personas pueden cambiar de corazón por las ideas. No conocemos aún, de verdad, a la especie humana. Quizá no la queremos conocer a fondo porque nos da profundo miedo. Mejor permanecer engañados. Poco antes de morir el profesor Baltasar, allá por 1987, tenía ya las ideas totalmente claras. Qué importaban dictaduras o democracias si siempre acabábamos bajo el dominio de alguien. Al dominio militar, religioso, de la idea única, siguió uno no peor no mejor, el de la insensibilidad, el del materialismo, para convertirnos finalmente en meros robots de las grandes corporaciones, porque bailamos al son de sus estúpidas enseñanzas, más bien horteradas. Baltasar durante los últimos años de su vida cambió su lenguaje y su ideario por unos más reaccionarios y tradicionalistas, y ni tan siquiera de este cambio dióse cuenta. Muchas veces se hacía insoportable con sus sobrinos y con los nuevos vecinos jóvenes que comenzaban a triunfar. Muchas veces también les comprendía; tan inseparable del alma humana es esta mejora, para reaccionar poco después y decirles: *«estáis haciendo lo mismo que el dictador en el fondo; dejáis hablar pero nada más; incluso cada vez hay más paro, que es lo que quieren los empresarios, pura masa de obra barata; a éstos de alguna manera los tenía controlados aquél; y pronto le superaréis cuando tengáis que pegar y eso será pronto, cuando llegue la crisis y haya hambre. Siempre repetimos los mismos errores, los mismos pecados.»* Los últimos años del señor Baltasar fueron inconstantes. Deliraba y confundía en ocasiones a las personas. El año de su muerte fue fatal, pues llegaba a hacerse incluso sus necesidades, alguna vez sin darse cuenta, pero cuando estaba lúcido era casi el mismo de siempre, y aquella carita redondeada, de ojos finos, infantil y tímida, pero deseosa e impulsiva también, jamás desapareció de su mente, porque los hijos siempre se recuerdan.

El curso iba pasando lentamente, pero desde el punto de vista de Guillermo esta lentitud era pausada, precisa y al mismo tiempo, de ahí su soportabilidad, entendida. El invierno llegó obscuro una vez más sobre las luces de mercurio que

engalanaban de tristeza y romanticismo las calles de su barrio; la lluvia volvió a ser copiosa en aquellos momentos tan anhelados; el cielo azul se hacía cada vez más cristal conforme nos íbamos acercando a la primavera; y entre medio de esta maravilla de la naturaleza, el clima aparecía como un fenómeno de sentido porque sus meteoros se obedecían meramente a sí mismos, pero cuando querían ser únicamente científicos no entendían este planteamiento tan inhumano y tan propio de muchos hombres de nuestro siglo, los cuales ya se venían ejercitando desde el siglo XVIII. Si apuramos, el siglo XVII fue bastante horrible en Inglaterra, Holanda y Suecia en cierto sentido. Aunque tampoco debemos exagerar.

Los cristales continuaron ofreciendo el espectáculo del exterior. Los ojos almendrados de Guillermo no querían crecer ni llegar a cierta edad. No deseaba hacerse hombre ni ser héroe de futuras campañas militares. *“Ahora se han sustituido por la hombría sexual o por el diseño”*, le dijo una vez Baltasar a uno de sus sobrinos. ¡No!, el niño contemplaba su mundo como algo natural y como el año pasado él volvía a ser un mero espectador porque *“todo llegará a su hora hijo mío”*, *“con estudio, cuando te hagas mayor podrías trabajar en los despachos de la fábrica de tu padre”*. En los verdaderos obreros la conciencia jamás desaparece, y tan alejado es este concepto de clase, que en absoluto pretende encaramarse a ser dirigente de los demás, su padre. Le falta instrucción y le sobra honradez. La oposición entre inteligencia y moral es constante si la primera no se subordina a la segunda.

En 1969, América (E.E.U.U.), va a mandar el primer hombre a la luna, y este hecho maravilloso va a influir mucho en la conciencia de Guillermo. Desde 1968 él recuerda diversos vuelos de prueba que han dado por televisión. La magia de aquellos documentales y de las películas de marcianos era propia, por un lado, de la época en que se desarrollaban, pero por otro, tuvo la maravillosa confluencia en la mente de un niño que comenzaba a andar en la vida y que además gozaba de una excesiva sensibilidad. Por ejemplo, en aquella pequeña lechería, unos meses después de pisar la luna **Neil Armstrong**, el blanco asomaba desde aquella tienda que extrañamente tenía televisión. El álbum que estaba confeccionando con aquellos cromos que venían en esos pastelillos tan jugosos y tan buenos, le ofrecía una maravillosa doble página central, que formaba cromo a cromo el rompecabezas del viaje lunar. La nave se iba separando y reformando en sus nuevos módulos conforme se alejaba de la atmósfera terrestre hacia el espacio que le conduciría y devolvería desde la luna. Seguir aquellas flechas de aquel croquis gráfico era entrar en un mundo avanzado que él comenzaba a separar de aquel más sencillo de las películas de terror y del oeste, pero en el que poco a poco fue identificando asimismo un trasfondo humano parecido sino superior. Guillermo, desde los primeros años de estudio, supo disociar muy pronto las artes antiguas de la ciencia y de la técnica, pero sin ningún miedo las reunía de nuevo cuando lo precisaba. Esta maravillosa conjunción, que a nosotros los seres más sencillos así nos parece, no escondía para él ningún secreto ideológico ni ninguna jugada escondida. Son las ventajas de ser niño; de ahí puede surgir, no obstante, una nueva ideología o incluso un arte nuevo si la adolescencia no los arruina. Era que la

técnica es necesaria para nuestra utilidad, pero que el hombre sin su palabra no valía nada. No prefería una cosa sobre otra, sino que simplemente eran inseparables para que la vida humana tuviese sentido, y este principio de ingenuidad, que esconde esta blanca alma, vestida con una bata a rayas, le va a dar muchos disgustos en la vida futura, aunque a veces también va a ser objeto de admiración por ello. ¡Menos mal! El amor, no obstante, hacia las mujeres, sufrirá por este extremo, pero además habrá problemas por otros motivos. De todas maneras, no podemos avanzar mucho más sobre ello. Esperemos a su etapa natural.

El día de la llegada del hombre a la luna fue un día de diario, pero este acontecimiento, que por tan repetido ha pasado ya a la historia, en aquellos momentos fue grande a los ojos de Guillermo, captado en toda intensidad por su alma y recordado después y mucho después como mereció vivirse. No volverán las mismas sensaciones, cuanto menos su intensidad, pero en la mente de Guillermo siempre van a coexistir, sobre un mismo hecho o naturaleza, las dos posibilidades: la mítica, la que exagera el arte en las cosas pero que a la verdadera mente humana le sirve para calmarse y entenderse sobre el cruel mundo por dónde camina; y la realista, aquella posición que aprecia el punto meramente práctico de las cosas, aunque jamás su **indimensión** materialista. Su genio los hará inseparables y particulares cuando lo precise la realidad, pero siempre tenderá a doblegarse al principio propio que él tiene sobre las cosas y sobre el que poco más arriba ya se ha insistido. La cuestión de la moral es su realidad práctica, porque él con poco siempre se va a conformar. La técnica y la posesión de las cosas, que a él igualmente le gustan, porque llenarán su corazón, las deseará con ardor, pero su falta o su exceso serán una simple cuestión de adaptación, no una cuestión de vida o muerte. Aunque poco a poco, caminando hacia la muerte-eterna, se le irán evaporando, muy despacio, las cosas, las posesiones. Las irá repensando para una herencia que continúe sus materias, pero sobre todo, para que recuerden y transmitan a cualquiera, aquellos valores que también ellas conllevan y que ya no se suelen llevar. ¡Ay, esos hitos!

El siguiente curso fue mucho más nítido y preciso porque formó ya parte del curso de los mayores. Él solamente tenía siete años recién cumplidos y *el uso de razón* del catecismo por fin le fue dado. Guillermo imaginaba, cuando todavía no había alcanzado esta etapa tan comentada a su alrededor, como aquel rayo del sol, que se extendía a lo largo de la calle de San Cucufate, tan gris y oscura, pero que gracias a la orientación y a que solamente habían cuatro pisos en aquellas tristes e insanas viviendas junto al colegio, se podía introducir, con toda su alegría, nuestro astro rey. El sol era claro y brillante porque contrastaba sobre la humedad que desde el suelo pretendía imponerse, desde aquellas losas irregulares, de tamaño medio, y de tan amplia separación entre ellas, donde se acumulaba la tierra acuosa, tan negra y prieta. Un paso en la vida no podía tener mejor metáfora y siempre los siete años que daban el uso de razón, y como colofón la comunión, tenían como marco esta calle con su espléndido rayo de sol. José Miguel volvió a sentarse a su lado tras las vacaciones. Guillermo había estado en los pueblos de sus padres de nuevo, esta vez

solamente coincidiendo con las vacaciones de su padre. También José Miguel estuvo en Galicia, en el pueblo de su padre, pero solo unos días. El demás tránsito del tiempo lo pasaron sobre la calurosa Barcelona, pero nuestro niño mimadillo podía ir a las piscinas, donde la fábrica de su padre, para refrescarse y **resoñar** otro mundo mejor.

Al nuevo curso le correspondían unos espléndidos libros. Los cuadernos de caligrafía y cuentas se vieron reducidos, aunque se incorporó uno de dibujo, azul marino, que todos los jueves había que colorear sobre unos tipos de dibujo que comenzaron a guiar más aún su imaginación. Este cuaderno fue uno de sus talismanes durante aquel curso. El hecho de que se repartieran en su momento seis libros, muy finos, con duras tapas de cartón, más uno muy grueso (el séptimo), muy gordo y de vivos colores, que colmaba con su plástica aquella bendición de la cultura y cuyas continuas narraciones, poesías y anécdotas para leer y disfrutar en clase entre sus dibujos, significaron una frontera en su vida, que junto a aquel significado del uso de razón, crearían el nuevo bastión donde apoyar toda su cronología. Los recuerdos se hacían inmediatamente en Guillermo, ocupaban su espacio perfectamente y la historia empezaba a precisarse dentro de su mente. Como recuerda la impaciencia de aquellos últimos días de septiembre, a la espera de los magníficos libros. Atrasaron por dos veces la entrega, puesto que si bien habían llegado la mayoría de los libros, faltaron algunos que no hubieran bastado para todos y el último, el más preciado, el séptimo, **“El Sol de Alegría”**, todavía no había sido servido por la editorial. Pero finalmente la espera fue fructífera, y entre multitud de rumores y comentarios, aquellas esperadas maravillas llegaron a última hora de una tarde. Ante la insistencia del alumnado, y con el beneplácito de la directora del centro, se entregaron los libros uno a uno por colección y alumno, en absolutos orden y silencio. La impaciencia del alumnado antiguamente se correspondía en la emisión de sises y ahoras, con aquel tono de la infancia que solicita con súplicas que se le permita aquello que tanto se le antoja. La insistencia pronto se frena cuando el profesorado se hace ver claramente. Poco a poco son menores las voces y su volumen, acatándose sin mayor protesta el destino. Como el equilibrio entre súplica y concesión flotaba sobre una básica disciplina, la relación entre los alumnos y el profesor era muy paternal cuando no existían problemas graves de comportamiento en los mismos niños o en el propio profesor. Baltasar tenía una regla de madera con la que trazaba líneas sobre la pizarra, aunque apenas pegaba con ella. Solo dos o tres veces recibió Guillermo el escarmiento de la regla de Baltasar durante aquel curso. Otros recibieron algo más, como José Miguel, tan movido. Y tres o cuatro eran asiduos a la misma porque confundían el pupitre con el pasillo y tan pronto estaban dentro como fuera de él. Al despistar al resto la clase, comenzaba a írsele de las manos al profesor Baltasar, pero como su reacción era pronta, enseguida se retomaba el guión de la lección tras el correspondiente premio. Aquellos tres o cuatro niños eran muy nerviosos, insaciables en su juego, no podían estarse quietos nunca y tomaban el castigo del profesor como algo normal, natural. Yo creo que deseaban que les pegase. Al menos eran centro de atención cuando paraban la clase en plena ebullición de sus actos. Nunca odiaron al profesor Baltasar; tampoco él les pegaba con ninguna crueldad; comprendía a aquel pequeño hatajo de animalillos y

con sus caritas y su mano recogida bajo el brazo, volvían tan campantes al pupitre como si hubiesen vencido otra batalla de nuevo. Alguna vez recibieron más fuerte de lo normal, y tras los lloros, se callaron para volver a revolotear al día siguiente. El profesor Baltasar era un gran hombre y la clase una balsa de aceite para que las explicaciones pudieran darse con efectividad. Conforme iban acudiendo los niños hacia el estrado para recibir los libros de aquel menudo profesor, ya entrado en años y que tenía su mesa a la izquierda -junto a la obscuridad que esa tarde de otoño emitía desde afuera-, sobre la cual un flexo, con el mismo tono metálico de las ollas de acero inoxidable, emitía una apagada luz incandescente, amarilla ella, la excitación de nuestro pequeño iba creciendo. Su culminación era alcanzada para caer levemente conforme su nombre no era el elegido, para que con el próximo llamado volviese su ánimo a crecer, cuando él ya sabía de sobras que la letra de su apellido estaba por la mitad de la clase, al final de la primera fase de las letras del alfabeto, esas que estaban por encima de la frontera de la eme, cuando comenzaba a descender hacia unas profundidades menos diversas y mucho más extrañas. ¿Quizá por ello menos importantes? El turno por fin le llegó y las tapas de marrón oscuro del primer libro, el de historia, se dejaron caer en aquellas finas manos que comenzaron a tener por fin algo mucho más serio, mucho más mayor. La escuela verdadera comenzaba ahí, como tantas veces le había repetido su madre, cuando algún día se iniciaría la verdadera labor para empezar a hacerse un hombre inteligente que tuviera un gran futuro en la vida. Ese futuro, de todas maneras, le quedaba en su propia mente muy lejano todavía. El juego era lo inmediato y la imaginación su mejor ocio. Baltasar, no obstante, había contribuido a este planteamiento de la vida de Guillermo. Ciertamente se veía en aquel pequeño algo previsible. En aquel barrio tan humilde todavía podía esperarse de algún niño alguna sorpresa. Podía ser que de todo aquel conjunto de casas grises surgiera una excepción tras otra, aunque solo fuera por el hecho de que un obrero tuviese suficiente cultura, diferente sensibilidad a la habitual.

El segundo y el tercer libro eran los de aritmética y geometría, por los que la vida tomaba posesión concreta. Las dimensiones, las figuras y los cálculos eran abstractos, pero llevarían a algún lugar porque eran uno de los capítulos más difíciles de las clases y sobre el que más exigía aquel profesor tan bueno. El cuarto agrupaba diversas nociones de la naturaleza mientras el quinto era un maravilloso libro de religión, lleno de finas láminas de color. El sexto era grotesco porque era un compendio de normas de buena educación, y no era por el mero contenido la sensación que aquel le produjo a Guillermo, sino por sus láminas de niños que llevaban largas bermudas y carteras a la espalda y a los que se les veía demasiado pulcros en el vestir. ¿Cómo aquellos niños mimados se atrevían a gritar desde la calle a su amigo del cuarto o a escupir en plena vía pública o a rascarse la nariz mientras las burillas las pegaban sobre la mesa? Él nunca las pegaba sobre la mesa porque pronto iba a lavarse al grifo del lavabo. ¡No!, aquel libro era muy feo y fue el único que le decepcionó. Gracias que el profesor Baltasar parecía ser del mismo parecer, porque pocas clases se dieron con él, las mínimas que justificaron su compra. Y el

séptimo y último era aquel maravilloso mundo de color de *El Sol de Alegría*. Este libro, como el de Historia, van a merecer una mayor descripción.

El libro de Historia tenía las tapas de cartón marrones, bastante gruesas, y de tamaño era poco menos que una cuartilla vertical. El número de páginas era escaso y cada lección ocupaba una página que se componía de una lámina superior y de una breve explicación inferior, seria, muy alejada de aquellas infantiles de años anteriores. El libro era severo entonces y alentó el ánimo de Guillermo por lo nuevo, pero también suscitó un primer miedo sobre la disciplina que le esperaba con este nuevo nivel cultural. Recién cumplidos sus siete años, vistos hoy desde nuestra perspectiva, nos parece para aquellas edades un nivel demasiado alto el que se les exigía a aquellos pequeños hombres. Evidentemente no pudo memorizar el contenido de sus láminas. Por otra parte, el profesor Baltasar tampoco les exigió mucho, porque más que obligarles a memorizar, les ocupó el tiempo en copiar algún párrafo que previamente él había desarrollado a su manera, entre leyendas y épicas extraordinarias. Su método pertenecía al conocimiento superior, a la idea primera y última que no debían ser relativizadas. El estudio, desde esos instantes, iba a ser para Guillermo incontestable y sagrado. El maestro por algo estaba allí, era de avanzada edad y sus canas explicaban mejor que nadie que él era el que mandaba, el que sabía y por lo tanto a quien se le tenía que tener respeto. Esta idea era incuestionable y más si los propios padres animaban en la idea. Las mamás y papás de aquellos años daban la razón casi siempre al profesor, y cuando se refutaba el acto del mismo, jamás se animaba al niño a la desobediencia, salvo en casos extremos. La media normal se solucionaba en las conversaciones que padres y profesores tenían en los despachos del director. Acababan siempre las impresiones con la total conjunción de ideas para que el pequeño fuese más responsable, por lo que el pleno dominio del maestro volvía, por parte de los progenitores, a confiársele más aún. *“Usted no dude en pegarle una bofetada cuando se lo merezca; mándele más deberes y avísenos a la mínima desobediencia, que nosotros ya le daremos.”* La media antigua no era exagerada. Como en todo tiempo y lugar, los extremos son condenables, pero antaño las circunstancias se correspondían con la realidad de la naturaleza, porque el profesor era aquel dios al que se le tenía que tener todo el respeto, ya que para algo la escuela no era nuestra casa, sino el centro donde debíamos aprender a guiarnos, porque nosotros no nacimos enseñados. Las láminas superiores decoraban la pequeña y concisa explicación, pero que para aquellos niños se hacía incomprendible. Los datos eran meramente cronológicos, toponímicos y nomenclaturales. Las explicaciones de las cosas apenas existían y esa descripción, a esas edades, hacía todavía peor el entendimiento de la Historia. Pero Guillermo no odió, como es común en muchos alumnos, quizás a mayores edades, la Historia, por dos motivos: por las maravillosas láminas que presidían el aburrimiento y por las frescas explicaciones con que su profesor las replanteaba. Los lienzos eran impresiones de célebres estampas de tinta china. Formaban parte de las mejores colecciones clásicas y aquellas firmas todavía no podían ser consideradas por nuestro pequeño. Los detalles

de los héroes, caudillos y guerreros, de sus caras y cuerpos, de sus expresiones, de sus corazas y protecciones, de sus armas, de los arneses que ostentaban sus caballos, de los castillos y ciudades del fondo, del mismo entorno paisajístico, eran muchos y minuciosos. Desde el mundo sencillo que formaba su vida, aquel contacto tan violento por cambio tan repentino, se veía complicado, inexplicable, pero lógico para aceptarse. Ese mundo era el que le decían sus padres, su señorita de hace dos años, el mismo profesor Baltasar que ya le preparó durante el curso anterior, era el que se esperaba. El fuerte estudio sería el mejor camino para alcanzar una digna posición que le permitiese vivir dignamente cuando fuese mayor. Aquella complicación de elementos, que formaban los dibujos del libro de Historia, no podía ejemplificar mejor el concepto desde el punto de vista plástico. Su mudo era complejo. ¿Cómo se podían haber hecho aquellos dibujos tan perfectos cuando él torcía todavía mucho las líneas rectas, cuando las ventanas de los trenes no guardaban el nivel entre ellas y las ruedas eran asimétricas, por lo que aquellos convoyes resultaban imposibles? Una mayor experiencia y conocimiento, lo que vulgarmente definimos como una mayor percepción, cuando realmente ésta nada tiene que ver apenas con la vista, sino más bien con el bagaje cultural, hubiera situado a Guillermo en la realidad. Los dibujos tenían su truco, su técnica. Los contrastes de sombras y la sensación de voluminosidad provenía del límite entre diferentes zonas, que se rellenaban con topos, rayas horizontales, verticales y diagonales, puntos y otros elementos geométricos casi invisibles. La tripleta de colores: negro, gris y sepia o azul, ayudaba a la complicación. Pero ello no quita valor a aquellas láminas, simplemente da su explicación. Enseñar es estar más cerca de la realidad. Cuando nos acercamos a ella, o la tocamos, nos creemos que no nos ha costado nada conseguirlo, que incluso el conocimiento que nos reservaba era poco profundo, más la segunda fase del aprendizaje superior, aquél que nos acerca de nuevo a la infancia, nos devuelve toda la esperanza, y así, aquellas simples conformaciones lineales, sumadas una a una acababan en la bella y complicada composición. Era el acabado. Los cartagineses eran un ejército bellamente armado con petos y escudos, con espadas y venablos. Los caballos eran ligeros, pero poseían la suficiente potencia del gran ejército. Y los elefantes venían flanqueando la vanguardia majestuosa de **Aníbal**. Los dibujos de la Edad Media se enriquecían con los dibujos del siglo XIX. Los **Reyes Católicos** todavía no habían llegado al año 1500 y ya tenían toda la riqueza del **Renacimiento**. En 1500 queremos que comience el Renacimiento, cuando ya se ha caminado mucho en **Italia**. La realidad es que el mundo antiguo se mezcla con el nuevo. De todas maneras, en estos primeros años de Guillermo la confusión histórica será muy grande, pero los grandes rasgos de la estética van a darle ventaja. La intuición y la cronología se dibujarán dentro de su cabeza gracias a su innata habilidad. Esta faceta positiva puede serlo así desde cierto punto de vista. Quizás no, seguro que no, desde un simple nivel práctico, pero no lo que necesariamente da dinero tiene por qué ser bello. En esto el autor es bastante parcial, a pesar de la evidencia. Las escenas históricas impusieron desde muy pronto su diversidad y su distinción. Los acontecimientos comenzaron a ocupar en el imaginario calendario de Guillermo su

definitiva posición. Solo iba a variar en el futuro en la profundidad de los matices y acontecimientos, pero la gran base natural, común a todas las cosas, comenzaba a fundamentarse, como la geografía de **Ratzel**, al amparo de la madre de todas las especies naturales, vivas y muertas, que conforman semejante matrona, y que en Guillermo se inspiraba en los grandes mitos y ensueños.

El último libro, *El Sol de Alegría*, se salía de la regla general de los anteriores. Era mucho más gordo, todo lleno de colores verdaderos de varias clases, y las tapas eran de cartón simple pero muy brillante, más cerca de las hojas de papel que de aquel que recubría las anteriores obras doctas. Notó pronto que este libro iba a ser el del ocio y el del divertimento. Intuyó porque tuvo que ser, a las pocas semanas, cuando se formó dentro de sí un nuevo concepto, el de que ciertos libros eran muy variados porque incorporaban lecturas, poesías, anécdotas, artículos comentados, crónicas y hasta chistes y pasatiempos. Éstos últimos eran muy reducidos en el espacio, pero le sorprendieron sobremanera porque sobre la mesa del aula aparecieron aquellos divertimentos que por ahora solo habían ocupado su espacio los domingos por la mañana, y en su casa, a la vuelta del kiosco y del paseo dominical. De todas maneras, se iban a quedar ahí para siempre porque poco más que algún par de páginas ocuparían en los temarios futuros.

Pero antes de dar un giro a la narración, cuando Guillermo comenzará en un nuevo colegio a tener otras impresiones, en parte muy distintas a las anteriores; antes de terminar el último curso en el primer colegio, debo imprimir en forma de descripción unos apuntes sobre la década que estamos a punto de dejar. El cine, la música y los tebeos eran la cultura fácil y asequible que comenzó a tallar parte de su inteligencia, aunque al tiempo veía de fondo que la Historia, el arte y los escritores se presagiaban como cortina a la que se debe una reverencia por su ilustración de fondo. Más bien, los álbumes y el cine, los tebeos y la música ligera ni merecían en su pensamiento más que el sentido del divertimento. Estos elementos eran entretenimiento para los niños y para los mayores, e indudablemente su primera impresión fue muy verdadera. La explicación posterior será matizable, pero corroborará en su futuro esta intuición. Con el arte y la Historia, con la filosofía y la literatura, el pasatiempo puede existir en alguno de sus momentos, pero en general, se requiere mucho más de la concentración, de la memorización, de la relación y de la comprensión para conseguir un objetivo en ellos. No por esto, ésta segunda disciplina general es mejor. A Guillermo le encantaban mucho más aquellos, porque los **Beatles** y los **Kinks** llenaban su corazón de ilusión sin realizar ningún gran esfuerzo. Y todavía no sabía desentrañar los entresijos del cine de profundo mensaje. Ciertamente, era la propia naturaleza la que dispuso así las cosas. El cine podía informar, también como la música, del mundo que nos rodeaba, pero gran parte de su faceta solo servía para entretener a su edad, y este verbo en esas últimas décadas creció sobremanera. Era necesario, obligado también. El mal uso posterior embarrocó

para su mal solamente a los tontos. El oído al que obliga la música hace crecer la imaginación, aunque el cine solo muestra su poder inventivo en mentes inquietas como las de nuestro personaje, pues después de ver a los marcianos atacar a la Tierra le quedaba, por siempre impreso en su ánimo, el entorno de sensaciones que aquellos ataques provocaban en los actores ficticios. Los libros obligan a recrear y a reproducir toda la realidad. Desde la abstracción, desde sus conceptos, el lector debe pintar el cuadro de fondo y el mismo centro de la escena, porque si no se hace imposible continuar leyendo. Esta falta de imaginación es la que evita el aumento de lectores y que con las nuevas artes plásticas se han visto perjudicados aún más. Pero Guillermo no vería jamás una oposición entre ambas disciplinas generales, pues si bien la primera era más divertida por su entretenimiento, la segunda quizá lo era menos solo por el sacrificio al que obligaba su fin, pero no por el regalo que ofrecía ese mismo fin, todo lleno de misterio y encanto, de aprendizaje y lucidez.

El álbum de la **editorial ESTE “Estrellas de la televisión”** le reflejaba en aquellos bonitos cromos de color, de papel fino y brillante, los actores y primeras mujercitas a las que comenzó a amar instintivamente y de la manera más blanca, las que el televisor de blanco y negro le ofrecía. Las series de la noche, repletas de suspense, de detectives y de espionaje, de traiciones y malvados, contrastaban con las multicolores de la tarde, que en un amplio horizonte campestre le aportaban lo mejor del mundo y siempre con un toque cómico. *Daniel Boone, El Virginiano, Embrujada, Perdidos en el Espacio* o *Superagente 96* ofrecían en el fondo de su barrio gris, cuando estaba más soleado y multicolor junto a la gente que iba y venía de comprar en su frenético destino, distintas posibilidades (paisaje, Historia, leyenda, vida diaria, ciencia ficción, humor) bajo una misma estética. Esta impregnación televisiva es decisiva en el comportamiento posterior de nuestro héroe, incluso en su misma ingenuidad, porque aquellas series tuvieron los mejores guionistas de toda la Historia de las series de televisión. No obstante, estamos en la pujanza de las mismas, por lo que tampoco es que descubramos nada del otro mundo en esta aseveración. Los cromos no tenían un marco blanco como los de la colección de plantas, animales y tribus de *Vida en Color*, sino que desde la televisión se imprimieron directamente en aquellos papeles para demostrar su distinta naturaleza: el entretenimiento no en oposición a la más alta cultura. En los niños se hace obligatorio el juego, y a veces esto no lo entendió algún profesor del que después le tocó recibir clases. Pero tampoco exageremos en ese futuro más o menos inmediato, porque no solo existieron este tipo de profesores. ... Las chicas jóvenes y las más maduras, sobre todo, se mostraban muy sexys con aquellos trajes que solo se podían poner en esas ocasiones, cuando actuaban, cuando daban vida a la ficción. Un profundo cosquilleo comenzaba a azuzarle y al que instintivamente, a veces, le encontraba algo malvado. Pero esa prevención era una simple exageración del pudor que le enseñaban sus padres, sus profesores y los sacerdotes, y que contrastado con la pillería de sus compañeros de clase, llegaría en ocasiones a hacerse mucho más insoportable que ahora en el futuro. Pero todo ello también no debe exagerarse como quieren hacernos ver las nuevas

generaciones de niños de papá. La timidez en los pobres suele ser diferente, y aunque tiene también sus puntos enfermizos, se diferencia totalmente en su resolución porque los niños pobres ya crecidos, si son conscientes de esa popular procedencia, recuerdan sin odio. Esas chicas eran muy guapas, sobre todo las mayores. Quizá el mayor desarrollo de estas mujeres, la mayor definición de los rasgos de estas señoras. azuzó más su futuro deseo por este lado. Pero el amor sí, siempre fue para las jóvenes, para las de su edad. ¿Para quién iba a ser? Y cuando rozaba ya la cuarentena, la memoria continuó siendo de las jóvenes, a pesar de todo, más el instinto crecía también por arriba. Pero ha comenzado el narrador también por detrás. No debemos ver más allá, como en el sexo hemos querido ver desde el siglo pasado. El sexo, ¿qué dulce engaño de la naturaleza? Tal vez nuestra mayor represión es la de observarnos tanto con este tema. Ha sido casual y este rasgo hermoso de Guillermo, sobre su álbum, debe dejar paso, ante todo, a la impresión central del mismo. *El Túnel del Tiempo* fue la serie ejemplo que debe definir su impacto. *El Túnel del Tiempo* nos lleva por todo el espacio universal para contemplar las proezas y misterios de nuestro pasado y futuro. Los años sesenta, bien observados, son la continuación de los marcianos de los años cincuenta, pero mucho más modernos y proveídos, nos obsequian con refrescos y pastelillos, y que únicamente durante algún fin de semana de ellos puede gozar el chiquillo. Gozar poco es encumbrar. Tal vez toda la exagerada imaginación de Guillermo sea un engaño en cierto modo, pero la vida frugal sea siempre bienvenida si el resultado es así de maravilloso. El sol es muy azul, la esperanza muy cierta y los días pasan tan tranquilos en esta alborotada década de música para un niño que al salir del cole pide y pide cochecillos de una peseta y que no siempre le compran. El freno es bueno porque el premio debe darse en su momento y a determinados intervalos. Todo muy deprisa y todo muy lento es malo. Todo en el preciso instante eleva el espíritu. El álbum me ha hecho exagerar la adjetivación, loar innecesariamente, ¿pero por qué no podemos volver a sentir aquellas primeras sensaciones de las que siempre creímos que iban a ser las únicas por siempre y para siempre? Viva el hermoso álbum de cromos de artistas de televisión sobre el preciso verde de fondo de su portada que no podía ser de otra manera.

El otro álbum fue el de los animales, plantas y tribus. *Vida y Color* fue un excelente álbum de cromos en su tiempo. Incorporaba bellas láminas del cuerpo humano pero cuyo trazo procedía de la verdadera disciplina de la anatomía. Los animales también descendían de la ciencia zoológica y las demás disciplinas mostradas en el álbum ofertaban el mundo culto al alcance de todos. Esta precisión y calidad eran admiradas por sus padres. Su padre no había podido estudiar, quizá nunca fue su sueño tampoco porque supo muy pronto cual era su puesto, pero ese ingenio, que quedóse en el primer peldaño de la inteligencia le dio el suficiente carácter para coleccionar y sentirse atraído por el universo extraordinario que le rodeaba día a día en el trabajo. La Religión, el profundo respeto por las reglas, la organización por la que debe regirse el mundo y que la ciencia, bajo el orden moral,

mejora, todo ese preciso planteamiento era el que su padre tenía claro en su vida, y que a su hijo le iba a enseñar de forma indiscutible. Los primeros álbumes son guiados como los primeros pasos y qué mejor guía que la de un padre. La relación, mientras le veía pegar aquellas maravillosas estampas, no podía ser mejor. La explicación que venía debajo del cromo, en el mismo álbum (debían pegarse a él solamente por la costura superior), enseñaba y apuntaba al padre. La madre estaba también muy interesada en la cultura. Ya hemos hablado de este deseo sobre su hijo. Era una mujer que solo había ido a clase 19 días y en Barcelona. Lo poco que sabía leer se lo habían enseñado aquí las monjas junto a cierto tipo de cosido, creo que el de los ojales para los uniformes de los soldados. Lo práctico fue lo primero. En el pueblo ya había desarrollado la pillería y la suficiente astucia para traer la comida a casa. Sisando, hurtando, pidiendo o trabajando, de cualquier manera desde sus seis años, empezó a colaborar en la postguerra: los mayores, para alimentar a la gran camada que iba viniendo. El menor periodo de instrucción de su madre le hacía imaginar la cultura mucho más tópicamente que su marido. Los rasgos eran mucho más grandes y se quedaban casi siempre en la superficie. El color de los animales y de las plumas de los jefes de las tribus llenaba de cromatismo su mente, pero si leía África o América detrás del cromo no podía situar en el mapa semejantes tierras. Su marido tenía in mente en su cabeza el mapa del mundo, aunque fuera a grandes rasgos, y eso es muy importante para situarse y para mejorar el aprendizaje. Lo otro puede ser poético, pero ya menos práctico y útil. Además, ¿qué tipo de poesía puede ofrecer? Sencilla sí, amable también, querida por su hijo, ¡por supuesto!, pero aumentar el margen de conocimiento puede incluso mejorar el empleo de las metáforas. Da gozo ver a los tres alrededor del álbum, con el padre en medio de los dos. Él dispone del álbum porque es el que sabe.

Del álbum le sorprendieron diversos cromos. Así la hormiga roja, que durante mucho tiempo confundió con el cangrejo. El dibujo tomaba a la hormiga en un plano muy cercano, frente a ella, y las patas como el color y la *gran* cabeza le asemejaban a aquellos cangrejos de río que en el pueblo de su padre, en **Soria**, se ponían al rojo al ser guisados. Era horrible verla tan grande enfrente de él, futura bestia gigantesca de las películas de ciencia ficción. La serpiente de jarretera era de aspecto terrible, pero quedó desilusionado cuando solo lo era con los gusanos y alguna especie mayor que incluía en ocasiones a pequeños mamíferos y aves. Hasta que no fue mayor el espanto sobre las serpientes no desapareció en su parte principal. Pisarlas y que le picaran y mordieran era horrible, y más si se las encontraba uno en algún rincón de la habitación o incluso dentro de la cama. El narrador no pretende alardear con el morbo pero ese instinto, tan artificial pero tan natural en muchos de nosotros, en él se incrementaba considerablemente hasta acercarse al umbral de la enfermedad. Jamás llegó a atravesar esta frontera en ese sentido, al contrario, incluso no llegó a rozarla, pero la intensidad de su miedo era mucho más elevada que en otras personas. Esto hay que unirlo a su exacerbada sensibilidad para que los acontecimientos, que en un futuro veremos, tengan su sentido adecuado. Las flores eran bellas estampas que el pintor acariciaba en el campo mientras que el escritor las describía en su sentimiento.

Estas flores del álbum exponían la maravilla tópica de la flor pero en el contexto natural en el que florecen. Alrededor de sus contornos aparece el blanco difuminado como fondo que la aleja de su origen, pero dentro de ella, tras su inmediato entorno, o incluso ella, por sí misma, mostraban donde florecían. La simbiosis fue captada pronto por nuestro pequeño, instintivamente, aunque la explicación aparezca exagerada y dada al equívoco. Las enseñanzas que en la infancia así se aprenden creemos que no tienen significado, que son un simple presentismo de nuestros recuerdos en la actualidad, cuando son la base cierta de nuestro futuro conocimiento. Las primeras impresiones son las poderosas aunque no las sepamos explicar tan bien. El lenguaje es abstracto y el paso de la realidad a éste es la trampa que nos impide muchas veces ver este resultado. Los peces eran interesantes por su fondo marino o acuático; los pájaros, aunque más aburridos, por su fondo campestre. Ya no concreto en ninguna especie, salvo en el esqueleto de nuestro cuerpo humano que le atormenta en las películas de terror. Las tribus son africanas y oceánicas. No hay ninguna americana y esta explicación no se concede. De todas maneras, el mundo cerrado del álbum es el que cree conveniente Guillermo. De mayor ya aprenderá a relativizar. La relativización exagerada es perjudicial y ello lo veremos en sus estudios universitarios, que en muchas facetas van a significarle un retroceso. Concretar no debe significar dogmatizar. ¿Por qué no tener las suficientes ideas claras para poder desenvolvernos? Con que sean humanas, es decir, éticas. Ya sé que la violencia también es humana; por eso específico.

El siguiente álbum que voy a describir ya se ha descrito en una de sus facetas. Cuando hablaba de la llegada del hombre a la luna, de marcianos y astronautas, Guillermo confeccionaba -ya ha terminado- una maravillosa doble página central con cromos individualizados, en la que en una especie de rompecabezas describía los principales pasos de la llegada y retorno del **Apolo XI** a nuestro satélite. Estos rompecabezas crómicos de Bimbo animaban a los infantes a buscar las piezas que faltaban. Ya sabemos que era una instigación para conseguir un mayor consumo de los pastelitos por parte de los niños, pero semejante “ludopatía” qué diferente, ya que regalaba dulce, cultura e ilusión. ¡Ah!, por cierto, las máquinas sacaperras y los casinos estaban prohibidos en la dictadura. No entiendo nada. ... Prosigo (¡en fin!): los módulos, separándose y transformándose, atraían su fervoroso sentido de la observación. Pero hablaremos ahora de otros temas que allí se trataban y que desde el maravilloso formato de los cromos asentaron en su imaginación, para siempre, unos conceptos, que en forma de imagen, le ayudaron a disfrutar. El circo constaba de una carpa interior, hermosa creación del troquelado, que como la historia de la luna, formaba el puzle todo tipo de números circenses. Todos a la vez, animales y malabaristas, magos y payasos, acróbatas y equilibristas nos ofrecían el mayor espectáculo del mundo. El ángulo de origen de todas las imágenes estaba una vez más dentro de su imaginación y de su recuerdo más inmediato. Alguna correlación tuvo que haber durante aquel mismo día, que comenzó a poner cromos sobre la también doble página; o quizá fue otro el motivo. Lo cierto es que el parque donde estaban

aquellos caballitos de los columpios, donde él se montaba, aparecía de fondo siempre que veía aquellos cromos de color sobre el formato blanco de líneas azules del álbum. El parque está tan soleado en esos momentos. El circo poseerá emoción y misterio, pero siempre detrás de aquel mundo flotará una atmósfera soñolienta y triste, ya que el barrio, donde su casa, es gris y húmedo, escondido y reacio al sol. La pesadumbre y la nada están muy cerca de él. El mundo parece no caminar entonces. Siempre esta sensación estará también presente en él tras el mundo del circo.

Pasando la siguiente página, los principales circuitos de carreras para Fórmula 1 aparecen dibujados, y tras ellos, los mejores coches y conductores. Los pasteles saben tan bien, que con este espacio más concreto, y que significa parte de la tecnología actual, se acerca más a la realidad inmediata en la que él se desenvuelve día a día. El circo existe, pero las formas son del pasado. El coche es rapidez, adelanto y eficacia, y esta separación de presente y pasado meramente significa en su mente eso: presente frente a pasado, pero nada más. Él siempre se sentirá orgulloso de pertenecer a esta sociedad actual tan adelantada, aunque la suerte es la palabra que más empleará para su definición. Orgullo en él suele significar lo contrario en cierta forma. Es un orgullo dado, no debido ni asumido por sí mismo. Él ve tan convincente que exista el pasado que sin él no podría entender nuestro hoy. Esta idea tan importante, que nuestro mundo actual ha perdido por ser simplemente inculto, en aquel niño tan pequeño aparecía de forma intuitiva y determinante. Quizá buena parte de la sociedad, que todavía le rodeaba, podía considerarse todavía sociedad. Guillermo no va a aprender por generación espontánea y por ninguna mutación extraña más que la de su futura enfermedad, que en ciernes, ya comenzaba a estar presente en ciertos rasgos suyos, más bien genéricos aún.

Más adelante aparecen los zoos. Este mundo ya lo conoce y va a significar uno de los puntales en su vida. Igual que los trenes, que la música, que los tebeos y álbumes, que las películas, los zoos representarán una parte importante de su corazón. Bueno, quizá solo una porción, porque parece que este chico va a tener muchas habilidades y ocupaciones no necesariamente útiles a nuestra sociedad de consumo. El zoo es alegría, *música chicle*, las mismas chucherías entre kikos y pipas, todo un mundo ligero, el de la infancia, que comienza a entender un poco más la vida desde el punto de vista de la sistemática científica. Menos mal que esta última se la regalan su profesora del año pasado, *la señorita*, y el gran Baltasar de este curso, que como mejor rey no podría haber salvo **Melchor**, al que siempre prefirió, por esa tontería de que se le definía más como rey, con su corona de puntas. Las tonterías van a ser con él muchas también. Quizá asimismo cambiemos nosotros de tópicos y nos veamos más desnudos de alma. El alma debe ser blanca y limpia, solo así podemos confiar en nuestro vecino verdaderamente. Cuando del **parque de la Ciudadela** salía por la zona del zoo, recordaba las veces que iba al recinto de los animales salvajes, las pocas pero las suficientes. Quizá todavía no habían sido ni dos, pero el mundo ligero de aquellos años sesenta se perdía entre las fieras. La naturaleza también la regalaba la televisión con **Tarzán, Maya, Flipper, Mi oso y yo**, más tarde **Skippy el canguro**, y otras aventuras exóticas, muchas de las cuales se entremezclaban con el mundo

moderno y donde los malos siempre recibían, nunca mejor dicho, un escarmiento natural. La naturaleza tiene otra edad y otra definición. Sin necesidad de recurrir a **Darwin**, el tiempo parece transcurrir de otra manera en las selvas y desiertos. Los diferentes planos de la realidad que Guillermo está comenzando a apreciar no se definen a simple vista por sus diferencias más palpables. Las diferencias muchas veces se corresponden con lo distinto y no con lo contrario. Puede decirse incluso que la comparación que queremos establecer es un craso error por ella misma, pero bueno, tampoco debemos rizar tanto todavía. Lo cierto para él es que la naturaleza es la base madre sobre la que se asienta ese hombre que tanto piensa para hacer cosas tan hermosas y avanzadas. Todavía no ha llegado a la página que el mismo álbum dedica a la historia humana y en la que solo aparecen famosas batallas. Pero antes, un pequeño vistazo al siguiente rompecabezas, el que define por niveles las características de los principales fondos marinos. Poco a poco vamos descendiendo desde la soleada superficie hasta el desértico fondo abisal. Previamente traspasamos los niveles superiores, donde el hombre encuentra su preciado pescado, para sumergirnos metro a metro hacia donde están tiburones y peces espada, más capaces para mayores profundidades. Después, y antes de ver las extrañas criaturas sin ojos que yacen sobre el tétrico fondo de la gran sima, encontramos niveles muy profundos en los que las cosas cada vez resultan más extrañas. Los batiscafos son diferentes a los submarinos porque alcanzan una mayor profundidad. Muchos más pequeños, para aguantar las elevadísimas presiones, son escasos en comparación con los segundos, que casi exclusivamente se dedican a la vida militar. La investigación de la ciencia está casi circunscrita en los batiscafos. Esta relación que él ve de pocos a muchos, de ciencia a mundo militar y convencional, la captó muy pronto. Una vez más, la habilidad en él innata, le da ventaja y el tema va tomando formas cada vez más selectivas. Gracias a que en él la selección también se compagina con sus padres y con la educación que recibe, incluso después por la forma de ser de su país, por la moral más religiosa y universal de todos los hombres. Las cuestiones más ingenuas comienzan a dominarle.

Las últimas páginas versan sobre la historia del hombre. La más importante es la doble página que versa sobre la guerra, porque la última hace propaganda de un tema que le interesa a la empresa que edita los cromos, pero vuelvo a repetir, con un tono que ya quisiera yo en las corporaciones actuales, tan dañinas para mi sensibilidad. ... Las grandes batallas contemporáneas son su tema. El fuego, la metralla y el cañoneo incontenible son sus mejores representaciones. Se habla de cargas de caballería, de lucha cuerpo a cuerpo, pero es la mecánica puesta al servicio de la matanza la que espanta al niño. Él no es pacifista, no tiene todavía ningún concepto claro desde el punto de vista ideológico. Mejor dicho, no sabe lo que ello significa. La cuestión es que le abrumba y horroriza como esas máquinas matan más furiosamente y a mucha más gente. De golpe, un montón de jinetes cae destrozado en mil pedazos. Porque los cromos no son morbosos, pero muestran una realidad mucho más cruda de la que había visto hasta ahora sobre los hechos históricos. La espléndida vanguardia cartaginesa o las arremetidas del gran **Cid** se expresan solo con la fuerza

del hierro. La lucha es más directa y hasta selectiva. El miedo es más inmediato. Guillermo lo que teme es encontrarse envuelto en la batalla, y sobre todo, cuando el fuego de la artillería se alce sobre su cabeza. Cree que las cosas son así, y por lo tanto, el temor siempre existirá. La posibilidad de ir a la guerra estará siempre presente. El mundo tiene sus reglas y las cosas no es que no se puedan cambiar, es que van a existir así siempre por la lógica misma de la vida... El último párrafo que acompaña a los cromos es definitivo: *“Sólo nos queda el consuelo de creer que los millones de víctimas que registra la crónica de las guerras no han caído generalmente en vano, sino que su sacrificio ha servido cada vez como punto de partida de un cambio histórico que terminaría beneficiando a toda la humanidad.”* ... Tendrá que huir de esta extraña apología o consideración en el futuro. ¿Guerras justas, injustas? ¿Por qué siempre existen? Huye el autor a su *“Vida Perfecta”*, ¿cómo no! Mira que matarnos por la subsistencia o por el dinero de terceros. ...

Las batallas de **Sadowa** y **Sedán** enfrentan a portentosos flancos de caballería apoyados por infantería y artillería. Esos cuerpos de cientos de hombres y jinetes chocan violentamente con toda la fuerza del animal y del hierro. Quien caiga puede darse ya por muerto, porque los caballos al caer les chafarán. El complejo que forman cascos, patas, armas, odios expone a la mente del niño un mundo terrorífico. La historia avanza y la vorágine que le puede arrastrar un día, de manera incontenible hacia el dolor y la muerte, se le presenta posible, real e ¿ineludible? Ésa es la causa verdadera de su miedo. El espanto se hace viable y más cuando la calle está obscureciendo con sus tonos grises. La calle de su casa le espanta muchas veces. El objeto al que trasciende su descripción proviene del argumento que está contemplando en el álbum, pero pronto se da cuenta que es bien cierto y que la misma calle muestra lo que es una realidad palpable. El hombre avanza, crea cada día mejores y más útiles artefactos que hacen su vida más segura y feliz, pero el terror también aumenta paralelamente por la lógica de los acontecimientos.

Un último álbum requiere mucha menos explicación porque solamente se pegaron tres cromos en él, pero el tema, basado en la fenomenal película **2001: Una Odisea del Espacio** mereció siempre en Guillermo toda su atención por la fenomenal portada de color metalizado que enmarca el cartel a todo color del largometraje. ¡Claro!, hablamos de ciencia ficción, de naves y marcianos. El álbum solo se llama **Año 2001** y le sorprende que año se escriba en minúscula cuando es el comienzo de un título o de una frase. Todavía no sabe de rótulos y de diseños. El álbum dispone de una forma diferente, forma un pequeño cuadrado y solo se compone de 84 ridículos cromos. Salen en un chicle y todo muestra un aspecto demasiado moderno como corresponde al tema que trata. La fotografía de la portada le parece espléndida, esa enorme nave saliendo de la gigantesca orla de hierro y acero que forma la estación espacial, cercana al planeta **Tierra** y que también aparece en la foto. **Hal**, con su rojo característico, aparece como contraportada, y como fondo de ambas páginas, el color plateado dona a la presentación todo el aspecto cromado que necesita su aventura. Por dentro aparecen varias grandes fotografías que detallan, con un único cromo, el

galón, el ultramoderno reloj o el logotipo. La atmósfera culmina con aquellos cromos que aparecen doblados detrás de los chicles, todos arrugados. El álbum tiene buena concepción, pero su exigüidad y el tema, una película, tan alejado de los que deben conformar un álbum de cultura general, le desmerecen, desde cierto punto de vista, la suficiente atención por su parte. Pero él aún lo conserva. A Guillermo, como conclusión, le gusta finalmente este álbum. Se lo han regalado en una campaña escolar, donde todos no lo recibieron, pues fue el comportamiento el que lo destinó. El álbum, **mercuriado**, abre la nueva década de la técnica, y posee otra definición, muy alejada de lo que debe ser un álbum serio.

Guillermo está en el último trimestre del último curso que va a hacer en este primer colegio. Una nota sorprendente es que a la hora del almuerzo, cuando en plena clase entraba todo el sol rebotante de la mañana, existía un armario empotrado en la pared, a la derecha de los pupitres, donde estaba el único pasillo de la clase, en el que estaban los cuadernos, cartillas y libros nuevos al lado de otros montones de viejos, pero en el que destacaban la mayoría de historias de *Tintín*. El cartón era antiguo y primerizo, iniciático de tan gran tebeo. Todos se lanzaban a esa hora consentida sobre los libros de Tintín, pero casi nunca Guillermo lograba hacerse con uno. Había que luchar, en medio de las increpaciones del profesor, con los brazos más fuertes, más rápidos o más hábiles de los compañeros. Como con la leche, los golpes y desgarrones en las batas eran muy comunes. Veía con horror como ello no les incomodaba a sus compañeros, a pesar de que también eran pobres como él y de que nada más salir a la calle iban a recibir, cuando sus madres les vieran con semejantes trazas, un cachete tras otro. Parecían cromos destrozados, payasos con sus retales multicolores, a pesar de que las batas y sus adendas las formasen rayas finas azules y blancas. Qué feas le parecían en comparación con la suya, que raramente sufría de algún descosido y siempre por las zonas del cosido natural. Algún bolsillo de vez en cuando se le desgarraba un poco también ¡y menos mal! porque el hecho natural que forma su infancia igualmente parecía darse. Él iba con mucho cuidado y cuando algún niño repelente le descosía algún botón, pasaba muy mala tarde porque su madre se lo censuraría. Ciertamente, su madre exageraba, pero consiguió realzar sobre él un valor positivo, el hecho de que debía ser cuidadoso porque todo le costaba bastante caro. Además, él debía de ir siempre como un ángel, tan bien peinado con su flequillo castaño oscuro, negro, y su tez tan blanca. Él iba al colegio a estudiar y a enriquecerse en educación. Verdaderamente, la coherencia de las ideas le era dada. Las demás madres poseían menos estilo desde este punto de vista. La realidad es que muy pocas sabían coser como la madre de Guillermo, no eran nada pulcras y llevaban a sus críos bastante sucios. A Baltasar por eso le atraía aquel ángel caído del cielo que le ayudaba a sobrellevar sus profundos sollozos. Los demás niños eran mucho más impetuosos que él, no observaban jamás ningún mínimo sentido del orden ni en libretas ni en sus propios uniformes. Se tiraban al suelo con todos ellos para formar un juego totalmente tridimensional. La educación apenas podía contenerles un mínimo y el colegio para estos niños era una simple prolongación de su infancia, de

la infancia. Quizá exageró la madre de Guillermo y parte del futuro negativo del mismo quedaría condicionado por ello, pero aquellos chiquillos deberían haber ido mejor a una perrera a aprender el arte de la naturaleza salvaje. Le sale a cierto narrador una especie de rabia contenida, pero a veces ciertas contras deben pagarse por ciertos pros. Todo no lo podemos tener en la vida. ... Ese narrador, finalmente queda tranquilo. No nos gusta machacar a nadie, al contrario: queremos expandir la paz por todo el Universo. ... Volviendo a los álbumes de Tintín, Guillermo era raro que cogiese alguno para expandirse con sus maravillosas aventuras durante el almuerzo. Si alguna vez quedaba alguno olvidado, más bien porque ya había sido consultado miles de veces por los mismos de siempre, o porque el dibujo no reforzaba espléndidamente la aventura, como sí lo hacían *El Templo del Sol* y *Viaje a la Luna*, tampoco él solía gozar con aquel regalo triste y solo del armario. Cuántas veces, por eso, gracias a José Miguel pudo entretenerse con las historias de Tintín. El problema es que cuatro o cinco cabezas se asomaban bajo los hombros de su amigo, y a pesar del orden que ponía sobre ellos, el contacto natural, los empujones, la olor insoportable a sudor que sus cuerpos, tan cargados de juego, expelían, hacían inaguantable la escena, lo que provocaba que Guillermo se alejase casi siempre del barullo, a pesar de los ruegos de José Miguel. Siempre consideró mejor quedarse solo, en su libre espacio, a pesar de que se aburriera, sólo en sus pensamientos, que verse abrumado por la insana presencia de ciertos compañeros. Las pocas veces que pudo gozar con Tintín le sirvieron de por vida para ensoñar con sus aventuras. ¡Cuántas veces aquel tren de tres vagones, subiendo montaña arriba, perdía el último para acabar despeñándose! ¿Qué hacía aquel dios existiendo realmente? ¿O no lo leyó del todo bien? Todavía Guillermo se perdía y aburría con los comics excesivamente cargados en sus bocadillos.

El profesor Baltasar no era el director del Colegio y ello le extrañaba a Guillermo. ¿Cómo aquel buen señor, ángel de Dios, no mandaba sobre todos los cursos, sobre toda la escuela como sí en su clase demostraba ser el gran dueño? Baltasar en ocasiones le recriminaba; una vez incluso le dio una palmetada porque por miedo no dijo de quien era la verdadera culpa, pero él era su maestro y su protector al mismo tiempo. Eso eran accidentes que de vez en cuando le pinchaban el interior de su cabeza como con una aguja: las paradojas de la vida. Guardaba entonces la distancia frente a él porque solo era un simple niño que comenzaba a andar en esta vida y Baltasar su maestro; ésta era la regla, la lógica de la vida y no debe haber más, pero cuando se encontraba perdido o asustado siempre acudía en su auxilio aquel señor mayor, para acariciarlo incluso, para ponerlo delante de sus revoltosos y desordenados compañeros como modelo. Era una señora también mayor la que mandaba. Ella iba con bata blanca, era muy seria (quizá por culpa del propio oficio de directora), pero nunca asustaba. Se imponía sobre el desbarajuste de su camada escolar pero no buscaba tras ellos una venganza o una imposición artificial. Fue precisamente el profesor Baltasar quien animó a su madre para que le cambiase de colegio porque veía en Guillermo unas actitudes muy diferentes a la de los demás

niños. No había que esperar unos años más para cambiar de colegio. Se hacía necesaria ya la primera mudanza escolar. Su madre se ilusionó y desde ese momento sus teorías le fueron confirmadas: su hijo mayor iba a ser listísimo y prócer de todas sus esperanzas. El cambio de colegio fue tomando rumor y José Miguel se iba poniendo algo triste, porque aunque siguieran en el mismo barrio, las cosas tomarían otro rumbo nuevo, ¡seguro! De todas maneras, esta idea fue más imaginada por Guillermo que real la consideración por parte de su amigo; los niños se acostumbran rápidamente a los cambios, y más los niños como José Miguel. Guillermo sentía la originalidad de lo nuevo como cuando le iban a llevar los Reyes Magos los juguetes durante la noche mágica. Iba a ser todo un acontecimiento, deseaba que cuanto antes se produjese, pero intuía además que aquellos momentos a los que estaba acostumbrado y el espléndido sol que inundaba sus clases, pronto los iba a dejar para siempre. La verdad es que José Miguel -volvemos pronto con él- se preocupaba por el cambio, pero no se abrumó en ningún momento. Él era espabilado para hacer nuevas amistades, como ya se lo demostró en alguna ocasión con otros compañeros de clase, y que tanta pena le ocasionaron a Guillermo. Además, su amigo ya tenía una solución, una alternativa. Él correteaba por el barrio, no como Guillermo al que solo le dejaban salir para comprar. Iría muchas tardes a verle e incluso intentaría convencer a su madre para que le dejasen salir con él. Uno de los mayores defectos de Guillermo ha sido siempre creer que el mundo es su mundo. Esta concepción le ha dado muchos quebraderos de cabeza, porque al centrarse en su propio cosmos ha resultado en ocasiones ingenuo, en ocasiones inculto, en ocasiones egoísta y en ocasiones infeliz, pero también el creer en una idea fija, a la cual ha sido irrenunciable, le valdrá la admiración por su incorruptibilidad. Todo al final depende de la moral, que actualmente toma forma con la palabra *ética*. Los rasgos deben ser dirigidos por un pensamiento, por una sabiduría, por una escuela, por una doctrina, por una ideología, pero por una idea sana y amable para que sea fructífera con el resto de la Humanidad.

¿Qué le esperaba a Guillermo después del verano? Circunstancialmente había visto por la televisión las campanadas del nuevo año de la nueva década. 1970, para él, terminaba la década y el siguiente año la empezaba realmente. Era sugestivo para su pensamiento, que con el cambio de decena, él que tan bien definido tenía ya en su cerebro decenas y centenas, que con la nueva década cambiase también de colegio. La no coincidencia del periodo escolar anual con el año natural ya lo diferenciaba incluso, a pesar de que en ocasiones le producía dolor de cabeza o extravío. Todo volvía al orden, y es que las vacaciones de verano ayudaban mucho a ello. Ese septiembre de 1970 era el primero de la década para significar algún propósito. Ocho años después de 1962 sumaban 1970 y ambos, aunque siendo pares, los apreció por lo que significaban. El impar era su número preferido, quería al tres al que más, no digo ya al 33 o al elevado 333. Odiaba al 4 y el 6 era bastante pobre, el 8 era casi tan estúpido como el 4. El 2 no tenía personalidad como el 1, pero éste era impar, pero un impar muy deslucido. El 10 también era impar, pero matemáticamente era perfecto. Desde aquella época los números pares fueron **maniatizados**. Pero lo más

sorprendente para el narrador, y no para él, era que cada número, fuese de cualquier cantidad, ocupaba en su memoria una posición visual claramente definida. Podemos decir que son imaginaciones y desvaríos, porque quizás era el mismo número quién hacía la separación. Sinceramente, yo que tengo esta habilidad para introducirme dentro de los corazones y pensamientos de la gente, añado que aparte el número ocupaba un espacio encajonado regular y más bien indefinido que tenía sus sombras con respecto a las demás cifras, formando una escala, un dibujo en arco, ascendente y curvado hacia el 10, y que una imagen clara, fotografía de su vida, permanecía siempre al lado de cada uno de ellos. Baños Viejos cinceló por siempre su ábaco. A partir del 11 comienzan poco a poco a surgir otras pinturas y fotografías, pero por ahora terminamos. Las características de Guillermo son diferentes y su separación humana no tiende, por mi parte, a catalogarlo de genio e inteligente sobre los demás. Quizá sí de genio e inteligente, pero jamás sobre los demás. Además, ¿quién va a pagar este tipo de inteligencia por mucho que adapte semejante habilidad a las letras?, porque con las ciencias puede existir el riesgo de que se convierta en un arma de doble filo. Esto también habrá contribuido a su fracaso y dolor. Pero como él siempre era alegre por naturaleza, idealista y *tonto*, ello no le preocupó en todo momento, por lo que se puede decir que fue normal, que fue feliz con sus alegrías y sus tristezas. No por otro lado estamos hablando de uno de sus síntomas, porque todo el monto es mucho más complicado, pero ya vamos teniendo material para hacernos una mejor idea con lo que estamos tratando.

Después del verano el cambio va a ser profundo. Otro colegio y otro lugar; otros niños y otras posibilidades; otra disciplina y nuevas vías de enseñanza. 1970 representa el máximo color del sol en aquella calle donde se situaba su primer colegio. Era más claro que el de 1967 y el de 1968, porque su mente era mayor y el uso de razón le guiaba ya por un camino más concreto, aunque éste todavía tuviese muchas posibilidades, muchos senderos por los que perderse. El sol de estos años es más ligero, popero, más suave y sincero. La música era bastante pura en aquellos años. Después fue tomando, dicen los críticos, mayor significación, pero ésta, todavía para la suerte de los grandes hombres, era un fin meramente estético porque el engaño apenas estaba detrás de aquellos primeros estudios de grabación. La música, a pesar de todo, era lo más importante. Hoy en día, detrás de la fachada, se esconden la vulgaridad y la ignorancia, faltando la frescura y supreciado ritmo ligero. Las ganas de vivir se han hecho artificiales, y por muchas asociaciones que ahora tengamos, jamás podremos sustituir a la imaginación. Apenas ya se sueña con alternativas, apenas ya se sueña, ¡incluso en sueños!, lo que están procreando unos seres bastante dirigibles para las operaciones de nuestro zeppelin. **Led Zeppelin**, o mejor, **Savoy Brown Blues Band**, eran un nuevo grupo sincero y bueno, culto y metódico desde hace unos años. La propaganda no basta para creernos sus intenciones. ¿Por qué he de creer a los nuevos? ¿Por su mera bandera? Ahora no sé si estoy hablando por mí mismo o por el de nuestro héroe ya algo crecido. Da igual, porque el resultado primero debe ser intencionado y después meramente estético. Pero ambos nunca han

de ir tan separados. Todo puede hacerse a la vez y en su momento; quizá también esté haciendo yo ideología política de lo que no es, lo cual, por incongruente, puede traernos fácilmente la violencia por querer imponer lo que nos parece justo. No creerá, en cambio, nuestro muchacho, en las banderas del futuro más que en lo que posean de ideal. Ahí está la diferencia, porque su bandera no significará mucho consigo mismo, solo lo necesario. Antes siempre estará ese ideal, su egoísmo nunca con él se confundirá, por lo que la tendencia hacia el autoritarismo meramente quedará muerta dentro de su mente. No hablo ya de no obtener prebendas sino de ni siquiera obtener un beneficio personal sobre los demás que le dé el mayor placer, tan soberbio y tan ansiado por muchos hombres, por demasiados. Su sobresalir siempre irá ligado a la ingenuidad, querrá demostrar su inteligencia, obtener la mejor nota como en un juego, pero jamás sobre los demás. Él mayormente solo quiere jugar con sus compañeros, y eso sí, llevar las mejores notas a casa. Solo odiará a los que le pegan y le humillan, pero no a los que no saben. Ese principio le guiará por el camino de la enseñanza, y fuera de paternalismos, se empeñará en que sepan tanto como él, porque ingenuamente aún cree que en este mundo todo es posible. A veces se aliará con algún torpe, pero fuerte, al que le ayudará en los deberes, y que le defenderá de los malos y fuertes. Pobre tonto, que con esas ideas que se ha creído de los **Evangelios**, sin remodelar, llevadas al pie de la letra, para no aprovecharse de los beneficios, tan contados, que hay en esta selva humana... ¿adónde vas, pequeño? Sus padres, ciertos profesores, algunos vecinos, cierto entorno, cierta década incluso, tienen toda la culpa.

Una tarde de las vacaciones José Miguel fue a visitarle a su casa. La hora era algo intempestiva porque apenas eran las cuatro de la tarde. Él hacía poco había comido. Su madre le abrió, a pesar de que no le agradaban las visitas. Tampoco quería que se acostumbrasen en su casa los compañeros de colegio de su hijo, porque bastante faena ya daban sus niños. Hacía un año que Guillermo tenía un hermano, pero esa será historia para otro momento. De todas maneras, el color del verano y las buenas perspectivas que se daban en casa, propiciaron que Guillermo tuviese una espléndida tarde. Le sorprendió que José Miguel estuviera a esa hora de la tarde en su casa. Era un acontecimiento inédito, porque el sol tan azulado de esa hora de verano rodeaba a su amigo. José Miguel era algo amorfo. La madre de Guillermo le decía que era un poco giboso porque echaba la cabeza muy adelante. Además, un hombro estaba más ligeramente subido que el otro. El pelo le era muy lacio, enterrubio y las gafas parecían reforzar sus taras. Pero José Miguel era un ángel para él. Muchas veces se había comparado físicamente con su amigo. En su profundo pensamiento se consideraba más delicado y bello. Su madre envanecía este ánimo, pero era verdad tal comparación. Lo que a Guillermo le salva es que su consideración es natural. En este mundo no podemos evitar las comparaciones porque ellas mismas son la fuerza para estar en el mundo. Con ellas aprendemos y diversificamos la vida; solo que otros cabrones seleccionan. No había ningún grave problema en su mente, porque lo primero era, que quería a José Miguel, y cuando se metían con su chepa en el colegio,

le consumía por dentro la fuerza del odio que en él siempre va a ser tan fuerte, tan puntual y tan breve. Estos grados evitaron graves males provenientes de la venganza, aunque en ocasiones la suerte le salvó de más de un disgusto. José Miguel era su gran compañero, la persona de su edad con la que podía compartir la mayoría de sus pensamientos infantiles tan profundos, y que a sus padres y a las personas mayores no podía contar porque eran asuntos exclusivamente de niños. Dios había decidido que tuviera esos defectos y a Guillermo le ayudaba el propio carácter de José Miguel para que la tristeza fuese llevadera. Con el paso del tiempo los defectos de José Miguel se hicieron inextricables y él siempre sería de nuevo así si volviese a nacer. Guillermo eso lo creyó no por una mera convicción de ideas sino porque su personalidad siempre adaptaría al tiempo las cosas. La costumbre y cierto conformismo serán una de sus bazas, como por otro lado ese grito desesperado de protesta que nada tendrá que ver con los vulgares voceadores de la política.

- Hola señora Carmen, que he venido a ver a su hijo. Hola Guillermo, vamos a ver si tu madre nos deja salir un momento. Daremos una vuelta hasta el parque.

José Miguel le hablaba como si fuera su hermano mayor. Él era su protector en el colegio cuando le querían pegar o cuando le insultaban. Guillermo también lo veía claramente de esa manera y aunque solo le llevara unos meses escasos, le producía otra sensación. Él era su gran gigante. Junto a él jamás tendría ningún miedo.

La señora Carmen vaciló un poco ante el planteamiento de José Miguel para la tarde de su hijo. Pero para sorpresa de éste cedió e incluso notó en el semblante de su madre cierto aire de transigencia que se correspondía con la espléndida estación en la que se encontraban. Sus labios pronunciaron suavemente el sorprendente sí, pero argumentándolo con cierto tono que indicaba que aquello no era en absoluto pecado, que podía ser, que lo único por lo que siempre se oponía a su salida era por el miedo, y que también en las épocas de estudio aquellos correteos por las calles del barrio no conducían a nada. El espléndido sol de verano resultaba todavía refrescante entre aquellas callejas húmedas. Los grises y claroscuros no evitaban de todas maneras la perfección del verano mediterráneo. Todo se alineó para que calor, sombras, azul y verde acompañasen a nuestros pequeños. Las plantas estaban exuberantes en los balcones bajo aquel azul tan terso. Cuando bajaron las escaleras, él detrás de José Miguel, siguiendo al jefe que sabe muy bien lo que hay que hacer para divertirse, quedó impresionado por un ambiente distinto. Él nunca salía a aquellas horas para aquél propósito. El aire de libertad que respiraba nada tenía que ver con tantos tópicos. La libertad aquella era iniciática, y el uso de este adjetivo vuelve a estar aquí presente porque el narrador quiere explicarse de alguna manera, a pesar de sus limitaciones. Iniciático significa primerizo y único. Por primera vez y a su aire las calles pasaban para los dos. Santa María del Mar era menos seria. Poseía hoy ese color de las cuatro de la tarde que tanto apreciaba desde el terrado, mas el aspecto de estar él en la calle, y con su amigo, y no para comprar algo, le remarcó un nuevo

cúmulo de sensaciones. El griterío de los otros niños apenas se contemplaba porque estaban todavía viendo la tele. Daba igual perderse esa tarde la serie de marcianos.

- Iremos al parque y después iremos a mi casa donde te enseñaré mis nuevos juguetes.

Después de todas las peripecias, la tarde de ese verano imprimió una nueva página en su diario. El sol era el mismo pero distinto; las macetas contenían nuevos matices; el horrible herrero no estaba en el taller de la calle *dels Sombrerers*. Otra persona, ésta, un chico más bajito y joven parecía no tener ninguna de las características del otro empleado que le perturbaban. Comprendió, en este nuevo alarde de la vida, que las cosas podían verse de otra manera y que incluso algunas podían dar mucho menos miedo hasta llegarse a prescindir de ellas. José Miguel era de ese carácter sencillo y fuerte para tomarse la vida sin apenas tragedias, genio que a Guillermo le faltó bastante en las primeras etapas de su vida. José Miguel decidía siempre bien. Pero a Guillermo, si quería llevar algo a cabo, le faltaba prudencia para no meterse en historias poco prácticas que lo único que le iban a hacer era perder tiempo, y desde cierto punto de vista, hasta dinero. El rasgo de la decisión es muy importante en esta vida, pero en este chaval va a estar unido meramente al espacio vocativo, por lo que muchos se le reirán debido a los ingenuos horizontes que su conciencia irá trazando. Casi a los treinta años fue cuando a esta habilidad unió la inteligencia práctica. Unos años más tarde pudo sedimentar su furia innata para lograr un modo de vida, que no lejos de sus primeros impulsos, le ponía sobre la tierra de sus semejantes como un hombre natural y hasta práctico, pero sorprendente y polifacético. Pero ahora él era todavía muy niño, demasiado inocente en comparación con José Miguel. Su amigo imaginaba cosas, se inventaba hechos e historias. Su imaginación era poderosa. Pero todo ese carácter productivo dependía de su aire pillo. Sabía muy bien emplear el poder de su imaginación para conseguir reírse de otros muchachos e incluso para encontrar un beneficio. Guillermo, sin embargo, creía todo a pie juntillas y el mundo fantástico, que le venía dado desde fuera, existía de verdad. José Miguel era hijo único. Sobre él caía una disciplina, pero que poseía bastante flexibilidad para no hacerse nunca horrible. Su padre era socarrón y la madre, sorprendente, le consentía salir a ver a sus amiguetes. Eran las taras de su hijo las que obligaban a su triste corazón a darle la suficiente libertad para que no subiese cohibido en esta vida. “*Pobre hijo, ¿qué será de él sino se hace fuerte en alma y cuerpo?*” Éste era su pensamiento y la original resolución para un hijo único que no era modelo porque su madre avistó desde el principio la realidad. Pero fue ello lo que le salvaría del destino que les esperó a otros tres amigos que Guillermo tuvo en el futuro, uno de los cuales será su inseparable amistad durante años.

Cuando Guillermo llegó a casa, en absoluto se quedó triste. La reacción más lógica no fue la de un animal, sino la de haber pasado una gran tarde que recordaría durante mucho tiempo. Aquellos juguetes que vio en la casa de José Miguel, unos más rotos que otros, le alegraron todavía más su corazón. Guillermo estaba a punto

de cumplir los ocho años. Veía como se acercaba a la primera decena y el hecho de saberse más mayor se relacionaba magníficamente con las sensaciones que tuvo durante esta tarde, unas sensaciones que le ofrecían un mundo mucho más abierto y bello.

TERCERA PARTE de la primera infancia

I

La tarde rodeaba el gran despacho como tantas veces. Sin apenas ruido -quizá a lo lejos aquel rumor informe de la circulación de la **Diagonal**, cada día más estridente, salvo por el sonido que sus manos producían al coger o doblar algún papel, o al escribir con su pluma especial, y que le regaló su suegro como símbolo, cuando se casó con su hija y en la que hizo grabar sus iniciales y las de su mujer, sobre su punta de oro- intentaba concentrarse en alguna nueva idea. Hacía un buen rato que había despachado los asuntos acumulados durante la mañana. El pago de alquiler, que le producían sus antiguas fábricas de tejidos, había llegado puntualmente este mes. Las acciones y obligaciones continuaban dando sus normales beneficios, y lo más importante, la seguridad de aquellos ahorros, y que iban produciendo día tras día en el banco, le dejaban continuar la vida con una total monotonía y despreocupación. Las fábricas de Torelló en **La Garriga** fueron bien vendidas. Se alejó de aquellos años de intenso trabajo al lado de su suegro con el que aprendió el frenesí de ganar dinero, de no fiarse de nada ni de nadie y de asegurarse siempre las espaldas. Él entró de aprendiz como "*hijo de una familia modesta*". Las palabras eran de su suegro. El señor Torelló era hijo de un dentista y de una profesora de letras en colegios de pago para los hijos de grandes familias. Le dieron una extraordinaria instrucción y muy buenos consejos de humildad. Ciertamente sus padres querían que subiera en el escalafón social, que entrase a formar parte, si fuese posible, de los sectores más fuertes de la industria catalana, porque el deseo del pequeño siempre fue el de ser ingeniero. Si no quería ser dentista y como era imposible que siguiese los pasos de la profesión de su madre, ya que él no era mujer para dedicarse a una tarea que en aquel tiempo era más un *hobby* para ellas que una emancipación (con lo cual poco hemos cambiado), debía estimularse en las mayores posibilidades. A pesar de todo, el carácter de sus padres, siendo tan de su clase, no poseía las más burdas intenciones de las personas o sectores sociales en los que deseaban subir y subir. Le dejaron estudiar su carrera de ingeniero industrial al fin. La opción era noble, pero el camino se lo debía abrir él solito. En la consulta no hubiese comenzado desde cero, pero tampoco las poderosas amistades de sus padres les animaron a desdecirse de las intenciones de su hijo. Siempre podían pedir una ayuda a última hora. No por nada, por la consulta del padre dentista pasaban mayormente personas de primera magnitud. Cuando **Ferrán** en uno de sus primeros trabajos conoció a la hija de empresario de lanas y panas **Ramón Subirats**, no solo fue la obligación de clase la que le atrajo hacia ella, sino esa dulzura y aparente sencillez que disponía en sus formas, y que tan bien se acoplaba a su propio y sencillo carácter religioso, la concausa que le obligaron a hacerle la corte. El padre de **Montse Subirats** ni vio con buenos ni malos ojos aquellas intenciones. Como el control de la situación lo poseía él, como para dejar salir y hacerle cumplir un horario a ella y a su pretendiente, él tenía la última palabra, así que el problema en absoluto iba por ahí. El chico poseía

muy buena presencia y educación, dos circunstancias que en su opinión deben existir como primeras en las buenas características de toda persona de clase. Estaba asqueado de ver a tantos petimetres de buenas familias que lo único que hacían eran avergonzar a sus consentidos padres. Las tradiciones y el amor al trabajo comenzaban a perderse en aquellos tiempos tan duros que comenzaban a serlo a principios de los años treinta y que tan despreocupadamente habían perdido en los veinte. Ferrán no venía de una gran familia hacendada, pero la educación y la responsabilidad le habían sido concedidas por “*el dentista y la profesora*” como primeras premisas. No podrían engrandecer sus propiedades. Llegado el caso, empequeñecerían incluso, pero a su hija única, no le podría surgir tampoco otra mejor oportunidad. Ella era “*tan tímida y tonta*” que con un nuero tan responsable, y tan bien mandado, las cosas no podrían salir mejor. Finalmente Ferrán se casó con Montse a los veintiocho años. Era el año 1935.

Como la guerra les afectó muy pronto, no tuvieron el primer hijo hasta el año 1942: **Quique**. Los médicos aconsejaron a su mujer que tardase en concebir los siguientes, así que no fue hasta 1947 y 1949 cuando tuvieron a **Enric** y a **Javier**. La guerra apenas afectó a la seguridad de las familias. Salvo por el mal uso que se hizo de las fábricas por parte de los grupos de acción económica republicanos, físicamente no sufrieron ningún daño. El miedo siempre existió, porque los años de beligerancia se hicieron inseguros para todos los catalanes y españoles, pero la familia Torelló, gracias al soborno y a sus amistades, salió mejor parada que otros que se empeñaron en enfrentarse directamente con los que en esos momentos tenían las armas. En 1948 murió el suegro y toda la heredad pasó a las manos de Ferrán. Gracias al conocimiento técnico de la industria textil, a la habilidad con la que llevó los primeros años de penuria, en los que incluso consiguió exportar a terceros países, por el riesgo que tomaba en ocasiones al introducir adelantos técnicos y a la inteligencia general que disponía, logró que el negocio fructificase en dos sentidos bastante amplios. Uno era que fuese suficientemente rentable, por lo que la regeneración del negocio se haría posible para con sus hijos; otro, aunque si su suegro viviese se lo hubiera reprochado hasta apartarle de los negocios, era el trato especial con los empleados. Serio y muy disciplinado, exigía esfuerzo y puntualidad, dos funciones que en toda empresa se cumplen, pero que en él eran manía. En compensación, pero ésta era otra parte de su carácter y no la disculpa, los obreros a su cargo eran tratados como personas y si sus peticiones (que para él lo eran), eran lógicas, no dudaba en proporcionárselas. Cuántas veces regaló ropas, adelantos, entradas de piso que luego rechazó que se las devolvieran. Como tampoco le avergonzaba ir a ver a los enfermos graves en sus miserables pisos o criar los bebés, a su cargo, durante el primer año. Todo ello se enturbiaba dentro de sí en una atmósfera que iba mucho más allá de la filantropía. Ésta nueva ciencia del siglo pasado, que pretende borrar científicamente nuestras faltas sobre los pobres, para él era un simple fariseísmo. Era igual que el creyente que reza y hace buenas obras para ir al Cielo. No, a pesar de que su mente era excesivamente rápida, pues le acudían a la vez multitud de ideas, y que frecuentemente le autocensuraba su propia familia esa excesiva humanidad suya, para

él sus propios actos eran de lo más natural, por lo que no les daba mayor importancia. Suele ocurrir con este tipo de personas, que han nacido solo para los demás, y que estúpidamente se olvidan casi siempre de sí mismas -comentan los de siempre-, que creen que nunca hacen demasiado. Parece ser que se creyeron a pie juntillas las enseñanzas religiosas, porque nunca vieron detrás del libro otras interpretaciones que las que tan claramente se caligrafiaban sobre aquel papel tan bello. Lo que él consideraba indolencia era simplemente el estar pensando más de la cuenta, encima del lecho, sobre las cosas más mezquinas de esta vida. Esta sensación, siempre preocupación, le hacía perder el tiempo en idas y venidas que parecían trastocar todo el conjunto de sus ideas muchas veces. De repente, se tenía que levantar de mal humor sin haber solucionado sus soliloquios porque Montse le llamaba a gritos de que ya era hora. Los domingos y festivos podía dejar perder su pensamiento mucho más tiempo si lograba despertarse antes que su mujer, y cuando por fin podía finalizar el pensamiento que le atormentaba, tendría al fin una mañana feliz junto a sus hijos, paseando por esos hermosos parques de la zona alta de Barcelona. A diferencia de Guillermo, la madurez y la serenidad mental estaban plenamente asentadas en Ferrán. Guillermo, por si no lo han intuido todavía, posee una base ciertamente enfermiza. Sus impulsos son artificialmente rápidos, pero al ser naturales, fuera de su control, le crearán un devenir bastante perturbado e incluso muy triste. Pero Ferrán creció normalmente y sus elucubraciones existenciales se desarrollaron mucho antes. Pero a favor de Guillermo, y no en contra de Ferrán, estaba el hecho de su bondad también y de que la fragilidad mental jamás anidase sobre cuestiones de personalidad. El tema era simplemente motor y ello entretuvo en el tiempo al más débil, quitándole efectividad, pero al final obtuvo también su premio, no exento de ciertos ribetes de ingenio que le acercaban, en ocasiones, hasta a alguna estrella. Ferrán, más templado y normalizado, con la disciplina y el medio de vida solucionado, logró articular, sobre su extraña idiosincrasia, la beneficencia del sabio. Le horrorizaba ser paternalista, pero debía ayudar y esta obligación la vieron siempre sus empleados que era sincera. Por ello, cuando murió tan joven, no tardaron tampoco en ver su propio fin: tan unidos y dependientes estaban ellos a la fábrica.

El despacho disponía de una librería de maderas nobles, pero a él solo le interesaba la riqueza de su contenido. Las mejores obras clásicas, desde **Platón** hasta **Descartes**, desde **Cicerón** hasta **Rousseau**, desde **San Agustín** hasta **Dostoievski**, desde **Quevedo** hasta **Ganivet**, estaban ordenadas cuidadosamente en el tiempo y por géneros para que la búsqueda fuese fácil y lógica. La rica madera realmente solo le servía como mejor sostén, con el suficiente estilo y calidad, para que el fondo hiciese juego en todo su derredor. Las plumas eran solo dos. La tinta, como el papel, suficientes. Y el flexo, elegido con cierta elegancia. Un fino equilibrio sobre la alfombra yacía en el despacho. Quien entraba en él podía censurarle cierta sobriedad, pero jamás le achacarían nada como falso y engañoso. Es gracioso cómo los meramente ricos (los que únicamente poseen bienes y dinero) no se avergüenzan de un hecho, que para ellos incluso es tan evidente: de la excesiva decoración que

alcanza el más horrible abigarramiento. Los libros aparecen bien puestos pero no tiene ningún sentido para el inmediato compañero encuadernado ni para el supuesto lector mismo. La madera parece proceder directamente de la última exposición de ebanistas, mientras que ¿para qué ir a **Irán** a ver alfombras y tapices. Y que por cierto ¿qué pintarán esos tapices y al lado mismo de aquella armadura de lancero? ¿Y estas cosas nos deben impresionar? No entiendo; y entiendo.

El señor Ferrán cogió un libro con su particular parsimonia. La parsimonia tiene sentido cuando la intención está justificada y en este acto así lo era. Odiaba fingir y más si cogía *Guerra y Paz*. *Guerra y Paz* era para leerlo. ¡Cuántas veces volvía a releer aquellos párrafos subrayados! Desde siempre, cuando los estudios medios, le había gustado subrayar, eso sí, con extremo cuidado, los párrafos que más le atraían y que no necesariamente se tenían que corresponder con lo que el academicismo consideraba más importante. Dependiendo de las épocas, el academicismo ha considerado unas veces la política, la guerra, el deber militar y cívico, y ciertas divagaciones trascendentales como las más importantes: siempre por separado, siempre por alguna razón autoritaria. Pero en Ferrán las cosas deben considerarse como deben, y por ello, y hasta que alcanzó la madurez, su conocimiento fue muy difuso. Cuando la lectura y la relación social le llenaron de sabiduría ese gran pozo informe, universal, que representa el conocimiento y el comportamiento humanos, se concretó y no dudó en considerar los diferentes niveles de la vida ni excluyentes ni necesarios, sino simplemente posibles y fruto de nuestro terrible ardor humano. A veces reía algún párrafo subrayado en aquellos años. Lo borraba o rectificaba para marcar algo que se había escondido en las páginas blancas de más adelante. Este reciclaje continuo lo realizaba cada tarde e incluso antes de tratar sus negocios. Había conseguido a sus cuarenta y tantos años el suficiente equilibrio para poder concentrarse en lo que realmente le interesaba antes de enfrentarse con las fieras del circo. Antaño se ponía nervioso y se desconcentraba. Odiaba a todos esos segundones y accionistas que venían a incordiarle con sus estúpidos celos y ambiciones.

Había salido la portera a limpiar los dorados de la puerta y el ascensor cuando hizo un fino gesto acompañado de un rápido suspiro con los que demostraba desazón y desprecio. Llegaba una especie de jóvenes, que no por lo vestido demostraban ser de mala educación. Lo cierto es que uno tenía ya treintaicinco años y al otro apenas le quedaba una temporada para llegar a la treintena.

- Hola señora Juana, ¿ya con los trapos?

- Hola.

Existen holas que asombran por su contenido. Este era uno de ellos y significaba todo lo siguiente. No le importaba que aquellos jóvenes fueran de tan buena familia. Uno de ellos incluso era el primo hermano de la señora Torelló, el más joven y el más pequeño de la familia, y el otro, aunque de procedencia sospechosa,

parecía triunfar en el mundo de la bolsa. Conocimiento tenían, pero para la señora Juana era general su desconocimiento sobre las buenas formas. No podía creerse que aquel aprendiz de señorito fuera primo de la señora. Como en toda gran familia debería existir algún garbanzo negro, alguna oveja negra y descarriada por el mismo color; pero que en la familia Torelló existiese un ser como aquél y que el señor le consintiese su entrada, y con aquel desconocido, a pesar de su mayor corrección, no lo podía concebir. Ella siempre creía que las familias estaban nítidamente separadas como los ricos de los pobres. Si una familia era propensa a la vagancia y a la simple habladería, a vivir meramente de rentas, toda ella, más o menos, la ejemplificaba con sus correspondientes actos. Podrían existir pequeñas variedades de carácter pero en absoluto ningún miembro se desviaría de la columna vertebral que sustentaba a la gran familia. Así, un hijo podría ser más golfo por las noches, para no volverse a levantar hasta las tres de la tarde y así continuar con la juerga, como ocurría con **Ignacio**, el mayor de **los Solís** (*en el tercer piso*). ¡Pero quien no conocía al padre de Ignacio entre el mundo de las mujeres frívolas! Otros señores quizás habían tenido alguna aventura, algún desliz, propio de los hombres, incluso por culpa del amor, pero aquel hombre no se recataba en que le vieran a ciertas horas, e incluso vecinos, sentado con un grupo de golfas en las mejores terrazas y por la tarde. Sí, todo el grupo era cuidado y delicado, pero la ordinariez denotaba el carácter. En el caso que le interesaba, el absurdo se hacía mayor porque era el propio marido de la señora, el señor Ferrán, el que recibía a aquella pareja de extravagantes. Serían compromisos, sería incluso que su prima trataba de que su marido lo moderase, sería el nuevo mundo de los negocios que tenía que funcionar así, ¡pero como un señor como aquel podía recibirle!, y encima acompañado (aunque esto quizá era un favor por la mayor cortesía con la que respondía este acompañante: ¡cuántas veces le había censurado al primito, delante de ella misma, su actitud con los vecinos!). La vida antes era más sencilla. Hoy tomaba el mundo un nuevo camino, muy diversificado, como las estaciones terminales del ferrocarril que se diluyen entre mil cambios de vía. Las personas se diversificaban, pero ¿para qué? ¿Para ser meros escaparates? Es maravilloso lo que cuatro simples letras pueden expresar, reunidas y formando una palabra, por su tono; casi toda una vida incluso. Puede que también yo esté exagerando, pero a veces a uno le gusta divertirse de esta manera, con el simple, pero con toda la intención del mundo que tenía este *hola* de la portera.

- No me pisen el ascensor, que acabo de repararlo, suban en el montacargas.
- Señora Juana, que por ahí van los pasantes y las señoras de servicio, esas que pueden hacernos otros servicios -y no había acabado cuando una estruendosa carcajada salió de su boca.
- ¡Calla Ignacio!, no seas bruto, menos mal que usted ya le conoce.
- No sé incluso como usted va con él. ¡Qué vergüenza de chico!, comparado con su primo político.
- ¿Has visto **Carlos** como las porteras hoy en día te dan consejos y opiniones de cualquier tipo? Los tiempos cambian. ¡Ja, ja, ja! Señora Juana, no me censure

tanto cada vez que vengo. ¿Cuándo me recibirá con los brazos abiertos y me intentará dar un beso como si fuese su hijito tan deseado? Usted no ha tenido hijos, ¡pero si yo soy como si lo fuera!, tan bueno, tan guapo, tan gracioso, tan ingenioso, TAN INTELIGENTE!

- Sí, sobre todo eso, inteligente eres para sacarle, de seguro, dinero a tu pobre primo. Yo, para tener un hijo como tú, me alegro de no haberlo podido tener, ¡patán!

- ¡Si es como mi abuela! Tan discreta, que me dice con lenguaje callejero lo que realmente no soy -y en todas sus réplicas brillaba el tono de las comedias, que en él, más que característico, eran una necesidad -¡Oh “ ‘Advertidos, respetad la justicia y no despreciéis a los dioses’ . Aquí también está el que ha vendido por oro a su patria y le ha puesto por señor a un tirano; el que puso y retiró leyes por dinero; aquí, el que asaltó el lecho de su hija en cruel himeneo; todos realizaron hechos monstruosos y se lanzaron a ellos con audacia. Si tuvieran cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro, no podría relatar a todos los hombres de los castigos.»” (De **VIRGILIO: La Eneida**. Ed. Juventud (pg, 149).

- ¡Bah!, menos comedia, lléveselo señorito Carlos, por el montacargas, que todavía está húmedo el ascensor.

- Tira ¡tarambana!, y usted ya le conoce, adiós señora Juana.

- Adiós.

Existen asimismo adioses con personalidad, y éste de la señora Juana tuvo que entonarse de manera partida, porque tanto debía despreciar en la despedida a Ignacio, como agradecer a Carlos sus atenciones, como al mismo tiempo censurarle el por qué iba con eso? Llegaron al cuarto por aquel ascensor que a Guillermo tanta impresión le había producido siempre cuando iban a ver a su tía. Tan lento y silencioso iba ascendiendo piso a piso, dando los sonidos oportunamente en el tiempo cuando en cada uno de los niveles rozaba la cabina con sus correspondientes contactos. El murmullo mecánico acompañaba la monótona visión de las puertas de rejilla. Las letras que nominaban cada piso transcurrían lentamente y el niño se alegraba y se sorprendía con el ansiado invento. En su casa, en su barrio, ¿dónde estaban los ascensores? Realmente él era hijo de una familia humilde y las grandes calles y comodidades estaban para con otros. Las cosas eran así y de seguro que se le explicarían claramente en el futuro. Ahora, cuando llegaba a ver a su tía, que por cierto, el rellano no tenía escalera de escape, solo el ascensor de servicio por aquí, y en su mitad el hueco desde donde se lanzaba la bolsa de basura, se impresionaba de que hubiesen varias entradas a un mismo piso ¡y 2 ascensores! La categoría se preciaba por alguna circunstancia.

Ignacio y Carlos ya reían a carcajadas las ocurrencias del primero mientras subían en el ascensor. Ya Carlos había olvidado las mínimas formas y el desparpajo ya asomaba libre desde su alma. Siempre la señora Juana le intimidaba y la razón era de que muy en el fondo guardaba cierta vergüenza sobre su forma general de vivir. Incluso ese miedo denotaba la posibilidad de que un día Ignacio le olvidase y

entonces ¿qué? ¿Quién pagaría las juergas? Él sabía mucho de economía, pero nunca se había puesto en serio a ganarse la vida y a trazarse un camino recto y definitivo. Cuando Ignacio se cansase de él, y eso ocurriría, ¿cuánto tiempo pasaría hasta situarse? ¿Realmente lo soportaría, podría, estando solo, hacerse con ambas bridas de la vida? Ahora era muy cómodo salir cada día de juerga y esperarlas venir, porque Ignacio era hijo de un padre consentido y muy rico. Por eso se comportaba con tanto desparpajo, sin preocuparse de nada. Por ello también parecía tener mejor sentido del humor y no le ofendían, en absoluto, las palabras de la señora Juana, que en el fondo era una simple portera, aunque con mucho mundo, de ese mundo que fabrica la vida y no los libros.

Llamaron al timbre, y mientras Guillermo estaba asustado y nervioso por lo que habría tras la puerta. Los dos amigotes golpeaban la puerta sin reparo alguno, al grito unísono de: *“Querida prima, querida prima, ya estamos aquí. Primo, primo, eres el mejor.”*

Ferrán miró hacia cierta zona del vacío de su despacho y de la manera más tranquila recogió una serie de papeles que escondió sin orden, pero que perfectamente encasilló en el folder adecuado de una carpeta de fuelle. La carpeta la cerró y la dejó sobre su hueco en la librería. Después de la visita volvería a trabajar en ella para ordenarlos de verdad, para terminar los asuntos pendientes.

- Primo, primo, ya estamos de nuevo aquí.

Ya estaban sin presentación ni previas esperas dentro de su despacho. Siempre era así y siempre la sirvienta no tenía necesidad de perder el tiempo en ningún protocolo. Sería estúpido con ciertas personas.

- ¡Qué! ¿Qué contáis hoy?

- Negocio seguro, las tabaquerías van a subir al galope y tú como un tonto sigues sin invertir el preciado dinero de tu prima.

- Que yo administro y aumento de manera segura, que no gasto en juergas y que reinvierto en el bien común de nuestro patrimonio.

- Con que pocas palabras me contestas. Me dejas tieso de golpe, primo. ¡Ja! De verdad, jamás te podré echar en cara tu braguetazo.

- ¡Habla bien, maleducado!

- ¡Pero si es verdad! y perdona que repita la grosera palabra, pero es que no se me ocurre ahora otra. ¿A ti no te pasa que presientes el contenido, sabes de qué concepto hay que decir ahora, ¡pero que no!, que de esta cabecita nuestra no salen las palabras adecuadas y que uno mismo desea?

- Si estás acostumbrado a hablar mal...

- ¡Que no!, que no es simplemente eso.

- Y a beber mal...

- ¡Ay, primo! ¿Cuándo te pillaré?

- ¿Y cuántas veces te diré que no me interesan las acciones? La única inversión que prefiero es la segura. Las obligaciones producen mucho menos, pero siempre hay ganancia, porque cuando no la hay es que llegan la guerra o la revolución, el fin.

- ¡Pero así nunca te diviertes, sufriendo, gozando al día siguiente del anterior cataclismo! La vida debe ser así, romántica, pasional.

- Para un solterón sí, uno como tú, que cada semana recibe el maná de su mismo padre y retrato.

- Pero Ferrán, si tú podrías de sobra divertirte un poco. Con cierto capital disfrutarías del maravilloso mundo de la bolsa. En sí, la bolsa es romanticismo, habilidad, racionalismo e intuición a la vez. Riesgo de los antiguos héroes que van hacia **Troya** a fenecer.

- ¿Pero qué tonterías cascas? Pero si la bolsa es como un barco repleto de bucaneros, todos pronto a comerte.

- ¡Anda, Carlos, si hasta habla como los obreros!

- Ya sabes que un obrero de los míos tiene mucha más educación y prudencia que tú -le respondió con una sonrisa delicada y que denotaba simple broma sobre las palabras predichas. Ferrán sabía equilibrar definición y cuidado. Podía reírse de la persona que tuviese delante, e independientemente del carácter con el que se enfrentase, le sabía responder, sin que el interlocutor se molestase, con lo que le debería decir todo el mundo. Al mentecato de su primo siempre, y cada día ya desde hacía años, le había expresado, en sus propias narices, lo vulgarmente frívolo que era. Ignacio en absoluto se enfadaba, siempre deseaba que le redefiniere como si fuera un ejercicio de contrición. Así supuraba sus evidentes defectos, culpas, pecados.

- Pero Ferrán, yo acabo de ganar en un día un 6 por ciento de golpe. Tú, para ganar ese seis, necesitas de todo un año.

- Que no es el dinero lo que me interesa. Que si fuera por eso me habría dedicado a ello exclusivamente. Que para ganar en bolsa hay que estar ahí todos los días, disponer de los mejores contactos, saber cuándo cierta cantidad de incautos van a caer en la trampa que se les ha puesto, y así, y antes de que los tontos se den cuenta del engaño, actuar un segundo antes que ellos, para quitarles, de la manera más fácil ¡y vergonzosa! -alzando la voz-, todo su dinero. Aunque no me dan tampoco ninguna lástima, porque cuando ellos están en el juego es que pretenden lo mismo. Lo que ocurre es que la bolsa tiene su significado por la existencia de distintos niveles de información.

- ¡Pues claro! Si tú sabes mejor que nadie como todo ello funciona.

- Y porque yo tengo dinero y tú no, ¡porque te lo gastas todo en lo que no debieras, en juergas y golfas como tu padre! -volviendo a alzar la voz con el mismo tono-. Siempre me vienes a suplicar para que te suelte algo y participe en tu **Cine locuras**. Pero el tiempo es oro.

- Y tú lo prefieres gastar en tus cuadros, libros y culturetas.

- ¡Qué lenguaje!

- Como tu **Cine locuras**.

- Lo mío es un juego de los tebeos -le respondió sonriendo y entrando en el recreo socarrón de la cháchara-. Recuerda que también tengo alma de crío.

Ferrán, finalmente daba el giro de timón en el último momento para no parecer pesado. No valía la pena discutir con Ignacio, no le iba a cambiar, ya lo había intentado. Lo mejor era continuar *redefiniéndole*, y como un juego diario, decirle ligeramente lo que su primo pensaba de él, para que entre sonrisas ambos pudieran relacionarse. Era el único medio con el que podía hablar con su primo para no discutir. A Ferrán no le gustaba alzar la voz, era sensible y esta categoría humana prefería diferirla mejor hacia sus óleos. Su mujer era todavía bonita, pero se había vuelto insoportable con sus diversiones. Los años habían transcurrido y aquel primer amor ingenuo, más bien infantil, había desaparecido por completo. Menos mal que Dios y el Arte todavía estaban dentro suyo para aguantar esta vida. ¡Y sus hijos! Debía de luchar contra su mujer para que la influencia fuese también por otros caminos, pero sus hijos eran parte de su propia carne, como un panteísmo, como una derivación de sus articulaciones, que se adentran hacia el fondo de la tierra, como las raíces, buscando su sustancia. Al señor Ferrán le gustaba imaginar, prontamente se le iba el pensamiento por mundos imaginarios que se apoyaban en el conocimiento histórico y filosófico. En las comidas y en las cenas su mujer le censuraba esa mente siempre evaporada, pero conseguía pronto resarcirse con una sonrisa que pronto acompañaba de un sincero beso. Su mujer volvía a recordar y a concebir que su marido no estaba muerto, que quizá ella era la culpable. Todavía las noches aún tenían en ocasiones toda la pasión, hasta que la locura se alió con la edad. Los últimos años de vida del señor Ferrán una horrible tabla separaba la gran cama de matrimonio. Eran tiempos de la nueva puesta en escena, por parte de la *Hammer*, de los clásicos de terror, y entre algunas de aquellas paredes de la casa la similitud podía hacerse.

- Tú Ignacio -y también mirando a Carlos-, los dos me servís para un fin práctico. Me quitáis tiempo de encima, administráis mis obligaciones y las pequeñas inversiones de mi mujer en las finanzas, y así yo puedo dedicarme al arte -y de sus palabras no desaparecía la risa irónica e infantil.

- Ya, ya, y tú a perder dinero.

- A no ganar más, pero la vida es otra cosa para mí. Tú mismo citas a los clásicos, a **Ovidio**, a **Virgilio**, a **Sófocles**, pero siempre en las mismas y únicas frases que te quedaron de tus pobres estudios y que solo te sirven para quedarte con esas golfas con las que vas. No cumples lo que predicas-. Y lanzando una sonora carcajada recibió en el aire un pequeño gesto despectivo de la mano de Ignacio.

- ¡Bah, bah!, pero los nombro. ... Siempre me dejas en ridículo.

- Carlos ya ha visto tantas veces esta comedia nuestra, que como si fuera de la familia.

- Siempre le digo a Ignacio que debería seguir tu ejemplo, y esas palabras memorizadas enriquecerlas con algunas más.

- ¿Ves? Hasta tu compinche me da la razón.
- ¡Cómo si fuese mi Carlos mucho más inteligente que yo!
- ¡Vaya pareja! Dios los cría y ellos se juntan. ¿Qué me contáis hoy?
- Que van a salir nuevas obligaciones con el nuevo ministro. Darán un simple rédito del 4 por ciento, pero como es lo único en lo que quieres invertir...
- Entérate bien y si lo ves seguro invertiré cincuenta mil.
- ¡Ay si tuviera cincuenta mil!
- Te irías con la rubia, la morena, la pelirroja y la...
- ¡Biblia!
- ¡Largo ya!, no seas soez.
- Pero si tú mismo me das pie.
- Adiós Ignacio, hasta pasado mañana. Carlos, vigílale, sin ti, por mucho que diga su familia, sería peor. El problema es él mismo, mejor dicho, su propia familia y no las extrañas compañías. Ellos han sembrado y ahora se quejan de lo que recogen. Aunque en el fondo no es mal chico; su frágil carácter, porque nunca se da cuenta de que uno se hace digno trabajando y sacrificándose, de que aunque llueva para su suerte el maná desde cualquier punto del cielo, es el orgullo, la mínima demostración de que podemos hacer algo por nosotros mismos, el verdadero motor de nuestra alma, de nuestro ser.
- ¡Adiós filósofo! Por cierto, ¿no fumas?
- ¡Lárgate ya! Que no voy a a invertir en tabaqueras.
- No hace falta que hables más. Me gusta divertirme contigo. Tú en cierta manera también te diviertes con nosotros. Adiós, hasta pasado mañana.

Y qué razón tenían también aquellas palabras de Ignacio. Él mismo se divertía con esos dos petimetres. De hasta lo peor él debía de sonsacar arte, algo positivo, bueno, aunque fuera una simple frase. El mundo sin fundamento ¿a dónde nos conduciría? Y el silencio de nuevo se apoderó de su despacho, y antes de volver a sacar aquellos papeles de la carpeta para ordenarlos e irlos despachando, volvieron a apoderarse de su ánimo aquellos pensamientos verdaderos de los que únicamente era él fiel esclavo.

Guillermo también, por otra parte, abandonó aquella casa con otro aire. Comenzó a entrar en su tierna alma una atmósfera todavía incomprensible, pero profundamente llena de sensaciones. Los colores, las formas, los olores, las palabras, todos los objetos, en general, de la casa le hacían concebir dentro de su pequeño mundo algo grandioso para el futuro. El futuro, ese héroe siempre a la espera en la vida de Guillermo.

La pintura y el dibujo se le habían dado bien desde la infancia. Chico sobresaliente durante la adolescencia, pronto tuvieron sus padres que comprarle dos caballetes, aparte de todo lo evidentemente necesario para acuñar la belleza contenida dentro de su mente en la tela de los lienzos. Se le preparó un cuarto y el ya joven dispuso de un hermoso estudio como caído del cielo y en un instante de tiempo.

Cuando con los años fue comprendiendo que no todos los hombres podían disponer de tan perfecto cuarto, ni tan siquiera para dormir, tuvo que buscar rápidamente las respuestas. ¿Cómo unos peones no podían tener su necesaria cama en una habitación donde él simplemente pintaba. Cada día trabajando para que el precioso momento del día el cuerpo no tuviese un decente lugar donde resarcirse. Si a ello sumaba la humedad, el frío, las noches en que el bocado no existía antes de acostarse, surgía desde su ser la incongruencia, la incompreensión del mundo que le circundaba. La respuesta de que todos aquellos seres del bajo mundo eran unos vagos era absurda. ¡Pero si eran los que verdaderamente trabajaban en la fábrica! ¿Cuánto le costaba a él hacer funcionar el papeleo, los pedidos si las cosas marchaban bien? Cuando la economía lo permite, los negocios andan solos. Después, sin que se sepa muy bien por qué, el pequeño empresario va desapareciendo, pero esto será más general en las décadas subsiguientes. Ahora se encontraba Ferrán en unos años de calma, los negocios iban bien y las más grandes penurias comenzaban a alejarse cada vez más de las gentes más pobres. Los que más trabajaban para embrutecer sus también bellos rasgos eran los asalariados, los obreros, los patanes. Qué asco le producían las palabras con las que los definían sus parientes. ¿Por qué eran ellos mejores? ¿Por que poseían los negocios con los que poder instruirse? No eran precisamente Ignacio y su padre un ejemplo. Como había leído hace poco en una de las últimas novelas de Tolstoi, del famoso escritor que evolucionó en conciencia dentro de su clase por culpa de la pobreza que le circundaba, y sin llegar a ninguna escabrosa teoría que arruinase su sensibilidad y credibilidad, sencillamente porque él era honrado, los pobres podían mejorar. Simplemente se les había embrutecido para enriquecer a otros que asimismo se cuidaban en formas e ideas. Quien dispone de tiempo libre, puede divagar, ilustrarse y también, asimismo, corromperse; la especie humana. Los principales teóricos marxistas e ideólogos sociales solo podían proceder de la burguesía o de sectores nobles ciertamente sospechosos. ¿Quién puede escribir tan bien fuera de su terrible trabajo cuando encima ha de alimentar a su mujer e hijos? Todo lo tenía bien claro Ferrán a esta edad. Generalmente muchos obreros eran soeces hablando, se emborrachaban, se maltrataban entre ellos, pero de seguro que se decían antes, y mucho más, las verdades en la cara, porque poco hay que esconder cuando es la pobreza la que supura por todas partes. Cuando la sociedad se complique será entonces que surgirán las bellas estampas de la mentira para el enriquecimiento del teatro y de la novela. Pero eso apenas durará veinte años, lo que le cueste a la sociedad española de pasar del campo a la ciudad. Tras el primer sedimento todavía quedará el suficiente espacio popular con el que respirar. La cultura urbana les cubrirá con los suficientes dorados en un primer instante. Los necesitaban también. La cultura no ocupa lugar cuando se trata de mejorar. Pero pronto vendrá el barroquismo, y ya no estará el señor Torelló para ver lo que ya iba presintiendo. El pueblo se complicará, querrá los mismos vicios de la clase alta, muchos de sus miembros los alcanzarán en cierto nivel y se les nublará entonces el cerebro. Incluso los que no puedan serán tan estúpidos para desear ser como los que salen en las revistas, esos protagonistas que pronto se frustran con el vicio y la perdición; se han

dado cuenta que solo valían por lo que producían; cuando no, ya ni un duro dan a ganar; ese es el amor del dinero. La vida fácil ocupará el lugar anterior donde el exagerado sacrificio provocaba otro tipo de frustración. Pero tal vez esta, ¡no seguro!, hacía soñar, pensar más en el destino, en la esperanza, a pesar de las tantas borracheras y palizas de alrededor. Pero de seguro que su generación, la de la pobreza, la de la única igualdad, era más sincera, porque todos sabían de donde provenían y no había posibilidad de esconder el origen ya que se hacía imposible. Creo que el narrador se ha aliado con la divagación del señor Ferrán y en el párrafo se ha excedido, adelantando características de nuestro presente. ¿Pero la Historia, en el fondo, no es un *continuum* a pesar de las revoluciones? ¿Cuándo aprenderemos a ver que las revoluciones lo único que han hecho es cambiar simplemente los títeres y sus maneras, pero no los fundamentos entre los ricos y los pobres? Debe ser cierto que siempre estamos hablando en teoría, en lenguaje poético y utópico, desde que se escribió la Biblia en lenguaje sagrado hasta los últimos pasquines que edita cualquier pseudopartidillo de izquierdas contemporáneo, que lo único que busca es conseguir la subvención electoral u otra manera de lavar dinero?

Es el año 1957. Los hijos de Ferrán ya tienen quince, trece y diez años. Besan a su padre todas las noches y con el correspondiente boato y orden en la fila. El mayor parece tener las ideas claras de lo que va a estudiar. Quiere ser ingeniero industrial como su padre. Ha sido más la imitación que el que su padre le incitase a ello. Seguir la herencia es lo más fácil. A Ferrán no le gusta que sus hijos sigan sus pasos forzosamente, pero un hijo debe heredar al menos la dirección de las empresas. Con Quique todo ha sido bastante fácil. El mayor ha redibujado la estela de su padre de forma sencilla. Los dos menores han salido más mimados y prefieren el orden ficticio de su madre. Montse siempre ha sido cuidadosa, pero más para las apariencias que para la dignidad. Todavía de joven, con el ímpetu de la pasión, podía Ferrán sentirse orgulloso de su esposa en todos los aspectos. Aquella fierecilla no era tan conservadora como ahora. Alguna que otra vez le llevaba la contraria a su propio padre. El sargento, que no era militar de oficio, se sorprendió de la influencia de Ferrán sobre ella, pero más que por iniciativa del pecaminoso carácter de su yerno, por la desenvoltura como sobre su hija le había agujoneado el amor. Cuando salió con Ferrán fue este mismo hecho el que la hizo más fierecilla y contestona. Pronto su padre comprendió la causa y tuvo que transigir porque Ferrán sería un buen marido para su hija. Este despertar, que no tiene porqué significar un mero despertar hacia la madurez, está por tanto mucho más cerca del gas contenido en la botella de champán que de repente se abre. En poco tiempo, con la botella ya abierta, nada de su fuerza quedará. Pronto Montse volvió al redil al cabo de los meses. El acostumbramiento a la nueva situación de pareja pasó a ser normal y el motivo natural de las cosas por fin también llegó para ella. Enric y Javier salieron entonces a su madre. Quizás los negocios, quizás las propias actividades que cuidaban del desarrollo de su espíritu o tantas otras causas y excusas, decantaron la balanza de la educación de los pequeños en favor de su madre. Esto durante tiempo fue obsesión en el corazón de Ferrán y

quizá de ahí su extrema miopía. Sí, eran menos lúcidos, menos atrevidos, más cautos a la hora de intervenir (lo cual puede considerarse en ocasiones un acierto), más perspicaces para conseguir algo y no recibir tanto daño como contrapartida. Reflexionaban mucho más, pero no por un propósito inteligente (aunque ello desde cierto punto de vista tenga también algo que ver), sino por prudencia. El riesgo era más de Quique; entonces, el éxito, más de los pequeños. Pero pronto supo aleccionarle para que sin dejar de ser original se guardase las espaldas de las alimañas de dos patas que le rodearían continuamente. Fuera debía preocuparse de los negocios, en la calle de las fábricas; dentro de su yo más íntimo, en su hogar, y más concretamente en su propio estudio, del arte y de la belleza. La distinción de esta idea principal será la que propicie el éxito de una persona en esta sociedad. El éxito particular, el del mero individuo debe guardarse dentro de las cuatro paredes de nuestro hogar. Guillermo ello no lo entenderá hasta bien entrado en años, y cuando lo entienda nunca podrá dejarse guiar por su impulso. Quique se dedicará desde los doce años a trabajar con el barro. Intentará trabajar el bronce y el mármol, como los antiguos griegos, cuando sea mayor.

El cuadro que en esos días está pintando el señor Ferrán nos muestra una imagen popular con su ganado, su pastor y la casa de campo, una especie de gran almacén, al lado del cual están acumuladas dos inmensas masas de paja. Los pajares le parecen peras limoneras, todas de amarillo y con su palo guía en medio y sobresaliendo. El manguito de la fruta, amarronado, le da el último toque para que la metáfora al óleo también pueda darse. Los temas populares siempre le han atraído al señor Torelló y no por un simple principio paternalista. A él le gusta trabar conocimiento de las costumbres antiguas, de las actividades del campo que poco a poco van siendo sustituidas por el proceso industrial. De pequeño su abuela le enseñó a ordeñar y a hacer quesos. Las magdalenas se hinchaban poco a poco y el fuego del hogar iluminaba la cocina con el color lejano de aquellos tiempos que debieron ser. La luz eléctrica, aunque mortecina todavía, diferenciaba lo moderno de lo antiguo como el cohete lunar de los de cartuchos de feria. Concebía que el ritmo de la vida actual, excesivamente rápido para su sensibilidad, no debía traspasar un límite. El progreso podría o debía no tener término, pero fuese de la manera que fuese no había que perder en ningún momento el punto de partida. *«De lo antiguo no debían desaparecer, en nuestro mundo moderno, sus cosas más trascendentes. Así las magdalenas debían hacerse como antiguamente, y si las máquinas no le daban aquel sabor, en absoluto debíamos olvidar su método, aunque solo fuese por guardar el significado de la Historia.»* Ignacio reía con Carlos las interpretaciones de Ferrán cuando en sus frases estaba todo contenido. Ignacio no entendía. Quizás el sentido de la Historia debía concentrarse en cuatro ratas de biblioteca, pero el resto era bien palpable. Cuando las máquinas diesen el mismo sabor que las manos de su abuela, y en ello creía Ferrán como en todo el maravilloso progreso, las partes finales de las extremidades superiores podrían descansar.

Así, aquel cuadro de las ovejas era una especie de conservación de la tradición. Visto desde fuera, y dados los tiempos, aquel óleo estaba muy lejos, en las antípodas, del carácter vanguardista del siglo. Un paisaje natural, unos animales, unas figuras perfectamente definidas, un paisaje, en suma, bucólico, que evidenciaba siempre lo mismo, lo que desde hace tantos siglos se ha hecho. Pero desde dentro, aquel cuadro significaba que el mundo sin pasado no iba a ninguna parte, por lo que creo que se equivocan ciertos críticos modernos cuando se olvidan totalmente de las formas antiguas. Creo que su incultura es muy grande. Me acusan de no entender nada en sus exposiciones porque solo veo poco más allá del árbol verde y del mar azul: necesito que alguien de su grupo me guíe para comprenderlo. Pero ellos tampoco aprecian, como en este cuadro del señor Ferrán, su significado. Así que les voy a ayudar, pues tras las lomas se esconde un misterio que el pastor mira tranquilo y apesadumbrado. No aprecian en aquellos dinámicos trazos unas veces y tranquilos otros, que la antigua casona, ahora gran almacén, esconde y guarda, como en un joyero, viejas historias y hasta cuentos de amor. El Romanticismo implantó el individualismo como máximo horizonte, pero las formas no pudieron escapar de las clásicas materias porque el mundo del arte, para Ferrán, no puede alejarse mucho de sus fuentes. Cuando lo ha hecho se ha convertido en una forma más decorativa que artística por mucho que nos quieran convencer los mercaderes, perdón, los críticos contemporáneos. Difundir, universalizar, globalizar, ha consistido más en vulgarizar para que todos puedan participar y participar en lo que han convertido en vulgar negocio. Todo el mundo expone para alcanzar dinero y fama. Qué asco le dan las nuevas exposiciones a nuestro segundo héroe, todas llenas de mujeres bonitas y sabihondas que jamás han oído habla de **Uccello** o **Ribera**, pero que al contemplar el centro rojo de la circunferencia amarilla se jactan satisfechas de su propia insatisfacción. Para Ferrán, con cierta demos crecen más los participantes, pero pronto mucho más los espabilados, porque a los trabajadores les preocupa poco todo ello si no consiguen llevar el suficiente pan a casa. Aquellos se agremian y crean el nuevo arte de los tenderos. Este mundo moderno se ha universalizado solamente para unos pocos aunque el hecho de la universalización él lo acepta cuando es al pueblo en general al que se beneficia. Ahora se habla, incluso por parte de la Iglesia, del sentido ecuménico de la misma y que en el **Nuevo Testamento** ya está claramente citado. Todo es paralelismo y certidumbre, pero las ideas tampoco pueden ser tajantes, porque debemos aprender y aprender día a día. Lástima que en el trasunto muchos se queden al borde de los caminos. A pesar del actual progreso, el señor Ferrán se cuida y defiende frente a los males de su tiempo. Nota en parte, en los nuevos jóvenes, la nueva savia que enriquecerá el futuro, pero también el herbicida que al tiempo lo envenenará. De su lucha y mezcla surgirá el resultado correspondiente. Él intentará luchar con todas sus fuerzas, como lo hace con su pincel, para que el mundo no pierda su sentido, para que estando abierto a la modernidad, como en otros tiempos los progresos del pasado lo han llevado a grandes cimas, no pierda el fundamento que evite que se desarraigue y deshumanice. Ferrán siempre piensa así, en alto, sobre su taburete o de pie, pintando o sin pintar, relejendo, enajenado con la mirada hacia el

tragaluz. Sus hijos no han crecido como él hubiese deseado, pero tampoco lo han hecho tan mal. Les ha podido dar una suficiente herencia para que puedan llevar a cabo su futuro a imagen y semejanza del pasado. Porque para él el pasado es la tradición esencial mirando hacia el mañana: las altas ideas que jamás deben desaparecer para que el hombre y la mujer no se desarraiguen. Y allí continúa una tarde más en su oscuro estudio, a la luz de la débil bombilla, pronunciándose sobre sus consabidos argumentos y de los que no puede apartarse en ningún momento porque de su obsesión resulta su fidelidad. Su espíritu inquebrantable recuerda el de aqueos y troyanos en pugna lucha por conseguir la victoria.

II

Los amaneceres de este pueblo de **Aragón** son bellos. El sol se desparrama terso y brillante por los abundantes riscos que lo rodean. El color es puro como el aire. Actualmente le ocurre lo mismo, cincuenta años después, pero el uso de los avances tecnológicos por parte de los humanos han creado en el ambiente un aire de sentimiento desconfiado y banal. Ni que decir tiene que estas características obedecen más al presentismo que trae el que viene de la ciudad. Todavía en los pueblos se conservan ciertas formas del antiguo ser, pero ese que tiende a lo positivo; de la modernidad se apodera lo que a Guillermo le interesa. Se observa a sí mismo y cree poseer entre sus manos todo lo mejor. Para nuestro héroe mejor es muy distinto a nuestro significado actual de las cosas. Sea como fuere, la mañana en la que estamos se abre de nuevo entre las miserias que los humanos se tienden a ras de suelo. **Cristo** nació y propugnó una serie de ideas que después solo han quedado para los ingenuos y los verdaderos creyentes, porque también existen creyentes farisaicos que únicamente lo son por miedo a lo que les espera la otra vida. Los pinos bajos se van haciendo frondosos sobre las laderas de todas las colinas donde el plan de reforestación ha dado trabajo al padre de su madre, al abuelo. Los resacos y nefastos riscos que surcan esta zona de Aragón crean una perspectiva dispuesta a la aventura y a la enajenación. Los pinos, cuando crezcan, la suavizarán, pero dejarán escapar su añeja fuerza para que la recoja Guillermo dentro de su imaginación. La casa del abuelo, del bisabuelo, está en uno de los últimos niveles del **Somero**. Este barrio encabalga las casas de adobe y mampostería pintándolas de azul, verde, crema y blanco, sobre el risco del **Castillo** que forma un brazo del valle de **la Zapatera**. Hacia su fondo sube el nivel, hacia la ermita de **Santa Quiteria**, y por su fondo deben esconderse fantasmas, bandidos y otras historias del misterio y del saber. A nuestra diestra yace la vega con sus huertos y frutales, la vía del tren de Barcelona a Madrid y toda esa especie de modernidad que ahora parece estancada a los pocos años de la guerra. Son años de hambre, todo el mundo lo recuerda, pero los políticos actuales y sus periodistas, también de nuestro tiempo, tratan el tema externamente, siempre con las mismas imágenes y la consabida cartilla de razonamiento. Si acaso y con suerte, sus precedentes generaciones habrán sufrido de cierta manera aquellas miserias, pero de seguro que no en parte como las pudo sufrir después Guillermo. Y que encima éste sea tan feliz con lo poco que tiene, ese poco que para los niños del 3er. Mundo es una mayor riqueza. Realmente nada ya entiendo y esto es una injusticia.

Carmen, la madre de Guillermo, es pequeña, apenas tiene nueve años y la falda es siempre la misma, siempre tan pasada y roída como sus camisitas. La tez es muy blanca y a pesar de su escasa estatura «*este bichito no para, es un nervio y gracias habéis tenido **Pedro** de tener semejante zarandilla*». Junto al mayor, también llamado **Pedro**, traían a casa todo lo que podían para colaborar en el mantenimiento de la creciente familia, pero sobre todo, esta niña, cenicienta de forma aragonesa, tan fina de piel como la excelente mezcla que ha formado estos pueblos, y que la guía una

sola fe, era un muelle, una chica vivales que siempre andaba correteando para llevar a casa unas morcillas perdidas, unos tomates crecidos o unas cuantas almendras que le habían dado. Además, de vez en cuando pedía por los pueblos porque su estado de pobreza la obligaba a sumirse a alguien al que sí le sobraba la comida. Si caían monedas, ellas no duraban, y los alimentos aquel día se hacían más variados y suficientes. El nombre común suficiente en ese contexto posee una completa connotación de frugalidad. **Clara** era el nombre de la ovejita y la derivación se hará mucho después. Una de las características, que de Guillermo hemos de recordar, es su total exacerbación por el método comparativo. Para él no es ningún método, es una habilidad propia e innata, pero como estoy tan acostumbrado a este mundo de vulgaridad, en donde malvivo y fenezco, la empleo no sé ni por qué motivo o circunstancia. Clara llevaba siempre un lazo. La ovejita, Carmen la cepillaba, la llevaba a apacentar con un cordelito y a todos los sitios iban las dos amigas. Ella sabía que finalmente su padre la sacrificaría para comerla una vez que creciera y se hiciera vieja, pero en ningún momento ello le daba pánico porque era simplemente natural, y este simplemente es un defecto de nuestro mundo, que ha apartado tan drásticamente la subsistencia de la realidad. A Clara la tendrá en su corazón, en su recuerdo, pero no podía ser otro su fin. Después la comería, era así la vida, y aquellos ojos de animal no podrían tener otro destino. Ciertamente aquella amistad era más mecánica que otra cosa. A ella le hacía gracia la ovejita, jugaba y saltaban las dos a la vez. Después el animalillo comía de manera natural sobre los ribazos, sobre los matojos que crecían sobre las peñas, y cuando volvían a casa Carmen la dejaba en el corralillo. Ese era su destino y el día llegaría finalmente. El problema está más en el mismo narrador, que pretende unir al sentimiento el sacrificio real de la corderilla, cuando ambos son incompatibles. Eso sí, se puede criar al animal con amor, sin apenas gritos ni palos, sin ningún maltrato salvaje. El bello recuerdo del animal es para Carmen porque ella misma se ve de mayor tan niña, como los niños que corretean hoy por las calles con sus perritos, todos con sus ropas limpias y variadas.

Carmen tenía una gran amiga, **Berta**, entre otras muchas compañeras de juego. Berta era algo tontilla, retrasada. Su ingenuidad era exagerada y no aprendía ciertas cosas ni correcta ni rápidamente. Después de mayor se casó, tuvo hijos, pero siempre tendría un margen, inseparable de ella misma, que lo podemos definir con el adjetivo científico e insultante de idiota; con sentimientos y una verdadera religión, no nos importaría su atraso. Y Berta era la mejor amiga de Carmen. Que se metieran con ella, que no quedaba ninguna coleta sana. Además, Berta iba aprendiendo, a su ritmo, iba respondiendo con sus pequeñas manitas... y también el resto de coletas serían al fin suficientemente zarandeadas. Berta dependió pronto de Carmen y cómo esta tenía buen corazón la niña mejoró bastante. De mayores no se han vuelto a ver. Berta vive con su marido y sus hijos en Zaragoza, le va bien, su carácter es pequeño como el de su marido, pero lo más importante es que han logrado trabajar y formar una familia adecuada. El mayor incluso estudia ya una profesión. El marido no ligaba con nadie y no era del todo feo. Era un buenazo, un ignorantón. Albañil y carpintero de puertas y ventanas, era trabajador como los de antes, es decir, que no le daba tantas vueltas a

las cosas. Berta continuaba siendo ingenua, pero aquel calificativo ya había desaparecido casi en su totalidad. Lo único que tenía la pobre Berta era una ligera tontería, más abundante en nuestra maldad, pero pronto cayó en los brazos del gracioso e infeliz-feliz **Teo**. Ambos encontraron un futuro común lleno de alegría porque el Paraíso sí que verdaderamente existía en la Tierra. Pronto se casaron y ella fue una espléndida ama de casa. Tuvieron tres hijos y todos sanos e inteligentes. Podría engañarles a sus padres un gran timador, un intelectual o un experto en decir meras frases, pero los niños se hicieron adultos con las más sanas de las convicciones. Actualmente ya quisiéramos que la media fuese la de su bondad. Carmen iba a casa de Berta a matar el hambre. Los padres de su amiga tenían bastantes tierras y animales, y sin que a aquello se le pudiese llamar riqueza como hoy lo hacemos, sí que hacía que el plato estuviese siempre lleno en aquellos malos tiempos de la postguerra. Para los infelices seres que en Alhama malvivían, como en todos los lugares de España, aquello sí que era otro paraíso. Cuántas veces la invitaban Berta y su madre a comer. La madre estaba contenta porque la niña, la única que tendrían porque dos niños ya habían muerto a los días por una extraña enfermedad de la médula que afectaba a su pequeño y débil sistema nervioso, mejoraba de ánimos con la Carmencita. En ocasiones faltaban morcillas y chorizos del granero o estaban mucho más espaciados entre sí porque Carmen era muy lista y tenía que evitar sospechas. *«Berta, me parece que había más embutido el otro día.» «No sé mamá».* Y la señora **Trini**, medio enfadada y medio alegre, comprendía que había que pagar un precio por aquella hermosa compañía de su hija. Tanta necesidad había en casa de la señora **Irene**. Cuando las morcillas y los chorizos aparecían a los ojos de todos, en casa de Carmen, el abuelo de Guillermo la bendecía. *«¡Qué espabilada!, que yo tenga que trabajar de sol a sol para que no os pueda mantener, malditos ladrones».* Y se refería a todos esos caciques, de poca monta, que existían en los pequeños pueblos de Aragón. Dependiendo de la tierra, los ricos y los explotadores son más o menos grandes, más o menos proporcionales a la riqueza del solar donde habitan y del cual se aprovechan. *«Berta es una niña buena, buena. Siempre ve con ella y ayúdala, defiéndela de esas asquerosas de crías. Ayúdala, porque es una niña que Dios ha permitido que sufra así durante toda la vida. Desde que va contigo, está más alegre, más segura de sí misma, habla con otras niñas incluso y la roñosa de su madre me dice últimamente que siempre vayas a su casa a todas horas, que te dará de merendar. Incluso el otro día me dio una hogaza.»* Esta es la relación de dos amigas especiales en la época del hambre, que aunque separadas por su riqueza, únicamente los memos no sabrán ver más allá de lo material. La realidad puede compensarse por varios extremos sin que por ello dejen de tener sentido todos ellos; y cada uno ocupando su lugar y función para que las cosas rueden como Dios sí que quiso que rodasen. Los diablos somos nosotros; nosotros sí que ejecutamos con nuestros actos. ¡Perdonar mi locura!

Una de las mejores anécdotas de la madre de Guillermo era aquella que calcaba un episodio del **Lazarillo**, y éste no era como un hecho extraordinariamente casual,

que asemejábase al azar de la lotería, sino que las historias del Lazarillo mentaban todas las correrías y anécdotas de ese pueblo español siempre tan hambriento y al límite de la subsistencia. La anécdota del ciego se dio de esta manera: en **Godojos**, un pequeño pueblo a seis kilómetros de Alhama, una señora rica daba olla y tajada los jueves a todos los pobres que quisiesen ir. Carmen mataba muchos de esos jueves, de esa manera, por su cuenta. Sino existía alguna mejor posibilidad, la familia ya sabía que la chica estaría allí comiendo, con lo que el plato familiar podría repartirse mejor entre los pequeños. Carmen, la mayor, era libre y autosuficiente, buena y llana, para pillar lo que pudiera traer para casa. Pues al lado de la fuente de la plaza de Godojos, pueblo de muy buen vino negro, se agruparon una tarde todos, y ella junto a un ciego. En uno de los cacharros le tocó comer junto a aquel viejo vago y glotón, y como la chica, joven y lozana, le ganaba en todos los bocados y tajadas del plato de judías, harto, no pudo evitar tirárselas todas las últimas por las trenzas, y entre «*tío asqueroso y viejo chocho*» irse llorando hacia casa chorreando por sus coletillas todo el resto del cocido. Para poco había servido aquella comida y encima toda sucia hacia casa «*viejo asqueroso y vago, ciego eres y malo por ello*». La anécdota a Guillermo le entusiasmó porque las palabras impresas provenían de una realidad cercana e íntima. La España de la subsistencia y de la pillería tenía su mejor razón de ser con su madre. Y eso que no hemos contado todavía las anécdotas de su padre. Guillermo se va a enriquecer mucho con las historias de sus padres. Él es muy sensible y su carácter va a malearse con tantas cosas que ellos le van a contar. Guillermo no le gustaba mucho cuando socarronamente su madre le contaba cómo se aprovechaba de la amistad de Berta para llevarse chorizos y morcillas. Tal como en ocasiones contaba aquello, parecía que solo era amiga de Berta por interés, pero el interés en aquella época tenía otro sentido y él mismo muy pocas veces había pasado necesidad, si acaso algún triste fin de mes, y esa, su gana, no era nada con el hambre, cuando niña, de su madre. Con el tiempo Guillermo pudo unificar todas las variables y crear la sencilla historia que su madre y Berta habían forjado. Berta era ingenua pero mejoró. Con qué entusiasmo la invitaba a merendar aunque a la par se escabulliese alguna morcilla. No le podría contar todo a Berta. Carmen en ningún momento se rió de su idiotez y de sus triunfos sobre los embutidos, y cuando Guillermo esto lo comprendió enteramente, se desvanecieron de su cabeza los fantasmas que solo podían provenir de dos exageradas y malévolas ideologías: una era la estúpida y falsa moral, y otra, tanto peor, la de reírse de los pobres y de los tontos que por sí mismos no pueden hacer más. En este último grupo suelen estar los más progresistas, pero yo lo único que veo es que son idénticos a los soeces del primer grupo, tan de derechas. ¡Qué asco!

Cuando su madre contemplaba el valle desde la replaceta, veía que un hilo de fina luz eléctrica llegaba hasta ese fin del mundo, que alguna vez podría ir a la ciudad a ganarse mejor la vida para que sus padres llevarsen bonitos trajes y para que la comida no faltase. Podría ser que la casa mejorase, que hubiese colchones nuevos y más camas, que las sillas fuesen de verdad y que el gran ánimo que había en su cabeza fuese compensado con el disfrute de más cosas. Pero antes de que esta

posibilidad traspasase el umbral de la engañosa realidad, ésta, alma tan cruel que caracteriza la vida humana en todo momento y lugar, enseñó a Carmen muchas y más cosas. Como el primillo aquel que se asustó cuando le quitaron la ropa en el río donde se bañaba con sus compañeros, y todo asustado corrió por la vía, desnudo, dominado por la enfermiza vergüenza, para que un tren lo arrollara matándolo. Guillermo no podía concebir la crueldad de esta vida, pero los hechos pasaban sobre su memoria sin que unas consecuencias, correspondientes y lógicas, le ayudasen algo mejor a sobrellevarlas, porque sí, el niño iría al Cielo, ¿pero por qué todo ese sufrimiento insano? Imaginaba muy bien como el haz negro de la vida podía llevárenos en cualquier momento y cómo no tenía culpa ni el Dios que nos había forjado. Dios aparece sobre la mente de Guillermo como el gran cielo que se escampa por encima de toda la vega, a lo largo de la vía del tren y del resto de campos, valles y montañas. Nosotros actuamos y hacemos la Historia y allá nosotros. La libertad de movimientos tenía ese precio. Para Carmen y Guillermo Dios y la vida están en planos diferentes, aunque relacionados. Y esta idea básica, por muy filosófica que parezca, nuestras generaciones anteriores la tenían bien clara. El hecho cruel se produjo y milagro no hubo. Fue descuido, fui miedo, pero en otras ocasiones se producen los milagros. El drama de aquel primo de su madre se vivió muy intensamente en el interior de Guillermo. Su mente cuerpo temblaba; él intentaba ocultar ese pánico, pero podía más su anatomía siempre tan electrizada. Su madre ya sobrevivía sobre todas aquellas penas. Su valentía era aquella que vencía al miedo, porque sino las cosas habrían sido mucho peor. “*Que la paja se la lleva el aire*” decía unas veces, y otras, recriminándole, “*Mientras tú has ido yo ya he vuelto*”. Y estos refranes, que son la verdadera escuela del pueblo, la tradición oral, la única escuela que les ha sido permitida, vienen estos burgueses nuevos de hoy en día a fastidiárnosla diciendo que encima es reaccionaria, cuando ellos se han sentado en pupitres nuevos y en bibliotecas bien calientes. No matéis la pequeña esperanza de los pobres mientras no ofrezcáis nada mucho mejor. Así, que entendemos los riesgos de esta vida cuando nuestros semejantes mueren en algún fatal accidente, pero su alma desde el cielo ya veréis como se relaciona con los que quieren oírle aquí abajo: siempre ese niño tuvo velas, oraciones y recuerdos.

En otra ocasión tuvieron que correr a campo través para evitar ser pillados por unos hombres, que de repente pararon el coche en mitad de la carretera y fueron hacia ellos. Por entre las vides y almendros no pudieron darles caza. ¿A qué perseguirles? Seguro que eran esos hombres que mataban niños para darles su sangre joven a los tísicos ricos moribundos. El coche era negro y aquel día pudo ser la última tiniebla. Esta historia también se alojó dentro del corazón de Guillermo para que la congoja le fuese recordada de nuevo. La vida de los pobres no es fácil, es incluso complicada en algunos, que la conforman si tienen el suficiente dominio de sí mismos para hacer las mínimas derivaciones. En nuestro héroe ellas van mucho más allá de la realidad práctica. Por eso merecen nuestra especial consideración.

Los pequeños tienen hambre, las palizas entre los padres son diarias. El vino negro, el alcohol de los pobres campesinos, la sangre de la tierra circula malamente

por estas cabecillas más bien ignorantes. La chiquilla asustada, ¿cuántas veces había recibido los palos sin merecerlos? Pedro, el mayor, discutió un día con Luis, y de manera trágica, y sin quererlo, claro, le clavó un cuchillo. La rasera caliente, que iba dirigida a la abuela por el abuelo ebrio, cayó sobre el brazo de la tierna María de dos añitos. La marca sería para siempre en aquellas dulces carnes. La propia Carmen quedó marcada una vez por la espalda por una cazuela en la que quedaban unas miserables patatas y que fue disputa entre dos hermanos para que después fueran al suelo. Entre estas guerras familiares, con la lucha diaria por la vida, y por entremedio, con algún sueño posible, creció Carmen. Era normal este desarrollo de acontecimientos tras la postguerra y puede que siempre habrá sido así cuando el umbral de la subsistencia ha estado tan en la cuerda floja. La normalidad de la situación hacía crecer a los niños mucho antes, pero los escenarios límites llegan a marcar ciertos traumas. Los sentimientos en absoluto tomaban el estúpido mimo actual y la resistencia frente a las afrentas terminaba siempre en simple contestación y riña, pero jamás en la fácil ruptura. Hoy en día hemos avanzado mucho y para bien, pero está muy mal que esa resistencia haya descendido hasta niveles que asustan, porque ello ha originado una vida poco sacrificada. Nadie aguanta mucho; pronto terminamos enfadados. ¡Ay! si de repente llegara el hambre de nuevo. También es cierto que la sociedad, después de la matanza, volviese a reajustarse -qué triste leyes demográficas, todas ellas sin corazón-, pero ahora sería la primera vez que desde lo alto del éxito se descendiera de repente, y eso nunca antes ha ocurrido, y a falta de experiencia, quién sabe si sería la última vez. ... La madre de Guillermo sufrió hambre, luchó contra ella, padeció discusiones, amó a sus padres y hermanos, emigró a Barcelona, trabajó, se casó y fue subiendo poco a poco, ofreciendo siempre a los demás el fruto de su trabajo, el amor... Su conciencia era fuerte, demasiado cristiana; jamás fue perturbada por estúpidas coronas, y eso que los nuevos tiempos comenzaban a ofrecérselas... ¿Qué nos está pasando ahora, ¡Dios!?

Dejando la divagación, a la que soy y somos muy proclives en esta novela o narración, en esta historia, Carmen lloraba y reía, se enfadaba y cuidaba de los pequeños. Les limpiaba los mocos, los lavaba, les daba lo poco que había de comer. Llevaba al padre la comida al campo, a la hora de pleno sol, a varios kilómetros de casa, donde los segadores continuaban sudando y esforzándose por lo poco que les daba la tierra. Pero la tierra para ellos era sagrada y la jota el reflejo de ese terruño tan amado a pesar de todo. Los malos eran los hombres y ellos, a pesar de todo, lo sabían. Las cosas claras de la vida sí las tenían bien presentes, y ello les llenaba de orgullo. La mujer, los hijos, el pequeño huerto, el pobre secano y la dignidad es lo único que poseen estos hombres de Dios. Después a vivir y a reñir tontamente con la mujer, por culpa de la misma pobreza y de la incultura. Los niños asustados y famélicos para no comer casi nada. La matanza o las morcillas de Carmen algún día les hacían reír. En ocasiones, el mayor llenaba de pan la mesa y lo extraño era que no fue panadero. Después de los gritos y de alguna bofetada mutua, volvían a reír los pequeños. De nuevo se acostaban entre arrumacos los dos padres para seguir haciendo críos sin conocimiento, pero fue el tiempo en que a los niños les costaba morir por mucha

hambre que pasasen, porque la vacunación comenzaba a hacer milagros. Y al oír los ratones de noche, el estar cuatro en una misma cama, como el triste aullido de los perros, que de vez en cuando rasgaba lo que sí era verdadera noche, sin el ruido de ningún aparato eléctrico, con todo este escenario ya Carmen sabía que su espíritu indómito la forzaría un día más a salir a la caza de alguna prenda. Mañana sería una jornada feliz, porque daban razonamiento, y el más rico del pueblo, que era el menos cacique por casualidad, les daría a todos los que fuesen un duro para todo el mes y a los pequeños les repartiría leche. Un caso extraño el de aquel empresario jabonero: daba algo de trabajo, repartía de verdad entre los pobres y hacía según leía en ciertos libros. **Virgilio** era compatible con la Biblia y una extraña ensoñación celestial se le apretaba en mientes muchas veces, cuando paseaba solo por entre los campos.

III

- Ve a llevar la legona a la bodeguilla Tomasito-. Y él tontamente va a llevar el apero de campo a la taberna, que así también le llaman, en vez de dejarla abajo, junto al corral, que sí era la verdadera bodeguilla estando en casa.

- ¿Ande va el tonto de tu chico con la legona camino abajo del pueblo? Me ha dicho que va a dejarla a la bodeguilla del **tío Vicente**, que se lo has dicho tú-. Y la **Higinia**, lanzando el grito al cielo y al infierno a la vez, fue como un relámpago en su busca.

- Yo lo mato, lo mato, hijo tonto-. Y la madre bajó camino abajo de la bodeguilla -la taberna- con toda la cólera que a aquella mujer se le subía por la garganta hasta hacerse casi espuma en la boca. Ahí quedaba meramente en rabia, bajo la comezón que le ardía desde dentro. Era una señora que le trepaba de pronto la tensión, el enfado; era el pronto que un día podía quebrar y caerle en desgracia. Hace un par de años cogió a sus dos primas hermanas y las arrastró del pelo hasta la plaza mayor. La gente reía el espectáculo. No es que no fueran habituales semejantes escenas después de la guerra y en aquel pueblo, pero de seguro que la familia de los *lirines* y de los *bartolos* era la más impresionante en tales hazañas.

Tuvo suerte el crío de ocho años de que le pillara su madre antes de entrar en la bodeguilla, porque de seguro que hubiera recordado mucho más de que lo hizo después toda aquella vergüenza.

- ¿Estás tonto? -y sin darle tiempo a asustarse, le soltó un chuletón en toda la cara, clavándoselo allí con todo su ánimo. Guillermo era un chiquillo algo débil de espíritu, pero muy reflexivo. Al menos siempre estaba mirando los pajarillos, creía fervorosamente en todos los Santos -hasta casi después le metieron cura para aplacar la gana- y de seguro que la mayor parte del pueblo le consideraba un buenazo, pero también algo ignorantón. En eso era como su padre, que dramáticamente sufría la úlcera que en aquellos tiempos los pobres la padecían de la peor manera. Después de comer, que ni dieta ni freno para los picantes, hacía ya últimamente la digestión recostado sobre el sillón. Años después, la menor, *la niña*, le diría al fregar el suelo: «*Alce la pata, tío ganso*», con lo que demostraban un favor en haberle llamado la niña y no algo peor. Si acaso, eso fue causa directa para que la niña igual no se transformase en alguna una **Mefistófeles** con faldas, y que con dos cuernecitos quedaría muy mona y jovial-. “*Siempre serás un tonto como tu padre, un calzonazos, siempre te engañarán. ¿Pero hijo tonto, cómo llevas la legona a la taberna? ¡¡¡La bodeguilla!!! ¿No tenemos bodeguilla en casa, atontado? ¿No está abajo junto al corral?*” ... “*¡Calla!, hija del demonio*”.

Entre este ambiente y alguno más divertido creció el padre de Guillermo. La cultura rural se la llama de esta manera porque algunos ignorantes que lo emplean, el concepto, dan a entender que las canciones y estribillos es lo único de lo que saben nuestros paisanos. En cuestión de letra quizá, pero la cultura oral abarca mucho más. El problema se hace diferente según donde pongamos nosotros la frontera. Así, una nueva anécdota surge ante nuestros ojos. Iban el abuelo (de Guillermo) y él a vender

uvas por los pueblos, cuando en **Valverde de los Ajos** se pusieron a empujar la pesada puerta de una gran casa para ofrecerles el bello fruto de **Dionisos**. Su padre por algo se llamaba Dionisio. Las antiguas leyendas trascienden por algún motivo también.

- Hijo, ¡como pesa!

- Sí, padre, debe estar algo atrancada. Mire como el bajo de la puerta está despeluchado por los años.

Y el burro les miraba inquieto, quizá **preveyendo** el desenlace.

Finalmente echaron atrás el gran portón y chirriando entre las duras y desengrasadas bisagras contemplaron enigmáticamente el vacío. De primeras ya creyeron ver algo, una especie de figura; pero de segundas ya fueron afilando la vista desde el resol que hacía fuera para inmediatamente ofrecerle al gran Cristo Redentor, que en la cruz yacía con amable y gran carácter «*¿Quiére uvas?*», cuando al tiempo ambos se quedaron espantados por el gran eco que en aquella iglesia supuso semejante ofrenda.

- Dios Santo, si es una Iglesia-. Y asustados volviéronse sobre sus pasos, cogieron el burro y rápidamente, y sin darles tiempo más que a la huida, tomaron el camino de salida del pueblo. Era el hambre, el frío, la tierra, la flema natural de los habitantes de aquella zona, el sarcasmo final al que les conduce la realidad, los que pudieron provocar semejante confusión, pero que de seguro para Guillermo fue toda una anécdota que en su cabecita guardó, como tantas otras muchas, y que después su padre ya contaría con más gracia y sorna, con tranquilidad. El mundo de Guillermo está lleno de todo este anecdótico que conforman sus padres y que responde a sus orígenes humildes. A la cultura debiéramosle añadir estas maneras de vivir. Si acaso, sería mejor llamar a la disciplina de esta última manera y que el cantor, el orador e incluso el poeta le diesen un carácter superior que traspasase la barrera cotidiana hasta el punto de hacerse arte incluso. Reír reían todos los hombres de ciudad y supuestos a quienes sus padres contaban todas sus “hazañas”.

Como buen hijo tonto y heredero por antonomasia de la ingenuidad, creía fervientemente en Dios, pero no en ese extraño Él, que los curas siempre explicaban y que nadie entendía, cosas de la teología, sino que fue en su mensaje sobre lo que más insistió y que era aquel de que todos los hombres y mujeres se llevasen lo mejor posible; y a partir de ahí, su simple figura, de Dios justo, de hombre bueno, adquiriría todo el sentido, ¡para qué más! El hambre influiría en sus padres para que se metiese cura. Esta razón, por otra parte, no es tan descabellada, porque aquella familia *pasaba las de Caín*, como tantas otras de aquella época. En una ocasión el cura del pueblo, **don Emilio**, aconsejó al abuelo para que le dejase ir a los ejercicios espirituales de **Sigüenza** durante una semana. ¡Como nunca comió galletas y bebió leche y chocolate, se limpió las sopas y se manchó los dedos de grasa! Engordó en una semana siete kilos y tampoco es que fuese excesiva la dieta que le dieron los curas,

pero comparada con aquella frugalidad diaria, en su pueblo, aquello era la corte del **Rey David** porque decir **Herodes** no corresponde con la verdadera intención del padre de Guillermo. Llegó irreconocible al hogar paterno y dos hermosos besos le dio su madre y él sonriente y todo alegre, porque la palabra del Señor era también verdadera en los manjares. De todas formas, el mensaje de la luz provenía también a través de las vidrieras de la colegiata de Sigüenza y de los hermosos ventanales del seminario que dejaban pasar la mejor luz del Sol. Le dieron la condecoración de *Acción Católica*, pues para ello se había agrupado a ella, y el mensaje superior y sincero, que provenía de las palabras de algunos de aquellos recios hombres de sotana, se mezclaba con el dulce paisaje, verdaderamente campestre, de su Castilla. De niño fue fervorosamente creyente, como de mayor cuando llegó a la ciudad y como lo continuará siendo hasta el fin de sus días. Como fue padre de Guillermo, no pudo ser sacerdote, y es que él no dejaba nunca nada a medias. Continuó creyendo, pero el instinto más le podía; el amor a las chicas era su camino. Excesivamente tímido e ignorante para las cosas que en esta vida son, sino reprimidas, sí bastante escondidas, alineó un carácter lineal que su hijo iba a heredar bastante. De él iba a exagerar ciertas particularidades, pero la matización, como en todo, se hará en su momento necesaria, ya que en el pobre niño nuestro va a ser enfermedad.

La pobreza en Berlanga era, como en otros santos lugares de aquella España, amplia, triste y hasta alegre a la vez algunas de las veces, más de las que creemos desde nuestro punto de vista abundante. Las anécdotas se sucedían unas tras otras, como la pillería también estaba en todos sus hermanos menores como en los dos más mayores. Él era el más ignorantón, y no solo en palabras de su madre. La religión le había podido sinceramente. Su madre era también alma fervorosa, pero tenía cólera. No obstante, no podía ser hijo de un marciano y su abuelo lo echó al cabo de un mes de estar de asistente con él. El motivo fue que se gastó tres pesetas de plata, que le quitó de un pote de conserva que estaba a tope, y que contaba cada día el bisabuelo de Guillermo. Lo más anecdótico no es este hecho de la miseria, pues evidentemente se dio cuenta, sino el resultado de la hazaña. No se le ocurrió al niño padre de Guillermo otra cosa que gastarse las tres pesetas de plata en sesenta pirulines que le sirvieron con todo el gusto del mundo, y sin preguntar, en la confitería. «*¿Qué hace el tonto de tu hijo con el dulce en la boca a todas horas?*» «*Es que es tonto, ni un bocadillo ha podido prepararse con todo lo que le ha robado a su abuelo. En pirulines, en pirulines el hijo tonto se los ha gastado, con el hambre que hay. ¡Ayyyyyyy!, sino será nunca nada.*» Al poco tiempo y como buen chico, pasó a ser vendedor en la tienda de tejidos y artilugios en general, y que gestionaba otro caciquillo de aquellas tierras, que como allá más abajo en Aragón, también se correspondían con los caciques de pequeña categoría. El chico pronto fue espabilado y servía para todo, incluso para las cuentas, y entre camisas y pantalones para la familia, entre otros útiles, le pagaban su trabajo. Toda la saga salió vestida, aunque podía haberlo sido un regimiento, y el abuelo se sentía ciertamente gozoso de su vástago a pesar del hambre que les seguía corroyendo.

El mayor iba siempre con el abuelo a los campos. Fue un hijo del trabajo en las tierras al que se le unía cierta avaricia más o menos comprensible o más o menos incomprensible. Era el más avaro según los hermanos. El segundo, de nombre inolvidable, **Marciano**, como acostumbraba a ponerse de raros en aquellas tierras, era también igual de trabajador, aunque alternaba las tareas ayudando en la panadería o en el molino. Los dos hermanos mayores se peleaban a matar, solían morderse la cabeza y el del nombre más raro le llamaba capón al mayor, concepto que más que ser real se correspondía con la mala intención que conllevaba la misma palabra y que en este país, por sí mismas, ya nos ofenden. El insulto no es definición y por tanto, dentro del honor, se nos hace fácilmente tolerable. El cuarto hermano sustituyó al padre de Guillermo, **Tomás**, en casa del abuelo, pero duró mucho menos porque era mucho más ladrón. Toda la vida iba a ser **Luis** un vividor y un tunante. Vendedor no agremiado, hasta les vendió a sus mismos padres una radio averiada, en aquellos tiempos, al poco de emigrar a Barcelona. La arreglaron con el sudor de su frente y siempre se iban a acordar de él por ello. El chico, inaudito, se fue pronto a Madrid y allí, dicen, que pronto hizo más juego. Siempre fue un **charraire** en palabras de la madre de Guillermo, un tunante y un embustero, aunque aquí el uso de los sinónimos parece encabalgarse sobremanera, aunque no sobran para definir a este tío de Guillermo. Después vienen otros hermanos y hasta tres hermanas, «*más malas que la sarna*», si me permiten un poco la broma las tías de Guillermo, pero todo también a su tiempo. Como en Alhama, dormían cuatro o cinco en una misma cama, o lo que quería parecerse a una cama, y de vez en cuando, entre ratones que saltaban con toda su alegría por encima de aquella especie de cordillera llamada lecho, con el hambre, el frío, los piejos y algún que otro chinche, alguno confundía un pie con un mendrugo de pan, quedando pronto excusado, este arrebatado de canibalismo, porque en ese momento soñaba el mordedor. El viento en invierno soplaba fuerte y tenebroso. Las ventanas crujían ante su ímpetu y todas las orinas quedaban heladas. Bañarse mucho ¿para qué?, sino se olía con aquellos fríos; cuatro niños hermosos murieron, uno incluso ya muy crecido, **Pablo**, a los siete años, y solo como ejemplo podemos fijarnos en los ojos de Tomás para comprender esa tristeza de los pobres de aquellos tiempos, que eran casi todos, y que en el alma rural toman un diferente matiz. El niño de repente se fue y nadie lo podía explicar. Sin aquellos curas que sermoneaban con verdadera intención aquello habría sido mucho más inaguantable, y decir que sin ellos se hubiera comido mejor está aún por ver, porque al menos eran hijos de una ideología bien desarrollada y definida y que tenía todo el sentido dentro del mundo rural. Las ermitas eran ancestrales y soñar con los poderes ocultos no costaba nunca nada a los pobres. Santos y Vírgenes se confundían con todos sus sueños y penas. No es por particularizar ni por ponerme dentro de un partido, pero los políticos cuajaron poco en muchas áreas, quizá por la ignorancia de cierta gente, pero sobre todo, porque éstos no supieron llevar un mensaje mucho mejor definido y confortable que el que disponían aquellos curas. El reparto de tierras era cosa de locos en aquella Castilla que hasta la mínima piedra ya está repartida. Los pobres tienen poco, pero sus tierras son suyas. Si encima, estas propiedades de la nada, se deben pasar a manos

del Ayuntamiento, el que tanto les roba, para que las administre en nombre de no sabían qué pueblo (ya tenían bastante con el suyo propio), las cosas no es que se las prometieran muy felices. Personalmente siempre he pensado que todos estos proyectos a largo o medio plazo han sido los verdaderos culpables de que el pueblo castellano, y también el de otros lugares menos santos de España, sospechase de las promesas de una de las dos malditas Españas y se abrazase, con todos sus brazos abiertos, a los de la otra maldita. Lo que no hay que perdonar, bueno, el padre de Guillermo es muy creyente, lo que no hay que olvidar es a todos esos asesinados durante la guerra y que merecen el descanso que dignifique a sus familias. ¡Qué vergüenza, muchas veces, mi España!

Tomás no era tan tonto, poseía también el ímpetu de su raza, y aquí raza es en el dicho castellano, no antropológico y mucho menos en la acepción político-racial, ¡por Dios! Lo que pasaba, volvemos a repetir, es que era ingenuamente bueno y sus pasiones estaban mucho más escondidas. No era raro que a su primo segundo, el que tenía algo más de dinero, porque su padre ostentaba la parte de un molino, le pegase muchas veces en clase para quitarle parte del bocadillo. El hambre justificaba su pecado y se imaginaba que hasta Dios, desde la cruz, le bendecía su acto con aquella caída de Su cabeza. El muchacho lo imaginaba todo así, hasta con la ese mayúscula. La listeza de Guillermo proviene de algún lugar también.

Cuando asomó la cabeza por la ventanilla vio la **estación del Norte** y el metal de la contraventana le iluminaba el corazón. Antes, en **Manresa**, frente a tan impresionante catedral, el tren paró. El *Shanghái* descansó frente a ese hermoso templo catalán, único e inimaginable que solo las personas de don saben expresar. “¡Qué grande!” -decía, -él que provenía de Castilla. La entrada a la Estación del Norte se hizo toda llena en humo porque la locomotora era larga, negra y prestigiosa en hierro acero y carbón. El convoy lo arrastraba como ninguna otra podía hacerlo. Iluminémonos ante la técnica antigua. Guillermo, poco después, ¡hacia los veinte años!, le eran antiguas estas locomotoras de viejos émbolos, ya que la técnica le ofrecía por televisión la electricidad y el diesel potente del centro de los Estados Unidos. Pero como fondo estigmático, ¡qué digo!, como fondo profundo de la cultura mediterránea, europea, la locomotora negra representaba el poderío de las ideas, y ello no lo podía sustituir, por ahora, ninguna de aquellas mecánicas. Aunque por qué llorar si también **Don Williams** sabe cantar. Él demuestra, como otros en 1973, o da igual unos años antes o después, que lo auténtico es lo que cae por las cuerdas vocales y no lo que se finge. El tren entraba lentamente en su andén y al hombre le esperaba su hermano con música de los 50's. El Marciano tenía un cuarto en la calle **Fleixerías** y el nombre es muy catalán, para que no haya malentendidos. Viva siempre el corazón que desde dentro siente y ama y vive por su trabajo y significado. Al cabo de dos años, incluido el robo de su cartera en un billar y dormir en un banco de las **Ramblas**, supo asentarse con unos ahorrillos, y una patrona le lavaba la ropa, y trabajando y trabajando se echó novia con aquellos bailes del **cha cha cha** y del **rock and roll**. El sexo se hizo amor y nada les preocupaba a aquellos seres normales que iban a arrodillarse todos los domingos por la tarde. ¡Qué diferencia sexo de amor!

Saxo y armónica. ¿Por qué no armonizamos las palabras, Dios y tratamos a los hombres y mujeres que amamos como se merecen? ¿Es que no les queremos? ¿Solo sus miembros y formas son aquellas las que deseamos y no las que hay detrás de las sonrisas, de las miradas? Ellos se casaron en el 59 y no pensaban nada raro. Comenzaron en un piso de realquilados y tuvieron su primer hijo a los tres años, del que ya sabéis su nombre. Antes ella le daba a su novio plátanos y filetes de las señoras a las que sirvió. Estaba escuálido, pero tenía que engordar algo aquel **Tyrone Power**. «¿Qué artista de cine tiene como novio!» «Qué hermosura de hombre y qué mi hijo no pueda ser como él para casarse con usted.» Esto se lo decía la señora, toda forrada de millones para casarla encima con un vástago de futuro, pero el amor era para el castellano, todo simple y hombretón, digno de su trabajo, bellaco de su pobreza, hijo del amor verdadero. Las mujeres de antes parecían poseer otra dinámica. Ello no quiere decir que todas las de hoy tengan una simple energía potencial. Había otros valores como hoy surgen otros nuevos. Había personas y personas también, como igualmente hoy. Pero lo que no me cuadra es que los valores deban evolucionar como si fueran un producto más de marketing y sobre el que poder vender millones de unidades. ¿No dicen teólogos y filósofos, hasta los mejores científicos, que los valores humanos son inmutables?

El señor que vino del ayuntamiento le recomendó que se cambiaran de piso porque aquél parecía una pocilga. Pero la mujer de Tomás tenía el orgullo muy alto. Por primera vez poseía algo casi suyo. Únicamente había que limpiarlo muy bien y arreglarlo. Los dos balcones, que daban a la calle, eran hermosos. La verdad es que los techos eran muy altos, sucios y fúnebres. El suelo, de viejas baldosas catalanas. Aquel color rojizo, ya tirando a negro por los años, no elevaba el ánimo. Pero éste se situaba en el comienzo, en el inicio de una nueva vida, de una naciente unidad familiar que se abría en la nación, en el país que por fin repartía el trabajo por doquier. Los pensamientos eran exactos por muy fantasiosos que fueran. La realidad es que los pobres tienden a la fantasía exacerbada cuando existen las posibilidades. En cambio, los hijos de los ricos o los rayanos pueden mostrarse críticos cuando quieren, porque sus mesas siempre están llenas. Esta es una ley básica y de la que siempre hay que partir para entender los diferentes movimientos que se dieron en España cuando el despegue económico y que provocaron divergencias extrañas entre los pensamientos de los jóvenes. Habrá niños, pijos, con los bolsillos siempre llenos; algunos serán conservadores, otros de izquierdas... que dirigirán la futura democracia para su propio beneficio... Habremos de aguantarles encima que han sido nuestros héroes, que han luchado por nada a cambio, que gracias a ellos tenemos seguridad social universal y educación, peonadas, empresas de alta tecnología... Antes aguantábamos la violencia, ahora la soberbia, cuando es del esfuerzo de pequeños, medianos y hasta de algunos grandes, el mérito. En fin... ¡sois todos unos canallas, nueva iglesia laica! Siempre las malditas 2 Españas de las que ya me siento bastante harto.

Nuestro pequeño héroe ya está preparado para cambiar de colegio y aquel 15 de septiembre, que geométricamente separa el mes festivo y veraniego del escolar y otoñal, llegó para Guillermo con un cambio de circunstancias y de sensaciones que coincidió con la mudanza de década. Las coincidencias se dieron hasta cierto punto, pero también puede que muchas se hiciesen para precisar el nuevo tiempo. El canje le llegó a Guillermo desde fuera y lo aceptó como la lluvia que cae del cielo y que es imposible de parar. Los nuevos profesores y compañeros de clase, el nuevo barrio escolar en el que destacaba el conjunto arquitectónico del **Barrio Gótico** de Barcelona, el nuevo sentido musical, las nuevas series de televisión e incluso la mejor percepción de la vida por su parte, van a orientarle en un cúmulo de nuevas y de alegres y tristes renovaciones.

LIBRO II: Los primeros años 70

ÚNICA PARTE: La segunda infancia

El sentido de las cosas: la obediencia y las impresiones que nos vienen de fuera.

El cielo está bastante obscuro en esa mañana del 15 de septiembre, e incluso hace algo de fresco porque las nubes pertenecen a una borrasca que amenaza lluvia. Los chaparrones serán después ligeros pero el gris no desaparecerá en varios días. El alumno va perfectamente vestido en este comienzo de la nueva etapa de su vida. El rol ha sido asumido correctamente. Bien entendido por parte de sus padres, sobre todo de su madre, que es quien debe llevarle al colegio; el padre preguntará al llegar a casa, casi de noche, tras la dura jornada en la cadena industrial: aquel día debía significar el gran punto de partida hacia el progreso. La realización iniciaba un periodo en que las cosas huirían de las circunstancialidades para prestarse en la formación de su nuevo espíritu. Toda esta enrevesada frase la podemos poner paralela, al margen, pero con el valor que merecen los comentarios que pueden conducir a la comprensión de las cosas. Sus padres entendían, desde su punto de vista, esta misma idea sofisticada. La intención es lo que primero cuenta, la idea estaba en progreso y aquel niño, aparte de su innato temperamento, va a recibir del tálamo sagrado la fuerza que le guíe. Siempre será terco e insistente, aunque la idea a los demás les parezca descabellada. Después, y siempre después, debe venir la consideración, si con ello no se está haciendo de verdad el ridículo: que lo que tercamente se anime no sea realmente algo estúpido. De esta manera sí que pueden surgir grandes cosas, elementos geniales por los que aplaudir. Del revés, el éxito será más notorio, más cercano a los simples humanos y al aplauso condicionado. Reirá seguro, pero siempre fingiendo. El tipo de hombres y mujeres que forman este segundo grupo ya parten coartados por el que dirán y siempre pisarán fango cuando saben que debajo no se van a hundir más allá de su horma. El resultado será práctico, pero a este grupo, de seguro, que no pertenecen los grandes hombres. Con ello no queremos alegar que Guillermo lo vaya a ser, pero nos parece muy simpático para considerarlo, al menos, como protagonista de una historia más. ¿Cuántas peores almas no han sido protagonistas de nefandas novelas de éxito y de incontumaces series de televisión que continúan teniendo éxito?

Cuando caminaba con sus pasos débiles no sabía lo que esperaba. Andaba al lado de su madre preocupado, ansioso, con temor a lo que le podía sobrevenir. El clima de San Cucufate lo conocía, pero **San Severo**, su nuevo colegio, ¿qué le depararía? Allí iba a comer. Por primera vez en su vida lo haría fuera de casa. Solo hasta la noche no volvería a ver a su madre, la que tan bien siempre le defendía. La primera gran diferencia, y esta se puede decir que positiva, es que el colegio estaba enclavado en pleno Barrio Gótico de Barcelona, detrás de la **Diputación (Generalitat)**, junto a la **puerta de Santa Eulalia** de la **Catedral** (por el lado de la calle del **Obispo Iurreta**) y formando comunión con la parroquia del mismo nombre, una pequeña joya barroca, toda dorada en su espectacular retablo y en los remates de

capillas y capiteles. También los balcones, celosamente tallados para que entre las rendijas pudiesen contemplar hacia abajo las antiguas damas y caballeros. Estos balcones interiores, que ocultaban los rostros tras los hermosos barrocos de madera, atrajeron a Guillermo sobremanera. ¿Pero qué detalles no podían, por pequeños que fuesen, animarle su interior, moverlo a imaginar?

Al colegio se entraba tras una puerta oscura, no muy grande, pero del mismo metal bronceado, de verde casi negro, cuya pintura burbujeaba en diminutas esferas. La dureza de la base se dejaba intuir por ella misma. Sin embargo, tras pasada la puerta a la escuela, se subía por una empinada, recta y estrecha escalera que una potente luz fluorescente iluminaba. Cruzada la puerta izquierda superior, se accedía a un primer rellano que evocaba tranquilidad porque a su izquierda estaba la entrada al pequeño convento que administraba la iglesia. Dos grandes macetas, con todo el verdor de las plantas que pueden mantenerse en los interiores, abrían el camino hacia un patio donde reposaban mayores colores de la naturaleza. El resumen era gris porque las piedras eran **antañas**, formando el perfecto puzzle del almohadillado. Pero al niño le subieron por el hueco de la derecha donde comenzaba la pobre escalera del colegio. El mismo tenía solo dos plantas de clases. En la primera había un amplio vestíbulo desde el que se accedía a las dos aulas de los pequeños y al coro de la Iglesia. En la segunda estaban las dos de los mayores, el despacho del director, el gran hueco que daba al patio de las monjas y que estaba junto a los lavabos y el comedor. Encima de esta planta estaba el patio, pero el de jugar, el que servía para que el griterío de los críos y mayores se los llevase el cielo. A Guillermo lo dejaron en la planta de los pequeños y donde la **señora Paquita**, mujer del **señor Gil** y que desde aquel día ocuparían el lugar central de su nueva vida escolar. La clase era larga, amplia y altísima de techo porque no había intermedio en la 2ª planta, siendo sostén, entonces, del propio patio de juegos. Antes de entrar a la clase, el año de marca era 1825 y como la Iglesia tenía su fundación en 1627 podemos imaginar fácilmente la explicación de semejante estructura propensa al gigantismo y a las formas aparentemente irregulares. La clase poseía una extraña ventana superior a la izquierda y que daba a aquel rellano previo del comedor, previo a los lavabos y previo al gallinero, y en el que nunca vio, el pequeño y ya larguirucho, gallinas. Por allí había unas escaleras exteriores para subir hacia los terradillos que asomaban por el patio del recreo y hacia el gigantesco desván que existía por encima del gran techo cupular de la iglesia: ¡formidable! Por esa abertura de la clase, cuyos barrotes formaban la ventana por la que entraba todo el ruido de las tormentas y los aires de la naturaleza sin otro mayor impedimento, se asomaban los niños en su turno de recreo y sobre el que la señorita Paquita haría gala de su disciplina inmediatamente. Todavía era pronto, pero sobre las caras de los futuros compañeros intuía la nueva atmósfera, que tan radicalmente opuesta iba a ser a la de su anterior cole. Él, incrédulamente, creía en el futuro desconocido, pero la realidad no admite reparos y menos si éstos son tan tiernos e ingenuos. Las manitas y alguna manaza violenta se apoyaban en los gruesos barrotes.

Los niños eran diferentes. Como no los conocía todavía, él estaba expectante, aguardando lo que casi nunca vendría después, algo inmediato y positivo. No recuerda nada de aquellos sus primeros compañeros de clase, pero nosotros le vamos a ayudar para que todo resulte más lógico. Algunos le comentaban que ya llevaban desde siempre allí y que la señorita Paquita era muy mala, que a todos los llevaba rectamente y que aquel silencio (sepulcral) era causa suya. Este comentario se lo pudieron hacer en un momento en que reñía violentamente a uno de los alumnos. Sobre las diez y media de la mañana el turno de patio de los pequeños era el de ellos y la impresión de subir por primera vez a un patio de colegio (en San Cucufate no había), le regalaba el alma desde hacía media hora. Las amenazas de la profesora de que no iban a subir al patio, por el mal comportamiento general, le ambientaron en el tema. Pero finalmente todo fue bien y él, ligero y con su pastita, subió en el orden que le correspondía. Para ir al patio, como para bajar de él, como para casi todo, en aquel colegio se seguía una disciplina mucho mayor que en San Cucufate. Los niños no solo tenían que ir uno detrás de otro y sin hablar, sino que formando filas, siempre perfectamente alineadas y con movimientos acompasados cuasi militares, iban a formar la gran hilera, pupitre tras pupitre, hasta llegar al patio. Entre advertencias y bofetadas se tardaba en llegar al patio casi cinco minutos. Si otros tantos se perdían a la hora de bajar, la media hora de patio quedaba en poco más de veinte minutos. Al traspasar por primera vez la puerta del terrado, el sol ligeramente fresquito de la mañana, tan brillante, lo contempló también por primera vez, al aire libre, en una hora de colegio. Todos los niños, y eso que era el primer día, se aglomeraron en varios grupos, que parecían continuar la tradición del curso anterior como si un mero fin de semana hubiera transcurrido tras el último verano. Pronto hicieron pelotas de fútbol que le sorprendieron, porque con papeles de periódicos apretujados, rodeados de bolsas de plástico, y bien sujeto el conjunto con gomas elásticas, formaron unas pelotas de pobre que resultaban ser fuertes y efectivas. Tardaban en romperse aquéllas tan duras y los primeros golpes que recibió, sin que él estuviera jugando con ellos, le comenzaron a picar la carne, también el ánimo, porque encima aquellos rebeldes le gritaban e insultaban para que no estuviese en medio: empezaba a reconocer la verdadera naturaleza humana, porque algunos hasta le sacudían con la pelota intencionadamente y sin preocuparse lo más mínimo de la dirección de su ataque. No todo resultó ser tan triste, porque mirar el cielo y contemplar la gran techumbre que sobresalía de la iglesia, sobre un ala en la que se internaba el patio, y que alejándose del centro de actividad de los más mayores, creaba un espacio (el de los pequeños), más libre para mentes más pacíficas, se convirtió en uno de los principales juegos suyos aquella mañana. El muro que daba a la calle San Severo estaba fraguado en su superficie con una mezcla de cemento y pequeñísimas carambolillas que lo único que le iban a hacer eran piqueras en la cabeza. Llega el final del patio con el grito tremendo del director, que ante la contestación impulsiva de uno de los niños por advertir el fin del juego, recibió un cachete que catalizó la rápida formación de las dobles cuatro hileras. Guillermo, al verse sobre aviso, se colocó automáticamente en la posición correcta y supo, en un par de segundos, lo que era el gran miedo.

Finalmente todos bajaron en completo silencio, y el temor, desde aquel primer día, iba a ocupar gran parte de su vida.

El nivel de los estudios era mucho más fuerte en este colegio. Las disciplinas que requerían más cálculo y lógica, como las matemáticas, y las que precisaban de cierto caudal de conocimientos abstractos, como la gramática, le desbordaron durante el primer año. Siempre fue por debajo hasta poco antes de fin de curso, cada vez más cerca del cinco, constantemente rondando entre el cuatro y el cuatro coma siete. En ocasiones le martirizaban con lo que su número preferido, el tres, representaba en las puntuaciones. Y más que lo que ellas, las notas, significaban de por sí, era el trato recibido por la señorita, como consecuencia de estas derrotas, su preocupación mayor e inmediata. Los gritos y hasta el palo le merecieron durante gran parte del curso, aunque por fin llegó la comprensión de que el niño se esforzaba y la sorpresa le alegró el alma cierto día, cuando la señorita Paquita era la que lo halagaba en público por sus éxitos. Otros alumnos continuaban en sus trece y el desprecio y la torta, con toda la razón del mundo (en el pensamiento de Guillermo), continuaron mereciéndolos. Además, qué sucios estaban siempre, a todas horas del patio tirados por el suelo. Debía de haber un nivel inferior de humildad, la que él comenzaba a entender como pobreza, algo obscuro que abarcaba las también impresentables formas de sus padres, con sus camisas chillonas y mal puestas y cuyos lamparones representarían para ellos un objeto de prestigio y no de vergüenza. *"Han perdido toda dignidad..."* -argumentaba su madre. Era cierto, su presencia era casi aberrante. Gente de lo peor del barrio, entre algunas intrincadas calles de **Santa Catalina**, provenientes del nivel de analfabetismo que no ha tenido la más mínima instrucción y blasfemando de los Santos, de la Virgen, de Dios mismo. *"¡Qué malos todos!"* Otros, provenientes de padres alcohólicos o dedicados a la mala vida. El maltrato de la madre le acongojaba el corazón a Guillermo porque su madre le sabía transmitir la desgracia de aquella fina mujer que callada padecía las palizas del borde de su marido. Había también hijos de prostitutas, le decía el Gil, el director, a su madre. El señor Gil era más que un director. En aquella época las personas de cargo se parecían más a los curas de pueblo, a los que mil historias se les transmite para pedir consejo o por el simple consuelo que produce el que alguien también te escuche y sepa de tu maltrato.

De todas maneras, Guillermo sufrió mucho antes de recibir el premio. La señorita Paquita empleaba este método con los que podía salvar, a los que estaban faltos de nivel pero que en potencia podían aprender rápidamente. Con los otros no valía más que perder el tiempo en que recibieran el efecto de la ruda disciplina a ver si mejoraban: *"Para qué malgastar el tiempo si esos angelillos provenían del infierno de sus familias?"* Con los años estas palabras del director las tuvo que admitir en gran parte Guillermo. Si el ambiente familiar está destruido poco pueden hacer los profesores. Además, cuando, él mismo les llamaba cafres y bordes a los propios padres en sus propias narices, a consecuencia de lo cual el niño era retirado hacia otro

colegio, les daba a entender donde estaba realmente la raíz del problema. ¿Y quién iba a salvar a todos? En otras ocasiones los niños dejaban de venir sin más a la escuela. Ello conllevaba la no aceptación de su reincorporación aunque se empeñasen los padres. La sociedad y muchas familias en sí debieran de no tener hijos en estas condiciones, aunque habría que poner medidas por parte de todo el entorno humano para que el mal no continuase escampándose entre los niños, futuros maltratadores y alcohólicos, violentos y enfermos mentales, siempre explotados sin piedad por la parte de la sociedad que abusa de su debilidad de fondo, solo para enriquecerse. ¡Qué vergüenza de Humanidad!

Volvían a unirse en su memoria recuerdos de desgracias antiguas con las nuevas, lo que demostraba que el mundo tenía un gran fondo que poco a poco se le iría abriendo a su conocimiento. Por aquellas mismas calles cuántas viejecitas eran bajadas en su último adiós por las estrechas escaleras. Abandonadas morían allí en aquellos antros de cuatro paredes, por donde el sol entraba claro y fogoso durante el verano y que antes, en primavera, se hacía bello y hasta romántico, cuyos haces supuraban sueños antiguos y futuros viajes hacia el universal cielo. Muchas veces los ataúdes no cabían por el hueco de la escalera por lo que, o se rompían por la poca previsión de los hombres, o debían bajarse los cuerpos dentro de una sábana, de manera vulgar y vana, hasta introducirse de nuevo en el ataúd de la calle.

Fue también en este curso cuando comenzó su carrera de monaguillo. Iba a ser acompañante hasta el sexto de E.G.B. de las bodas de la Iglesia de al lado, y ayudante de ahí al octavo curso, el último en este colegio y donde recibiría el graduado escolar. La Iglesia de San Severo estaba especializada en bodas y únicamente celebraba las misas de los viernes de primero de mes para que acudieran las "*fieras*" del cole. Raramente se oficiaban otras misas, como para los altos funcionarios de la Diputación, en la que concelebraban no se qué actos. La Iglesia fue construida en 1627 y un hermoso ventanal de luz circundaba la fecha. Barroca, era inmenso el retablo del altar principal, donde los dorados subían hasta el fin del mundo gracias a las columnas salomónicas y los arcos truncados. Había tres niveles que se iban empequeñeciendo, lógicamente, en magnitud y formas. El cálculo tenía en este mundo la obligación de relacionarlo todo porque el alma y la mente de los hombres y mujeres lo hacían obligatorio. El altar era moderno, sobre un gran nivel de mármol obscuro yacía el mármol blanco de la esperanza de estos tiempos futuros y ya modernos por fin. La gran sábana blanca, que impresionaba una roja cruz, imponía la atención sobre el ara sagrada. A derecha e izquierda, como en San Cucufate, emulando asimismo un templo barroco, estaban esas capillas dentro de los arcos de medio punto que contenían suntuosas imágenes y hasta antiguos pasos de Semana Santa. Era más pequeña que la de San Cucufate pero mucho más luminosa. La altura era igual de elevada en ambas. Por tanto, el recogimiento era más profundo, desde cierto punto de vista, en San Severo, porque las cosas aparecían mucho más precisas y cerca de nosotros, dada su añeja originalidad. Se podía llegar a decir que Dios se

hacía niño, perdiendo casi toda la excelsa frialdad que aparecía allá en San Cucufate. Siempre, no obstante, habrá que recordar un punto negro en San Severo. Una capilla oscura, iluminada en su entrada por una única vela roja, permaneció así durante los seis años que pasó en este colegio. Las monjas les vedarían siempre el paso a los monaguillos, sin saber muy bien el motivo. Deberían ser cosas de la religión, que él no comprendía, pero que hubiesen tenido una suficiente conciencia con alguna explicación.

Cuando le presentaron al *mossèn* (palabra que por primera vez oyó en su vida) **Cirici** (<Sirisi>), ya antes se le hubo apoderado el temor, pero al ver de frente a semejante sotana tan alta, y con aquella espléndida calva, el temor extraño se le apoderó aún más. Las manos de cera le acariciaron y poco a poco fue tranquilizándose su corazón ante la confianza de encontrarse con compañeros conocidos. De todas formas, poco podía fiarse de ellos, porque los más eran de los mayores. Y alguno de ellos ya le había gritado o pegado. *Mossèn* Cirici tenía un rostro de cura, pero al ser un óvalo bien proporcionado y equilibrado en sus formas internas, a lo que debía de sumarse una contextura nada escuálida, el aspecto era serio pero dejaba el camino abierto a la esperanza. La primera prueba de voz fue aceptada por el *mossèn*, pues pronto vio que sería una voz blanca bien pura. Los mayores, más graves, aunque todavía no tenían ni catorce años, se mostraban sonrientes con la inexperiencia del pequeño. Pronto los llamó al orden el *mossèn*. Asustado y no plenamente convencido de la prueba, Guillermo permaneció atento a todo lo que le podría caer encima, aunque aún tuvo el valor, dada su excesiva timidez, de decirle al *mossèn* que tenía un flemón en la muela que le dolía y molestaba para cantar, intentando dejar claro que no podía darlo todo .

El órgano, que por primera vez veía, era antiguo, pero sin tubos, como un armario grande, alrededor del cual se ponían todos los niños, pequeños, medianos y mayores. Estaban en la balconada del llamado coro y desde donde se podía contemplar toda la belleza del templo, destacando el gigantesco retablo dorado y las 3 cúpulas en hilera, blancas y moteadas por su lucero, también dorado, allá arriba, tan alto y que tanto miedo le daban al niño dentro de sus pensamientos, los que siempre imaginaban demasiado. Las teclas, amarillentas como los huesos de los muertos, emanaban **una olor** especial que se confundía entre los dedos marfil del *mossèn*. Aquella olor, en absoluto desagradable, pero sí **advertente**, ordenaba el estado humano bajo los influjos de la religión Católica, y claro, no desde el plano más vulgar que hace preconcebir las cosas desde un punto de vista exagerado o desde una puesta en escena radical y externa. Los jesuitas más irreverentes para el alma y el sentimiento humanos y los apolíticos ateos, que sí se saben cuidar de su política, están en uno y otro bando. Poca diferencia existe entre ellos, los más exagerados de las corrientes de pensamiento, porque su único interés es el suyo propio y a costa de todo lo que piensen los demás. Allí existía un órgano que sonaba sordo e impresionante sobre el gran balcón del coro y que la luz filtrada del sol, en multitud de colores, pero entre los que dominaba el blanco resplandor de rayos sin tamizar,

acompañaba desde el punto de vista fotónico. Este blanco era el que esperaba los pensamientos de nuestro fondo. La naturaleza salvaje estaba fuera, pero dentro se convertía en la guía que necesita todo hombre y toda mujer, todo pensamiento humano. Se hace inicu la simple teoría de que las ideas solo nacen para dominar. La superficie de esas ánimas siempre va vagando por los senderos de la vulgaridad. Cuando alguien destaca, debes cortar de raíz su testa para que no te deje en ridículo. Los vulgares, bajo el mando del gran mediocre, donan inconsecuencias. Y siempre, los de siempre, abajo y maltratados. Esos insectos que en cualquier sector social quieren abrirse paso por su mediocridad y de los que se aprovechan muy bien, y no en pocas ocasiones, los también de siempre y desde allá arriba. Vuelve a ser recurrente mi obsesión y el ejemplo que por lógica debe seguirle. En el **Libro V de las Historias** de **Heródoto** se cuenta:

"Y Trasíbulo, al que había llegado de parte de Periandro, lo sacó fuera de la ciudad y, habiendo entrado en su compañía en un campo sembrado, recorría la mies preguntando -y volviendo a hacerlo- al heraldo por su venida desde Corinto, y cada vez que veía a una de las espigas que sobresalía, la cortaba y, cortándola, la tiraba, hasta que destruyó lo mejor y más espeso de la mies de esta manera. Tras atravesar el campo y no haber formulado ningún consejo, despidió al heraldo. Al regresar el heraldo a Corinto, estaba ansioso Periandro por conocer la enseñanza. Aquél le dijo que Trasíbulo no había aconsejado nada y que se extrañaba de él, preguntándole a qué clase de hombre lo había enviado, pues era un loco destructor incluso de sus propios bienes, relatándole lo que por obra de Trasíbulo había visto. Periandro, habiendo comprendido lo hecho y retenido en su mente que le aconsejaba Trasíbulo que matara a los que descollaran de entre sus conciudadanos, desde entonces mostró una total maldad contra los ciudadanos."

En ocasiones ensayaban fuera del coro, en la gran sala de abajo, la que daba a las dos aulas de los pequeños, cerca de donde iba él a clase, pero generalmente era en aquel coro donde más ensayaban, en aquel balcón típico de las iglesias barrocas, que al comienzo de la entrada se superpone para contemplar el esplendor de toda la nave, a la vista de frente del gran retablo principal, para que así tengamos esa lectura visual de su representación, la que nos llegará al alma, para obligarnos a la disposición de ánimo correspondiente dentro del templo. Desde allí la perspectiva de la iglesia era penitente y doblegaba hacia el fervor a las personas de mínimo corazón. La disciplina del profesorado y los tiempos acompañaban con aquel precedente arquitectónico, pero el mensaje de amor del Niño Dios no lo sabían transmitir muchas veces, y eso que Guillermo ya lo tenía tan claro desde tan niño. Una cosa extraña, ¡vamos!, cuando la mayoría de niños maltratados odian a la Iglesia después... aunque la verdad, pensándolo mejor, no tanto a ese Niño ni a su Cristo posterior, ni a la Virgen ni a muchos Santos, porque desde tantas películas decían todos ellos tan bellas palabras de amor.

Nos hemos olvidado del órgano principal de la iglesia de San Severo, ese de verdad, con tubos y trompetas metálicas, con sonoridad templaria. Estaba a la vista de los niños, pues ocupaba el primer balcón izquierdo sobre el vacío del templo. Solo en algunas circunstancias elevadas su sonoridad se propalaba por la ampulosa atmósfera sacra. Ni recuerda cuando el verdadero órgano inundaba el espacio permitido, porque en las bodas se servían del armonio simple de los ensayos, eso sí, acompañados de un cuarteto de cuerda que aparecía en esos momentos y que sorprendía al pobre niño y con verdadero entusiasmo.

El patio y el comedor del colegio eran los que distinguían la nueva escuela muy por encima de San Cucufate. Incluso el orden severo, homónimo, para subir, bajar y entrar a las respectivas dependencias, aportaban esa extraña calidad aprendida de su madre y también por los hechos. No por otro motivo serían las palabras del tan amado profesor Baltasar sobre este nuevo colegio que les recomendó. Lo sorprendente a más, es que durante los primeros meses de curso, hasta que quitaron aquello del sábado inglés igualmente en las escuelas, iban a las nueve y media de la mañana a hacer gimnasia allí hasta las doce. Entrando media hora más tarde, impensable de lunes a viernes por lo que podría representar de castigo, salían hacia las doce entre juegos nuevos y paseos distintos en aquel Barrio Gótico que llamaba a algo más. Las mañanas más recordadas eran nubosas de un ánimo que poco a poco comenzaba a caminar por sendas nuevas. Sobre marzo quitaron el ir los sábados a cualquier clase, lo que Guillermo acogió como gran estímulo para descansar y jugar, verdaderos placeres de la infancia. Sin embargo, siempre tendría muchos sábados, mañanas o tardes, a las 12 o a las 6, respectivamente, (incluso los dos turnos en alguna de aquellas horribles jornadas), en que debía asistir a las bodas para acompañar, como un pasmarote, el oficio. Cuando el sábado quedaba completamente libre, siempre el domingo, de diez a once, debía cantar la misa en latín de la Catedral. Los sábados por la mañana, no obstante, fueron adquiriendo, como premio, el arte que el entorno le regalaba. La cabecita del chiquillo, sin que él hiciera un gran esfuerzo voluntarioso, fue acumulando sensaciones a las que en el futuro hubo de dárseles toda la importancia que realmente merecían. Su espacio familiar y su especial sentido fueron disuadiéndole de las malas compañías y formas. Los compañeros de misa no todos eran buenos, sino más bien futuros elementos que la reacción iba a resituar. A y B eran dos hermanos de ocho, procedentes de la emigración, como los padres de Guillermo. Por culpa de unos padres que no tenían toda la culpa, no muy religiosos, con el mínimo sentido moral; por culpa del entorno, por culpa de ese mundo social que a todos abrazaba, por culpa, ¡no sé yo!, de la Humanidad misma, iban a ser muy malos con él, poniéndole siempre en ridículo, pegándole muchas veces, llevando crueles fotos en blanco y negro de ciertas chicas en total evidencia, desnudas y de malas maneras; se relacionaban, además, con alguna célebre banda del barrio; iba a B, a dorarle todo esto con un carácter gamberro y obsceno hasta que en el 7º curso se marcharon ambos hermanos. Nada más ya se puede decir de ellos. La vida puede dar muchas vueltas y el corazón quizá cambie

con las relaciones futuras. ¡Qué les vaya bien!, decimos desde aquí, y en todos los sentidos. Puede que ahora sean unas grandes personas, hasta de elevada alma. A en ocasiones frenaba a su hermano para no humillar ni golpear tanto al pobre Guillermo. Esto le sorprendía de A al niño. No le aguantaba B, tampoco mucho A, su carácter “melindroso y flojo. Siempre estudiando y pensando en el bien, que no existe ni con los curas ni con Franco ni con nadie de este mundo.” Pero era triste para Guillermo cómo de repente A se aliaba de nuevo con su hermano para humillarle a la par. Tal vez su carácter angelical fuera insoportable para los diablos que comenzaban a hacerse mayores. Con el tiempo, y como siempre, gracias al servicio de información que iba a representar su nuevo gran amigo en este colegio, supo que estaba metido en el peligroso mundo de la droga; consumiendo, claro. Al cabo de año y medio el nuevo grupo de *escolanets* se sedimentó. Aquellos cinco grandes, que le sacaban dos cabezas, pronto tuvieron trece y catorce años, cambiaron de colegio, y la E.G.B. fue el nuevo techo del cole. Ordenado el elemento humano con las últimas reválidas, la Escolanía quedó con un máximo de 7 u 8 miembros, y que poco a poco fue fijándose en sus rostros. Los odiosos hermanos desaparecieron cuando él iba a comenzar el sexto de E.G.B. ¡Qué peso desapareció de su cabeza! El sería uno de los dos mayores a partir de entonces. Qué fácil es en la escritura pasar de pequeño a mayor para volver, cuando uno lo desee, a comenzar de nuevo.

El arte gótico se apropia de todo el barrio. Cuando los domingos por la mañana iba desde su casa de al lado (aunque le pareciera cierta lejanía por motivos que enseguida explicaremos) a la Catedral, para acudir a la misa cantada en latín, Guillermo apreciaba el Barrio Gótico de Barcelona de un modo más profundo. La palabra profundidad nada quiere decir cuando se emplea únicamente por el mero sentido de impresionar. En este libro, guste o no guste, profundidad significa sentido. Pronto los sábados, y sobre todo, cuando la confianza en el colegio fue adquirida al curso siguiente, también matizaron el Barrio de otra manera. Pero un sábado en Guillermo, como en cualquier otra persona que se precie, significaba algo más que la diferente sucesión de fenómenos. Pero este punto igualmente lo dejaremos para un poco más adelante. Los días de diario (y explicamos el primer punto aparcado), el Barrio Gótico ofrecía su imagen laboriosa, pero mucho más cercana a la de su tiempo real que a la contemporánea. Una vez que se atravesaba la **Via Laietana** y se dejaban las paradas de metro que ofrecen la modernidad, el barrio histórico se apropiaba del niño. Guillermo padecía muy a menudo los efectos del nuevo colegio. La disciplina era muy exagerada, los niveles exigidos en el conocimiento se triplicaron y los alumnos eran casi todos malos para con él. Si a ello sumamos las tortas de la señorita Paquita y de su marido, el director, el niño adquirió del barrio, y a un tiempo, tanto la delicadeza como la cruel inflexibilidad. Los recios muros de aquellos antiguos edificios le decían que ya era algo mayor para hacerse cargo de más responsabilidades; así que había que estudiar mucho. La puntualidad y la enseñanza se apropiaron de la parte principal de su vitalidad. El ocio se hizo aparte, cuando paseaba solo hasta llegar al colegio, entre esas bellas e históricas calles; nadie le

molestaba entonces. Se enriqueció de matices. El dogmatismo fue apropiándose en parte de él porque comenzaba a cerrar conceptos sobre lo que debía y no debía ser, aunque las ideas se hicieron fuertes sin llegar a la exageración. Tal como le decía algún buen cura, el perdón podía llegar a cualquiera y por cualquier hecho si el arrepentimiento del pecador era sincero. Él se creía todas estas historias y conceptos religiosos porque daban la mayor esperanza a toda esta vida, parte de la cual le estaba siendo tan dura desde este año como a aquellos pobres cristianos les fue sobre la arena del Coliseo o a cualquiera de los que padecían en los durísimos episodios sagrados que asimismo escuchaba con tanto interés. Y Guillermo era muy terco, siempre fue fuerte en no dejarse dominar aunque al final supiera que iba a recibir una torta o un empujón. Aprendió a sobrevivir, comenzó a fingir, a disimular con las fieras a su alrededor, para que así sus ideas continuasen en pie. El Barrio Gótico le transmitió algo más que las simples formas. Le cinceló mucho más su principio artístico como al tiempo le regaló un inconcreto fondo de vivencias y que siempre provenía del pasado, más lejano o incluso más cercano. Creo que sin darme cuenta he explicado algo de los dos puntos. Es la escritura además como un *modus* que se va haciendo, que se va trazando el camino en nuestro andar diario. Pero esto es un simple punto de vista porque las otras opciones también cuentan. Todo depende del momento y lugar. Y esta frase, tan usada, seguro que a muchos os convence por el simple hecho de verla escrita en papel de imprenta, pero os perdono, haya o no haya mala intención.

La clase de trabajos manuales continuó siendo su preferida. Directamente, y en tiempo real, tocaba todos los materiales de los que en su casa no disponía salvo en contados días y no siempre en la cantidad suficiente para poder decir que el medio del ocio y del arte le llenaban a uno. Un día era de barro, otro de tinta china con ceras; el charol y la cartulina dominaban en otro momento, pero en el mismo lugar; las construcciones a partir de cerillas de madera, a las que se les quitaba la cabeza de fósforo... ¿o quién iba a decir que la tiza, que tan aburridamente disciplinaba muchas clases, dando palos a diestro y diestro, se hacía tan simpática en esas dos horas de la tarde una vez a la semana? La mente del niño aprendía rápidamente nuevas formas y consecuencias con el papel charol que desconocía o con las ceras que veía por primera vez. Aquél colegio era muy adelantado en la enseñanza, con lo cual el consejo que un día hizo a su madre el profesor Baltasar, estaba más que justificado a pesar del sufrimiento del chaval en otros ámbitos. Guillermo aceptaba los hechos como venían. Vuelvo a repetir que todo tendría su explicación. La protesta venía cuando el momento se hacía inaguantable, pero el niño poseía una capacidad antigua, casi espartana, para saber atenerse a todos los males de fuera. Las personas mayores había que respetarlas. Una vez, harto, tiró escaleras abajo, sin ser esa su intención, a aquel maldito *viejete* que siempre le hacía daño estirándole de la oreja. Su madre le dio la razón cuando creía que el mundo se le iba a caer encima después de los hechos. Pero le dejaron bien sentado la rara vez en que se podía producir esta diferencia excepcional en el comportamiento de un niño. Los mayores debían de respetarse

porque eran los que poseían la experiencia de la vida y del trabajo. Los que nos habían tenido y criado; y más aún, por el simple hecho de ser mayores. A un profesor, a un vecino, a un señor desconocido debía considerársele. Le saludábamos por la calle primero si era conocido. Al profesor por su inteligencia. ¿Cómo un mocoso podía alzar la voz en clase? ¿Qué iba a enseñarnos cuando estaba allí precisamente para aprender? En la calle a los señores mayores, a las mujeres embarazadas, a los que iban con bastón, con unas muletas había que ayudarles, al ciego a pasar un semáforo. Hoy en día se ven situaciones extrañas en que todo se invierte. Los acontecimientos así evolucionados adquieren un sentido muy extraño. Por las excepciones se han hecho reglas y hasta leyes que apoya cualquier político, pues en esta raza no existe nadie que no sea un oportunista. “*Pero aquél viejete cuánto mal habrá hecho en la guerra?* -decía su madre-. “*Siempre gritándole a su mujer. Por un lado no le ha estado mal, siempre estirándote de las orejas; que se estire las suyas.*”

Cuando subían las paredes de aquellas casitas de tiza, no podía creer lo que se podía conseguir con tan simple materia. Su inteligencia comenzó a agudizarse, a agrandarse; comenzaba a sintetizar nuevas opciones a partir de lo aprendido, dicho en un lenguaje más técnico que únicamente a mí me sirve para impresionarme. Las paredes giraban, las ventanas se abrían, los tejados eran posibles. En casa, los trenes de papel se hacían cada vez más perfectos y mucho más largos. Las formas, sin emplear la regla, salían más rectas y parecidas a la realidad. El mundo que le rodeaba se impresionaba cada día mejor dentro de Guillermo. Poco a poco el barrio, los acontecimientos que le rodeaban, los hechos y personas en general, se le ofrecían más fáciles. Se iba alejando de ellos esa capa religiosa, sagrada que los hacía fantásticos por su inaccesibilidad. Pero al tiempo se le abrían nuevos mundos porque el marco del conocimiento se agrandaba, por ello mismo, día a día. La novedad los hacía agradables e incluso románticos. Otra parte, muy grande también, quedaba difusa y dispuesta para el futuro, por lo que aquella bella inaccesibilidad todavía no había desaparecido; quedaba pendiente para el mañana. Quizá más de la mitad quedaba en ese limbo cuyos detalles todavía no podían explicar el todo. Así que era muy feliz el niño moldeando la realidad que le rodeaba. Los tebeos de miedo que compraba le explicaban sobre los misterios de Drácula y demás monstruos, pero no podía comprender aún de donde salían y por qué se forjaban. La propia naturaleza de estos temas ayudaba a aquella religiosidad. Y las guerras entre moros y cristianos, el imperio romano o el conocimiento más profundo de las formas de su ciudad, quedaban, para su momento, aparcados. Todo se haría y se le explicaría. Conforme pasaran los años él mismo adquiriría una mayor práctica para auto-aprender, pero como creía en el orden lógico de todas las cosas, todo se le ofrecería en su momento conforme el devenir de la vida se lo fuese brindando.

Por esa época las series de televisión fueron mejor comprendidas. La ciencia ficción continuaba en primera línea. *Perdidos en el Espacio*, en una reposición de comienzos de 1971, sabía entremezclar ciertos evidentes estudios y decorados con el prodigioso guión y desarrollo de la intriga, no exenta de una exultante conversación

irónica. Su madre todos los viernes por la tarde se tenía que entretener hablando con alguna señora, llegando a verla sobre las seis y media pasadas. El inicio cuántas veces quedó flojo y los continuos tirones y contestas entre él y su madre fueron pan de cada viernes por la tarde. El famoso robot de **Planeta Prohibido** seguía en esta serie sus nuevos pasos, ciertamente reformado y con el que se re-encontró en un episodio como su cruel enemigo. En los años setenta la ciencia ficción continuó, pero ya no sería tan exuberante y legendaria como él la concebía, a la manera de los 50, terrible y terrorífica, con profundo mensaje y alejada de fanfarrones aññados. **OVNI** era una serie inglesa, y lo que le atraía era el continuo acercarse de naves invasoras a las que respondían las defensas antiaéreas. La serie proseguía las preciosas maquetas de juguete, alegría y fantasía de los niños, de **Los Thunderbirds**. Y los marcianos eran creíbles y no esos posteriores, aunque sofisticados, pendencieros en mundos góticamente retrógrados con sus barrocos y rococós. No obstante, cuando mayor, ya admiró el puro entretenimiento de esas futuras series y películas, sus mezcolanzas, pero la tontería que les dio a los productores al incluir amores de adolescentes, redujo la seriedad de sus objetivos, cuando el amor creíble era entre jóvenes, pero entre jóvenes adultos. Y éstos aún molestaban a los niños como Guillermo, porque entorpecían el verdadero fundamento de una película de Ciencia Ficción: el misterio, el terror y la fantasía, que incluía hasta las más bellas utopías.

Los tebeos y álbumes continuaron en su buena racha. Los tebeos ofrecían amplias posibilidades, pero partamos antes del imperativo infantil. Los tebeos deben ser para estas edades el **TIO VIVO**, el **PULGARCITO**, el **D.D.T.** y el **DIN DAN**. Los personajes eran variopintos, pero con el entronque común de representar unos personajes reales de aquella España que todavía se le aparecía entre muchas lagunas al infante. Estaba el solterón de mucho porte **Rigoberto Picaporte** que no tenía donde caerse muerto. La consabida suegra. La moderna y **Alegre Pandilla**, pero que por pija y porque estaba dirigida más al público juvenil, no comprendía en su totalidad Guillermo. Sin embargo, **Carpanta** con su hambre o el cara del **Tío Vázquez** sí que ya los asimilaba. **Mortadelo y Filemón** ya estaban en la cumbre y él no pudo más que admitirlo porque el agua que estaba de más en las lecherías y otras chanzas le abrían y entretenían el espíritu. ¡Qué porrazos al jefe y a los que tenían que proteger! ¡Qué organización más Ibérica! En estos tebeos el sentido del ridículo de nuestro país estaba amablemente tratado. Tampoco podía ser de otra manera si muchas de esas cosas las llevamos en la sangre. A partir de 1971 salieron el **MORTADELO** y el **ZIPI Y ZAPE**, historietas que daban nombre al tebeo entero y en los que ellos no eran los únicos protagonistas. En la primera revista el **Ibáñez** se especializó en las historietas largas, que semana a semana despachaba en cuatro páginas hasta formar 11 capítulos o 44 páginas sobre una misma trama. Las historias largas ya eran en él algo normal y fecundo para su imaginación: **El Sulfato Atómico**, **El Caso del Bacalao** o **Maguín el Mago** son ejemplos de aventuras continuadas, donde viñeta a viñeta y página a página el cachondeo abundaba sin descanso. Con la

nueva etapa él se tenía que ganar la vida (palabras suyas, del Ibáñez) y las aventuras, divididas en cuatro páginas, contaban una historia autónoma que se unía a los demás capítulos únicamente por el tema. Nuestro pequeño esto lo notó pronto a sus 8 y 9 años. Su cabeza aprendía y se estructuraba rápidamente como la de los demás niños, y aunque los capítulos eran divertidísimos, no poseían aquella suma gracia de las aventuras de años precedentes, donde la cuestión de espacio no era un estorbo. Ibáñez pensaba durante más tiempo las aventuras, por lo que nos reíamos mucho más. Los sketches, en su segunda etapa, eran muy repetitivos y las aventuras poseían un guión común. Durante la tercera parte, allá a partir de los años 80, todavía la editora le va a exigir más por lo mismo, por lo que las aventuras adquieren un nuevo estadio de modorra. Pero el Ibáñez sólo es uno y ese es el iniciático. Los demás son por la necesidad, como les ha ocurrido a infinidad de pintores, escritores y demás artistas, y el que esto no lo entiende así, es tonto.

El álbum de cromos que le va a cincelar parte de su mente artística, el que la va a incitar por los mundos antiguos, algunos ya desaparecidos, y que por todo ello se va a hacer inseparable de su profundo sentido histórico de por vida, va a ser, de la misma editorial -lo que le causó extrañeza y sorpresa. ¡Si es de tebeos! Lo que demuestra también que ya se interesaba por la letra pequeña-, la colección de *La Vuelta al Mundo en 320 cromos*. Una noche, que buscaba ya los primeros pasos de la primavera, muy obscura aún, puso al muchacho hacia las ocho y pico de la noche tras el álbum en el nuevo quiosco de la **Plaza Palacio** que tan tarde cerraba. Nacían nuevos negocios en aquella época que estimulaban la variabilidad. La infancia únicamente ve de la novedad lo externo, el mero maquillaje de muchas de las cosas que nos sirven de engaño. ¿Pero todo es siempre así? El negocio tiene como objetivo ganar dinero, ganarse la vida para muchos empleados. Pero existen muchos tipos de negocio, y que ataquemos a los quioscos de 1971, con los viejos dogmas, nos convierte en simples toros enfurecidos por la locura. Dejo de divagar para otra de tantas ocasiones, para que en esta ya noche tenga oportunidad Guillermo de llevarse su álbum a casa. Como siempre, surge un problema: sus padres le dicen, después de comprarlo, cuando regresó de traer de la bodega el vino y la leche, que una página estaba rota (mal guillotizada) y toda sucia de tinta. Se le hunde de nuevo el mundo que comenzaba a aflorar. Rápidamente va en busca de que no esté cerrado el quiosco. Y con suerte, y el corazón en estampida, le consiguen el cambio del álbum. En esta ocasión solo hay una pequeña mancha en una de las páginas. Pero es igual, le convencen sus padres de que todo no puede ser perfecto, y éste es el definitivo. Valía un duro, pero le costó únicamente una peseta porque entregó cinco sobres de cromos vacíos. En este caso, la promoción nos acogía con el bello abrazo de lo que ofrecía: la cultura aparecía en cientos de colores y formas en los cromos de láminas dibujadas. La naturaleza mundial y las arquitecturas más antiguas y modernas irían ofreciéndose en esta tan digna colección. Su madre y su padre le estimulaban a ello. *"Tú estudia y aprovecha para el futuro"*. Guillermo tuvo suerte con ellos, porque aparte de humildes consiguieron inculcarle ese bello oficio adquirido. Y el futuro no tenía por

qué estar negado y la vergüenza jamás debía aparecer como su sombra maligna. En las *Maravillas Naturales* se ofrecía romántica y azul la *Gruta de Capri*. Las catacumbas de los cristianos en Roma aparecían con el único motivo de que estaban excavadas bajo los suelos de Roma, ese grandioso imperio que comenzaba el niño a situar y referenciar. Qué extraña mezcla de miedo, cuántos enigmas e historias asomaban por la porción -tumba. Cata- le daba el sonido y sentido originales. *Las cuevas de Altamira* y de *Artá* aparecían como símbolos españoles, porque el concepto de patria también, desde hacía tiempo, aparecía referenciado. Pero no pongáis vuestros aplomos ideológicos al respecto; va a ser tan diferente la patria para este chicuelo. Las cuevas de hielo, donde él únicamente creía piedra, le abrían un nuevo punto de novedad. Y es que si pudiéramos ver en su mente, en esos instantes, apreciaríamos como tras su fondo, todo oscuro, van apareciendo las ristas de luz que se van abriendo paso. Puede que la noche tan propia de aquel barrio tan sombrío, las horas tardías por las que salía tarde, hacia casa, desde la Escolanía y que le inundaban de luz de mercurio el bello Barrio Gótico, fuesen generadoras o apoyaran esa idea estética. Pero si mirásemos un poco más profundamente, veríamos que todo ese derredor suyo era filtrado por su especial personalidad en el momento en que los niños crecen y no parecen darse cuenta del hecho nuevo y bello del aprendizaje. Y más si a ello añadimos la paciencia y la ingenuidad de que todo un día ya vendrá y se hará. Ahora poco a poco él debía de ir al colegio, atender la Escolanía y hacer los recados de su madre.

El agua y su belleza y *Los gigantes* agrupaban las maravillas del agua (cascadas, grandes ríos y presas, lagos y playas) y de las montañas. Los *Caprichos de la Erosión* le enseñaron el modelado que la naturaleza hace sobre las cosas que creemos inmutables. Pero para él esos cromos cuentan, como en una foto fija más, que las cosas deberán ser así por siempre, mejor dicho, que se han hecho para que por fin, en su momento, en el hoy, en el tiempo del álbum, sean de esta manera; a partir de ahora no van a cambiar más, por lo que los cromos mágicos las mostraran por toda la eternidad. *La vegetación* le introdujo en desconocidas y gigantescas especies. Y aquí se acaba la parte natural porque a continuación comienza la de la mano del hombre y la más bella para él. Y el primer apartado, *Maravillas del Pasado*, sobre las grandes obras arquitectónicas que fueron y que ya no existen, va a ser su preferido. El gigantismo y ese fue que ahora no está en nosotros, pero que la memoria jamás pierde, le atraerá de forma especial. El matiz del romanticismo bastará para explicarlo. A **Antípater de Sidón** (s. II a. J.C.) se le atribuye la aplicación de *Las Siete Maravillas del Mundo* y en este apartado del álbum aparecen varias: *Los jardines colgantes de Babilonia*, *El mausoleo de Halicarnaso*, *El faro de Alejandría* y el que más le impresionó: *El Coloso de Rodas*. Decían que eran cinco, pero otras días dicen que siete. Entonces las maravillas maravillan de todas las maneras posibles. Babilonia tiene dos mil años de antigüedad, pero antes de Cristo. Los muros embadurnan el cromo con su barro adobado claro y todo lleno de ocre y verdes de los jardines enredados que cuelgan. El mausoleo es la impresionante mole que sobre la base sustenta, con decenas de gigantescas columnas, su enorme techumbre. El faro

fue destruido por un seísmo lo mismo que el coloso, de bronce y de treinta metros de altura. Dos faros guardianes que con su potencia, sobre todo, con la humana del coloso, imponían el orden de la fuerza sobre los hombres. La potencia, la guerra, el comercio, la piratería, la invasión, el espolio, el arte y el pensamiento poderoso, todos ellos y todos juntos aunando por la supremacía de las fuerzas humanas que se recogen en los antiguos imperios. Guillermo intuía ese poder desde el comedor, abierta la ventana, por donde entraban los rayos de mercurio, ese azul que iluminaba aquella calle de enfrente y que ayudaba a mirar hacia arriba donde todos los balcones. Era la calle que le abría la naturaleza de la visión, esa pequeña vena que le ponía en su sitio y de cómo, de algún modo, todo ese su derredor, tenía algo que ver con el impresionismo de los cromos. El pasado y el presente deben de entenderse de alguna manera. Sus padres le ayudaban a conservar ese orden actual de las cosas. La enseñanza que le embadurnaba le ayudaba a odiar menos que en otras regiones del mundo.

El siguiente capítulo era sintomático del precedente: *Monumentos Antiguos en la Actualidad*. La destrucción humana y natural había sido superada por las **Pirámides**, por el **foro Romano** o por los escasos restos del **Partenón**. Pero todo es más bien circunstancial en ocasiones como también todo puede tener en parte sentido para que las fuerzas se resistan unas a otras. Todo depende de nuestro conocimiento de la Historia.

En el colegio se sorprendió de que un solo alumno hiciese la colección. Y no era de los más estudiosos. ¿Tan preclaro estaba ya? Los demás alumnos hacían colecciones de cómics o de la naturaleza en general: los animalillos que hacen gracia y demás. La cuestión es que igual consideraba Guillermo que la verdadera cultura e inteligencia iba por donde también le trazaban los profesores. La televisión en esos años era culta y también le halagaban por ahí. No obstante, esto es una consideración propia que deberá considerarse mucho más adelante, porque ¿a dónde irá cada cual con sus planteamientos, y que en esos años son más de juicio, que no juiciosos? La experiencia arribará en su momento para desmantelarlo todo.

Y cada día surgía el sol un poco más azul y preclaro para el conocimiento de Guillermo, ese hecho natural que a él, ya mayor, y al propio autor, le horrorizan hoy por la topificación que se ha hecho de su concepto. Cualquier musiquillo y escritor, artista del ala y evidentemente actor, resuenan por su **mediterraneo**. Todo el mundo es mediterráneo, hasta los australianos que también pueden intervenir militarmente en su área circundante. Para Guillermo, aquel hecho era natural, cotidiano y encima no le reportaba ni un duro. Los truhanes aprovechan los vientos de la moda en cualquier momento histórico. Todavía aquel infante era tierno como para unificar causa y efecto de tales hechos. Pero ¿cómo su mejor amigo de aquella etapa de su vida ya concebía dentro de sí aquella pillería enseñada por sus padres y que le va a hacer mucho menos espontáneo, divertido y sincero? Tonto será mucho menos, pero al no arriesgar, ¿qué valor hay para idolatrarlo?, porque arriesgar es querer, es ofrecerse por nada a quién se quiere ayudar, solo por este hecho mismo. Idolatrar... hoy es el pan de la chusma y nada arriesgan semejantes idolatrados por

nada ni por nadie. En fin... Y cuando alguien ayuda de verdad, tan humilde se vuelve, que tira el cetro sobre los mármoles de la gran sala, para disgusto de sus mentores en el premio.

El barrio poseía aquel conjunto de calles desordenadas que durante la noche, sobre todo invernal, emitían un hondo intimismo. Pero pasada la Vía Layetana, yendo hacia el Barrio Gótico, los suelos eran más rectos y ordenados. Estos edificios de la última etapa medieval, que culebrean imperceptiblemente con los del nuevo Renacimiento y que ocultan las bases romanas para crear un mayor romanticismo, ofrecían el abrigo del pensamiento. Guillermo se sentía bien a su lado, algo abrumado por el devenir que debió haber entre ellos, pero como siempre estaban tan tranquilos y solitarios ahora, y lejos del ruido de los coches y del gentío, pues enredaban por debajo de sus cabellos negros para abrirle nuevas posibilidades, que muchas veces pecarían de ingenuidad para su mal, pero también para su bien. Es tan triste y liviana la cruel realidad, que ella nos aparta del opio amable que el hombre ha tenido que crear con la filosofía y las artes. En Barcelona, como en casi toda España, el Renacimiento no aparece nítidamente, tan separado como en su origen en Italia. En la Iberia el renacimiento parece una evolución, un abigarramiento del último arte medieval. Ello ni es malo ni es bueno tampoco, simplemente es original, propio de nuestra naturaleza, menos centrada en el efectismo y más en lo que no se ve. Siempre pensando sobre lo que no resulta ser visto a primera vista. La exageración, aunque no lo crean, ya saben ustedes que es la tendencia a la no mistificación; se hace negativa por su falso sublime; los barrocos verdaderos indican el camino perfecto hacia el Más Allá. Pero estamos hablando de Guillermo y su única víscera será cierta tendencia a la irascibilidad, propia de las mentes algo enfermas y tan soñadoras. Por los alrededores del Barrio Gótico hay zonas más degradadas arquitectónicamente (puede ser el caso de cerca de las Ramblas), y otras más excelsas (puede ser el caso de cerca del Ensanche), pero de seguro que en todo ese antiguo conjunto los edificios renacentistas, barrocos, del siglo de las Luces, del impetuoso y a la vez tranquilo XIX, irrumpen de pronto y para agrado de nuestra visión. De noche vuelven a ser las luces de mercurio las que desde cualquier rincón alumbran tiernamente el alma de todos sus recovecos. Dentro de aquellas casas viven gentes que Guillermo no conoce y que solo intuye por el modo de sus formas. Todo un nuevo mundo debe esconderse allí dentro, todo un mundo que le debe explicar la construcción de todas aquellas maravillas del pasado. En alguna portería relucen los cristales de colores que en formas curvas, como los cartabones redondeados de sastre, dibujaron aquellos ángeles del Modernismo. La simetría del Modernismo existe y solo un tonto cineasta, proclive al Comunismo, es decir, a las ideas fijas, no entendió. También puede disculparle la edad de su imprecación. Lo absurdo es que este tipo de personas tienen mucha fama. Igual tampoco debo exagerar por semejante, que tal fue deslíz. Su obra no la conozco del todo; porque aunque muchas veces estas pequeñas cosas son tan indicativas de un carácter y una manera de ser, todos estamos abocados al error y yo el primero. Con ello me quiero justificar, pero sobre todo alejarme de la posterior

crueledad que puede conllevar una opinión. Las opiniones ya han causado muchos muertos por concebirlas como verdades. Si lo hubiesen sido, no habría habido ningún problema porque el mundo las habría aceptado enteramente.

Tras estas porterías, casas y rincones de sus calles, podemos recibir el influjo de los viejos libros. Los escritores decimonónicos de Francia, Rusia y España nos ofrecen grandes y muy bellos ejemplos. **Stendhal, Dostoievski, Ruiz de Alarcón**, por ejemplo, con su pluma dibujan la tristeza de los días de invierno y de las almas humanas que pasan y mueren con el mayor de nuestros dramas: olvidados, sin vigor, sin ningún amor recibido ni expresado. Suerte de ellos que nos animan hacia ciertos héroes, detrás de los cuales siempre aparecen reflejados aunque sean los mejores representantes de los siete pecados capitales. A la edad de Guillermo el catecismo aparece sencillo, con dibujos de críos y palomas, de azules celestes y blancos lienzos; pero al tiempo su mensaje es cruel por su claridad. El pecado se ha de confesar y justificar. La disciplina es correcta y amplia, y el no decir la verdad se convierte en la mayor de las faltas. Por ello, y por su propio temperamento, Guillermo va a tener una profusión mental mucho mayor de lo normal. Ello le creará el estar enredado, dentro de sí, demasiado tiempo, también para su bien y para su mal. Aquellos primeros obispos fueron encarnizada y despiadadamente torturados antes de su horrible muerte. El mensaje directo es observado. Aquellos crueles romanos pagarían después su maldad. Aunque el mensaje posterior tampoco debe desconsiderarse, porque tras el hundimiento del imperio surge la época medieval, tan mal interpretada. Los escritos de los primeros Padres son claros para expresar todas las posibilidades del perdón. De todas maneras, la lluvia y la disciplina escolar imponen sobre Guillermo un cada vez más pétreo dictamen. El miedo se le apodera cuando la profesora o el director le miran fijamente para censurarle algo que se ha salido de las normas. De hecho, Guillermo aceptaba, sin más, el castigo por llegar tarde a la fila al formar o por estar en un área no permitida a cierta hora. Su madre le negaba cualquier excusa y este refuerzo acrecentó la parte ordenada y especulativa de su mente. Como en casa no había maltrato, la explicación finalmente va a ser positiva, pero existía tanta disciplina en aquel colegio...

La primera Semana Santa que pasó con la Escolanía va a abrirle otro punto de inflexión. Al poco de terminada la Navidad, bastante antes de la Cuaresma, comenzaron los ensayos de los cantos que deberían ellos interpretar en sus extraordinarios oficios. La disciplina aumento más todavía y la impuntualidad era mucho más castigada. Podían quedarse sin recreo durante un mes y las corridas, cuando les llamaban al ensayo, se convirtieron en otros de los miedos que Guillermo comenzó a acumular. Siempre el último recibía un pellizco, y él, lo sería muchas veces por culpa de sus malos y tramposos compañeros, que le empujaban o le agarraban de la bata para casi tirarle al suelo. Mossen Cirici terminó por no pellizcarlo más porque aquel niño no tenía ninguna mala intención. Más al contrario, comenzaron a recibir más cachetes sus otros compañeros por abusar del débil, lo cual no va a ser ninguna mejor solución para el que recibe, porque de nuevo la

mezquindad infantil (y humana) se va a imponer sobre él mismo, sobre Guillermo. Pronto le cogieron tiña, y a pesar de comprenderlo muchas veces, fueron más las que le pegaron y humillaron. Cosa del animal bestia que llevamos dentro de sí, impregnado en el ADN. La vejación de éstos y de otros compañeros de clase le aumentaron el miedo infernal que por sí mismo ya poseía. Pero tan maravillosas eran las otras posibilidades de la vida, que lejos de sucumbir en su primer plano bajo estos dolores, que pasaron pronto a un segundo (casi nunca evitables, por cierto), pudo enfilar con gran lógica sus verdaderos intereses. Su vida quedó alterada en un mayor desorden de sus nervios, pero los ideales siempre estaban por delante. Su madre bien se lo decía: *"Nunca cejes, no te dejes amilanar por nadie; si es necesario pega, pero intenta respetar a tus compañeros y que te comprendan."* Las ideas y los gustos le salvaron; y estas de infancia qué lejos están de las fijadas de los adultos.

Las mañanas de Semana Santa son profundas. Cada paso prosigue por el sendero marcado, que cada año es el mismo, pero al que continuamente debemos referirnos durante la nueva temporada. Guillermo ensayó meses antes todos los cantos. Los nervios le atenazaban cada día más. Durante el mes previo, las dos semanas antes, el último fin de semana, fue un manejo de nervios. La sensibilidad fue auto-acumulándose. Es la época en que Cristo muere y resucita y todo su misterio queda consumado, más aparte, los hombres transfiguran el acontecimiento con una férrea disciplina que al niño muchas veces aterroriza. ¿? Uno de los enigmas de este mundo es que la disciplina, tan necesaria, no se explica antes para evitar ciertos males en futuras personas, pero también cabe preguntarse que puede que no haya solución y que el temperamento salvaje y libre del infante deba guiársele, a veces, con un gran celo. Sea como fuere, Guillermo recuerda las dos partes, la buena y la mala de esta primera gran Semana Santa, y puede que la vida sea ese fuego y ese hielo, ese aire y esa calma, que no por sus contrarios sin más, se explique: ¿solo tras el sufrimiento comprenderemos? Esta ley tan divina y lógica, en su primera edad, la perderá repentinamente en el periodo enfermizo de la adolescencia, llevándole a ideas de profunda locura, pero que también poseían su parte nueva y refrescante. Con el dolor, el helado nos sabe a gloria. ¿Seguro y en todas las posibilidades? La gran Catedral de Barcelona cerró la puerta del brazo izquierdo de su cruz para colocar en ella un gran entarimado sobre el que se agolpaban miles de flores y palmas, nunca antes vistas, tan grandes, por él. Sobre los tapetes de terciopelo serpenteaban los hilos de oro que entre mil recovecos formaban toda la inmensa explicación de lo que el hombre en ocasiones pretende ensalzar. Tenían que introducirse por debajo de todo aquel embeleso para penetrar en la pequeña puerta por la que se ascendía al coro. Por primera vez escudriñó uno de los secretos de la Catedral. Porque esas escaleras de caracol, de pura piedra, y donde únicamente se había enseñoreado el terror de los fantasmas, y en las películas, ahora se le abría frente a él y hacia arriba. Tardaron un par de minutos en subir porque el paso de los demás compañeros se veía ralentizado por las voces mayores del coro que les precedían. Aquellas personas adultas, la mayoría ya casadas y algunas casi entrando en la ancianidad, ascendían despacio y

murmurando sus voces gesticulantes y bajas frases. La piedra era gris y la ordenada arquitectura de las revueltas, formadas por piedras perfectamente engarzadas, en líneas todas rectas, al cabo de la costumbre se diferenciaría en sus diversos niveles por la variedad de sus matices, aunque apenas fuesen imperceptibles. Desde hacía ya tiempo se había sorprendido de los automatismos con que había obsequiado Dios a la mente y al cuerpo de sus hombres y mujeres. La intuición era una herramienta no razonada en el momento del resultado, pero de seguro que provenía de esa acumulación automática de datos, por lo que no se estaba tan lejos de la explicación científica. Dios les había dejado libres sobre la naturaleza para que ellos, paso a paso, explicasen y ampliases el mundo. El perfecto mecano era de verdad en Guillermo. Desde el inicio las cosas se las explicaba a sí mismo, y pronto a sus compañeros, desde ese punto de vista. La duda era la tinta con la que había que escribir, totalmente necesaria para el desarrollo de nuestro conocimiento. Cuando llegaron al órgano se quedó expectante porque tuvo un desengaño. En el vestíbulo, que después daba a un estrecho pasillo para ir al gigante musical, encontró todo muy insignificante. Solo eran maderas vulgares, desgastadas, que incluso formaban el suelo con tablas que se podían encontrar en cualquier suelo de almacén. Eso sí, el techo era inconcebible porque lo recubrían los cientos de tubos grandes, medianos y pequeños tubillos de aire, los fuelles y la multitud de trompetas y trompetillas que daban vida a aquel ciclópeo instrumento. Y finalmente, cuando pasaron aquel vulgar pasillo, tan estrecho y oscuro, llegaron a la inmensa luz que formaba la catedral en todo el esplendor de la fiesta sagrada. Nunca la había visto tan iluminada y concibió una nueva idea de que las cosas y actos más grandes conllevaban sus correspondencias. La altura era impresionante. A los niños los pusieron en un extremo del organista, junto a una especie de balcón, formado por finos hierros que llegaban al techo y que pronto todos concibieron, y con el que empezaron a bromear los más valientes como poco seguro. La luz era intensa, tan blanca y dorada que los pequeños ojos de Guillermo tardaron un tiempo en amoldarse a su nueva situación. Esto siempre le iba a ocurrir en estas circunstancias y su fondo psíquico comenzaba a entremezclarse peligrosamente con este malestar. Él, tan flojito y aguantando cuatro horas de misa mayor. En ocasiones descansaban y para no interrumpir en alboroto los oficios, y porque la relajación para todos ellos era necesaria, permitían con gran silencio descansar en el vestíbulo. Pero las conversaciones debían ser muy oscuras y casi nulas en los niños. La gente, el pueblo, estaba abajo y los contemplaban, los admiraban. La vergüenza en grupo en él no existía tan pronto y su orgullo comenzaba de nuevo a florecer, a pesar de su cansancio.

Estos nuevos días de Semana Santa coincidieron con una edad en la que podía apreciar mejor las percepciones. Jueves Santo se trabajaba por la mañana en Barcelona, pero a partir de las tres el rito se hacía Sagrado y la tarde era como otro día festivo cuya intensidad era aún mucho mayor, ¡cómo se va a comparar! El recorrido, que después se debía hacer a un mínimo de siete iglesias, para imitar las paradas de Cristo, le emocionaba porque le mostraban la arquitectura y el gentío en todo su fervor. Al acabar la misa Santa, irían durante los próximos años a buscarle

sus padres para iniciar el recorrido. Las iglesias estaban abarrotadas y aunque la época ya era moderna no había comparación con el vacío de nuestros días. El ocio y el laicismo hoy se han impuesto. Muchos iban a las iglesias porque no tenían otra alternativa. El fervor de la familia de Guillermo le hará ser así durante toda su vida. Al menos en cuanto a que las cosas no pueden tomarse por su mero valor de uso. En el fondo los ritos deben responder a algo. El Viernes Santo era el gran día festivo del dolor. Silencio, no debían fregarse los suelos porque si no salían hormigas, los enfermos y niños aún podían comer carne y pescado por su debilidad, pero los mayores habían de ayunar completamente. Por la tarde él debía ir al **sermón de las 7 palabras** a cantar. Era un acto corto, pero al que consideraba el *mossen* como el más importante de todos. Las canciones eran cantadas todas en latín y ninguna poseía ningún ritmo que denotase viveza, solo hondo y profundo sentimiento. El pentagrama apenas sobresalía del alma. Las canciones de Iglesia casi todas nos pueden parecer muy serias, pero generalmente tienen ese algo que las explique. Pueden responder con toda sobriedad con el Credo, con sentimiento como en el *Sanctus*, con esa explosión de alegría en las canciones que acompañan la Comunión. Pero no, aquellas de Viernes Santo todas eran cortas, pero cantadas muy lentamente. Apenas tenían una melodía imperceptible que a los niños les costó mucho memorizar. Fueron durísimos los ensayos. A más de uno le dieron un cachete. Aquellas canciones se alargaban eternamente en la escasez de sus versos. Unos versos que rezumaban de la prosa más lánguida que jamás va a escuchar ya. Cuando el acto litúrgico terminó, no pudo encontrarse más contento y Dios, por eso, no le iba a castigar, pues bien sabía que a un niño como él, tan bien pensante e intencionado, podían permitírsele ciertas dispensas. Ya de mayor se esforzaría en el trabajo. De todos modos, sus pensamientos no eran del todo puros, porque él ya no podía evitar que le vinieran aquellos malos pensamientos que nunca definían los sacerdotes. Lo cierto es que aprendió pronto, que para pecar, hay que concebir lo que es pecado, y que todo ese juego de pensamiento debía pagarlo la moral de alguna manera. Pero siempre el final sería triunfal para la idea Divina por la que estaban hechas todas las cosas. Pensaba que debía de atizar más a esos niños pequeños repelentes que en alguna ocasión se le burlaban y hasta le pegaban. Esos mocosos hasta le podían algunas veces. ¡¡¡Él odiaba la violencia!!! Se le apoderaba hasta un miedo enfermizo. Le llamaban encima cobarde cuando solo buscaba el bien. El señor vecino era asqueroso y muchas viejas eran repelentes porque se lavaban poco. Pero estos pecados todos eran veniales y fruto más bien de su debilidad infantil. Los pecados mayores, los mortales, los hacían precisamente ellos, los mayores, los jóvenes, los adultos casados y solteros.

Tras comprar algo de *farigola*, en la plaza de la Catedral, toda de piedra, la noche ya era cerrada y subirían en el autobús, casi vacío, años más tarde, cuando se trasladaron a otro barrio. Verían la retransmisión desde Roma del Vía Crucis y después la bellísima película de Religión. Hollywood siempre ha sabido hacer películas de estos temas porque las cosas se las han tomado siempre en serio. Los decorados han sido grandes y las estrellas han hecho su papel creíble porque aún tenían fe. De esta manera puede el creyente culminar su idea. El bello espectáculo de

la luz y de la imagen se apoderó pronto de la retina de Guillermo. Poco había que hacer en él para transmitirle un nuevo arquetipo romántico. También esta noche de Viernes Santo se hacía grande porque en Sábado no había actos cantados. Jesús estaba muerto y había que callar hasta que al Domingo llegase la Resurrección y la explosión coral con su misa. Le darían una figura de chocolate (como Mona) como premio final de las fiestas. Su madre había preparado el pastel por la noche de sábado porque eran muy caras las de las pastelerías, y aquella, su figura, la culminaría. Sus padres le agradecerían todo el esfuerzo que había hecho y éste le iba a enorgullecer desde el mejor plano, que es aquel que proviene desde el cariño.

Y a aquel Jueves Santo, en donde comienza la Historia Sagrada, se le puede incorporar, porque es de época, el primer LP de **BADFINGER**.

Vuelve América, vuelve el juego, vuelve una de las mejores épocas:

La primavera se abre firme con todo el color que siempre es azul y amarillo por las mañanas, cuando el sol está radiante sobre los plátanos de la ciudad, que rezuman ya en todo su verdor. Sí, la frase es consabida, pero ese tiempo es bonito de nuevo, aunque sea tan viejo. Los críos salen del colegio disparados a jugar o se entretienen en el mismo libremente. El amigo de Guillermo le dice: "*Vamos Guillermo, que hoy nos toca jugar al tren*". A saltar, a plantar, daba igual cuando el sol estaba en todo lo alto y ellos dos tan juntos, lejos de los odiosos compañeros, aunque ocupasen el mismo recinto. Los grupos americanos de finales de los sesenta daban los últimos coletazos, y como hacía poco de ellos, las radios los hacían funcionar a toda marcha. **MONKEES** (en toda su dimensión y no con el desconocimiento a que nos tienen acostumbrados los críticos de nuestro país), **TOMMY JAMES & THE SHONDELLS**, **OHIO EXPRESS**, **LEMON' PIPERS** o **THE YOUNG RASCALS** son ligeros, jóvenes y audaces porque su música puede oírse cualquiera. ¿Quién dice qué estamos en una dictadura si los pájaros tocan a bien para los niños? El parque es verde, los guardias urbanos vienen de nuevo a clase a enseñarnos a cruzar la calle, cuando en nuestro barrio no hay tráfico, pero de seguro que de nuevo nos invitarán a su circuito de tráfico en el parque, para que montemos sus *cars* de pedales y bicicletas. Los álbumes de la temporada ya están acabados y escuchar aquella música, de nuevo en casa, cuando la mamá permite todo tipo de juegos, dentro del orden concebido, resulta singular. La Semana Santa es en su momento y esta explosión de vitalidad también nos la ha donado el Señor. En esta sencilla frase el pensamiento de Guillermo no se atascaba, porque sus vivencias, a pesar de la frugalidad, eran felices. Bajo el sol mediterráneo, el ambiente es sencillo en este rinconcito de la España que empezaba a percibir. Y América dando nuevos productos, ofreciendo placeres, entre los que destacaban la música, los helados y refrescos y la belleza de ofrecernos el zoo. El zoo de Barcelona era uno de los mejores de Europa en especies. Por la tele los telefilms americanos de animales contribuían a que *Mi Oso y Yo* o *Flipper* nos identificasen con el allá. Detrás estaba

el pasado de Barcelona, el antaño que renacía sobre la modernidad, para que todo tuviera su ser y su estampa. Pero a esas edades el todo, todo lo cubre. No hay diferencias, todo aparece unificado para que los hombres y las mujeres las disfruten. Más tarde, las diversidades personalizarán, y si no se exageran, pueden hasta ser enriquecedoras. Qué sensaciones aquellas, las adquiridas, para que después cientos de teóricos nos las derrumben sobre nuestros cimientos. Pero ¿por qué hacerles caso? Cada día, ya más mayor y cada vez más dueño de su madurez, recordaba aquél conjunto como la idea realmente verdadera, pues era la que le hacía ser feliz, y ése es el único secreto: vivir sin molestar, con sacrificio también, pero huyendo de los pazguatos que nos quieren amargar la fiesta con tantos problemas políticos, sexuales e intelectuales. Vuelvo a escuchar a los **ARCHIES** para que los dibujos de **Tarzán** me decoren la tarde. Espero que **MAYA** no eche abajo de nuevo la cerca. O a veces es mejor que sí. Es que como los niños quieren ser sus amigos.

Nuevo curso tras suspender las matemáticas:

Suspendió las matemáticas el primer curso del nuevo colegio. Todo era negro en él meses antes, el temor, el absurdo miedo se le apoderaron de nuevo. ¿Por qué tanto sufrimiento? Se hizo gigantesca la costumbre, que apenas podía filosofar sobre lo que le estaba pasando. El miedo se hacía normal, el maltrato por parte de los compañeros, los gritos de la profesora, las bofetadas de su señor marido, "*el pato Gilito*" (porque la barriga lo indicaba todo), eran ya habituales, monótonos todos, pero como el temor aumentaba conforme terminaba el fin de semana, todavía tenemos un pequeño al tanto de la situación. Los momentos felices seguían a los malos, pero los compartimentos estancos existían y la felicidad no iba ya a ser total hasta el primer bachillerato. Mientras, debería aguantar a aquellos odiosos compañeros que se metían con él. El concepto compañero nunca tuvo en Guillermo, por dicho motivo, más que el hecho de que compartían una misma clase. Volviendo a las matemáticas suspendidas, recordemos que las aprobó en el curso siguiente. Ya en el anterior superó la nota de 4. Desde ese momento, desde 4º de E.G.B., fueron ampliamente superadas por él. Sacaba notas de empollón. Se empeñó con ellas porque todo el mundo las tenía estigmatizadas. Todo el mundo, en aquellos tiempos, creía que con ellas llegaba la ruina de la escolaridad para muchos alumnos o el triunfo futuro y no tan lejano; para la ignorancia de Guillermo, aún faltaba mucho para ello. En este chaval debemos significar, además, su mayor proclividad a los automatismos, que más tarde se diluirán en el bien para significar más el mal, que casi le inutilizará el mañana; eso sí, su camino deberá adaptarse a esta terrible circunstancia. Arriba y Abajo, Antes y Después, las combinaciones eran normales desde primera edad y sin percatarse; ese juego le avivaba la inteligencia, como en todos los niños, pero él era mucho más rápido, aunque no el más rápido; ya no estamos tan seguros en esa tendencia suya a relaciones tantas y diversas cosas. Pero dejémonos de disecciones y metámonos en el magnífico cuarto curso, porque el

nuevo profesor, a pesar de ser sobrino de los directores, era joven de verdad. No pegaba, imponía su parecer sin necesidad de palmotear las manos. Traía un nuevo bagaje cultural, hablaba del romanticismo literario, de las ciencias puras, de las naturales, hacían trabajos manuales durante toda la tarde del jueves y encima era divertido, contándoles multitud de anécdotas que acercaban a Guillermo un poco más hacia la otra realidad. Las tardes de su otoño e invierno se hicieron más inteligibles pero a la vez más complejas. Acercaban el mundo a la vez que lo alejaban. Aprendió que los prosistas y poetas eran distintos por el motivo correspondiente. Antes eran ambos conceptos vacíos. Sin embargo, el Romanticismo y el Realismo, como movimientos literarios antagónicos, guardaban, detrás de sus espaldas de mamut, un ingente conocimiento que por ahora solo asomó su naricita tras la puerta. **Keats, Wordsworth, Heine, Espronceda, Bécquer, Balzac, Tolstoi, Dostoievski** eran poco más que nombres, pero las batallas que llevaron hacia la libertad y la locura espiritual alimentaban, día tras día, sus lechos de sangre. Y la libertad no era la mera del librecambismo o de cierto mundo liberal, porque también los reaccionarios tenían su ejército de poetas y escritores. Y en medio, sin lugar ni tiempo, muchos de los que he nombrado arriba. No tenían otra bandera que la de defender sus propias ideas. Y a las ideas hay que darles la propia palabra, la humana, la que jura por la propia alma, por la propia madre, la que puede tener debilidades pero por las que nunca se traicionará al amigo, al campesino, al obrero, al pobre. La palabra amigo no es ningún frágil concepto que pueda manipularse como el barro. Si de la palabra procede la idea, ¿por qué tantas y tantas batallas, traiciones y defecciones, nuevos partidos y nuevas escisiones? ¿No será que todo fue ideal como actualmente continuamos creyendo algunos? ¿Por qué tan pronto se hizo sinónimo ideal de utopía?

De pequeño todos estos conceptos adquieren su fase primera utópica, precisamente, porque no comprende la realidad, pero añadamos un poco de sufrimiento, no ajeno, y la comprensión hará el resto: la práctica. Guillermo podía comprender mucho mejor aquello de los movimientos sociales porque el fin de mes no daba para mucho más, pero al mismo tiempo entendía que la situación había cambiado mucho y que gracias a **Franco**, a ese gran militar, los obreros vivían dignamente. Aún no sabía muchas cosas: desde el espacio y el tiempo profundos, poco a poco irán surgiendo desengaños, aprovechados y nuevas utopías para poderlo digerir todo.

Los maltratos de los alumnos continuaban, pero todo había tomado un nuevo cariz. Los golpes y los insultos se hicieron más suaves por dos motivos: la costumbre cicatrizó las heridas más abiertas y tampoco era tan repelente Guillermo como para martirizarle. ¿Repelente por su aparente debilidad? Qué cuestión más brutal la de estos pequeños que ya juegan a la profesión mortal de los mayores y que nadie les ha enseñado en apariencia. Pero muchos padres, en sus casas, les decían: “-No te dejes. -Pega primero. -Tú a lo tuyo.” Y el instinto siempre se ceba sobre el más débil, porque de él casi nunca se va a recibir. Además, esa carita tan suave y de santo, tan

inteligente y dulce, había que borrarla. Lo único que borraron, y en su momento, fue la expresión, que se trastocaba en el inmediato terror, lo cual les emocionaba especialmente. Únicamente le daban algún golpe: los profesores velaban para que las cosas nunca se les escapasen de las manos. Los tiempos de disciplina ayudaban a ello y todavía en los sectores más desfavorecidos no había llegado de pleno el desbarajuste. La dignidad y la exageración no iban ni con los más rebeldes. La sangre era un valor sagrado y cuando por falta de cálculo, a alguien se le hacía daño, ellos mismos se refrenaban unos a otros. La humillación moral continuaba, pero sin los golpes, se hace mucho menos perversa. Solo cuando Guillermo se enfrentaba directamente a ellos, recibiría algún empujón, pero también era necesario su comentario y sus opiniones, porque aquel chico destacaba. Lo extraño es que dos de los que le atemorizaban eran muy inteligentes y hablaban mucho de la libertad de los hombres en clase de literatura. Se ve que el uso de la violencia les agradaba también para dominar. Después de las revoluciones se necesitan líderes. Ser un líder da sus prebendas. Es algo innato a esta especie humana. Aunque tampoco deben exagerarse las cosas a esta edad sino están sacadas de quicio, porque el hombre aprende con ese tira y afloja del placer y del sufrimiento, de la experiencia y del hecho de ser con o contra los demás.

Laputa era dominada por aquellos enanos y **Swift** continuaba la tradición de **Locke** para que durante el siglo XVIII **Montesquieu** y **Voltaire** en Francia limpiasen con su letra el mal del pasado. Llegó la revolución, la exageración y el fondo del que se agarran siempre las mismas cuerdas: la ambición humana. A lo largo de la Historia esta ambición ha tenido diferentes carices porque no es lo mismo la exagerada ambición actual, del siempre más y más. Las fuerzas se han hecho imparables a primera vista porque la técnica nos hace evolucionar, pero ya hace tiempo que se sabe que pudo más el cambio espiritual de seguir y seguir hacia adelante, hacia donde fuese, pero siempre progresando, avanzando hacia arriba, aunque no se supiese muchas veces ni porqué, el que tuvo el origen sobre el nuevo mundo, y el que espoleó a que evolucionase, finalmente, la técnica. Antaño los reyes acumulaban valores de lujo: oro y piedras preciosas, arte para impresionar. Ese material no se podía aumentar más que con la guerra y con el trabajo, pero como se sabía de los límites de ambos, se evitaba llevarlos al máximo porque lo único que traerían sería la derrota. Solo algún jefe descabellado cayó en la tentación. **Roma** creó la *pax romana* y hasta el más sanguinario conquistador no pasaba de ser un mero nómada dedicado al pillaje. Hoy mi vecino no se contenta con su móvil, porque me quiere atormentar con otro conectado a Internet y mañana no le bastará con ello para intentar volver a atormentarme. El teléfono ha perdido su verdadero valor de uso. Y así todas las cosas en este mundo. Antes existían los mismos pedantes y fanfarrones. Las mujeres intentaban destruirse en la alta sociedad con sus vestidos, pero al ser todo mucho más lento, se daba oportunidad a la misma murmuración para que fuese más artística. Hoy es cada día, a todas horas el martilleo, por la noche incluso, durmiendo en los sueños. Nuestro cuerpo todavía no se ha acomodado metabólicamente al nuevo trasunto. Al

menos el mío no responde tan raudo y por ello sufre de estrés y de mala leche en ocasiones. Aunque en un futuro todo esto quedará solucionado con la robotización de diversas partes de nuestro cuerpo, porque evidentemente lo último que interesa es la nueva política de trasplantes. Si al final los afectados salen beneficiados, mejor, pero antes los inventos serán para la guerra, la que siempre cuenta con mayor presupuesto. Actualmente existen todos los alimentos y medicamentos necesarios. De tanto que sobra, algo les llegará. Pero antes, otro negocio deberá sustituir al antiguo. Eso sí, deberemos pagar con suficiente dinero para dorar el gran negocio; el resto, quedaremos apartados.

Después de los Románticos y Realistas extranjeros, llegaron los escritores españoles de la Generación del 98 y los de la del 27. Le gustó a Guillermo esta agrupación por generaciones de los literatos. Orden y así una nueva estría en su memoria. La jara se ondea suavemente por el viento. Los ríos son tan azules sobre los llanos ondulados de Castilla. El puente romano, al que después se le ornamentó de medievalismo, abre estirado sus arcos sobre el Duero, sobre el Tajo. Las ermitas tocan a muerto a lo lejos. **El Cid** cabalga buscando una nueva aventura. **Antonio Machado** canta suave detrás de los álamos, junto al Duero en Soria. **Platero** busca, todo blanco, una nueva praderilla sobre la que retozarse. Andalucía surge. Los escarabajos negros se sacuden también en cien volteretas. En el patio de la casa la fuente está en medio para que toda gozosa suelte la alegría que la rodea sobre cualquiera de nosotros: las baldosas moriscas, en multitud de juegos y colores pintan las paredes; grandes macetas de flores y plantas se ofrecen, bajo el gran cielo azul, al sol de España. **Lorca** y **Miguel Hernández** cantan sus poesías de color y juego. El Levante. **Pío Baroja** escudriña las heridas sociales de la nación, mientras en sus aventuras nos ofrece la esperanza. **Unamuno** piensa y sufre en sus versos. Cabeza y corazón contenidos. El norte. **Azorín** también pinta sobre esos libros de texto la Castilla de siempre. Con sus frases cortas nos ofrece el alicantino todos los matices de sus pueblos. Siempre aquel retoño como la vena aorta. Los arcos góticos por la noche ofrecen los misterios del antiguo Bécquer, ahora en un tiempo mucho más moderno, donde tímidamente asoman los vehículos de motor. Es el ferrocarril el verdadero ejemplo de los tiempos. Los rótulos de los libros de texto alternan negritas, letras mucho mayores y hasta coloreadas, sudbrayados y sangrías. La cuestión de los párrafos todavía no es entendida. Mas se abren nuevos caminos que orientan la nueva dirección. Es un mayor desorden mucho más ordenado. El Cristianismo explica todo el conjunto con su moral. Lo que ocurre es que se complica en el siglo pasado con los escritores realistas. La sociedad cerrada oculta sus miserias, aunque es un caldo para que el espíritu de ciertas personas se ponga a prueba y predique con su ejemplo. A estos sabios, que están siempre sufriendo con su duda para no conseguir ninguna ventaja, siempre se les ha otorgado los laureles, pero después de muertos en muchos de los casos. Los muertos no cobran.

Y como sus compañeros violentos no le comprenden, he ahí la mejor respuesta suya contra ellos: la cultura le da la razón, los escritores también lo han pasado

bastante mal y *"vosotros deberíais seguir su ejemplo. No busco venganza, aunque en ocasiones me relama con vuestro hundimiento físico. Muchas veces sois golpeados hasta morir y vuestra boca se esparce en mil pedazos. Pero no debo pensar tan mal y hasta os doy nuevas oportunidades para que comprendáis por fin."* De todas maneras, la terquedad de aquellos ignorantes le vuelve por los caminos de la venganza. En esta vida es triste que muchas veces tenga justificación ésta. Las lomas vuelven a ser suaves, los chopos se acompañan al ritmo del viento y Machado vuelve a cantarle a su amor tan pronto desaparecido. España llora por muchos sitios y sus pobres deben comenzar a emigrar. La expansión se produce y el niño vive, a pesar de todo, su mejor época. Las calles de su barrio vuelven a ser mediterráneas, verdes y azules; con desparpajo, los fines de semana cantan los bares y pronto el calor se va apoderando de la primavera. Ojos que te ven desde arriba para portarte tan bien. Esa alma es tan inocente por creer en la Palabra y en la palabra, que en este mundo todos se burlan de él menos los que ven algo digno en todo ello, algo digno y que debe ser simple.

Y la rutina abre nuevos caminos:

La rutina es que Guillermo ya se ha acostumbrado al nuevo colegio. Ya es un veterano y aunque a veces ha intentado imponerse sobre los nuevos, jamás lo ha conseguido. Al final siempre ha llegado a trabar amistad y le gusta jugar con los de menor edad porque le escuchan admirados de sus explicaciones. Les cuenta cuentos y aventuras de terror que va tramando sobre la marcha. Muchos son los que le persiguen tras la comida. **Miguel** no se queda a comer y por ello está tan triste. Después, por la tarde suele ir a jugar con él y las esperanzas de nuevo se le abren.

Por estas fechas las aventuras de mutantes se han extendido por todo el colegio. Vuelve a comprar, de vez en cuando, algún número, pero poco más. La frugalidad continúa porque sus padres siguen trabajando. **Spiderman** sufre mucho; su bella novia, con falda corta bajo la lluvia y botas negras y altas, lo ha despedido de nuevo. Siempre está con sus extraños asuntos y no tanto por ella. La chica no comprende la doble vida del héroe anónimo y su imposibilidad de que el mundo le conozca, pues toda la Humanidad lo creería un serio peligro, y además, sus enemigos, habiéndose desenmascarado, le destruirían. Y la lluvia moja al pobre Clarke. Guillermo no entiende porque ella no le comprende. Sufre su corazón tanto como el suyo y ahí dentro de la viñeta, y tan solo en su habitación, vuelve a obtener unos retazos sobre lo que debe ser el amor. Por ahora solo se le ha manifestado en unos calores y sofocos muy puntuales, en los que la chica, de los tebeos generalmente, se le aparece como algo tan posiblemente imposible.

Y si a ello añadimos la música, apenas perceptible, de los **CARPENTERS**, completamos el cuadro con la bella firma.

España se abre con su arquetipo. Los campos son suaves lomas sobre las que plácidamente chopos y álamos discurren junto a los ríos. El viejo molino y su exclusiva retienen un poco más el agua para que las huertas revienten con sus hortalizas. Los surcos son mucho más distinguibles que los del secano. Las pequeñas casuchas, donde se guardan las herramientas o que sirven de reposo y refugio frente al frío o el calor, frente a la súbita tormenta, aparecen como ejemplo de algo más propio de la especie humana. Si esta vega discurre entre los riscos, bajo las sombras del milenarismo castillo, a las órdenes de la regla dictada por la Iglesia y los poderes, según la misma lógica de las leyes humanas, todo toma ya mucha más forma. Y en eso, por los bosques de pinos y chaparros, muchas veces también por las mañanas frías aún llenas de bruma, se perciben los ecos de historias y leyendas profanas, enigmáticas que asientan en el corazón humano la vena de la experiencia y del misterio que siempre enriquece al hombre y a la mujer, tan curiosos él y ella. Siendo mucho más concretos, la historia de España proviene desde lejos, pero Roma fue la que le dio homogeneidad, la que sentó el orden en las cosas. Al carácter tribal, ya bastante avanzado por otro lado dentro del neolítico, se impone una superior fuerza que unifica y administra pueblos y ciudades bajo un único estandarte. Lo único que interesa de ello es el resultado, porque todo se basa en una sociedad esclavista. Para desarrollar unas áreas hay que empobrecer otras. Tampoco es que sea mucho mejor que los pequeños pueblos se maten entre sí. Ambos sistemas intentan unificar, hacer desaparecer culturalmente a su contrario, si es posible; mucho más Roma, las sociedades más desarrolladas, que cuando se expanden solo ven a su bandera como la única válida. Avancemos un poco más y aguantemos nuestra vena de forma dual. Contengamos nuestra víscera porque si no se nos va a hacer insoportable el repaso. También es cierto, para justificación de muchas de estas cosas, aquello de que hablamos mucho y bien cuando nuestras necesidades básicas están colmadas y aún más. Recordar que el Tercer Mundo de hoy es muy amplio.

Llegados al Medievo, las grandes vilas romanas son sustituidas por pueblos rebosantes de gente. Los campesinos han ocupado su lugar y las ciudades crecerán como su articulación. En Roma era la ciudad costera el centro. Ahora las cosas están más democratizadas. El feudalismo en Europa Occidental es muy variado. En muchos lugares los siervos son igual que esclavos, pero en otros, sin poderse mover de su adscripción, detentan ciertos derechos sobre la tierra, impensables antes en Roma. El siglo XIII fue el de mayor esplendor, la población creció como nunca y eso no se debe al atraso, siempre definidor, y muy erróneamente, de la Edad Media. La vida campesina se ha hecho mucho más rica y variada aunque el pensamiento solo sea de Dios. También antes las ideas solo eran de los magnates. Veamos todas las cosas en su justa medida.

Después llega la depresión, el sistema feudal tiene asimismo su límite, como antes lo tuvo Roma ante la falta de esclavos. Llega América y más tarde el colonialismo a mayor escala. Todo avanza, el mal y las cosas buenas, técnicas e ideas, también. Pero siempre hay alguien que soporta el peso. Este inciso debemos tenerlo en cuenta a todo lo largo y ancho de esta obra. Ciertas frases siempre las

repetirá Guillermo porque se han hecho innatas, obsesivas, referentes del hablar refranero del que provienen sus padres: aquél de los campesinos y de los más pobres. Con la Generación del 98 Castilla de nuevo se hace sublime, y lo que antes fue Gloria ahora es lástima, lo que antes fue pasión ahora se ha hecho sentimiento. La añoranza y la impotencia se han convertido en sus vehículos. Azorín pinta de amarillos y ocres sus páginas. Machado de marrones y de cenicientos tonos sus recuerdos. Siempre España tan mal comprendida. Unos le achacan imperialismo e imposición, otros retraso y fulería. ¿Y qué se nos ofrece? Pequeños trozos de unos caracteres diversos, que de tanto contemplarse también se amodorrarán como la manzana ibérica. Guillermo vivía en el barrio a donde fueron a parar todos los pobres campesinos de España. Pasaron a la industria. Muchos continuaron siendo analfabetos, teniendo malasaña, no integrándose además en el nuevo maná. Pero otros comprendieron y con ellos se hizo la simbiosis, a pesar de que la mayoría jamás hablará más que su idioma. España creció en riqueza en aquellas zonas porque las palabras y los sentimientos se entremezclaban. El sueño de **Ganivet** tomaba por fin verdadera forma en cierta manera. Y Guillermo tuvo la suerte de encontrarse entre ese mundo mágico. Todas las partes de España se conocieron de golpe entre sí. Hubo por fin mucho más entendimiento. Y no tantas cosas les separaban como era al principio. Todo duró poco porque los políticos de la democracia comenzaron a emponzoñar el asunto. Esta fue la primera fase de nuestra perdición. La segunda vino en los ochenta con la estandarización de la nueva economía, porque se hizo más bello ser patriota de una marca. Sumisos, vamos todos gozosos a comprar cuando tenemos dinero. Cuando carezcamos de él, volveremos a ser las mismas fieras de antes y aún peor. La actual globalización contiene su parte positiva. Nuevos pueblos se entrecruzan, pero las costumbres ya son más lejanas. No por ello la experiencia es menos impresionante, pero el gran capitalismo subyace demasiado por debajo, por lo que tendremos que saber desligar muy bien lo cierto de lo irreal. Y como en Roma, continúa una gran masa al servicio de los grandes e indirectamente también al servicio de esa plebe romana que hoy representamos los asalariados del 1er. mundo. España evoluciona, se enriquece y pierde; de ese meollo ¿qué quedará? Espero que los libros ayuden a concienciar nuestras mentes y que nuestro pasado nos sirva de identificación como así también de lazo que interrelacionará con el exterior. El feroz nacionalismo no merece ningún comentario porque estoy hablando muy claramente. Lo que ocurre es que a muchos no les gusta asumir la realidad. Y otros muchos más son unos ignorantes. Guillermo en ese tiempo infantil todo le es muy agradable. El mundo se conoce cada día más a sí mismo. Las noticias vuelan rápidas y la música le muestra su mayor abrazo desde fuera de las fronteras.

Y en un rumor junto al Duero se oye aquello de los enamorados... Azules tersos por el frío en el cielo. Mies amarilla siempre mostrando todo su aroma en oro. Hilos de huertas por entre corcovadas y llanos. Frases múltiples de la España que iba percibiendo y a la que cada vez más se iba asimilando. La diferencia entre el patriotismo enseñado a Guillermo por unos padres sencillos de alma y la de aquellos en la que, con razón y sin razón, motivan la discordia y el mal carácter, establece

sobre la contemplación de la nación sentimientos entrañables y rencores que refuerzan la artificiosa diversidad. Destaquemos los paisajes, los corazones, el ambiente brumoso, en definitiva, el romanticismo, y el ideal se apoderará entonces de los mejores puntos de vista. La explicación final, aunque parte de presupuestos erróneos, llega a conformar y a unificar. No separa provincias, todo se hace posible y hasta con los nuevos tiempos de la globalización la antigua explicación adquiere una nuevas formas, que no tienen porqué ser más oscuras y simplemente redondeadas. Pero el mundo del que proviene Guillermo es siempre tan ideal que nos cuesta mucho imaginarlo. En él los ideales están siempre tamizados bajo el filtro de la moral, por lo que pocos fines responden a cualquier medio. Pero es simplemente un niño aún y habría que ver todas las posibles probabilidades del entorno para ver si en otras condiciones él se hubiese comportado de otra manera. ¡Claro que sí, claro que no! ¡Y con otros padres sí y no! ¿Pero no estamos conformando un alma blanca a partir de estos presupuestos? Él en definitiva es hijo de sus padres. Sus padres son máximos protagonistas entonces. Centrémonos de nuevo y no divaguemos más.

Cuando iba a San Cucufate, aquellos libros eran de dibujos a tinta fina, de bellos decorados decimonónicos. En quinto y sexto de E.G.B. se amplían los horizontes del cuarto curso y es la literatura española, y sus motivos históricos, los que pasan a través de sus ojos con dibujos más actuales en formas y colores, y porque las fotos de iglesias, castillos y fábricas van ocupando aquel lugar. La clase de trabajos manuales se hace más perfecta a sus manos (¿o al revés?). Los programas de la televisión se hacen cada día más concretos y la cronología de las series empieza a situarse en el tan cambiante mapa de su mente. La rapidez de asimilación se hace casi automáticamente y la ingenuidad no es por sí misma, sino porque cree en el bien general. Tan ignorante continuará para aquellos compañeros de clase de tan impropio factura.

Intromisiones:

Las intromisiones en Guillermo son los momentos que cortan su vida actual con impresiones pasadas. Así, si el compañero vuelve a amargarle o la situación de malestar adquiere carácter generalizado, a Guillermo le llovían de nuevo los momentos más luminosos del pasado. Lo más asombroso es que no siempre la relación era mecánica, sino que ese asombro pretérito también asomaba por sí solo, lo que nos importa resaltar en estos tiempos de compensación. La música de los sesenta aparecía de repente, y como el efluvio era casi siempre nocturno, se entroncaba fácilmente con otras historias que se remitían desde el sueño. Mundos pretéritos, antiguas situaciones cercanas a la enfermedad, o cuando la fiebre le ponía al borde de la locura: se envolvían en la atmósfera en la que extrañamente se encontraba dispuesto. Era libre porque la historia era suya, pero el argumento ya estaba trazado y siempre se desenvolvía por los mismos magníficos derroteros. Por ejemplo: la música psicodélica inglesa volvía a aparecer en algún programa nocturno de la televisión.

Temas de los **Who**, **Small Faces**, **Kinks** o **Beatles** se entrelazaban con la subsiguiente película de aspecto tenso y que muchas noches le hacía sudar. Pero sin llegar al máximo, al día siguiente la calle aparecía nebulosa para que las historias fuesen más ligeras. Y volver a aquel pasado de su antiguo colegio le daba seguridad. La infancia era más feliz antaño. Aquel mundo era totalmente libre y no la férrea disciplina actual que le atenazaba los nervios. Los profesores y alumnos eran casi todos hoy malignos, pero en este centro únicamente. El tiempo y el lugar en Guillermo siempre fueron muy concretos. La generalización nunca predominaba porque la cuestión del contexto siempre fue con él clara. Y ahí las explicaciones de los padres es donde encuentran el éxito. La Iglesia tiene curas buenos y malos; y no estos últimos van a definir a la primera. También existía algún rico bueno y al que no había que castigar. El sol cae diferente dependiendo de las sombras y de los vientos, de los anticiclones y borrascas que lo relativizan y le dan carácter. Así una vez más, y no tenía que ser siempre durante el cambio primordial de la estación, cara a la primavera, la música psicodélica de los grupos ingleses le creaba el fondo adecuado para que su imaginación anduviese en su vuelo. Y esta música no era un síntoma, sino un aspecto inextricable de la misma naturaleza de Guillermo.

En el colegio nuevos desengaños, y sobre todo, nuevas imágenes alegres se le ofrecían. De vez en cuando Miguel era un camaleón. Este animal ya lo conocía Guillermo, pero no la metáfora. Siempre le costó comprender las metáforas hasta que no tuvo suficiente experiencia. Y ésta en él no contempla experimento, es decir, dedicación desde un punto de partida para adquirir nuevas sensaciones. No, esto es lo que hoy se lleva y obsequia, con el placer seguro, a su ejecutor. No, Guillermo según algunos era un imbécil, un tonto en el sentido menos insultante y un ingenuo realmente, es decir, empleando el narrador el sentido justo e inteligente de las cosas. Hasta que no sufrió y tuvo mil desengaños no caminó seguro. Los grandes aprenden a posteriori y no a priori. Esa es la casual ley que tiene todo su sentido porque siempre debemos partir del bien, pero este no se hace razonable hasta que no nos embarramos en el peregrinaje de la vida. Miguel le volvió a traicionar. Comenzó a jugar sin previo aviso con los demás porque simplemente se le antojó. Habían hecho un pacto y él lo rompió. No le explicó la causa pero es seguro que él sintió placer al hacerle daño. ... O simplemente quería jugar, como niño que era. ... Así imponía su ley y la estupidez ya comienza desde pequeños; aunque parezca que estamos exagerando, Guillermo lo sintió así. Y si no ¿a qué lo del pacto? Él jamás se lo hubiera hecho. De seguro que si así hubiera sido, Miguel se habría enfadado mucho con él. Pero lo más gracioso es que con el tiempo, cuando se volvió a repetir, y por fin ya harto le pidió explicaciones, le contestó con un simple no importa, con un altivo ¿qué te ocurre? No pasa nada. Y es que la amistad que él comenzaba a entender estaba reñida con esa liberalidad que hoy tanto nos gusta hasta que la enfermedad no nos amarga. Qué triste que tenga que ser el final el que nos advierta, cuando ya no hay ningún remedio. Así hubo un periodo de enfriamiento y se echó otro amigo de colegio. Con él estuvo dos años y con Miguel no se relacionó hasta que lo pusieron al cabo de esos dos años en

su misma clase. Guillermo siempre iba un curso por encima de él y esto fue lo que les separó físicamente. Esta separación física fue la explicación psíquica de sus relaciones. Ahora podemos ver más lógicamente el resultado de estos acontecimientos. Por fin nosotros encontramos una explicación acorde a nuestros fundamentos. ¡Qué triste que tan pronto se olvide!

Con el nuevo amigo, que también creyó que iba a ser para toda la vida, hasta que a los dos el mismo se alió con un tal **Micó**, compañero futuro en el estudio de *Electricidad*, y por lo que una vez más engañado, tuvo que reanudar más profundamente su amistad con Miguel; se imaginaban historias de bandidos y de héroes de leyenda ingleses. Piratas de barco y monstruos de cine inquietaban desde las butacas. Y es que el cine y los telefilms mayormente los hacían allá. Pero **Los Camioneros** fue un nuevo empuje en el telefilm contemporáneo de nuestra nación. Así también **Los Paladines** luchaban contra el infiel y por el camino se encontraban viejas historias de amor y diferentes mercaderes que difundían y comerciaban todo tipo de honores, entre ellos el suyo propio como el primero. Se entremezclaban diferentes ámbitos y no todo estaba tan separado porque ellos también luchaban contra el mal en sus propias tierras. Lo cierto es que por los futuros páramos, cabalgaban contra aquel conde que quería imponerse sobre los pobres campesinos, más bien siervos desde el punto de vista histórico. Los profesores iban viendo en aquel ángel un buen porvenir y le inducían a su madre a que le encaminase por el camino de los estudios. Ya el fin de su madre era el mismo y esta meta también va a tener ciertos problemas en un futuro, porque un pobre estará solo luchando frente al exterior. El dinero no lo hace todo. Hoy en día cualquier mentecato puede pagarse (le pagan) una carrera, pero a un alma tan solitaria le pueden atacar los fantasmas y la humilde familia no darse cuenta. Cuando salgamos de estas metáforas, más adelante comprenderemos, pero el narrador es un enamorado de la cronología. El señor Gil ya no le pegaba, y aunque lo veía algo bobo, era el sol frente a los *cafres* y *bestias* que poblaban los demás pupitres. Otros eran también inteligentes, incluso mucho más en ciertas materias como los idiomas y las matemáticas, pero todos tenían dentro de sí, a más de un pillo, toda la astucia suficiente. Guillermo, si acaso en alguna ocasión rozaba la frontera de la pequeña travesura inocente. Por eso el señor Gil en sus adentros más profundos los llegaba a odiar. Cuando era aquel hombre que se liberaba de las normas, de su derredor, de los estómagos agradecidos y de su futuro bien reguardado, ridiculizaba a todos los demás delante de Guillermo; pero cuando la realidad se imponía o le dolía aquel estómago tan desagradecido, era Guillermo el que quedaba en evidencia con toda su inocencia. Y él, ¡claro!, no comprendía por qué.

En esta vida entenderemos, sabremos cuando comprendamos a los demás. Y frases así siempre nos han sonado desde siempre. ¿Y por qué entonces no somos mejores?

En el nuevo piso del Ensanche encontró nuevas sensaciones. El agua de la ducha se calentaba en un calentador eléctrico, caía desde el depósito por la ducha, directamente, sin las mandangas de llevar el agua casi hirviendo en una cazuela para luego mezclarla en el balde con la fría y nunca acertar ni en temperatura ni en cantidad. El agua jabonosa se apoderaba en ocasiones del aclarado y en otras era la peor, la sucia. Pero ahora no, existía la disección, la disponibilidad. Y la evolución técnica él la agradecía como un don que Dios nos dejaba en nuestras manos para desarrollar y mejorar esta vida. Podíamos ser libres con su consentimiento e igual que hacer el mal podíamos hacer el bien. El sol asomaba por un extremo de su interior en estas rememoraciones de sus pensamientos, indicando tan claramente a esa edad lo malo, y sobre todo, lo bueno. Otro de los elementos que mejoraron en el nuevo piso era el ascensor. Seguían en el primer piso y ello era excesivo. Apenas por eso lo usaban, pero el servicio les marcaba cierta distinción. Y las paredes eran tan rectas, los techos tan rasos, la fachada toda de obra derecha y sin ningún desconchado. El entorno simétrico, la calle bien asfaltada, las aceras anchas. Cada una de éstas últimas era como la antigua calle. Y los autobuses pasaban por en medio, como los coches, ¡claro!, y todo lleno de semáforos. Allá abajo la basura la recogían pequeñísimos camiones sino antes carros de tiro. Como en los telefilms de policías americanos pasaban los nuevos camiones de basura. La televisión reflejaba ahora perfectamente su realidad en el nuevo barrio. La edad, la inexperiencia y la influencia de su madre le donarán un cierto aire subido de tono a su carácter, pero como siempre, tan comedido por su origen bien enseñado, que solo producirá desagrado en el primer contacto, cuando las relaciones no son completas o porque la ley del error domina en esta primera fase del conocimiento.

5º y 6º sedimentan a nuestro héroe. Antes de que asomen con cierta presencia los retazos sexuales, en estos dos cursos se puede imaginar y pensar libremente. Es una lástima que el desarrollo intelectual meramente se intuya y que el conocimiento técnico esté detrás de la cortina. Si ello fuera, así seguro que hablaríamos de otro mundo y de otra especie. A comienzos de curso y cuando septiembre volvía a imperar con su descendente luz, hizo amistad con un chico raro. Le gustaban los cuadros, las exposiciones de arte, hablaba continuamente del Romanticismo, de sus escritores y divagaba sobre parentescos idealizados, de duques y barones, de su tierra y del abolengo y heráldicas, sino propios. La cerámica de cierto tipo era de los pocos detalles estéticos que podía permitirse un hijo de asalariados, era la poca propiedad que podía probar, la materia que le debía de demostrar como ser humano, pero Guillermo intuía poco más que unos cuantos objetos en su casa, algunos de no escaso valor y que demostraban el estilo de su madre. Él todavía esperaba porque la vida era muy larga, pero el nuevo amigo ya era muy lanzado para estas cosas. ¿Podíamos decir que comenzaba a madurar? Los compañeros le llamaban rosa y marica y por primera vez supo Guillermo las interrelaciones de ese color con ciertas formas de ser. Con el tiempo, semejante comparación solo se probó en la práctica por su mayor sensibilidad, aunque ciertamente tenía unas ligeras formas algo extrañas, tanto en su

físico como en su forma de actuar. Pero todavía quedaban lejos del entendimiento de Guillermo estas cuestiones. Era la intuición la que dominaba la explicación: la imagen, el hecho difícil de explicar, era su ciencia. Con el tiempo aumentamos también mucho las explicaciones textuales, pero al no pasar muchas veces de ser meras parrafadas, llegan a tener un valor incluso mucho menor que estas imágenes infantiles, que todo tienen pero a las que le rodea un extraño tono de obscuridad.

Félix le hablaba de **Napoleón**, de **Richelieu**, de **Los 3 mosqueteros**. De piratas y aventuras, pero sobre todo de conocimiento artístico, lo que aumentó más la cosecha de Guillermo, siempre versada en las actitudes positivas de la Humanidad. Desde siempre, y cada día más como una ideología, seguía el buen camino, los pasos que le conducían por el bien (y creemos que no iba del todo desacertado). Los demás eran malos, gamberros y según iba percibiendo cada vez con más serenidad, hasta más de uno mediocre. De todas formas, la infancia contiene los sentimientos de manera mucho más tajante y en ocasiones (y no le faltaba razón) su odio se propasaba en sus hondos pensamientos (y que aquí no censuramos dados los hipócritas tiempos en los que estamos). Un día incluso su madre le dejó ir a su casa. Las salidas, normales en la mayoría de los niños, eran idealizadas según los psicólogos excesivamente y según los mediocres sin razón. ¿Por qué aparte de todo este trasfondo de verdad no podrían haber, al mismo tiempo, más cosas? Con Guillermo se une lo negativo a lo positivo y lo positivo a lo negativo y casi siempre de una manera secuencial. Pues la casa de Félix no era en absoluto como le había dicho. Las *racholas* catalanas substituyeron al mármol, los tres coches se convirtieron en uno, la decoración era muy pobre y entre los muebles había mucha distancia siendo el piso tan pequeño. ¡Comparado con su casa! Si no, si su madre cada día, aparte de ya ser la mejor, lo era cada día más. ¡Bueno!, pero lo pasó muy bien aunque cuando llegó de nuevo a su propia casa se sintió mucho más a gusto porque sus juegos y sus opiniones volvieron a imperar. ¡Pero cuánto soñó!

Hubo una temporada desde aquel septiembre, hasta bien entrado el invierno, en la que los anticuarios eran frecuentados por aquellos pequeños, que liderados por el desparpajo de Félix, se introducían en el terreno de los mayores y más cuando abrieron al lado del colegio una exposición de cuadros de pintores itinerantes, pero entre los que se incluían obras de anticuario también para su venta. Al salir, todas las tardes oscuras se introducían por entre sus cortinajes, por entre todo ese entramado decorativo clásico. Y el guardia llamándoles la atención y Félix explicándole cosas sobre impresionistas y realistas que le quedaban lejos. Félix leía mucho de arte y su conocimiento ya tenía.

Guillermo concretó mucho más, con todas aquellas experiencias, su mapa cronológico: el Romanticismo se alzó a continuación de la Ilustración con negras calles y sangrientas batallas, entre violentas pinceladas, para que de repente los adelantos y la técnica, con su inevitable injusticia, se apoderase de ese terrible pero a la vez tan grato precedente.

Cada martes y jueves por las mañanas, acudía a buscarles, clase por clase, aquel *mossen Cirici* para entonar los cantos antiguos, tradicionales y venideros. Los latines y las lenguas vernáculas (castellano y catalán) emanaban desde el coro, por encima del aroma de aquel pequeño órgano, suficiente para la iglesia y los ensayos. La luz natural era escasa para los niños pero no para el(su) fervor. El rosetón de aquella barroca parroquia infundía sobre los corazones el necesaria. El equilibrio era su alma y a Guillermo solo le faltaba algo así para que fácilmente volviese a enajenar sus pensamientos. Quizá nuestra educación moderna, que hasta verifica el orden de los adjetivos con respecto al de sus nombres, esté mucho más equivocada que la fe que censura, porque sí que es cierto que tras los rayos de sol, filtrados entre el polvo que flotaba en la inmensa nave, se veía claramente el singular trasunto del tiempo humano preconcebido por lo Divino.

Guillermo no podía ser tan ingenuo cuando creía y aceptaba los mensajes de las películas religiosas y no religiosas sobre que el bien y la buena intención deben ser las armas de los hombres y de las mujeres para con sus actos. El acontecer es otra cuestión. Las Sagradas Escrituras difunden la palabra de Cristo y la Verdad. Él padeció, que es Dios, y nosotros no lo vamos a hacer cuando siendo meros hombres y mujeres tenemos que aprender desde cero, lo cual no es sino una ventaja para que nuestra libertad se pueda desarrollar. Él es con todo aprendido. En B.U.P. le hablarían de *la soledad de Dios* sobre la que escribió **San Agustín**. Ellos, los humanos, tenían la oportunidad de experimentar con el error y la solución, con el pecado y el arrepentimiento. Después llegarían las ciencias justificando todos los actos y no dando, paradójicamente, ninguna oportunidad a la libertad. Todo era perdonable y preconcebido. Es suerte, todavía para Guillermo, que todo esto le queda algo lejano aún y que a pesar de todo habrá después más posibilidades.

En 7º de E.G.B. comienza el estudio en serio. Se introduce el álgebra y la verdadera gramática a pesar de las nuevas matemáticas y lingüísticas: los conjuntos, monemas y sintagmas con los que quieren entretener los nuevos pedagogos a los alumnos, que no enseñar. Estas enseñanzas querían terminar con los problemas del estudio: con la dificultad, con su aburrimiento y con su severidad también. Pero únicamente echaron más leña al fuego porque aumentaron el temario, diversificándose la dificultad con nuevos conocimientos inocuos, que si en principio eran algo divertidos, después no servían para nada en aquella edad. La prueba es que el nuevo profesor, **Señor Basta**, llamado así por su severidad vocal y de argumentos: “*¡Basta, y cuando digo basta, es basta! ¡¡¡Y punto!!!*”, les dijo (como el gran profe del siguiente curso), que estos temarios se verían por encima y que apenas seguiríamos los libros, con lo cual no sabíamos para qué nos obligaban a comprarlos, como así los nuevos de fichas y ejercicios. Se quedaba uno muy desilusionado cuando todas las páginas quedaban inmaculadas. Qué pena aquellas líneas en blanco sin rellenar. ¡Qué cantidad y valor desperdiciados! La abundancia inservible entre los pobres; denotar esto en un niño de obreros produce una gran desilusión; es hasta un gran pecado para la pobreza y el creyente. También estos profesores puede que no se

adaptaran a los nuevos tiempos, pero igualmente puede que en la nueva adaptación únicamente contaran con un bando. Guillermo de mayor se puso muy contento por la forma más tradicional con la que le enseñaron las matemáticas, pues en la práctica le han servido para su empleo y disposición mental. Los números comenzaron a tomar una nueva lógica y el cálculo se basaba en la creación de fórmulas que explicaban la manera de hacer geometría necesaria para desarrollar muchas de las cosas que estaban alrededor de todos los niños. Este paso lo comprendió en B.U.P. cuando le enseñaron Física y Química. Ahora le quedó el mero conocimiento, aunque aún poco su aplicación, hemos de decirlo. Había que aprender a rajatabla. Puentes y barcos más tarde podrían salir de las fábricas humanas.

Cada nuevo comenzar de curso afianzaba más las luces oscuras, naturales y artificiales, que caminaban juntas por el otoño y que con su ejemplo iniciaban el trasunto del nuevo quehacer, de una nueva temporada, de un nuevo año. Los libros debían entregarse a su debido tiempo: antes debían recibirse y clasificarse por cursos. El ritual conveniente y a empezar. La olor de lo nuevo incita por los bellos caminos. Y el esfuerzo dona un resultado para que después le agradezcan con el mismo. La vida poseía un perfecto significado y el engranaje de esa maquinaria era injustamente criticado por sus vagos compañeros. ¡Qué iban a saber ellos sobre el alcance de aquellas luces! Para ellos, los semáforos nada más servían que para cruzar la calle y ni siquiera eso, pues cruzaban en rojo.

Por aquel tiempo volvieron a apoderarse de Guillermo los peores presagios. La obsesión, el sopor caluroso, el gran temor se traducían en la incompreensión de los polinomios de aquella álgebra, por ejemplo, o en las amenazas continuas de aquellos que llamaban compañeros de clase. El horror estaba siempre a su alrededor y por la televisión esos enemigos también existían. Las tardes de los sábados eran largas frente al único canal; el de su televisión no funcionaba y no se podía arreglar. Tenía que esperar y ver muchas veces esos programas antes de los deseados, y muchos hablaban de pasados guerreros, de familias ajusticiadas y de enormes violaciones que la literatura embadurnaba con todo su arte para que el ejemplo tuviese sentido moral y no meramente estadístico.

Aquel curso le concedió escuálidas notas. Salvo dos bienes, los demás fueron suficientes, él que con el notable apenas apreciaba los dorados. Algunos mayores obtuvieron mucho mejores, pero era injusto mezclar tantos niveles bajo un único yugo. Las noches se hacían tenaces; la subida a casa en autobús brumosa; la mente afianzaba su antigua costumbre.

Con 8º de E.G.B. vino un profesor digno. Fuera de extrañas disciplinas, se les imponía por toda su lógica, por lo que era de bellacos discutirle por ese sentido. El maestro se hacía querer y respetar por aquella jauría en la que abundaban canes indomesticados, llenos de salvaje furia, que rebotaba desde su inocencia y desde su malignidad ya concebidas, pues los de ahí eran todos distintos. Vestía corbata, muchas veces venía sin ella, pero siempre más o menos clásico o más o menos

moderno: el equilibrio estaba con él. Su rostro era natural y así su carácter respondía continuamente con lógica. El anterior profesor debía sufrir algún grado de trastorno del carácter, porque muchas veces imponía el dominio de manera ilógica. En ocasiones se gritaba y no se atendía; debía entonces imponérselos. Pero en otras tantas ocasiones, era un pequeño murmullo o una frase mal asumida del alumno los desencadenantes de su furia. El profesor, que no maestro, no sabía jugar con el humor contra ellos, sino que su frontera era inviolable bajo ninguna circunstancia. El actual maestro casi nunca perdió los nervios sin justificación. También era humano y los alumnos, con la justificación de su edad, comenzaban ya a no justificar todos sus actos tampoco. Pero en sus tiras y aflojas con los alumnos siempre fue respetado y su frontera, bien delimitada, filtraba toda su confianza para que se le considerara por medio de la razón. Cuando no, la expulsión y el suspenso se hicieron necesarios. ¿Por qué no miramos más el pasado para comprender que los que nos hacen mal heredamos su maldad o la asumimos para nuestro interés? Dependen estos últimos presupuestos de la naturaleza y duración del mal recibido y de nuestro nivel de preparación para disponer de él.

Transcurre un nuevo otoño de sombras mercuriadas. El milenario barrio alcanzaba los dos milenios en las profundidades y era el escenario mejor predispuesto para recibir las enseñanzas literarias del nuevo curso. El Romanticismo y el Realismo se alzaron con sus diferentes pinturas, antagónicos, completamente opuestos, en las enseñanzas primeras que los alumnos imberbes e inmaduros necesitan. Años más tarde, ya maduro, Guillermo no verá enemistad entre las dos corrientes literarias; más bien se advertirán, sobre algunos críticos y hasta nuevos escritores, ambos inmaduros, que seguirán las posiciones más extremistas de las dos corrientes literarias, nuevas estupideces; son los dogmáticos, son los que no evolucionan ni se apiadan; solo buscan dinero y poder, no a la Humanidad. Otros sabrán comportarse tenazmente de una manera, y poco después, sin odio ni olvido de su pasado, de su contrario. Jugando con sapiencia, la vida es así mejor comprendida, se hace más llevadera. La cruda realidad y la esperanza; el buen vivir y ¿el incierto destino? Durante aquel otoño las luces mercuriadas vuelven a ser el mejor colofón de un nuevo pasado que Guillermo comienza a aprender.

El concepto religioso de Guillermo continuaba imperturbable hasta la época de la ¿podemos llamarle ruptura? Animar así el futuro puede que provoque cierto interés sobre la obra presente, por lo que entro de lleno en el mercado y quizá los que critican sean todavía peor que los criticados. Desluciéndome estoy danzando sobre esta frágil sala de baile. Dejemos el interés en manos de la cronología. Quizá hasta os esté mintiendo. La fe era pura en Guillermo porque era incapaz de hacer daño a nadie. Aunque para ser justos en ciencia, que no quiere decir que tenga que ser también en religión y filosofía, en ética, toda su bondad no estaba aún tan probada. Él se conformaba con poco, con la frugalidad, forzosamente enseñada por sus padres, y por la Biblia hablada y cinematográfica; no creía en futuros éxitos de vanidad y riquezas, de triunfo sobre los demás, al estilo de cierta vertiente *hollywoodiense*, que

incluía en ocasiones una infausta infancia, que obtendría el premio en la adulta madurez; pero los pasitos que estaba dando eran los propios de su edad. Podía ayudar en clase a los alumnos más desventajados, el pobre bocadillo no lo compartía aún porque era suyo y mucho le había costado a su madre prepararlo (aún le quedaba mucha vida para aprender), pero también recogía los libros y pupitres de los demás; ¡y pronto a casa! De mayor, con la independencia también forzada, *solo ante el peligro*, intentando mantenerse, debería rodearse de otro mundo y de nuevos personajes. ¿Cómo reaccionaría con las necesidades y problemas de todos ellos? ¿Y con sus defectos? Aunque también es muy cierto que el principio de Guillermo es muy bueno y eso siempre marca. La religión adquirida por el niño todo lo ligaba. Era suntuosa su cabeza, mucho más que otras de su edad, para colegir cualquier duda y tentación que le pusieran por delante. «¿Por qué Dios permite que los niños, antes de ser, mueran? ¿Por qué pasan esa hambre atroz hasta despellejarse la piel sobre sus huesos? ¿O por qué algunos son violentados de mil maneras inimaginables y que en Guillermo producían inevitables saltitos de horror?» Los saltitos de horror de Guillermo eran esos pequeños latigazos internos que convulsionaban hacia fuera de su anatomía, produciendo a nuestra vista trepidantes pero fugaces temblores: inmediatos chisporroteos de la electricidad humana. Pero no era Dios quien los mataba de hambre, eran los hombres que con su falta de misericordia y con su afán infinito provocaban la pobreza; la depravación era múltiple porque el pensamiento se enquistaba en multitud de formas endemoniadas; el placer no cuesta como el sufrir. El asesino ve fácil el hachazo pero difícil librar la tierra de la maleza que la oprime. ¡Y encima Dios tiene la culpa! Un nuevo intempestivo movimiento se producía dentro y fuera de Guillermo. ¡Mentar ese pensamiento! «¿No tiene tanto poder para separar los mares y matar a todos los primogénitos de los enemigos durante una sola noche?» -volvían los secuaces-. Qué incultos sus compañeros el no comprender que una historia y un hecho no tienen por qué ser inextricables. La Biblia es la bella metáfora hecha realidad sobre la que los hombres futuros debemos ser. En el comienzo de los tiempos, antes de que la historia caminase de verdad con Roma, donde el hombre se impuso, las historias reales eran primigenias, modelos de formación. ¿No les abrió Dios el mar a los israelitas para que al poco hicieran el becerro de oro en honor al olvido que de Él hicieron? El hombre y la mujer cuanto más tienen más quieren y querrán, deseando, poco después de obtener las riquezas, ser un dios más, sino el mismo y superarlo: ¿efectos del deseo de querer ser inmortal? Aquí en estos pensamientos intuía Guillermo más que nada. *Los diez Mandamientos* era la película monumental, magnífica, sentimental, acogedora y explicativa de todos los enigmas. Qué fácil sería la vida si se siguiesen todas sus intenciones. Las leyendas e historias verídicas, explicando la magia vital que desde arriba nos regala Dios para que intentemos jugar a ser seres propios e independientes. Y que mal lo hacemos. «Y encima Él tiene la culpa porque no aplica su poder. Queremos ser libres pero estar predestinados para no cometer el mal.» En esta frase sintetizamos el pensamiento final de Guillermo, porque de sus propias palabras saldrían muchas más líneas apenas ininteligibles. En definitiva, que Guillermo era un angelito y ya pueden llamarle

ingenuo casi todos. Con aquellos tenues y apagados ambientes de otoño, cara al invierno, el elemento religioso yacía incólume como primigenio ser que era.

Corría su corazón mucho más que su cabeza. En él la incipiente edad del pavo tenía más frenos. Otros compañeros suyos eran más espabilados, mucho más prácticos, pues saben cómo sufrir mucho menos. Guillermo, en cambio, en toda su tontería e ingenuidad, creía en las teorías e intenciones de la fe. Los decálogos políticos, económicos o de índole amoroso eran verdaderos, de indudable sinceridad, y por tanto, sagrados. Ellos no, ¡tonto eres Guillermo! Las mujeres solo por dinero y lo que quieren es que les den marcha, decían los más valientes y soeces, que ya habían ido a alguna discoteca y que todo lo más, y que ya es bastante para la edad, habían sacado, entre músicas sinuosas, formas de sus manos. «*¡Y que si Cristo! ¡Que si la Resurrección!* –ellos con minúscula-, *¡qué mentiras! ¡Pazguato!*» Sí, él era un pazguato porque su ingenuidad era ilimitada, pero de ahí es siempre más fácil sacar crudas enseñanzas cuando la realidad abofetee, que de aquellos chicos, que de tan prácticos, eran solo egoístas. ¿Sólo? ¡Cuántos años faltan aún! El narrador puede que flote en este entre medio, ahora que pienso. Hum...

Él continuaba en sus trece, catorce, quince y treinta. «*¡Seréis imbéciles!*» -les llegaba a decir como mínimo cuando su orgullo podía más que su cobardía. Y eso que ésta era grande por su miedo, alimentado por el pavor obscuro, interno e incuestionablemente maligno. Por esos sus explosiones de ira siempre serán ciertamente explosivas y casi siempre terminarán fuera de lugar, o estando en su centro justo, fuera del preciado lugar. Como mínimo acababa en el suelo o con un terrible estirón de pelo que le hacía lagrimar.

¿Pero por qué los niños inocentes mueren de tan cruenta enfermedad tan pronto, sin apenas haber vivido? No hemos contestado a la pregunta, hemos manipulado como suelen hacer muchas veces los que se dedican a la enseñanza teológica. Realmente, Guillermo corría un tupido velo, sin él mismo darse cuenta, de manera automática, frente a todos estos hechos inexplicables. Por ahora era muy joven; como en tantos otros temas, todo se le explicaría durante el mañana. Esta era la excusa, la mejor, la que le hacía siempre respirar, dar un paso más cada día. Además, esos niños iban al limbo. Se le había explicado el sacerdote de muy pequeño, en San Cucufate ya. Se le reforzó en San Severo. ¿Qué más quería? Sus mismos padres habían contestado con esas respuestas doradas para que nuestra tristeza, nuestra náusea, nuestro odio incluso, se calmase. Hoy estamos en un mundo sin respuestas frente a la dureza de la vida. Nadie quiere hablar de la muerte ni del dolor, ni tan siquiera de los males ajenos, por muy de izquierdas que nos hagamos pasar. Nos escudamos en el propio sinsentido de la vida para mal pagar a nuestros obreros, para abusar sexualmente de las mujeres pobres, para provocar cualquier nueva guerra. Son hechos que han ocurrido siempre; mientras se tenía fe, también, pero debíase ser falsa su creencia, la de esos ricos, prebostes e intelectuales y obispos, pero que encima, vosotros, modernos, me arruinéis mis infantiles engaños... No tenéis perdón de

cualquier Dios. Cuando los mismos pecados de los ricos, los repiten ya a rajatabla los pobres, es cuando muere toda esperanza mía. Hoy no se hablan mis vecinos; nadie acude a calmar a la mujer que ha sido empujada de nuevo contra la pared por culpa de la borrachera de su marido realmente enfermo; los niños no juegan ya en la calle; todos mis compañeros de viaje me cuentan sus lúdicas vacaciones; todos disfrutan y disfrutan, más y más, cada verano más que el otro o que la otra para que se chinche. El obrero, el que se adscribe ahora a la clase media baja, e incluso con desfachatez hasta a la clase media, gana más que hace bastantes años para solo violentarse contra sus compañeros. ¿En qué ojos veo reflejada una mirada real, Dios? ¿Quién me abre de verdad su corazón y me considera superior a un préstamo o a un nuevo móvil o al simple euro que jodidamente le han dado de cambio? ¡Dios!, no nos dices por qué mueren los niños por culpa de una estúpida enfermedad; estoy muy enfadado contigo, pero aún más porque ahora encima me quitan, tus criaturas tan libres, los únicos engaños infantiles que todavía me hacían sobrevivir sobre la grandísima tempestad que me va a hacer sucumbir, si no es que zozobre, todavía vivo, sobre la playa de la isla donde habitan **Próspero** y su hija **Miranda**.

Fivaller:

Desde aquella ventana que caía en esquina sobre el edificio, contemplaba parcialmente la **plaza Universidad**. Dos apuntes sobre esto, muy importantes. Primero, jamás había permanecido en uno de esos edificios robustos del Ensanche en una de sus partes esquinadas. Rarísimo había sido aún pulular por alguno de ellos. Segundo, haciendo juego con esa esquina, que como todas que se precien del Ensanche de Barcelona, era al menos redondeada, para engañar la vista con cierto artificio, estaba al otro lado de la plaza el edificio donde confluían **Pelayo** y **Ronda Universidad**. Era, como todos los vértices del centro de una ciudad que también se precien, sobresaliente. Despuntaba en altura y en detalles arquitectónicos y su redondez la acompañaban hermosos balcones con sus columbarios, copas y motivos florales e incluso algún que otro angelito. No distinguí una sirena desnudita porque estaba fuera de su punto de percepción. Había un balcón en el aula, en la misma esquina de la calle **Aribau**. Si la profesora estaba sobre la plataforma que daba a la pizarra, delante mismo de la esquina, y él también en paralelo al balcón, pero en la pared opuesta del mismo, imaginamos, como podemos, que la profesora caía sobre el alumno de manera muy inclinada. Parecía muy severa esta profesora de la clase de Naturales, aunque joven dentro de su madurez. Se iban pintando sobre la mente de Guillermo nuevas sensaciones. La misma profesora llevaba falda y ciertos efluvios inevitables o naturales, dicen, se le fueron apoderando. Sus posturas intercambiaban la pierna, que estaba debajo, a encima de la otra y viceversa. Con este movimiento que ella hacía lento y acompañado, con el modular sobre su lección, que era lento, provocaba en Guillermo ciertas atracciones que relampagueaban el argumento general. A veces se apoderaban del guión, perdiéndose el adolescente el contenido de

la clase. Y otras, era muy difícil de despegarle de ese deseo incipiente. Pero como en el conjunto tampoco era lo más importante, aunque sí lo más sensual, pudo ser controlado en favor de otros significativos matices. Por ejemplo, que la Cristalografía de los minerales poseía un orden y un desorden, que existían rombos y romboides, que los dibujos que empezaba a desarrollar sobre su cuaderno, copiados de la pizarra, así como los conceptos asimilados o por asimilar, que para eso los dictaba la profesora primero, eran mucho más desarrollados que en E.G.B. La academia era significativa de otro orden, pues los profesores y alumnos se preocupaban por aprender; mientras, su ex-compañero, uno de los que le amilanaba en San Severo, estaba obligado por las huelgas y manifestaciones del instituto a perderse muchas de las clases del principio, medio y final de curso. Y finalmente perdió todo el curso, ¡cómo no! Por lo que se vio forzado a estudiar por lo privado al año siguiente. Pero de esto se enteró con los años, porque ya no habría con él más relación común en las clases. Y esto tampoco es propaganda de nada, sino un hecho real por desgracia, porque en este país más que en otros aún, nuestra víscera callada, forzosamente o no, rompe de repente para decir que aquí estamos también, sin hacer uso de la menor lógica. Sin la enseñanza, poca revolución llevaremos a cabo. Aunque, rememorando, lo más importante es que cuando le llamó por teléfono para decirle que habían sido aprobados para matricularse en el instituto, él le dijo que ya iba a una academia, que no había podido arriesgarse; se lo dijo sin ningún odio, pero se alegraba de no ir juntos a ningún curso ya. La vida es muy triste, muchas veces, por un lado y por otro.

Un mundo nuevo comenzaba aquí y esta aula, en la que solo estuvo una vez durante todo el 1º de B.U.P., por la provisionalidad todavía de los cursos, le barnizó de nuevos elementos pictóricos. El óleo se compone de muchas técnicas, instrumentos y matices, como también, aunque en grado menor, la ténpera o la acuarela.

FIN

de

**ACCIÓN Y REACCIÓN
EN LA
INFANCIA**

o

Fricción y Resolución en la Infancia

Escrito entre el 5/7/1998 y algún día hasta el 31/12/1998

Tomás López Alonso – tla.libros@gmail.com – <https://sites.google.com/site/tlalibroses>

NOTA MUY IMPORTANTE: este libro puede leerse como libro, evidentemente, pero se ha ido incrustando también, todo su contenido, salvo las cartas de Keats del Prólogo y de las Justificaciones como asimismo los títulos y capítulos de la obra, en los diferentes libritos de la *ELEGÍA A MI PADRE (HISTORIA DE 1 FAMILIA Y DE PARTE DE 2 GENERACIONES)*